



Q.25-11^a

4947

INSURRECCION Y REGENERACION

DE LA

GRECIA,

POR

JORGE GOFFREDO GERVINO,

PROFESOR DE LA UNIVERSIDAD DE HEIDELBERG,

TRADUCCION DE

M. GONZALEZ LLANA.



MADRID.

EDITORES:

RUBIO Y COMPAÑIA.

1867

INSTRUMENTACION Y REGISTRO DE LA
DE IX

GRECIA

JORGE GONZALEZ GERVINO

Propiedad de los editores
RUBIO Y COMPAÑIA.

M. GONZALEZ LLANA

MADRID

RUBIO Y COMPAÑIA

1897

INSURRECCION Y REGENERACION DE LA GRECIA.

PRÓLOGO.

Jorge Godofredo Gervino, nació en Darmstadt el año de 1805; recibió en Italia su primera educacion en la carrera que mas tarde habia de seguir, y bien pronto sus *Escritos históricos* dieron á conocer su génio y le hicieron merecedor de una cátedra en Gottinga. Desterrado algun tiempo despues con el historiador Dahlmann, por haber firmado una protesta contra el rey de Hannover, que habia suspendido las garantías constitucionales, volvió á Italia en 1838, desde donde pasó á su patria y escitó ardiente entusiasmo con sus lecciones en la universidad de Heidelberg.

Entonces fué cuando dió principio á sus grandes publicaciones; *La Historia y la Nueva historia*, y el *Manual de la historia de la literatura poético-alemana*, donde se propuso demostrar que en Alemania, como en todas partes, el desenvolvimiento de la poesia camina al mismo paso que el de la civilizacion.

Igual fundamento tienen la *Correspondencia de Gothe*, el juicio sobre *Shakspeare*, el poema épico *Gudrun*, y en parte la singular disertacion sobre el *Arte de deber*.

Partidario de la democracia, esplicó su programa político en las *Misiones de los católicos alemanes*, (1845) despues, en muchos folletos

con ocasion de la interminable discusion del Schleswig-Holstein y de la Constitucion de la Prusia, y por último, en la *Gaceta Alemana*, órgano del partido constitucional, cuyos redactores subieron al poder en la revolucion de 1848.

Elegido miembro de la Asamblea nacional, habló tan poco como hablan los hombres de buen sentido allí donde se charla mucho, y desengañado volvió á su cátedra de Heidelberg cuando desapareció aquel orden de cosas.

Antes habia publicado una *Ojeada sobre la historia de los anglo-sajones*, despues unos *Pequeños escritos históricos*, y ahora da principio á la *Historia del siglo XIX*.

En la *Introduccion* sienta el principio de que la humanidad está regida por leyes inalterables, leyes que los individuos y los pueblos no pueden menos de cumplir con exactitud ó contrarestar impotentemente, como el hombre que colocado en la altura de una torre puede contener el impulso que le acometa de arrojar al suelo, pero una vez arrojado, no le es posible volver al punto de que salió. Si así no fuese, la historia no tendria consejos que ofrecernos, y por lo tanto seria de todo

punto inútil la experiencia de los siglos. Ahora bien; la mas universal de todas estas leyes es la de que el hombre puede tanto cuanto sabe, es decir, que al poder se llega siempre por la ilustracion y por la riqueza: estendiéndose esta á su mayor apogeo, llega igualmente el poder, y cuando mas lejos se va mas pronto se acercan los hombres á la igualdad y á la libertad, imperceptiblemente desenvueltas, alcanzadas con rápida evidencia.

Francamente demócrata y sin ocultar su amor á las formas mas avanzadas de gobierno, Gervino ve prohibida y perseguida su *Introduccion* y por lo mismo aplaudida y disputada.

Dejando para otra ocasion el ocuparnos de este asunto, diremos que sucesivamente publicó seis tomos de su *Historia*, y últimamente el VII y VIII, que precisamente son los que vamos á traducir como muy á propósito para satisfacer la curiosidad que hoy escita la Grecia, que es precisamente el objeto de nuestros trabajos.

Porque el deplorable espectáculo que ofrece caminando de revolucion en revolucion, sin grande objeto, y bajo el impulso de las turbas, y el creerse obligada á andar buscando por toda Europa un rey, y el felicitarse cuando encuentra uno, que confesando no tener «ni experiencia ni habilidad» se encomienda al Dios que protege los débiles, no hay para qué decir cuánto interés habia escitado en Europa el despertar de aquella nacion, su firme voluntad de arrojar la media luna para levantar de nuevo la frente adornada de la cruz, en medio de los pueblos de la Europa inculta. Los gigantes de aquella epopeya, rica en magníficos episodios, se estremecerian ante la idea de este rey problema, y por esto debemos recordar que tambien la Holanda rebelada contra la España anduvo ofreciéndose al duque de Anjou, á Enrique III y á la reina Isabel, antes de comprenderse á sí misma y de

constituirse por sí sola en una gran nacion. ¿Y no hizo otro tanto la Bélgica?

Pero de todo esto hablaremos al terminar esta historia. Al narrarla, Gervino tiene en su favor una circunstancia que constituye una desventaja: ser contemporáneo; vivir en medio de la vida iluminada por los colores con que la describe, en un tiempo en que el parlamento, la prensa y la diplomacia lo confunden todo en una idea que no podrá menos de estraviar á la posteridad, al paso que ilustrará á los que sepan contemplar los acontecimientos en el tiempo en que tuvieron lugar.

Esta circunstancia le coloca señaladamente entre las dos escuelas principales de historia en Alemania, la de Ranke y la de Schlosser. Ranke, hombre de archivo, sin trazar hechos interesantísimos ni nuevos, ni explicar nuevas versiones, atiende solo á buscar la verdad y esponerla con sencilla elegancia, sin comentarios, sin justificaciones, sin probar otra cosa que la verdad.

Schlosser estudia la humanidad y sus debilidades; y al principio irónico, compasivo despues, busca los resultados, disipa las ilusiones, ataca la ambicion y se abandona ya al ridículo, ya al entusiasmo, teniendo siempre mucho respeto á las leyes morales.

Uno y otro valen mucho para alcanzar la popularidad.

Gervino está entre los dos, aspirando á la popularidad y al triunfo de las ideas corrientes; estudia el lado moral, pero racionando en las circunstancias especiales; sigue al hombre en el desenvolvimiento de su individualismo, y busca la verdad en diversas fuentes. Encerrándose en la historia de la Grecia saca partido de nombres y cosas demasiado locales ó momentáneas que oscurecen y dificultan la inteligencia; perjudica el efecto general con algunas particularidades; no sabe describir cronológicamente los acontecimientos; abunda en reflexiones que deberia dejar

á discrecion del lector, y cuando menos se espera hace resaltar el heroismo, en el cual no cree mucho, anteponiendo el racionalismo al entusiasmo.

Los italianos no tienen gran motivo para recrearse con Gervino, quien por su prevenicion contra el catolicismo, juzga mal nuestros güelfos, y ligeramente las convulsiones de 1821 y de 1830.

Sostiene despues terminantemente que el porvenir del mundo pertenece á la raza alemana, y que las naciones latinas están destinadas indudablemente á la degradacion y á la muerte.

Y nótese que proclamaba esto mientras ocurría la guerra de Crimea y la de Italia, donde, de seguro, no quedó el triunfo por los alemanes. Y nótese tambien, que en otro tiempo Metternich, retirado ya ó alejado de los negocios, admiraba el imperio del 2 de diciembre que en un momento enfrenaba la revolucion,

y despues aseguraba que aquello caeria tan pronto como sentase las plantas en Italia. Y sin embargo (de cuanto en toda su vida no se atreve á asegurar Schmidt Weissenfels) tenia para la raza latina maquiavélicos planes, y ya predecia á la Francia dividida, adjudicando á Inglaterra los paises setentrionales, á la Alemania los occidentales, y el resto dividido en dos reinos, en uno los Borbones con París por capital, y en otro los Napoleones con Marsella.

¡Ojalá que la Italia trabaje por deshacer las visiones del astuto diplomático y del apasionado historiador, y sábia y fuerte prosiga su camino, que en vano tratan de entorpecer la escarnecedora inesperienza y la intriga egoista, y pueda con nosotros, al contemplar el fatigoso renacimiento de la Grecia, pronunciar el proverbio que entre los griegos corre: «Los sufrimientos son enseñanzas.» Diciembre de 1863.

FIN DEL PRÓLOGO.

INTRODUCCION.

CAPITULO PRIMERO.

El reino de España y el imperio Otomano.—Situación política de la Turquía.—Condición de los rajás.—Los cristianos latinos se interesan por la suerte de los griegos.—Los cristianos griegos de Rusia se interesan por la suerte de sus correligionarios de Oriente.—Ensayos de reformas en Turquía.—Usurpadores musulmanes.—Paswan-Oglu.—Ali-Pachá de Janina.—Mehemet-Ali.—Los Wahabitas.—Los montenegrinos.—Los suliotas.—Los servios.—Los Principados Danubianos.—Constantino Ipsilantis.—Los anatolios griegos.—Regeneración intelectual de los griegos.—Prosperidad material sobre la cultura intelectual.—Carácter patriótico del helenismo científico.—El filhelenismo antes de la insurrección.—Cuestión de origen.—Carácter moral del pueblo griego.

A la navegación por los mares de la India y al descubrimiento del Nuevo Mundo, siguió la invasión de los turcos en Europa. Los españoles habían levantado en los confines de Occidente nuevos reinos á la cultura europea, cuando el Islam arrebató al cristianismo, en el Oriente de Europa, los países de la más antigua civilización. En los diez años que duró la insurrección de las colonias españolas de América, los osmanlis perdieron, á causa de una conmoción interior, una parte de sus territorios de Europa, precisamente aquellos á que el mundo civilizado relacionaba sus más caros recuerdos.

No es casual esta coincidencia de dos situaciones históricas. Desde que la España más particularmente llamada á contrarrestar la invasión turca, hasta los últimos acontecimientos, la historia del imperio católico y del islamítico, y las vicisitudes del uno y del otro, su elevación y su decadencia corrieron á la par.

Cuando los otomanos, dueños ya de Constantinopla (1453), pusieron término en el

1479 á la guerra con los venecianos por la posesión de la península de Balcan, se consolidó la monarquía española con la reunión de las coronas de Castilla y Aragón (1474).

Entre tanto que Mahomet, llamado el Grande, minando el centro de la cristiandad en Italia, plantó en Otranto la media luna (1481), Isabel y Fernando dieron principio (1482) á la guerra contra los moros, cuyo estermínio fué una débil compensación de la ruina del imperio bizantino. Pocos años después quedaron agregados á España, Nápoles y Sicilia, formándose así en Italia un fuerte dique contra el poder de los turcos. Desde aquel momento las dos potencias enemigas, los islamitas y los cristianos, se separaron hasta cierto punto unos de otros, como preparándose á luchar de nuevo con las fuerzas reunidas del resto de sus imperios. En efecto, poco antes de que Cortés y Pizarro (después del 1518) estendieran en América la dominación española, avanzaron los turcos en Oriente hasta el Tigris en la Siria y el Yemen y el Egipto. Parecía que la necesidad les empujaba á sostener un encuentro terrible por una y otra parte sobre la costa setentrional del Africa; pero en aquellos momentos Carlos V de España se encontraba envuelto en séria guerra con la Francia, y los turcos luchaban por la conquista de la Hungría: así fué que el grueso de ambos ejércitos se vió obligado á trasladarse al Continente, no quedando en el Mediodía sino piraterías y empresas de poca importancia en las costas del Mediterráneo.

neo, y algun encuentro entre dos flotas improvisadas é insuficientes para producir grandes resultados.

A los dos célebres reyes españoles del siglo xvi, Cárlos V y Felipe II, se contraponen en Turquía los dos grandes sultanes Selim y Soliman, en pos de los cuales comenzó en ambos imperios, despues de una grandeza fastuosa tan solo en la apariencia, á asegurarse la dinastía y á abandonarse la máscara política.

Cuando la España perdía, en el siglo xvii, los Países-Bajos y el Portugal, y Sicilia, Nápoles y Cataluña se levantaban tumultuosamente, comenzaban en Turquía los feroces motines de los genizaros, y la pérdida de la Hungría y la Morea señalaban el reflujó de la marea otomana. Si nació entonces algun hombre de Estado ó de guerra capaz de contrarrestar aquella ruina, sus hechos no fueron otra cosa que fugaces relámpagos de la fortuna. Los dos imperios continuaban vejetando todavía por su propia fuerza, pero con la muerte en el corazón, y aunque los poetas españoles cantaban todavía que el sol no se ponía en los dominios de sus soberanos, y los turcos creían muy seriamente que los siete reyes de Europa se ceñían la corona por condescendencia del sultan, es lo cierto que los dos Estados se encontraban hacia tiempo mortalmente heridos y vaticinada su total decadencia, sobre todo al comenzar el siglo xviii. A fines del siglo xvii y principios del xviii, dos grandes coaliciones levantaron sus armas contra la Turquía y la España; los ingleses ocuparon á Gibraltar y los rusos el mar de Azof; aquellos comenzaron á arrojar las primeras semillas de la rebelion en las colonias españolas, y estos entre los rajás turcos.

Casi al mismo tiempo sucedió que la emperatriz Ana (1736-39) declaró la guerra á Mahamud I, y la Inglaterra, despues de la muerte de aquel, á la España; y si los dos imperios no se destruyeron á sangre y fuego, fué á causa de la alianza de la Rusia con el Austria y la guerra austriaca de sucesion, que disminuyeron en mucho la fuerza de ambos enemigos. Al mismo tiempo la Inglaterra á consecuencia del pacto de familia borbónico (1761) cayó con todas sus fuerzas contra Es-

paña, y la Rusia sobre la Turquía en la guerra que tuvo fin en el tratado de Kutciuk Kainargi (1774). Renovóse el peligro cuando la España se mezcló en la guerra de la Inglaterra con la América del Norte, y la Rusia se coaligó con el emperador José en contra de la Puerta. En esta lucha desigual las dos naciones se empobrecieron y atrasaron tanto, que la desesperacion provocó la revolucion del pueblo y las reformas en el poder. Entre los cristianos de la Turquía, como en las colonias españolas, los primeros tratados de comercio y la nueva prosperidad mataron los gérmenes de la rebelion; pero así en uno como en otro lugar, se necesitaba ya el gran incendio francés para infundir un poco de calor y de vida al resto del mundo.

Fundado por la conquista el imperio de los turcos, no supo jamás elevarse para constituir otro gobierno que el del sable; así poco á poco llegó á tocar los últimos límites de su decadencia. Su fuerza moral que un tiempo descansó en la religion, habia perdido toda su autoridad en el trascurso de los años; la militar habia tenido en otro tiempo por base un ejército verdaderamente nacional, pues los genizaros, antiguos dilatadores del imperio, habian llegado á ser los mas encarnizados enemigos, cobardes contra los estranjeros y ladrones decididos contra los súbditos; de aquí que el país no se hallaba mas seguro en tiempo de paz que en situacion de guerra.

La fuerza del gobierno descansaba en el poder despótico de sus sultanes, mientras que ahora, depuesta la austeridad de la vida y del valor militar, habíanse trocado con el tiempo las antiguas costumbres del campo por los ócios sibaríticos del Serrallo.

En el interior el despotismo no habia sabido ser benéfico como el absolutismo de los gobiernos occidentales, que reasumiendo en sí todos los poderes trataban al Estado y al pueblo con la solicitud debida á la familia. Todos aquellos bienes que la soberanía ejerce en otros países, el deber de garantizar la seguridad personal, la propiedad, la libertad, el honor, la instruccion, faltaban aquí en todo ó en parte, y de tal manera, que para todas estas garantías no eran de mejor condicion los

súbditos turcos que los cristianos. El mismo sultan, la imagen de Dios en la tierra, no estuvo jamás seguro ni en su propia familia, persona y dignidad, contra la barbarie de las costumbres y el fanatismo de los usos. Aquello mismo de que la bárbara antigüedad se estremecía en tiempo de la conquista, duraba todavía en el siglo de la mas esquisita humanidad.

Todo pariente ó allegado del gran señor debia hacerse verdugo de sus propios hijos, porque lo que tendia á aislar el trono de todo peligro que le amenazase, encontraba absolucion en los preceptos del Coran; Mahomet II declaró que correspondia legalmente al sucesor del trono al ceñirse la espada de Omar sacrificar á sus hermanos por la paz y la seguridad del mundo. El poder del pachá, mas robusto en los confines del imperio que en los limites de la autoridad del sultan, no era sino una prolongada esclavitud entre cuyos eslabones se encerraba el precipicio y el patíbulo. El puesto de primer ministro habia llegado á ser en tiempo de Selim I un suplicio; el gran visir al entrar en su cámara debia leer estremecido aquella famosa advertencia: ¡VEREMOS LO QUE SABEIS HACER! dependiendo su suerte no del exacto cumplimiento de sus propios deberes, sino de su destreza en acallar todo género de sospechas que le perjudicasen; es decir que en vez de la integridad se usaba de la corrupcion; porque el mas alto puesto ofrecia mayores peligros. El que tenia riquezas adquiridas con probidad, pensaba solo en ocultarlas á la rapiña del sultan y especialmente de los pachás, que mortificados por los usureros armenios querian sostener sus vicios aunque para ello arruinasen las provincias. La peste venal, la intemperancia del cohecho, algun tanto reprimida en tiempo del gran Soliman, llegó á su mayor desenfreno bajo Murad III (1566) que fué el primero en poner precio á la conservacion de los cargos públicos, y tan criminal costumbre, descendiendo desde las mas elevadas regiones hasta las mas inferiores, infestó por completo todo el cuerpo del Estado, por lo cual decia Federico II aludiendo al sistema de los berberiscos: *Los turcos serán capaces de vender hasta su mismo profeta.*

El mal llegó á tener entrada en la familia de los gobernadores, derribando todo sentido político, que es el freno mas poderoso contra los abusos del poder, y los subalternos, como beyes, ayannos, agás, feudatarios y cadís, especulaban con todo género de arbitrios y de estorsiones; el juez se vendia, como se vendia el testigo; el hombre mas honrado en la vida privada, habia de procurar su fortuna por la corrupcion en la pública, ó desentenderse de todo asunto político. Habia desaparecido, en fin, todo equilibrio de justicia entre los deberes y los derechos, todo fundamento de sociedad civil bien ordenada.

Y si la integridad personal habia caido en tan deplorable perturbacion, no menos perturbado se encontraba el bienestar general.

Sin los privilegios de los distritos de los rajás, la jurisdiccion y los derechos extra-territoriales de los legados extranjeros, la Turquía no hubiera tenido comercio propio, como no tenia marina mercante, para vergüenza de su privilegiada posicion topográfica, tan rica en el interior como en las costas, acampada en el ángulo de las tres partes del mundo, y cuando se desconocian el contrabando y el impuesto indirecto. La raza oriental no amaba ese arte que concluye con las diferencias religiosas y nacionales y convierte á los extranjeros en amigos.

Verdad es que los recientes admiradores de los turcos que encontraron en su carácter cualidades con las que hubieran podido engalanarse los romanos, atribuyeron esta antigua simplicidad árabe en materias de comercio, á la consecuencia del impuesto directo que hace excelente la administracion en pequeño; pero por desgracia, tales observadores destruyeron sus mismos argumentos confesando que no los turcos, sino los cristianos se aprovecharon de estas ventajas y solo en aquellos lugares donde el gobierno les abandonó á sí mismos. Esta libertad de comercio no se estiende á las otras profesiones; la agricultura y la industria espuestas al capricho del que manda, se encuentran amenazadas á cada paso, de donde proviene que en esta fertilísima zona de terreno, nueve décimas partes quedaron in-

cultas; el país mas rico del mundo llegó á ser un desierto, y allí donde pudo vivir en la abundancia un pueblo numerosísimo, faltaba entonces lo necesario para muy pocos habitantes.

Un estado insociable donde el hombre no conoce el valor de las cosas, pesaba sobre el pueblo: jamás hubo unidad en las obras públicas; y cuando un sultán ó un visir comenzaban ó prometían alguna cosa, ó no llegaba á realizarse ó se olvidaba en tiempo de su sucesor. En general nunca se llevó á cabo una obra en provecho del bien público, como era el prevenirse contra los incendios, el aprovechamiento de aguas, el estudio de la navegacion, el de la peste y enfermedades de todos géneros; ni siquiera por un momento se pensó en adoptar un buen sistema de defensa contra las invasiones enemigas. Los campos presentaban el aspecto de la desolacion, y las ciudades el de una turba de gentes sumidas en la indolencia y la miseria. Así el órden político no podia menos de resentirse de esta letal indiferencia. Hacia mucho tiempo que no se procuraba mejorar las costumbres ni desarrollar las inteligencias. Las letras, la arquitectura y las ciencias estaban completamente olvidadas. Ningun acento armonioso, encaminado á conmover el rudo pecho de aquella salvaje multitud, habia podido prevalecer sobre el estrépito desarmónico de la música genízara. Todo entusiasmo nacia muerto, á no ser el del fanatismo religioso. El matrimonio, la familia, la ley, la religion, nada existía que fuese capaz de contener los perversos instintos de la naturaleza humana y hacerla digna de los sentimientos mas puros y elevados: esta horda, mas que ninguna otra predipuesta á ceder á los halagos de los sentidos, se habia olvidado al reprobar la monogamia, de la institucion que mejor que otra alguna contribuye á refrenar las pasiones. Toda su civilizacion se habia encerrado en la observancia de los preceptos religiosos. Aquellos que mejor conocieron este pueblo, y le juzgaron mas despasionalmente, le colocan en la última línea de los negligentes y fanáticos.

La idea del progreso, causa principal de este acontecimiento, yacia muerta en la inmo-

vilidad oriental, que negaba toda perfectibilidad humana. No obstante, algunos de los turcos mas instruidos concedían claramente que su pueblo habia llegado á la decadencia por haberse olvidado del antiguo espíritu religioso y no haber sabido aprovecharse de la cultura europea, por mas que el profeta habia dicho que los consejos de los sábios eran tan preciosos como la sangre de los mártires.

Y por mas que admitían las ventajas de una legislacion mudable en el curso de los tiempos, no la consideraban aceptable para sus compatriotas, siendo de opinion que el profeta habia pensado en todo, y por lo tanto se obstinaban en permanecer ciegos sobre la verdadera causa de su decadencia como sobre la del progreso de los francos. En un siglo que avanzó á paso de gigante, haciéndose fuertes contra toda mejora extranjera, debían mas pronto ó mas tarde caer bajo la dominacion de los mas cultos vecinos, y dejarse invadir por la fuerza de aquella parte de sus súbditos que secundase las nuevas ideas. Y afortunadamente para ellos, los grandes Estados limítrofes y la mayor parte de las tribus rajás fueron á encerrarse en las ciudades. Los vecinos mas inmediatos á los países franceses, los albanos, eran de todos los pueblos los mas salvajes y divididos por sus ódios de raza y configuracion del suelo, y sus países, sin embargo de hallarse situados enfrente de la Italia, eran poco menos conocidos que si se encontrasen en el interior de América; que si la poblacion griega, en vez de los límites orientales, hubiese habitado los occidentales, hubiera concedido mas pronto entrada á la civilizacion europea.

Una legislacion tan exclusiva como la de los turcos podia adaptarse tan solo á un pueblo pequeño como el hebreo ó el espartano; pues la política de los grandes Estados conquistadores fué siempre la de hacer suya la mejor parte de toda civilizacion, agregarse los pueblos y refundirlos en una sola nacionalidad. Los turcos, por el contrario, impusieron su dominacion á una multitud de pueblos; pero las partes prevalecieron sobre todo, la fuerza centrífuga venció á la centripeta, y por consiguiente faltó el fundamento de una civilizacion comun. En un territorio que desde tiem-

po inmemorial presenta en el interior de sus impenetrables montes todo género de obstáculos y barreras á la gente bárbara, jamás domada ni por la cultura helénica ni por la romana, ni por la bizantina, no era dado á los turcos encontrar un vínculo ni moral ni material que los redujese á la unidad de la conveniencia europea.

Valacos, arnautos, slavos, búlgaros, tártaros, convertidos en slavos y griegos: judaismo é islamismo, cristianos y armenios, unidos y católicos; lengua turca, romana, rumaná, y slava en sus tres diferentes especies, formaban un caos de confusión que mantenía vivos los ódios antiquísimos entre estas diferentes razas.

La tolerancia y la prudencia política, que hubieran podido conciliar tal cúmulo de contrarios resentimientos, ideas y afecciones, que hubieran llegado á soldar en una sola tanta y tanta parte rota, desunida, faltaban de hecho en los turcos que jamás estudiaron ni practicaron el arte de concentrar y reunir las diferentes fuerzas de su Estado, y hasta puede decirse que apenas lo advirtieron hasta que estuvieron en contacto con las potencias exteriores. Todas las tribus rajás, guardadoras de las tradiciones, de la lengua, de las costumbres, de la religion, de los orígenes, de los usos relativos á sus vecinos y correligionarios, en ninguna época tendieron á un centro comun, y así con doble facilidad se desmembraron en los últimos tiempos.

No obstante, si bien los rajás no habian llegado á estar en contacto con los cristianos vecinos, fácil es de conocer que aquel modo de marchar contra la naturaleza, donde la muerte moral precede á la física, era completamente intolerable para los pueblos. Porque así como en el imperio español los criollos fueron los primeros en lanzarse á la pelea por la ingratitud de la madre patria, en Turquía los antiguos poseedores de aquel suelo se levantaron contra los déspotas conquistadores, y á pesar de que las relaciones entre gobernantes y gobernados fueron distintas por ambas partes, porque los criollos no conocian diferencias religiosas y habian hecho por tanto tiempo una vida apartada de los extranjeros, en tanto que los ra-

jás sembraban ódios implacables de religion entre sus gentes, y estaban de continuo subordinados al estraño por miras ambiciosas, los mismos principios condujeron á los mismos fines, á los asesinatos y las revueltas.

Partiendo de este punto en que opresores y oprimidos defendian como legítima su respectiva causa, preciso es confesar que de una y otra parte no faltan razones en que apoyarse. Los mas calorosos defensores de los turcos no podian disimular la dureza de las leyes antiquísimas del califa Omar para el gobierno de los infieles. En ellas no les permitia fundar ni restaurar iglesias ni usar en público símbolos ni escrituras, ni recitar en alta voz los divinos oficios, ni aprender el árabe, ni llevar armas, ni montar caballo ensillado, y prescribían, por último, hasta la calidad y el color de los vestidos. En Turquía, sin embargo, el rigor de las leyes se templó algun tanto en la práctica. Jamás los turcos usaron en Europa la política de los sarracenos, que en España, en Sicilia y en Creta (en el siglo ix) imponía á los pueblos el islamismo forzoso; en sus anales no se registra bando alguno de gobierno con respecto á persecuciones en masa, ni noche de San Bartolomé, ni dragonadas, ni medidas opresivas y violentas como en Irlanda; los mismos griegos pueden atestiguar que el odio religioso de los turcos fué mas duro y encarnizado contra sus propios herejes que contra los cristianos, así como el odio de los griegos contra los católicos dejó muy atrás el de aquellos contra los musulmanes.

Mahomet II, inmediatamente despues de la conquista de Bizancio, confirmó al patriarca griego en su cátedra, con el fin de instituir un Estado cristiano en frente del Estado turco; dispensó al clero de todo tributo personal, dejó intacta la Iglesia, y no turbó en lo mas mínimo los ritos de sus solemnidades.

¡Todos saben, podian añadir todavía estos apologistas por medio de mil ejemplos, de qué modo se han mantenido estas concesiones, cuántas iglesias han sido continuamente construidas y reparadas, cuántos conventos se les dejaron y conservaron, con qué libertad han celebrado sus fiestas, con qué publicidad y pompa han podido hacer frecuentemen-

te sus peregrinaciones, sus matrimonios y entierros! ¿A qué, pues, disculpar á los osmanlis del reproche de una dura intolerancia y buscarles abogados, si los testimonios de los mismos cristianos hablan tan elocuentemente en la historia, cuando dicen que en el siglo xv los servios preferian pertenecer á la Iglesia griega bajo el cetro de los turcos, mas bien que formar parte de la latina bajo la dominacion de la Hungría, y cuando añaden tambien que en el siglo xvi los cretenses deseaban ardientemente verse libres del poder de los venecianos para volver al imperio de los osmanlis (1), y cuando finalmente, en el siglo xviii los griegos de la Morea afirmaban á los viajeros francos que mas los habian importunado y atormentado los venecianos con su proselitismo, que los turcos que «les habian concedido toda la libertad que podian desear?» (2) Si á pesar de esto, la historia de la Iglesia griega en Turquía presenta la imágen única de una congregacion en la cual se perpetúa la supersticion, la simonia, la desmoralizacion y la bajeza de los pastores y del rebaño, ¿quién siendo justo, podrá atribuir esta falta á los turcos? Si en las aldeas habitadas esclusivamente por los infieles, los paisanos atestiguan su independencia cristiana dejando inmundos puercos vivir con ellos en la mayor intimidad, nada mas que para demostrar que hacian una cosa enteramente contraria á las leyes del Islam, ¿eran los turcos los que habian enseñado esta conducta? En cuanto á la condicion civil de los cristianos, se asemejaba mucho á la religiosa. Dejando aparte el hablar de las tierras en donde reinaba una libertad salvaje, y haciendo lo propio con las privilegiadas que formaban las pensiones de las princesas, del gran almirante y del gran visir, los mismos cristianos extranjeros no habian jamás sufrido en las tierras feudales mas que el impuesto legal exigido á los rajás cultivadores, la capitacion que debia pagarse al sultan y la renta debida á los soberanos propietarios, que no fueron jamás ni injustos ni duros. Pero en la Morea, donde los primados, los archontes y los mismos prestes cristianos

eran los grandes propietarios de la tierra, se veia reinar tambien esta constitucion autónoma, que era un objeto de admiracion y de envidia para los cristianos que la conocian, tales como Blaque y Urquhart. En los municipios, todos eran electores y elegibles; todos los electores elegian á sus ancianos (*demogerontes*); los ancianos á su vez elegian sus jefes (*kodchabachis*) de distrito (*eparchias*), entre los habitantes de la capital; fijábase el impuesto bajo la direccion del gobernador turco en Tripolitza por una asamblea de demogerontes que se reunia en la capital de este *pachalato*; despues de esto, los *kodchabachis*, bajo la direccion de los demogerontes, distribuian el impuesto en los municipios, y los ancianos le repartian á su vez entre las familias.

El mismo sistema estaba en vigor en el continente vecino, la Rumelia, con la sola excepcion de que faltaba en la capital central, y fácil es comprender que la esfera de accion del bey y del cadí turcos, que se encontraban en cada *eparchia*, estaba muy limitada á causa de esta influencia de los municipios así como tambien por la del clero. Las sombrías ideas que se han esparcido sobre la opresion turca deben necesariamente tomar tintas menos negras, si reflexionamos además que en estas ciudades, de poblacion muy mezclada, las necesidades recíprocas hacian al griego, hombre de comercio y de industria, indispensable al turco perezoso, en tanto que el griego no podia pasarse sin el turco que era el consumidor, y si no se olvida que la fuerza del hábito nivela todas las diferencias entre las razas por hostiles que sean, siempre que no estén separadas por una civilizacion muy deferente. Aunque fuese cierto que á los ojos de la multitud grosera en Turquía todos los cristianos eran despreciados, debemos confesar que el gobierno turco no se habia escudado nunca tanto como el veneciano, que dió orden formal á sus proveedores de que tratasen á estos griegos infieles, que no merecian mas que pan y palos, «¡como bestias feroces á las que se debian cortar las uñas y arrancar los dientes!» (1).

(1) Relacion del síndico Garzoni en 1856.

(2) La Motraye, *Viajes*, 1727, t. I, pág. 562.

(1) Daru, *Historia de Venecia*, tom. XXXIX, pág. 17.

Y aun en los tiempos mas modernos, ¿no es un testimonio notable de lo que acabamos de decir y de lo que era la administracion turca, la conducta de los rusofilos, que despues de haber emigrado de la Bulgaria en 1829 abandonaron la Besarabia, volviendo llenos de impaciencia hácia la Turquía? ¿Preciso es confesar que los musulmanes no deben responder de los pecados cometidos por los mismos cristianos! ¿Puede atribuirse á una falta de los turcos el que de todos los distritos habitados por los rajás ninguno estaba mas miserable y mas pobre que el Maina, cuyo suelo no habian hollado nunca los turcos, segun lo atestiguan todos los viajeros? ¿Tenian la culpa de que los jonios de las siete islas, fuesen al fin de la dominacion veneciana mas groseros é incultos que los insulares del mar Blanco (el Archipiélago) que escaparon á la dominacion turca? ¿Fueron los turcos los que forzaron á los hospodares de raza griega á remedar las costumbres mas absurdas y los abusos de sus señores orientales ó quienes obligaron á los señores á circuncidarse para poder tomar parte en los feudos turcos? O finalmente, ¿obligaron á los kodchabachis á unirse á los pachás para estrujar hasta la sangre de los cristianos sus correligionarios? ¿No son ciertamente los turcos los que han inventado el proverbio griego que, entre los tres azotes del país, no cuenta á los turcos mas que una sola vez, y en último lugar, despues de los sacerdotes y los kodchabachis!

Reflexiones de este género pueden, ciertamente, arrojar una claridad menos sombría sobre el sistema turco; pero seria dar una prueba de debilidad de imaginacion y de memoria así como de gran dureza de corazon, si se creyese que esto podia consolar á los oprimidos. Si aun hoy, despues de un cambio formal de sistema, despues de la publicacion espresa de estatutos, despues de todas las intervenciones, y á pesar de toda la vigilancia de las potencias europeas, las órdenes del sultan que deben hacer considerar á los cristianos iguales á los turcos no son mas que letra muerta ¡cuál debia ser la condicion de los cristianos en una época en que los antiguos príncipes reinaban todavía sin cortapisa! Aunque las leyes, las

costumbres y los reglamentos del gobierno y de la administracion turca hubiesen sido irreprochables, sus mas sanos principios no podrian dar buenos frutos en tanto que las provincias permaneciesen entregadas al arbitrio de una brutal oligarquía militar. En la época de la insurreccion griega, un hombre (1) que, mejor que ninguno conocia los agravios que los rajás hacian á los pueblos, los enumera sumariamente de este modo: «Las crueldades y las injusticias cometidas sin conocimiento del gobierno por los visires, los beyes, los cadis y los bodchabachis que cerraban el libro de Mahoma para abrir el suyo, que violaban á toda mujer que les agradaba, que decapitaban á todo negociante rico para apoderarse de su fortuna, que permitian á todos los vagabundos que asesinasen impunemente á todos los griegos que encontrasen por los caminos.» Poco tiempo antes lord Strangford habia explicado oficialmente la insurreccion griega por medio de esta misma causa cuando decia «que era tradicional, que lejos del centro del gobierno, los caprichos de los funcionarios se sustituan á la ley.» El ministro turco entonces tuvo que confesar que el orden político y religioso de este país hacia muy difícil la reforma de los abusos á los cuales no se podia tocar sin hacer caer al mismo tiempo la ley y las costumbres (*adet*) (2). Lo que los diplomáticos llamaban entonces el «caos de las inconsecuencias,» nombre técnico por medio del cual designaban la política turca, lo arbitrario del capricho y el capricho de lo arbitrario, hacia que hubiese tan gran diferencia en el régimen interior entre la tiranía salvaje que reinaba en Turquía y la tiranía sistemática tal como se practicaba en Rusia. Por esto mismo el despotismo turco era preferido por los desesperados y tambien por un populacho que como los búlgaros, preferia la anarquía disuelta de la Turquía puesto que permitia la resistencia, el combate y la venganza al despotismo ruso, que enlazando á todos los súbditos con su lazo indisoluble los mutila anonadando su indivi-

(1) Carta de Ulises á Mehemet-Pachá con fecha del 27 de noviembre de 1822.

(2) Conferencia oficial de lord Strangford con los ministros turcos del 27 de agosto de 1822.

dualidad. Pero para los súbditos pacíficos é inermes que querian vivir del fruto de su trabajo y de su industria, el despotismo turco era lo que habia mas penoso é intolerable. ¿Qué le servia en efecto al paisano pagar los impuestos moderados, tales como se habian establecido por la ley, si estaba casi seguro de ser esquilado y reducido á la desesperacion, por los soldados á que tenia que dar alojamiento, por la venta forzada de sus productos, por los impuestos en especie y las contribuciones de guerra, por los tributos para obras públicas, en una palabra, por distribuciones extraordinarias impuestas sin regla y al capricho de los funcionarios? La bestia de carga al sentirse agoviada por un peso tan enorme, rompía entonces todas las ligaduras, y se trasformaba en bestia feroz, para apagar su sed de venganza. El labrador trocaba los campos por los desiertos, las llanuras por las montañas, en donde, aliado estrechamente á los pastores, se hacia bandolero (*klephto*). Cómo se practicaba en Apulia y en todos los paises romanos, cuya organizacion política no era mas que una anarquía disfrazada, el labrador vivía en una lucha continua y viva contra el poder turco; oponía la violencia á la violencia que hacia reinar el pachá en su provincia, el bey en su eparchia y el agá en el municipio. En la montaña, el *klefto* podia, con una fiereza enteramente teatral, llevar públicamente las armas que en su casa tenia que ocultar cuidadosamente. En efecto, á pesar de la decadencia completa del poder militar de los turcos, el gobierno escluí siempre á los cristianos del servicio de las armas, ó no se lo permitía sino de un modo escepcional, ó cuando la necesidad era apremiante; por ejemplo, cuando se trataba de adquirir marinos para la flota, donde ningun turco habia podido nunca aprender lo que era barlovento ó sotavento, ó cuando se trataba de sujetar á los genizaros por medio de los albaneses ó á los albaneses por medio de los armatolios. A pesar de la comunidad secular en que habian vivido los turcos y los cristianos, así como en América, se habia prohibido siempre el que se educase científicamente á los cristianos, salvo algunas raras escepciones. Por la diferencia prescrita en la

forma y en el color de los vestidos y de las casas, se habia mantenido siempre una línea de demarcacion claramente establecida, que como en América, estaba indicada por los diversos matices de la piel. Así el nombre de *raya* (rebaño), habia llegado á ser una palabra insultante, en contraposicion con los ciudadanos libres. Esta línea de demarcacion habia penetrado tanto en la conciencia popular (1) que cada vez que, segun el ejemplo dado primeramente por el gran Mustafá Kæprili, se publicaban *nuevos reglamentos* para la proteccion de los cristianos, era preciso hacer concesiones al populacho y darle una compensacion, estableciendo con nuevo rigor las leyes ignominiosas sobre los trajes. Estas antiguas leyes de Omar no habian caído nunca por completo en desuso, pues la práctica las habia puesto en vigor tantas veces como habian sido dulcificadas. Es cierto que prohibian que se diese mal trato á los infieles; pero desde un principio los abusos que se permitian los cadíes y los soldados en la campiña habian sido tan duros, que todos los que estaban en aptitud de hacerlo huían á las grandes ciudades, en donde podían al menos encontrar todavia quien les hiciese justicia, aunque fuese por el dinero (2). Pero ¿qué jueces, sin embargo, podían, aun en las ciudades, proteger á los cristianos contra los ataques del fanatismo religioso y contra los caprichos despóticos del vil populacho de las calles que por una simple suposicion, por cualquier falso rumor se conducía siempre como una turba bárbara y embrutecida?

Oponer al Papa romano el patriarca romano en toda su grandeza y en todo su esplendor; conservar á la Iglesia de Anatolia en oposicion con el catolicismo cristiano, como una barrera entre San Pedro y Santa Sofía, la Caaba y San Juan de Letran; mantener á los *rajás* en la obediencia por medio de la servidumbre impuesta á su patriarca; servirse de la caja en donde entraban las rentas del primado de la Iglesia como un banco útil, y manejar á los *rajás* que deseaban trabajar y ganar dinero, eran otras tantas razo-

(1) Hammer, *Historia de los Osmanlis*, t. IV, p. 551, 584.

(2) Zinkeisen, *Historia del Imperio otomano en Europa*, t. III, p. 360.

nes para que los turcos desearan ser súbditos cristianos, mas bien que una poblacion nivelada en lo que respecta al punto de vista religioso. La inmunidad de impuesto concedido al primer patriarca, se cambió bien pronto en un tributo que consistia en cierta cantidad de dinero que deberian pagar los patriarcas á su instalacion (1), y cuya suma se aumentaba cada vez mas. La libertad en la administracion de la Iglesia y en el culto público, y la proteccion contra las continuas persecuciones, costaban á los patriarcas, á los obispos, á los conventos y á las parroquias, rescates enormes y continuos. Si aun en las relaciones internacionales, el fetwa del mufti podia en ocasiones establecer como artículo de fé, que un tratado de paz estipulado con los infieles no ligaba á los musulmanes sino en tanto que era ventajoso á todo el imperio, ¿cómo se hubiera podido esperar que este pueblo, para quien el ódio contra los infieles era una *enemistad natural* (2), respetase sus compromisos con respecto á un pueblo de esclavos que pertenecia á los turcos vencedores en calidad de vencidos (3) para no hablar en calidad de infieles? Se queria que la capitacion que tenian que pagar les recordase constantemente que no debian su vida y el ejercicio de su culto mas que á un favor continuo.

El establecimiento del cuerpo de genizaros, para el cual se habia formado una quinta de los hijos varones de los cristianos, databa de Orkhan (1326-1360) que le consideraba como una medida útil para encender en el corazon de los infieles el deseo de dejarse convertir, y para procurar insensiblemente y sin violencia la supremacia exclusiva del Islam, porque la política hipócrita de estos bárbaros se guardaba mucho de querer establecerla por medio de la fuerza y la violencia. Este objeto parecia que debia conseguirse en la série de los tiempos. El pánico que la conquista turca difundió desde un principio, habia lanzado en masa á los búlgaros desde el siglo xv, en el campo del Islam y de

los genizaros, y desde el siglo xvi se ven entre los bosnios y los albaneses, matrimonios mistos entre cristianos y musulmanes, lazos que establecian entre ellos relaciones fraternales, y todavia se encuentran allí conversiones simuladas de los jefes de tribu, de conciencia ancha, los cuales frecuentemente tenian dos nombres, uno cristiano y otro musulman y que guardaban los santos patronos de sus familias al lado del Coran. Sobre todo, hácia fines del siglo xvii y á principios del xviii llegó un momento en que, á juzgar por varios indicios, el cristianismo parecia estar amenazado en todo el territorio de Turquía de un fin y de una destruccion silenciosas.

Este peligro habia sido creado por las relaciones que existian entre la Europa y los cristianos de la Turquía. La conquista turca era uno de esos grandes acontecimientos, que desde los tiempos mas remotos hacia época en la lucha entre el Asia y la Europa, lucha en la cual la victoria y las derrotas mas desastrosas se encontraban tan pronto de un lado como de otro. Esta conquista era una reaccion contra las cruzadas; durante mas de un siglo, la cristiandad entera no soportó la vergüenza y el peligro sino con la mayor impaciencia y la mas viva emocion. El ódio nacional contra estos intrusos, contra estas hordas extranjeras y sospechosas, el interés que los cristianos experimentaban por la suerte de sus correligionarios de Oriente, removieron á todo el Occidente hasta en las últimas capas de la sociedad, los hombres de Estado, las gentes de guerra, las de iglesia y el mundo sábio. El deseo de estudiar la antigüedad griega, que se despertó entre los humanistas italianos por la escuela de los griegos desterrados de su patria, que se habian establecido en Italia para minar desde allí el papismo y el nuevo mundo romano, como en otro tiempo el arte y la filosofía de los antiguos griegos habian vencido á los vencedores romanos, este primer *fil-hellenismo*, depositó entonces en el dominio de la inteligencia el gérmen de todo el movimiento intelectual y el de la ciencia de los tiempos modernos. En este mundo de sábios, se vió nacer el deseo ardiente de librar el antiguo foco de la civilizacion con tanta fuerza

(1) Zinkeisen, obra citada, t. II, pág. 10-13.

(2) Hammer, *Constitucion y administracion del Imperio otomano en Europa*, t. I, pág. 425.

(3) Hammer, *Historia de los Osmanlis*, t. I, pág. 91.



PAPADIAMANTOPOULOS

General en Jefe del ejército griego.

como habia habido en el entusiasmo de los piadosos fieles que se dirigieron al Santo Sepulcro. En esta impaciencia febril que se habia apoderado de todos los espíritus, el menor hecho de armas que añadía alguna nueva victoria al triunfo de los insolentes bárbaros, parecía hacer temblar á todos los países de la Europa y escitarles instintivamente á la resistencia. Ya, desde los primeros riesgos que corrió la ciudad de Belgrado (1439 y los años siguientes), la Santa Sede trató de hacerse el órgano de esta disposicion de los espíritus en Europa. Persiguió la vana quimera de una union de las Iglesias, tratando de fundar alianzas políticas ó federativas, con todos los que tenían todavía algun poder en Oriente, con los déspotas de la Servia y de la Bosnia, con los tiranos del Peloponeso, con el *Dragon* de la Albania, el célebre Dchourkastrinotch (*Scanderbeg*), al mismo tiempo que en el Occidente apeló todo el mundo á una cruzada ofensiva. Despues de la caída de Bizancio, Pio II puso en juego todas las fuerzas de su inteligencia y arriesgó su salud para ponerse á la cabeza de una cruzada (1463). Despues de la toma de Otranto (1481), la Castilla levantó el pendon de la cruzada contra los moros, y Cárlos VIII prosiguió estos designios aventureros, que segun él debían colocarle sobre el trono de los Paleólogos. Despues de la caída de Lepanto (1499), la república de Venecia, que en otro tiempo odiaba mas á los griegos que lo que temía á los turcos, se colocó durante cuarenta años á la cabeza de los que combatían en Oriente. Despues que, bajo Selim, el poder de los osmanlis hubo tomado una inmensa estension, Francisco I trató de unir las grandes potencias, la España, la Alemania y la Francia en una *santa hermandad* (1517). Despues de la toma de Belgrado y Rodas (1521-1522), los minoritas formularon, en 1523, un proyecto por el cual todos los conventos de Europa debían equipar un ejército de medio millon de cruzados, y los protestantes celosos y ardientes de Alemania hubieran querido poner en movimiento el cielo y la tierra con sus escitaciones á las armas contra esta *nacion odiada de los dioses y de los hombres*.

GRECIA.

Posteriormente, todavía cuando la flota turca dominaba el mar Mediterráneo y la costa septentrional de Africa habia sido conquistada, Malta estaba sitiada y la Dalmacia (1570) amenazada, se formó otra vez en Europa una liga de las potencias del Mediodía, cuya flota debia, despues de su gran victoria naval de Lepanto (1571), reconquistar á Constantinopla. Pero esta esperanza fué burlada como tantas otras de las que se alimentaban en todos estos proyectos y en todas estas empresas, que obtenían por único resultado despertar la vigilancia y poner cierto dique al poder de los turcos. Habían pasado ya los tiempos en que se podia encender un entusiasmo religioso bastante fuerte para resistir el fanatismo salvaje de los osmanlis. Ni aun un Juan Kapistran podia hacer revivir el siglo de Pedro el ermitaño. Ya el ódio contra los bizantinos cismáticos apagaba el ardor entre los cristianos latinos. El poder temporal de los Papas era demasiado débil para que intentasen aspirar á la direccion suprema, y la aureola de su autoridad espiritual se debilitó poco á poco en estas empresas caballerescas pero inútiles, y por consecuencia de las intrigas temporales que se habían puesto allí siempre secretamente en juego. Además, los mismos celos políticos, el mismo antagonismo de intereses que todavía en nuestros dias prolonga la vacilante existencia de los turcos afirmaba en esta época la conquista otomana (1). En su origen la cuestion de Oriente era en sus partes esenciales lo que es en nuestros dias (2). Todos los que participasen en una nueva liga de cruzados hubieran pedido su parte en la presa, pero no hubieran dejado á nadie la parte principal. Aca-so si las circunstancias lo hubiesen permitido, habria podido haber acuerdo sobre la parte que deberia corresponder á Venecia, á Génova, á la Hungría, á la Albania; pero lo que habia de hacerse con Constantinopla, Pio II lo ocultó en la Asamblea de príncipes italia-

(1) Las mismas causas conservaron el débil imperio griego desde el siglo v en que los bárbaros invallieron el Mediodía de la Europa, hasta el xv en que fué conquistada Constantinopla por los turcos. (N. del T.)

(2) Zinkeisen, *la cuestion oriental en su origen*. *Almanaque histórico* de Raumer, 1855.

nos celebrada en Roma (1463) del mismo modo que posteriormente lo hizo Napoleon en una entrevista con Alejandro. Si era preciso que el imperio de Oriente se restableciese, Pio II hubiera preferido, como lo indicó, que entrando los osmanlis en la Iglesia ortodoxa y recibiendo el bautismo Mahomet II reinase allí bajo la proteccion del Papa, mas bien que restaurar el poder de los griegos. Pero el mundo cristiano no hubiera soportado esta combinacion así como no hubiera sufrido tampoco el imperio universal de Carlos V. En efecto, todos los Estados se miraban con recelo mutuamente. Los celos que la casa de Habsburgo alimentaba con respecto á la Hungría, desde que esta se habia reunido momentáneamente á la Polonia, eran tan grandes que en el siglo xvi el Austria quiso mas bien abandonar á la Hungría á las invasiones de la Turquía que auxiliarla y convertirla en un baluarte para proteger á la Europa. Los celos con que los italianos miraban el poder de los venecianos, en los cuales temian ver renacer la ambicion conquistadora de los antiguos romanos eran tan grandes, que prefirieron dejar perecer lentamente el poder veneciano en una lucha de doscientos años, mas bien que dar fuerza á su supremacia y servirse de ella contra los turcos. De este modo, el valor caballeresco de estos cruzados de los siglos xv y xvi mantenía, es cierto, todas las esperanzas de los cristianos de Oriente, pero no se realizó ninguna. Así que se estinguió despues de la muerte de Soliman el espíritu guerrero de la dinastia de Osman, el calor con que el Occidente habia defendido los intereses de los cristianos de la Anatolia se enfrió de un modo notable, á medida que estos se veian menos amenazados por el peligro. Este interés no se manifestó sino en ciertos momentos, así como la resistencia de los vencidos estaba limitada á ciertas localidades. Los mainotas, los montenegrinos, los albaneses en las montañas de Clemente, rara vez dejaban de tener el auxilio ofrecido por los españoles y venecianos en sus luchas, y en una ocasion en la guerra de veinticuatro años sostenida por la posesion de la isla de Creta (1645-69) se hizo una nueva cruzada, en la

cual tomaron parte soldados de casi todos los paises de la Europa meridional. Ningun movimiento ni aun el mas remoto del Occidente que pudiese ser ventajoso á la causa general de la libertad escapó á la atencion de los patriotas griegos. Así el ateniense Leonardo Filaraz pretendió despertar las simpatías de la república inglesa por medio de Milton (1652); pero este noble hijo de la Inglaterra no pudo ofrecer mas que sus votos generosos pero estériles. En las terribles guerras religiosas del siglo xvii, toda la actividad del Occidente se habia empleado demasiado en sus pequeños negocios para poder ocuparse además del Oriente. Allí en donde en el siglo xv habia sido mas fuerte la simpatía, se mostraba ahora la antipatía del modo mas hostil; pues estos eran los tiempos en que el papado desplegabá la supersticion mas extrema en sus ataques contra los cismáticos. De este modo, desde la caida de la isla de Creta, los cristianos griegos debieron creer que su causa estaba completamente abandonada por el Occidente, y por este motivo se ve desde esta época en todos los puntos del imperio la apostasia que parecia prometer á los musulmanes que alcanzarían al fin la victoria sobre la cruz, objeto que con tanta perseverancia habian perseguido. Los kurmulitas, tribu cretense muy poderosa que habitaba en la ciudad de Chusi, en la llanura de Messara, fueron los primeros que se convirtieron en esta época al Islam, si bien permanecieron siendo cristianos en secreto y protectores ostensibles de sus verdaderos correligionarios. Hacia fines del siglo xvi y principios del xviii, los viajeros Chevalier y Pockocke observaron que en la isla de Creta los cristianos apostataban en masa. En el país de los schkipetarios (albaneses), el clero estaba de tal modo desorganizado, que habia muchos municipios en donde hacia ya veinte años que no se veian sacerdotes. Ya hacia el año de 1610 se habia predicho allí la ruina completa y próxima del cristianismo entre los albaneses y los servios, y cuarenta años despues se afirmaba que el número de cristianos albaneses habia disminuido de 350,000 á 50,000. Desde este momento la Iglesia católica tambien parecia presa de esta apostasia general,

pues en 1703, el número de los católicos romanos del arzobispado de Durazzo se había reducido de un modo considerable (1). Su importancia era en esta época de tal modo general en Constantinopla que podría llamarse una verdadera conspiración contra la Iglesia latina.

Pero una Providencia benévola parecía velar sobre los cristianos en medio de esta terrible crisis. Precisamente en este momento memorable un número considerable de hechos de una naturaleza muy diversa, coincidieron, arrojando sobre los mismos osmanlis la catástrofe funesta que amenazaba á los cristianos. Sucedió, en el transcurso de algunos años, que la Puerta, renunciando de repente á su política secular, comenzó á aliviar por sí misma la opresión que pesaba sobre los cristianos, en lo que tenía de mas insoportable y duro. Sucedió también que desde su expedición contra Viena (1683) la antigua fuerza y la antigua fortuna de las armas turcas fueron para siempre destruidas, y al mismo tiempo el hambre, la peste, la insurrección y la deposición de Mahomet IV (1687) conmovieron el interior de la Turquía. Después subió al trono de Rusia Pedro el Grande (1689) y bien pronto se empeñó en la guerra contra los turcos, los cuales, amenazando á Viena aterraron una vez mas á la Europa, guerra que en seguida se concluyó por la paz de Carlowitz (1699), lo cual puede decirse que fué la declaración pública de la decadencia del imperio otomano. La simpatía por la suerte de los cristianos griegos muertos entonces en Occidente, se despertó entre sus correligionarios del Nordeste, á lo que parece con mas energía y prometiendo mucho mas en el porvenir. El Papa Calisto III que estaba persuadido de que el poder del sultan no podría ser destruido mas que por los católicos romanos, había sido burlado en sus miras. Entonces las miradas de los oprimidos se dirigieron hácia el imperio ruso del Norte, con el cual los griegos desde el siglo xi habían tenido relaciones tan estrechas, que en este país todos los cargos que exigían una cultura intelectual y un gran saber, ha-

bían sido siempre desempeñados por los griegos, pues que en la Iglesia, el ritual, los libros sagrados, el canto, la doctrina y la constitución habían sido tomados de los griegos, y finalmente el patriarca de Constantinopla, el esclavo del divan turco, era en el siglo xvi venerado sin oposición en Moscou como jefe de la Iglesia griega. ¡Cuán grande debió haber sido la aureola que en esta época brillaba en torno del monarca, hombre de un temple y de una inteligencia tan superiores, que reinaba como autócrata en este imperio, cuyos príncipes hacia mas de un siglo habían sido ya recomendados á la liga cristiana por el obispo Cedoeini de Lesina, como los aliados mas útiles contra los turcos! En efecto, se decía, por la conformidad de la Iglesia, están seguros de la abnegación de los cristianos sometidos á la Puerta, y á consecuencia de antiguos derechos que evocaron á la posesión de la Servia y la Bulgaria, los príncipes rusos aspiran al trono de Constantinopla, y ante todo, «ellos son los únicos entre todos los príncipes del mundo, que tienen como el turco á sus súbditos enteramente en su poder» (1). En la cabeza de Pedro I, los proyectos de la política rusa sobre la Grecia que, en otros tiempos se han atribuido á otros príncipes, se habían desenvuelto y madurado por completo. Ya en Amsterdam se había grabado su retrato con la significativa inscripción siguiente: *Petrus I, Ruso-Græcorum monarcha*. Sus grandes designios marítimos se dirigían desde el principio, no solamente al establecimiento del poder ruso sobre el mar Báltico, sino sobre todo á la construcción de una gran flota en el mar Negro la cual con la posesión de la Crimea, la gran ciudadela del mar, debía siempre tener á su disposición todos los recursos necesarios para obrar contra el centro del imperio turco (2). Él se empeñó en la guerra de 1711 con la certidumbre segura de la victoria y con la voluntad de hacerse enterrar en Constantinopla. La bandera enarbolada en la catedral de Moscou y que llevaba la inscripción de Constantino: *In hoc signo vinces*, parece anunciar una guer-

(1) Ranke, en la *Revista histórica y política*, t. II, pág. 299, según los informes de los nuncios del Papa.

(1) Zinkeisen, *Historia del imperio otomano*, tom. III, p. 593.

(2) Zinkeisen, obra citada, t. V, p. 353.

ra religiosa, y en efecto empleó todo el influjo de que disponia en las provincias cristianas de la Turquía, en el Montenegro y en Valaquia, como para justificar la advertencia que el khan de Crimea habia dirigido al divan, manifestando que la Rusia, de inteligencia con los rajás amenazaba apoderarse de la Rumelia. En 1714 habia dicho el czar en Riga en un discurso notable: «que el arte y la ciencia habian venido en otro tiempo de la Grecia y que su marcha se parecia á la circulacion de la sangre en el cuerpo humano; y él presentia, añadia el czar, que tarde ó temprano refluyendo, ellos se detendrian durante algunos siglos en Rusia para volver despues á su antigua patria. De esta manera Pedro el Grande mostró ya cuales habian de ser las armas morales de que habia de hacer uso, armas mas temibles á los turcos que todas las de la guerra: indicó las antiguas relaciones dinásticas y políticas contra la Rusia y Bizancio; mostró la fuerza de la civilizacion que, en los tiempos de progreso es tan provechosa para abrir el camino á la conquista, y empleó el gran resorte de la conformidad en la religion, cuyos efectos habia temido la Puerta desde mucho tiempo antes. Cuando los primeros triunfos de Pedro el Grande atrajeron sobre él la atencion de los griegos, la corriente que habia arrastrado á los cristianos de Turquía hácia la apostasia se detuvo súbitamente. Los proveedores venecianos pudieron decir muy pronto en sus informes, que los griegos esperaban ver de nuevo á su Iglesia libre de la opresion. Griegos, servios y rumanos, se afirmaron con nueva confianza en su fé; recordaron sus tradiciones nacionales y exhumaron sus antiguos cantos populares, que propagaron en nuevas versiones. Los montenegrinos se aprovecharon de este favor de los tiempos y del auxilio dado por Rusia para desenvolver su gerarquía como un baluarte contra la Turquía y para establecer en su ciudadela de rocas una independencia cada vez mayor.

Desde esta época y en cada una de las guerras subsiguientes de la Rusia contra la Puerta, los rajás recibieron siempre los mismos impulsos que debian cada vez estimular de nuevo el sentimiento de su nacionalidad,

por embrutecido que estuviese. Bajo la emperatriz Ana, el conde de Munich fué el que en la guerra de 1736-39, concibió de nuevo la idea de sublevar sistemáticamente á todos los cristianos griegos. Bajo Catalina II fueron los condes de Orloff los que en la guerra de 1768-74 desarrollaron los proyectos de Pedro el Grande y de Munich de manera que abrazasen empresas vastísimas, desde el Danubio hasta el Nilo, desde el Montenegro hasta la Georgia: los agentes rusos ganaban á los enemigos de la Puerta, y un aventurero de Larissa, llamado Papadopulos, de que Gregorio Orloff se habia servido para provocar la caida de Pedro III, apareció (1766) en Morea en donde anunció la llegada de socorros rusos y la sublevacion de los cristianos, engañando á los griegos y á los rusos por la exageracion de lo que prometia á unos y á otros. El continente y las islas esperaban su libertad, y eran presa de la mas viva agitacion cuando dos escuadras rusas aparecieron en el mar Mediterráneo y cuando un manifiesto de Alejo Orloff (1770) llamó á todos los correligionarios griegos á la defensa de su libertad y de su religion. En Occidente, Voltaire, el oráculo del siglo, hizo sonar la campana de alarma, y llamó á todos los principes cristianos á tomar parte en esta cruzada emprendida por la nueva Semíramis, cruzada que debia abrir para siempre las dos puertas maritimas de su imperio que los enemigos habian cerrado, en tanto que la otra lo estaba durante seis meses del año por los hielos.

En seguida, cuando nació Constantino, el segundo nieto de Catalina, la misma czarina desenvolvió el *proyecto griego*, dándole una forma mas precisa. Trataba esta princesa de restablecer el trono imperial de Bizancio para este príncipe y transformar los Principados Danubianos en un imperio de Dacios para Potemkin. José II dió su consentimiento (1782) á estos proyectos extravagantes de division de la Turquía, con una condicion tambien extravagante, es decir, que la Servia y la Bosnia volverian al Austria y le seria permitido tomar parte tambien en la division de Italia, se-

cuestrando el continente veneciano (1). Cuando en 1787 los aliados pasaron de las palabras á la accion, y cuando José II declaró manifiestamente al gabinete de Versalles que su intencion era constituirse en vengador de la humanidad y librar á la Europa de los bárbaros, las grandes potencias occidentales, que ya en 1783 habian asistido en silencio á la vergonzosa incorporacion de la Crimea al imperio ruso, de tal modo estaban agotadas por sus guerras de América, que no pudieron oponer obstáculo alguno á estos proyectos. La Francia, á la cual se habia ofrecido en vano como cebo el Egipto que debia tocarle en suerte (2), habia entrado en negociaciones con la Inglaterra para formar con ella la única alianza que pudiese mantener la integridad de la Turquía, pero los whigs ingleses vieron en el pacto de familia de los Borbones y en el desarrollo de las fuerzas navales de la Francia un peligro mas próximo y mas inminente que en los proyectos de los rusos en Oriente y no aceptaron esta alianza. Así los dos colosos del Oriente podian obrar con entera libertad. Los rajás debieron creer de nuevo que la hora de su emancipacion estaba mas cercana que nunca, cuando un nuevo agente (Psaros el Mijconio), llegó con órdenes de la Rusia y dinero para sublevar esta vez el Oeste de la Grecia, la Morea, cuyas heridas de 1770 no se habian cicatrizado todavía; agente que debia convertir á Souli en el centro de la nueva conspiracion y arrojar una pequeña escuadra griega mandada por Lampros-Kanzonis, en el Archipiélago. ¿Qué empresa hubiera parecido entonces imposible á los aliados del Norte? Sin embargo, los cálculos mas seguros que se habian hecho sobre la caída del edificio carcomido de la Puerta salieron fallidos tambien esta vez. Aun cuando la muerte de José II (1790) no hubiera debilitado el poder de la alianza que fué disuelta por la triple liga tan amenazadora entre la Inglaterra, la Prusia y la Holanda; aun cuando la revolucion francesa no hubiera em-

brollado los negocios de Europa y empeñado á la Rusia á indemnizarse en Polonia de sus fallidos proyectos con respecto á la Grecia, los acontecimientos de la guerra misma no hubieran podido corresponder á lo que se esperaba. La condicion bárbara del régimen turco y la naturaleza belicosa de todo el pueblo, que se defendia en sus fortalezas hechas por la mano del hombre ó por la naturaleza, parecieron ser todavía, como siempre, su mas poderosa proteccion. Además, los ejércitos de las dos grandes potencias marítimas, que carecian aun ambas de una marina importante, no mostraron una superioridad de tal modo incontestable, que los agresores hubieran podido disponer del imperio otomano como una posesion que no se les disputaba. Las cosas debian verificarse así todavía una vez mas, como sucediera siempre que se habia atacado á la Turquía. Pedro I, por medio de la paz de Prouth, tuvo que renunciar á la posesion tan importante del mar de Azoff, y sin la venalidad del gran visir, su intencion de hacerse enterrar en Constantinopla hubiera podido realizarse en un sentido contrario y contra su voluntad. En la guerra de 1736 se habian cometido en los armamentos y en la dilacion por los austriacos, y en la de 1768 por parte de los rusos, faltas tan inconcebibles, como las que se cometieron por ambas partes en 1787. Antes de la paz de Koutchouk-Kainardjy (1774), esta obra maestra de la *habilidad rusa y de la imbecilidad turca*, que á los ojos de los hombres de Estado austriacos estupefactos, parecia convertir á la Turquía en provincia rusa, la Rusia estaba casi completamente sin recursos lo mismo que al estipular la paz de Andrinópolis. Era preciso confesar que el *proyecto griego* tan temible, sobrepujaba evidentemente las fuerzas de los rusos. Aun los mismos que habian concedido la idea del *proyecto griego*, solo tenian en él escasa fé. Hacia 1770 la misma Catalina le calificó de locura, y habló de él despues de las primeras dificultades con el mayor desden. José y Kamitz que habian querido explotar en su interés este lado débil de la czarina, no se espresaban de otro modo en 1780 y en los años siguientes. En la misma Rusia,

(1) Hermann, *Historia del Estado ruso*, tom. VI, pág. 464.

(2) Véanse los documentos publicados en 1854 por Napoleón III. *Moniteur* del 30 de junio y del 1.º de julio. Wurm, *Historia diplomática de la cuestion de Oriente*, 1858, pág. 104.

fuera de Potenakin, nadie queria hablar de él. Las ventajas evidentes que habian sido selladas en la famosa paz de Kontchont-Kainardjy (1774) y confirmadas por la de Jassy (1792), eran conquistas esencialmente diplomáticas, que en parte tenian necesidad de ser fecundadas por fantasmagorías y supercherías diplomáticas. En el tratado de 1774 (artículo 4.º) el sultan prometia proteger la religion cristiana en su imperio; pero de estas palabras tan claras, el gobierno ruso dedujo violentamente la consecuencia de que el czar tenia el derecho de proteger á los súbditos cristianos de la Puerta, interpretacion que consiguió hacer aceptar á toda la diplomacia europea y hasta á los mismos rajás que continuaron, sin embargo, siendo victimas como hasta entonces de las rapiñas de los turcos. Los griegos obtuvieron en estos tratados de paz las ventajas mas extraordinarias para el presente y las mas brillantes promesas para el porvenir. Estos tratados aseguraron á la marina mercante rusa los mas preciosos privilegios; bajo su influjo, Odessa se convirtió en una ciudad de comercio floreciente que era, por decirlo así, una colonia griega; los principales agentes por cuya mediacion se hacian los negocios eran griegos, cuyos buques protegidos por el pabellon ruso se aprovechaban muy asiduamente de las comunicaciones que se habian abierto entre el mar Negro y el mar Blanco. Estas ventajas multiplicadas y estas nuevas relaciones dieron nacimiento á una nueva máxima proclamada por los rusos como la primera necesidad de su Estado y que, en los tiempos de las complicaciones griegas, habian siempre confesado con loable sinceridad á la faz de todas las potencias: esta máxima era, que los rusos necesitaban una influencia grande y preponderante en Constantinopla, porque sin ella, les hubiera sido imposible mantener las ventajas y los privilegios que habian obtenido. Pero lo que no se compensaba era el sistema de insurreccion, que desde esta época se organizó regularmente en la capital y en toda las provincias de la Turquía, así por agentes que no habian recibido la menor autorizacion, y que obraban por su propia cuenta, como por medio de los

cónsules oficiales, bien provistos de dinero y de instrucciones. En efecto, para estos últimos el comercio no debia ser al menos en mucho tiempo la ocupacion principal, como se lo prescribió posteriormente en las instrucciones de organizacion el almirante Tchitchagoff. Pudiera creerse que todo esto se habia hecho para fijar mas y mas las miras de los griegos sobre su estrella polar. Sin embargo, no sucedió así. El entusiasmo por la Rusia se habia enfriado considerablemente por los engaños de los agentes provocadores rusos en las dos últimas guerras, por la lentitud de los socorros y por la perfidia con que la política rusa habia abandonado á sus correligionarios sublevados por ella, una vez hecha la paz. Despues de la insurreccion de la Morea (1770), los turcos habian lanzado sobre la desgraciada península á los albaneses, los cuales, durante nueve años la castigaron de un modo tan terrible (1), que un nuevo pánico se apoderó de los rajás en todo el imperio, y en los arzobispados de Ipek y Ochrida comenzó de nuevo la apostasia. Estas esperiencias habian disminuido de un modo terrible las simpatías naturales de los rajás, y ya en 1806, se vió que los griegos ofuscados por otra estrella combatian sin pesar á la Rusia en los buques turcos, y el patriarca se declaraba desde los atrinchamientos de la capital enemigo de los ingleses, aliados en aquella ocasion de los rusos. Las ideas acerca de la omnipotencia rusa habian perdido mucho de su valor. Si en los siglos xv y xvi el papado, á pesar de todo su poder espiritual no habia podido dirigir á los cristianos de la Iglesia latina al socorro de los griegos, el papado del César ruso, á pesar de todo su poder temporal, parecia no tener ya influencia sobre los cristianos de la Iglesia griega en sus Estados. Podria decirse que los griegos no iban á sacar de las instigaciones de sus poderosos amigos otro fruto que la certidumbre de no poder contar mas que con sus propios recursos, por débiles que fuesen. En la sublevacion de 1770, Audroutsos de Locrida, padre del Ulises, que posteriormente fué

(1) Pouqueville, *Viaje á la Grecia*, t. IV, pág. 330-33.—Ermenson, *Historia de la Grecia*, t. II, pág. 311 y siguientes.

uno de los jefes de los insurgentes, habia venido del continente á Morea, en el mismo momento en que las tropas auxiliares rusas la abandonaban. Su retirada fué considerada como una maravilla de perseverancia y de atrevimiento. Él, y el famoso pirata llamado Lampros-Canzonis, ambos ignominiosamente abandonados por la Rusia, pero ambos vivos gloriosamente en la memoria de sus compatriotas, fueron los primeros que por sus hazañas hicieron nacer el pensamiento de buscar la libertad en sus propias montañas y en sus propios mares, armar en guerra buques mercantes y ennoblecer á los kleftos, convirtiéndoles en patriotas y en guerreros que combatesen por la independencia y por la cruz. En efecto, los griegos no debian encontrar su libertad en un impulso dado por los socorros del exterior, sino del interior, no de sus amigos, sino de sus enemigos. Asi como en el reino de España, el espíritu del progreso del siglo XVIII que trasformaba el mundo, lanzó tambien á la Turquía á revoluciones interiores, cuyas primeras ventajas habian de ser para los cristianos, así como en España habian sido para los colonos.

Los vicios y las faltas del imperio otomano llegaron á su apojeo con el desórden causado por la dominacion de los genizaros. Desde que estos pretorianos habian obtenido por la violencia, al advenimiento de Mahomet II (1451) las primeras concesiones, la historia de sus relaciones con los sultanes no fué mas que una série no interrumpida de violencia, de actos de indisciplina, y de extorsiones de todos géneros. Sobre todo desde la muerte de los valientes capitanes Selim y Soliman, adquirieron el hábito de proceder inmediatamente á la insurreccion, á la deposicion del príncipe y á la muerte de los funcionarios y del monarca, desde que el sultan hacia un nombramiento que no les agradaba ó que su sueldo no se les pagaba con toda exactitud. Estos abusos habian determinado ya á Othman II (1622) á tratar de reemplazar á los genizaros con otra tropa de mercenarios compuesta de egipcios y de sirios; pero habia sucumbido en esta empresa (1) y

por lo tanto fué preciso buscar el remedio por un camino tortuoso y de un modo indirecto. Permitiendo á los genizaros el matrimonio y el establecerse en un domicilio fijo, debia trasformarse este cuerpo armado en una milicia y aproximarle mas y mas á la vida civil, mientras que en las provincias se creaba al mismo tiempo un nuevo poder militar reclutado hasta entre los mismos cristianos y formado entre ellos para servir de contrapeso al poder de los genizaros. Ya bajo Amurat IV (1623-40), este príncipe tan enérgico, y posteriormente en 1865, por medio de un decreto definitivo, se abolió con este motivo el tributo de hijos varones que los rajás debian suministrar. Se admitió desde esta época á los cristianos al servicio militar en Turquía haciéndoles entrar en el cuerpo de los albaneses; de suerte que se formó paulatinamente con estos habitantes de las provincias tan belicosos y tan valientes, el núcleo de una nueva infantería que llegó á ser el adversario temible y rival del cuerpo de genizaros. Desde este tiempo se entablaron negociaciones con los bandidos de las montañas griegas que no se habian sometido y que fueron luego parte integrante y permanente de la organizacion política de la Turquía. Se trasformó á los kleftos salvajes en gentes tratables y se dividió toda la Grecia desde el Olimpo hasta las montañas acroceraunas en armatoliks ó distritos confiados á capitanes á los cuales se abandonó enteramente la policía y la administracion de estas comarcas. La abolicion del tributo de sangre no fué el solo alivio que espermentó la suerte de los griegos. Durante la guerra con la liga cristiana (1683-99) todos los rajás se pusieron en movimiento; millares de colonos emigraron á los países fronterizos que pertenecian al Austria (los confines), y la poblacion de la Morea se duplicó en los primeros diez años que siguieron á la ocupacion de la Península por los venecianos (1689). En otros tiempos los sultanes con su política limitada, se habian regocijado cuando habian podido desembarazarse de súbditos tan inquietos; pero en la época de que hablamos, Mustafá Koeprili tenia el gobierno del Estado. Él fué el que temiendo la despo-

(1) Zinkeisen, *Historia del Imperio otomano*, t. III, pág. 744.

blacion y el empobrecimiento del reino publicó los *nuevos reglamentos* por medio de los que las rentas de las mezquitas pagaban tributos para aliviar la carga del Estado, y los infieles debian verse libres de impuestos vejatorios confundiendo todas las contribuciones en una sola directa. Fué tambien el que prosiguió una innovacion que ya su abuelo Moamet Koeprili habia iniciado, y que consistia en abrir á las familias fanariotas de Constantinopla el acceso á los grandes cargos del imperio, y asignó á los griegos el papel importante de intermediarios en todos los negocios que se trataban entre la Puerta y las potencias cristianas. Como esta nueva carrera exigia una educacion europea y el conocimiento de la lengua de Europa, el antiguo sistema que habia querido impedir toda cultura intelectual un poco elevada, se encontró desde entonces destruido. En este punto los turcos llegaron á ser los rivales del gobierno veneciano de la Morea, cuya proteccion y desvelos concedidos al desenvolvimiento de las ciencias, hicieron entonces nacer por primera vez la esperanza de que esta antigua cuna de las artes y de las ciencias podria de nuevo sustraerse á la barbarie. Veremos despues cómo estas primeras tentativas de reforma emprendidas por la Puerta esparcieron en todas partes las semillas de la emancipacion griega, tentativas cuyo resultado llegó á ser funesto al Estado turco. El nuevo régimen introducido en el cuerpo de los genizaros obró de una manera mas fatal todavía que el antiguo sistema. Sus gentes de guerra que se reclutaron desde entonces de una manera casi esclusiva entre sus propios hijos, se trasformaron, manteniendo una especie de carta privilegiada, en pensionistas hereditarios, los cuales escluyendo de sus filas á todo extranjero, y obteniendo privilegios cada vez mayores se sentian devorados del deseo de representar un papel mas importante todavía. Se hicieron inscribir en los cuerpos de oficio, y comenzaron á ejercer toda clase de industrias, lo mismo las legítimas que las ilícitas. Bajo Mahamud I (1730-54) obtuvieron la exacion del derecho de aduanas para las mercancías que introducian en el país, y desde esta época muchos genizaros

tomaron una parte activa en el comercio que se hacia en las costas de Siria y Egipto (1), así como el cuerpo eclesiástico de los mollahz poseia esclusivamente todo el comercio con la Crimea. Cuanto mas extinguian estas nuevas ocupaciones el espíritu de rebelion entre los genizaros, tanto mas apagaban en ellos el espíritu militar: 400,000 hombres se encontraban inscritos en los registros de las 196 *ortas* (2) que componian todo el cuerpo; pero era difícil poner en pié de guerra una décima parte y mas difícil todavía hacerles permanecer bajo sus banderas. El terror que les hacia tan ágiles en presencia de la caballería enemiga, comenzaba á pasar á la categoría de proverbio, así como el valor que desplegaban pillando y robando los países amigos que debastaban y entregaban á las llamas. Las grandes derrotas y las enormes pérdidas de los turcos en sus guerras con la Rusia era una consecuencia enteramente natural de este cambio experimentado por la desesperacion, cambio que llenó de tristeza á Mustafá III en medio de los esplendores del trono de los sultanes, y que le hizo perder toda la confianza en el feliz porvenir de su pueblo. Cuando mas notables y salientes era los síntomas de decadencia á los ojos de todos, mejor se comprende fácilmente que, durante el trascurso del siglo XVIII, en que la pasion de las reformas se apoderaba como una epidemia de todos los pensadores, de todos los hombres de Estado, y de todos los príncipes de la Europa entera, los osmanlis mas instruidos no quedarian al abrigo del contagio. Entre los *ulemas* (3) habia siempre algunas cabezas exaltadas y extravagantes que no eran inaccesibles á las utopias mas aventuradas inventadas por los occidentales. Los miembros de la secta de los bektasch, francmasones de la Turquía, eran considerados como enemigos de los sacerdotes y adversarios del califato hereditario, y como deistas que se reian de las ceremonias, de las leyes alimentarias y de los símbolos del Islam. Es por lo tanto menos singular que hacia me-

(1) *Turkey ist histori and progress*. London, 1851.

(2) Así se llamaban las compañías de genizaros. (N. del T.)

(3) Cuerpo de letrados turcos, especie de académicos. (N. del T.)

diados del siglo, el pachá del Cairo, Ali-Ben-Abdallah presentase al sultan Mahomet un proyecto de reforma radical (1), segun el cual, el Islam debia ceder su lugar á una religion mas natural, y toda la gerarquía y todo el poder espiritual de los ulemas debian cesar por completo. El autor del proyecto para justificarse se apoyaba en el ejemplo de los príncipes cristianos protestantes, que habian sacudido el yugo del mufti romano. Semejante proyecto no podia tener consecuencia inmediata, en un tiempo en que los ulemas, por su parte, preparaban sordamente el proyecto de introducir un gobierno aristocrático, del cual aspiraban á ser las columnas, dejando al sultan que representase solamente un papel insignificante, de modo que los genizaros entrasen en plena posesion de sus mayores privilegios. Desembarazarse de los genizaros por medio de una modificacion militar, era pues la reforma mas urgente que necesitaba la Turquía como Estado militar, que por otra parte no debia romper abiertamente con los ulemas. Precisamente, un siglo despues de Mustafá Koeprili, Selim III volvió á adoptar la idea de esta reforma politica, bajo el mismo nombre de *nuevos reglamentos* (*nizam dchedid*), (1) del cual Mustafá se habia servido. En cuanto á su inteligencia, sus conocimientos, su actividad, su respeto por el derecho y su espíritu libre de toda preocupacion, Selim hubiera sido acaso capaz de hacer despertar á los turcos de su letargo; pero le faltaba fuerza de carácter y una voluntad bastante poderosa para desempeñar el papel de reformador. Hijo y sobrino de dos sultanes que estaban penetrados de la necesidad absoluta de contener la decadencia de los negocios militares, por todos los medios, siendo todavía príncipe hereditario, se habia ya afirmado en las ideas de reforma, tales como estaban en voga en Occidente. Los que le rodeaban mas inmediatamente habian tenido en esto una gran parte, y entre ellos se encontraban en primera linea, el doctor Lorenzo su médico, y

el kapudan-pachá Houssein, é Isaak-Bey, el confidente del príncipe. Selim habia enviado á este último á París en 1787, comenzando una correspondencia con el benévolo Luis XVI, y desde entonces tomaba por consejeros á los franceses. Ya en estos primeros actos de reforma, fueron, segun se ve, los extranjeros los que debian reparar la nueva máquina, pero tambien los que debian destruirla por completo. Selim, lleno de prudencia comenzó á poner en mejor estado los objetos inanimados, las fortificaciones y en seguida la flota, y en último lugar se puso á organizar tropas instruidas á la europea en Asia (1796-99), lejos de la vista de los genizaros. La modificacion entera del departamento de la Hacienda y la limitacion á tres años del tiempo de gobierno de los pachás, eran mejoras que entraban en sus miras reformadoras. Selim queria, al mismo tiempo que desencadenaba á los ciudadanos librándoles de todo lo que impedia el desarrollo de su actividad civil, encadenar el poder de los pretorianos genizaros, y cambiar á los gobernadores en funcionarios que dependiesen del poder central. Aunque Selim solo, poco amado del pueblo y rodeado de enemigos secretos y ostensibles entre los ulemas que temian un ataque sistemático contra el imperio y la religion, hubiese podido llevar á feliz término sus proyectos, durante los veinte años tan tempestuosos de su reinado, sus empresas tuvieron la misma suerte que las de Mustafá Koeprili, y apresuraron la emancipacion de los rajás y la decadencia de la raza dominante de los turcos. Selim subió al trono (1789) en el momento mismo en que estalló la revolucion francesa; procedió á estas reformas militares cuando el cambio experimentado en el interior de la Francia separó de su marcha á toda la Europa, que entró en plena revolucion militar. En el momento en que caia la República veneciana, el movimiento de Occidente amenazaba de un modo inminente á la Puerta. Todas las tribus y todos los jefes de la costa albanesa se mostraban en extremo escitados, y la falta de gobierno en las islas Jónicas, suscitó inevitablemente en la mente de todos los pueblos de naciona-

(1) Impreso en francés en Utrech en 1754, con el título de *Proyecto secreto presentado al emperador otomano Mahomet V.*

(2) *Cuadro de los nuevos reglamentos del Imperio otomano*, compuesto por Mahamoud-Raif-Effendi. Constantinopla, 1798.

lidad griega el pensamiento de un cambio. Entre los jonios, á quienes los franceses encontraron completamente embotados (1), se despertó repentinamente un espíritu público que, con la nueva de la llegada de los franceses al mar Jonio se difundió sobre el continente griego. Era preciso haber estado en esta época en Grecia, decían los viajeros, para poder comprender el efecto que causaron allí estas nuevas. El jóven héroe que conducía á los franceses en Italia, habia querido anteriormente (1794) mantener y elevar á todo precio el poder de los otomanos contra las potencias occidentales, y ahora (1797) reconoció en las islas Jónicas un punto de apoyo de la mayor importancia, ya para sostener á la Turquía, ya para dividirla (2). Los pachás de Scutari y de Janina y el bey del Maina escribieron á Napoleon para felicitarle por sus victorias, y él mismo envió á dos corsos á la Grecia, para tomar informes y para hablarles en sentido consolador de Atenas y de Esparta, y á la vuelta los emisarios dijeron, segun lo que pudieron observar en Grecia, que «no se necesitaba mas que la presencia de Napoleon en aquel país para llevar los límites *galo-grecos* hasta las mismas orillas del Bósforo (3). Cuando Napoleon emprendió su expedición á Egipto para auxiliar á Tippto-Saib en la India y destruir allí la dominación inglesa, parecia que al mismo tiempo aspiraba á realizar el proyecto de Catalina II, y segun decia en San Juan de Acre, destruir el imperio turco para fundar un nuevo imperio de Oriente. Esta conmoción parecia haber sido calculada para aflojar los débiles lazos que unian entre sí á las diferentes partes de la Turquía, y para sugerir el pensamiento de su disolución á todas las tribus ambiciosas, á todos los patriotas llenos de entusiasmo, á todos los jefes atrevidos y á todos los sátrapas alejados del centro del imperio. Este violento impulso dado por las influencias europeas, fué el que in-

terrumpió y detuvo los proyectos del sultan Selim, y en vez de las reformas interiores que debian proceder del jefe del Estado, viéronse una série de revoluciones intestinas en todos los puntos del imperio que habian estado en contacto con influencias francesas.

Tenian estas revoluciones, cuando eran fomentadas por musulmanes, un carácter monárquico y despótico, en tanto que su naturaleza era mas ó menos popular y nacional, cuando los cristianos eran los instigadores. Desde mucho tiempo antes se habia comprendido por las lecciones de la esperiencia, que los grandes gobiernos turcos, colocados en las fronteras extremas del imperio, y cuyo poder era á la vez una de las causas de la debilidad del gobierno, no estaban unidos al poder central, sino por muy débiles lazos, hecho que se explica fácilmente por su alejamiento de la capital y por falta de una marina respetable. Los gobernadores de la Siria y del Egipto habian desafiado el poder de la Puerta ya en el siglo XVI, así como lo hicieron en el XVII los beyes mamelucos en Egipto y los señores de los valles (derebeys) en el Asia Menor. Los renegados de la Georgia que desde un siglo antes poseian por una especie de derecho tradicional el pachalato de Bagdad, no estaban sometidos á la Puerta sino mientras les convenia; pero lo que apareció de nuevo en todos estos fenómenos, desde los tiempos de la revolución francesa, fué que la insubordinación y la resistencia de los pachás se manifestó en provincias mas cercanas del centro del imperio y de la residencia del gobierno central. Las instigaciones de la Rusia y del Austria habian sido la primera causa de este hecho. Así, en Scutari, en que la poderosa familia de los Butchatlia estaba en posesión hereditaria del pachalato desde mediados del siglo XVII, Kara-Mahamud, pariente del último pachá hereditario, habia recibido de parte del Austria (1786) el ofrecimiento de la soberanía de la Albania, si recibia el bautismo, y aunque su rebelión en un principio no tuvo éxito, consiguió, no obstante despues, el ser nombrado para el cargo que habia radicado en su familia. La insurrección de este Mahamud se relacionaba á antiguos derechos; pero desde las guer-

(1) *Historia de las islas Jónicas bajo el régimen de los republicanos franceses*, por el conde E. Lunzi. Venecia, 1860, p. 39.

(2) *Correspondencia inédita de Napoleon Bonaparte*. París, 1819, t. III, p. 65.

(3) *Viaje de Dimo y Nicolo Stefanópolis á Grecia durante los años 1797 y 1798*. Lóndres, 1800, t. II, p. 156.

ras francesas fueron personajes esencialmente diferentes los que entraron en escena. Así como se veía en América, en Haití, en Méjico, en el Perú, caricaturas de soberanos que trataban de remedar al César francés, del mismo modo se vió en Turquía una série de advenedizos explotar la debilidad de la Puerta en provecho de su atrevida ambicion. Un hombre de esta especie era Paswan-Oglu de Widdin, á quien la Europa consideró, durante algun tiempo, como un personaje místico que queria representar el papel de un segundo Bonaparte. Por medio de una vida aventurera en la Albania y en la Valaquia, y en la guerra entre los rusos y los austriacos, habia adquirido cierta superioridad, así es que cuando su padre Paswan-Omar fué desposeido de sus bienes y en seguida decapitado (1791), él se declaró en abierta insurreccion y á viva fuerza volvió á apoderarse de las posesiones hereditarias. Amenazado por la Puerta, reunió en torno suyo soldados licenciados (kerdchalis) y genizaros que habian sido espulsados de Belgrado, y alegó las reformas de Selim como pretexto para justificar su sublevacion, lo que le ganó á los genizaros de la capital que el gobierno no se atrevió á enviar contra el insurgente. Habíase tratado en vano de armar los rajás pacíficos y pacientes de la Bulgaria para oponerse á las tropas de bandoleros de este opresor, el cual (1798) hizo retroceder á las hordas asiáticas, que se habian enviado contra él, y obligó á la Puerta á concederle, exigiéndolo imperiosamente, las tres colas del pachá de Wiadin que habia sido destituido. Despues que la Puerta hubo reconocido á Paswan-Oglu en su dignidad, los genizaros volvieron á Belgrado, en donde uno de sus *agás*, el audaz Achmed, se habia creado ya anteriormente una especie de independencia, tomando el título de dahi (dey) que era el de los jefes de los berberiscos. Las bandas rebeldes destronaron entonces á Hadji-Mustafá pachá de Belgrado, á quien los servios habian venerado como la Providencia de su país, y cuatro de los jefes de los genizaros que habian servido á las órdenes de Paswan-Oglu dividieron entre sí aquel poder, tomando el título de dahis, añadiendo con penosos

impuestos á los labradores y cambiando las aldeas en tchiftliks (1), lo que obligó á los servios á pagar, además del diezmo, un noveno de la cosecha á los genizaros como señores soberanos de los tchiftliks.

A consecuencia de las quejas repetidas de los servios que se veían tan atormentados, el sultan amenazó á los dahis con un ejército extranjero, lo que estos comprendieron como si se les amenazase con un ataque de los rajás contra ellos, y los mas ricos y mas considerados de los cristianos servios fueron desde entonces (1804) el blanco de tratamientos tan duros que les hacían experimentar estos dahis, cada vez mas insolentes, que los servios se vieron presa de la desesperacion.

Estas usurpaciones habian sido hechas, enteramente segun la costumbre turca, por los genizaros, estos antiguos instrumentos de todas las violencias, y tenían por objeto el ultrajar y oprimir á los rajás cristianos. El nuevo gobierno que Ali-Pachá (2) creó por sí en la Albania, no establecía por el contrario ninguna distincion entre cristianos y musulmanes, y parecia tener por objeto la independencia de esta tribu de la cual habia sacado la Puerta, en los últimos tiempos, sus mejores fuerzas militares. Este hombre tenía por orgullo el decir que habia comenzado su fortuna como simple klefto, con solo algunas monedas y un mosquete, y que habia conseguido dar en la historia un nuevo brillo al nombre de un pueblo olvidado, por medio de un principado fundado por él mismo. Habia comenzado la parte mas notable de su carrera con la toma de Trepedelen, pueblo en donde habia nacido entre 1740 y 1750, y despues supo gradualmente (1783) procurarse el pachalato de Tikkala, despues la plaza de Dervendchi-bachi (dignidad que correspondía

(1) Así es como se llamaban las tierras adquiridas por contrato de venta ó por roturacion, las cuales los propietarios podían cultivar por su propia cuenta, pagando un tributo, que consistía en una novena parte de los productos integros.

(2) Falta todavía una monografía concienzudamente escrita sobre Ali. Para juzgarle con justicia, es preciso comparar en todas sus partes las narraciones de los viajeros ingleses Hughes, Holland, Holhouse y Douglas con los historiadores franceses Pouqueville. *Historia de la regeneracion de la Grecia*; Dufey, *Historia de la regeneracion de la Grecia*; Ibrahim Mauzour Efendi, *Memorias sobre la Grecia y la Albania*. Paris, 1827, y otras.

á la kleisurarca entre los bizantinos), y finalmente, por compra (1788) el pachalato de Janina. Habiéndose hecho de este modo señor del Epiro, comenzó su obra, que tenia por objeto oprimir á los poseedores de feudos turcos y á los beyes, aprovechándose de las querellas hereditarias entre las aldeas en las numerosas *clases* de la tribu *toske* (la de las cuatro tribus albanesas mas próximas á él) para redondear sus posesiones y para llevar sus conquistas por el Norte hácia la Albania central, y por el Oeste hácia las costas del mar. Ya en esta época los proveedores venecianos reconocieron que Ali-Pachá era, entre todos los sátrapas, el que poseia mayores recursos y mas capacidad para aprovecharse de la debilidad del poder turco decadente. El pachalato de Delvino era un obstáculo para el establecimiento de comunicaciones con su ciudad natal, así como el pachalato de Berat le cortaba el camino del Norte. Deseando estas posesiones habia pedido en su juventud la mano de la hija de Kourd-Pachá de Berat, pero rechazado por este, se casó con la hija del pachá de Delvino. Con la esperanza de llegar á ser el sucesor de su suegro, para mostrarle su *gratitud* le denunció á Constantinopla y le entregó al verdugo; pero su esperanza se vió burlada y en cuanto á Ibrahim, que le habia tomado la hija de Kourd y su pachalato, no le bastaron cuarenta años para saciar en él una venganza nunca satisfecha y siempre implacable. La principal dificultad que encontró Ali-Pachá en el establecimiento de su principado, no residia en el poder de los pachás vecinos, cuyo territorio no estaba nunca al abrigo de sus rapiñas, sino en las tribus libres de los chimariotas y de los suliotas del mar Jonio, en los armatolios de las montañas griegas y en los venecianos, estos guardianes de las costas que miraban con celosa envidia sus proyectos sobre las ciudades de la córte, tales como Prevenza, Parga y otras. Cuando fué destruida la república veneciana se aprovechó en seguida de las amistosas relaciones que habia establecido con los franceses y de la sencillez del general Gentili, comandante de Corfou, para consolidar su poder á las orillas del mar con la conquista san-

griente de Niviza y de Agio Vasili (julio y agosto de 1788). Cuando tuvo noticia de la invasion francesa del Egipto, previó con gran sagacidad que la Puerta declararia la guerra á la Francia, arrojó la máscara que hasta entonces le habia cubierto y disfrazado como amigo de los franceses, y sin dejarse sorprender por las seductoras promesas de Bonaparte, tomó la plaza fuerte de Butrinto, batió á los franceses en Vikopolis, destruyó á Prevenza, trató de apoderarse de Parga y estuvo á punto de pasar á San Máuro, teniendo siempre como objeto supremo de sus proyectos la posesion de Corfou, á la que *amaba como á las pupilas de sus ojos*. Pero una vez aquí los rusos, tan celosos como los venecianos, se le opusieron en todas partes, y hasta los ingleses cuando atacaron posteriormente (1809) las islas, menospreciaron los socorros que él les ofreció, prefiriendo entregarle á Berat, de donde arrojó al fin (1810) desgraciadamente de su casa y del poder al viejo Ibrahim, al suegro de dos de sus hijas. En este momento el poder de Ali (que en 1803 habia domado á los suliotas y desde 1804 á 1807 á los armatolios y á los kleftos desde la Macedonia hasta la Acarnania) se estendia sobre toda la costa epiro-albanesa, desde Durazzo hasta el golfo de Arta y toda la antigua Grecia, escepto solo la Beocia y el Atica. Sus hijos Mouktar y Véli poseian los pachalatos de Lepanto y de la Morea; Veli impulsado por un interés de familia, aspiraba á la dignidad de kapoudan-pachá que la Puerta tan prudente como los venecianos, los rusos y los ingleses le reclamaban, conociendo que una flota era lo único que le faltaba todavía á Ali, su padre, para poner su poder al abrigo de todo peligro. Se le creyó capaz de mirar como objeto final de su empresa la conquista de Scutari y de toda la Albania, el establecimiento de un reino hereditario que se estendiese hasta el Hebro, y la regeneracion de los ilirios y de los epirotas. Efectivamente, en su modo de ser y de obrar, Ali-Pachá era enteramente albanés. Hablaba y escribia el turco muy poco, y estaba libre de la preocupacion turca, pues no odiaba á los cristianos ni despreciaba á los franceses como lo hacian los turcos. La vivacidad de sus maneras, el cambio rápido en la

expresion de su fisonomía eran cosas contrarias al carácter de los turcos; cuando estaba de buen humor se le veía reír á carcajadas, cosa que no permitía la gravedad turca, y amaba los combates de animales, mientras que los turcos no experimentan la menor inclinacion hácia estos placeres, pues su naturaleza les dirige, por el contrario, á ser humanos con los animales y brutales con los hombres. Hasta la misma crueldad de Ali y su rencorosa venganza, tenían una mezcla de frialdad, de desconfianza y de disimulo refinados, que se parecía muy poco al carácter apasionado de los turcos. Su naturaleza de déspota, parecía reunir todo lo que la codicia y la lujuria, la pasion de la intriga y la perfidia, la ausencia de toda conciencia en la eleccion del fin y de los medios, la barbárie y la sed de sangre pueden imaginar de mas repugnante. La naturaleza insaciable de su ambicion y de sus aspiraciones se demostró sobre todo en las investigaciones que practicó para encontrar la piedra filosofal que debía aumentar sus posesiones y prolongar su vida (1). El profundo disimulo de que se servía para representar toda clase de papeles, el de vasallo leal con respecto á la Puerta, el de musulman ortodoxo con respecto á los turcos, el de espíritu resuelto con respecto á los griegos, el de jacobino con los franceses, y el de camarada con los albaneses, esta hipocresía fantasmagórica y esta refinada perfidia le caracterizaban como el maestro de sus compatriotas, los cuales todos son profesores en estas artes. Ninguno de sus bienhechores, de sus confidentes, de sus amigos y parientes podia estar seguro de que durase con respecto á él el favor de este hombre que desconfiaba de todo y de todos. Cuando arrojó á Ibrahim de Berat, tomó en calidad de rehenes á sus mujeres y á sus propios nietos, para que sus hijos no se pusiesen de parte de su suegro contra su padre. En cambio nadie tenía confianza en Ali; los francos, los turcos y los griegos le miraban con la misma desconfianza, y sus propios hijos y sus compatriotas concluyeron por abandonarle. Un vago temor se cernía sobre la cabeza de todos sus

súbditos, y segun decia su médico Metaxas, habia arrojado una cuerda mas ó menos larga al rededor del cuello de todas las víctimas de su despotismo que tenía entre sus manos. Sabia todo lo que pasaba cerca ó lejos de él, y se mezclaba en todo. Sus agentes en los mas lejanos países le servían tan fielmente como los que rodeaban su persona, y del mismo modo que él sabia todo cuanto se decia y hacia en Alejandria, en Smirna y en el seno mismo del divan, conocia todos los puntos, todos los caminos de su país que recorría todos los años. Su ciudad Janina brillaba, en comparacion de otras ciudades turcas, por su posicion, por sus fortificaciones, por sus dos escuelas y por su industria. La justicia y la policía estaban, por decirlo así, reunidas en una sola mano que era la suya, y los caminos estaban tan seguros, que se podia viajar sin precaucion alguna por todo el país. Por estas causas los albaneses todos, lo mismo los que habian sido sojuzgados por la fuerza que los que no le estaban sometidos, hablaban de él con orgullo y le celebraban en sus cantos. Hasta sus admiradores los ingleses le glorificaban, diciendo: «que habia educado á los albaneses colocándolos á la altura de las mas poderosas naciones del continente» (1). Los mismos griegos le celebraban como á un nuevo Pirro, y Ali se sentía complacido en oirse llamar de este modo por ellos, porque experimentaba un gran placer en dominarlos. Pero este placer no sobrepujaba en él á su egoismo, que era de los mas mezquinos; en su corazon ocupado por una codicia baja y una sórdida avaricia, no habia espacio para un pensamiento nacional, sério y duradero. Podria llegar á ser el creador voluntario de la libertad griega, pero no fué mas que un instrumento involuntario; podia haber sido el sosten del gobierno turco, pero era al mismo tiempo un objeto de terror para él y llegó á ser su víctima; hubiera podido hacer á su querida Albania independiente, pero su fuerza moral no llegaba hasta abrazar el cristianismo, lo cual era indispensable para la ejecucion de este designio. Una division del imperio que representa el islamismo, es un pen-

(1) El doctor Holland, que le visitó como médico, pudo convencerse de esto.

(1) Douglas, *An essay on certain points of resemblance between the ancient and modern Greeks*. London, 1813.

samiento casi inadmisible segun el espíritu del Islam. Dos sables, dice el proverbio, no caben en la misma vaina.

Mas fácil era hacer salir el uno por medio del otro. Era esta suerte la que Mehemet-Ali de Egipto (1), el rival del advenedizo albanés, hubiera preparado acaso á la dinastía de los Osman, si las potencias europeas no le hubiesen detenido en su camino. Del mismo modo que encontraremos á Ali-Pachá empeñado todavia en los acontecimientos que forman los primeros orígenes de la revolucion griega, hallaremos al dueño del Egipto en muchas ocasiones en los momentos críticos de la historia moderna de la Turquía, y vamos por lo tanto á echar una rápida ojeada sobre su carrera, segun lo hemos hecho por la del visir de Janina. Mehemet-Ali era de un carácter mucho mas reservado, si bien como Ali-Pachá, trataba frecuentemente y al mismo tiempo de muchos asuntos diferentes; pero intentaba llegar á un objeto mucho mas sencillo, por un camino mas recto y con una direccion incomparablemente mas constante. Vivo y fácil de ser escitado como Ali-Pachá, activo y laborioso, entregando solo muy corto tiempo al sueño, lo hacia todo por sí mismo y sin que le auxiliasen muchos servidores. Mehemet-Ali estaba dominado por su pasion á la gloria como su rival de Janina; cautivado por la historia de Alejandro como por la de Napoleon, pero mas ambicioso y mas ávido de los elogios del extranjero, y mas sensible á la censura y á la mala reputacion de lo que era Ali-Pachá. Si Mehemet parecia acaso, para satisfacer su codicia, tan insensible, pero mucho mas sistemático que Ali, en el departamento de la Hacienda y de la administracion interior, este vicio no reconocia en él por móvil un egoismo tan personal como en Ali, y solo servia á sus fines politicos. Si cometia actos de barbarie tan sangrientos y tan á sangre fria como Ali, Mehemet no lo hacia sin embargo por satisfacer una crueldad inútil y con alegria, y además estos no eran mas que algunos actos aislados, dictados por una necesidad acaso

rigurosa ó exigidos por el interés de su propia conservacion. Podia obrar con una deslealtad tan pérfida como la del pachá de Janina, pero no se servia de esta cualidad sino contra sus enemigos implacables. Como no tenia servidores honrados, estaba como Ali, atormentado por la desconfianza, y sin embargo, era un amigo seguro para aquellos que le guardaban fidelidad; sabia conservar adictos á los partidarios fieles, y depositaba frecuentemente su confianza en aquellos de quien habia desconfiado sin motivo. En sus relaciones con los extranjeros, habia permanecido siempre fiel á la inclinacion que le atraia hácia la Francia y hácia los franceses. Exento como Ali, de toda preocupacion propia de los musulmanes, conmovió mas abiertamente el Islam y olvidó las leyes. Esta cualidad fué empleada de un modo favorable por él, en beneficio de la civilizacion. Mostró y abrió para la Puerta el camino de las reformas militares, que llegó á ser en Turquía el principio espinoso de toda reforma en el Estado, y en este punto se colocó en oposicion directa con Paswan-Oglu y los dahis del sandjakat de Semendria, y tambien con Ali-Pachá, cuyo interés evidente era no tener á los genizaros por adversarios, interés que le era comun con todos los pachás que residian cerca del centro del imperio.

Mehemet-Ali nació en Kavala en la Rumeilia (1773), en donde se ocupó en el comercio de tabaco (circunstancia que tuvo importancia para él durante toda su vida), y donde estuvo en relaciones íntimas con un comerciante de Marsella llamado Leon. Con motivo de la invasion de Bonaparte en Egipto, Mehemet fué allí con el ejército turco, en cuyas filas ocupaba la categoría de cabo. Allí estudió, despues de la espulsion de los franceses, la manera con que los beyes mamelucos (gobernadores de las veinticuatro provincias del Egipto) trataban de apoderarse de nuevo de su antigua dominacion anárquica y rebelde, en tanto que la Puerta empleaba todos sus recursos para impedir esta usurpacion. El kapondan-pachá, á quien se encargó la mision de instalar en calidad de gobernador de Egipto á su favorito y su antiguo esclavo, Chosrew-Pachá, con-

(1) F. Mengin, *Historia del Egipto bajo el gobierno de Mohammed Aly*, 1823. *Ojeada sobre el Egipto*, por A. B. Clot-Bey, 1840.

vocó (hacia fines de 1801) á un gran número de jefes mamelucos de la casa de Mourad bey en Aboukir, y por medio de una traicion les hizo dar muerte, mientras que arrestaba algunos en el Cairo y perseguia á los demás hasta en el alto Egipto. Este golpe imperfectamente ejecutado, y que estaba en oposicion con el tratado formal estipulado entre la Puerta y los ingleses, protectores de los mamelucos, puso sobre las armas á los bravos soldados, llenos de indignacion, mientras que el débil Chosrew era amenazado por sus propias tropas turcas y albanesas, en cuya insurreccion tomaba parte Mehemet-Alí. Chosrew habia pensado en los medios de desembarazarse de este enemigo peligroso, pero lleno de vacilaciones no se atrevia á decidirse, hasta que el golpe que meditaba le hirió á él mismo. Mehemet-Alí era bastante hábil para permanecer en un segundo puesto, cuando Tahir-Pachá, el jefe de los albaneses, destituyó violentamente al gobernador, bajo pretexto de que se le debia un sueldo atrasado, y permaneció todavía en este mismo puesto, cuando los soldados musulmanes instaron al jefe albanés pidiéndole imperiosamente sus sueldos y concluyeron por asesinarle (mayo de 1803). Despues de la muerte de Tahir-Pachá, Mehemet quedó como único jefe de las tropas turcas. Los experimentos que habia hecho en Egipto le enseñaron á concebir proyectos ambiciosos; trataba de recomendarse al sultan por medio de un gran servicio, es decir, destruyendo á los mamelucos, los genizaros del Egipto. Él, á quien los genizaros de Constantinopla no podian ser ni útiles ni perjudiciales, no se amedrentó al concebir el audaz proyecto de ejecutar sin autorizacion esta empresa en la cual habia fracasado el kapondanpachá. En vez de atacar como este último á sus adversarios con una franqueza torpe, comenzó por unirse á los beyes, entre los cuales Ibrahim-Bey, por su edad y su dignidad, y Osman-Bey-Bardissi, por su poder y por su influencia, eran los mas considerables. Aliándose á ellos persiguió á Chosrew en su huida y se apoderó de él en el Cairo, y sostenido por ellos se desembarazó tambien (á principios de 1804) de Gezairli-Alí-Pachá, nuevo goberna-

dor enviado por la Puerta. La restauracion momentánea del poder de los mamelucos que favorecia de este modo no le preocupaba mucho. Sabia que estos soldados eran profundamente odiados por el gobierno turco, por el pueblo y por los albaneses; veia á sus jefes divididos entre sí por la envidia y los celos; observaba además que Bardissi, cuya familia habia sido siempre del partido de los franceses, habia experimentado un desastre causado por su rival Mohammed-Bey-El-Elfi, protegido por los ingleses; veia que el viejo Ibrahim, que desconfiaba completamente de él, trataba en vano de reunir las fuerzas de los mamelucos en torno suyo y de defender sus intereses. Vióse entonces la repeticion del mismo drama que se habia ya representado una vez, Mehemet-Alí arrojó la máscara cuando hizo atacar (marzo de 1804) las casas de Ibrahim y de Bardissi en el Cairo y previno el golpe con que el mismo Ibrahim le habia amenazado colocando por pura fórmula al prisionero Chosrew á la cabeza del gobierno. Los sobrinos de Tahir-Pachá, el albanés, le hicieron espiar entonces su antiguo crimen, y destruyeron su obra alejando á Chosrew y llamando al poder á Chourdi-Pachá, gobernador de Alejandría. Pero este último tenia á la sazón bastante que hacer, si conseguia aplacar á los mamelucos que estaban en abierta rebelion y á las tropas neutras, hasta que estas últimas elevaron finalmente por propia autoridad á Mehemet-Alí en el puesto de Chourdi-Pachá. En vano los ingleses trabajaron por su protegido El-Elfi; el cónsul francés Droretti habia sido el primero en ayudar á Mehemet-Alí con sus consejos y sus acciones, la Francia aprobó este concurso protegiendo las miras del aventurero, y la Puerta se vió obligada á confirmarle en el pachalato (noviembre 1806). Inmediatamente despues, la buena suerte de Mehemet le libró de sus principales antagonistas Bardissi y El-Elfi que murieron, lo que le permitió emplear otra vez el juego que en otra ocasion le habia producido tan buenos resultados. En efecto, por mediacion de un francés llamado Mengin, se reconcilió con la mayor parte de los beyes (á fines de 1807). Desde este mo-

mento disminuyeron sus enemigos rápidamente, y la resistencia de los mamelucos hostiles, no tuvo desde entonces valor alguno intrínseco. Mehemet-Alí podía, pues, pensar ya entonces en someter á los wahabitas rebeldes de la Arabia, lo que le habia sido con mucha insistencia recomendado por la Puerta á su ascension al poder. Pero Mehemet-Alí no podia aventurarse en esta empresa peligrosa, en tanto que tuviese á sus espaldas á los mamelucos, entre los cuales, los mismos que se habian reconciliado con él, y que continuaban en buena inteligencia con los ingleses, no ocultaban de modo alguno los sentimientos hostiles que alimentaban con respecto al afortunado advenedizo. Para comprender bien todo el atrevimiento del golpe que preparaba, es preciso recordar el éxito que poco tiempo antes habian tenido los proyectos del sultan Selim contra los genizaros de Constantinopla, resultado que hubiera bastado para intimidar á cualquiera, y tanto mas, cuanto que Selim habia sido aliado de la Francia y podia contar con la influencia omnipotente del general Sebastiani, cuando se resolvió á introducir nuevas tropas y nuevos uniformes en la misma capital, y esto en los momentos en que Napoleon I y despues los ingleses se habian aprovechado de la docilidad de Abbas-Mirza, príncipe heredero del trono de Persia, para introducir tropas organizadas segun las reglas de la táctica en este último país. Esta empresa habia costado á Selim (mayo de 1807) el trono y hasta la vida, y cuando Mustafá-Bairaktar, pachá de Roustchouk, avanzó con sus tropas para socorrerle y tomó el serrallo por asalto (julio de 1808), este servidor tan fiel y tan reconocido sucumbió (noviembre de 1808) á su vez en la insurreccion de los genizaros, cuyo dominio aceptó Mahamud II, el último príncipe de la dinastía de Osman, á pesar de que maldecia y execraba á esta fuerza rebelde é inquieta. Solo dos años despues de estos acontecimientos Mehemet-Alí liquidó las cuentas pendientes que habia entre él y los genizaros. Invitó á los beyes, que al mando de su hijo menor Tussun-Pachá debian formar parte de la expedicion contra la Arabia, á que se presentasen con 460 caballos en el Cairo, para asis-

tir á unas fiestas que se celebraban. Cuando se pusieron en marcha para abandonar la ciudadela por la puerta de El-Azab, que conduce á la plaza de Rumeileh, Mehemet encerró á sus convidados en un camino estrecho cortado en la roca, y allí los hizo fusilar. Al mismo tiempo habia dado orden de que se matase á los mamelucos dispersos en las provincias, y sus cabezas llegaron en masa al Cairo. Cuando posteriormente se censuraba al virey la crueldad de este acto, manifestaba con firmeza, que considerando la necesidad absoluta de esta medida, la historia la juzgaria en lo futuro mas equitativa y justificada que la ejecucion del duque de Enghien.

Mehemet-Alí pudo entonces consagrarse con toda tranquilidad á la expedicion de Arabia, en donde los wahabitas acababan de llevar á los ojos de los musulmanes la medida de la impiedad mas perversa y de conmovier de indignacion los corazones de todos los creyentes ortodoxos. La agitacion producida por esta secta se remonta hasta mas allá de la mitad del siglo xviii; pero en la época en que las hazañas de los ejércitos franceses habian conmovido el mundo entero, el movimiento de los wahabitas habia adquirido una estension extraordinaria, cambiando al propio tiempo de una manera esencial su carácter primitivo. El fundador de esta secta Muhammed-Ebn-Abd-El-Wahab, nació á fines del siglo xvii en la aldea de El-Ayeyneh, en donde comenzó su obra como reformador de las costumbres. Esperimentó la suerte de la mayor parte de los innovadores, es decir, en un principio fué arrojado de su pueblo y se vió en la precision de buscar un asilo en casa de Muhammed-Ebn-Soutoud de Derreyeh, capital de la provincia de Nedjed. Difundió en esta ciudad su doctrina (1) que era un islamismo mas riguroso en cuanto á las costumbres; estremadamente severo para los pecados de la sexualidad, para la magia, el juego, el uso del vino y hasta el del tabaco, asi como para toda clase de lujo en los vestidos y en la

(1) Mengin, t. II, p. 451 y siguientes.—S. de Sacy, *Descripcion del pachalato de Bagdad*, seguida de una noticia histórica sobre los wahabitas. París, 1809.

construccion de habitaciones. Bien pronto se estendió la influencia de esta secta por toda la Arabia. Soudhoud (murió en 1765) dilató el poder de los wahabitas por medio de expediciones militares en extremo afortunadas, y el fundador de la secta Wahab, que murió de edad muy avanzada (1787), pudo ver por sí mismo prosperar su doctrina. Poco tiempo despues de su muerte, los wahabitas adquirieron tal poder en las comarcas orientales del imperio, que se esperaba llegasen á fundar un poder despótico que la Puerta no podria jamás conquistar. Bajo Abd-El-Aziz y Soudhoud II, hijo y nieto de Soudhoud, propagaron su doctrina y sus conquistas en los primeros años de este siglo hasta Basra y Bagdad; pero entonces perdieron mucho de su reputacion por las horribles atrocidades que cometieron contra Medcheh-Alí y M. Houssein (Kerbela) en Bagdad, en donde reposaban las cenizas de estos santos hombres. Al mismo tiempo se lanzaron con éxito, unas veces favorable y otras adverso, sobre la Meca y Medina; obligaron al che-rif Galeb, que durante mucho tiempo les habia opuesto una resistencia enérgica, á buscar su salvacion en la fuga; cerraron el camino de los Santos Lugares á los peregrinos y se atrevieron á abrir hasta el mismo sepulcro del profeta, apoderándose de una parte de sus tesoros. Mehemet-Alí habia establecido desde un principio relaciones de amistad con el che-rif Galeb, relaciones que pudieron hacerle creer que habia dado á sus preparativos todas las garantías posibles de seguridad, puesto que confió una empresa de tamaña importancia á su hijo Tussum que á la sazón solo contaba diez y seis años. Pero la primera campaña de este inesperto jefe tuvo mal éxito y hasta la segunda no pudo ocupar los Santos Lugares, y entonces su padre con estremado celo se apresuró á enviar las llaves de Medina á Constantinopla. Entonces Soudhoud II se rehizo de nuevo y acosó de tan cerca y con tanta insistencia á Tussum, que Mehemet-Alí resolvió dirigir por sí mismo la siguiente campaña (1813). A pesar de esta determinacion la lucha se prolongó todavía con éxito variable durante tres años, hasta que Ibrahim Pachá (otoño de 1816), hijo mayor de Mehemet, fué

enviado para destruir radicalmente el poder de la casa de Soudhoud y para conquistar el Nedehid. En la pequeña guerra que Ibrahim hizo á los árabes, no olvidó medio alguno para separar á la poblacion del partido de Abdallah, hijo de Soudhoud II, que mandaba entonces el ejército y que se habia creado muchos enemigos á causa de su avaricia y de su espíritu vengativo; pero que no habia heredado las eminentes cualidades de sus predecesores. En la primera empresa que intentó Ibrahim en el sitio de El-Rass (1817) fracasó completamente y experimentó considerables pérdidas; pero en seguida desplegó tal energía y perseverancia, que aseguró de su parte la victoria y tomó, una tras otra, todas las ciudades hasta Desjarch (primavera de 1818), punto de partida de los wahabitas. Abdalla se vió obligado á rendirse y fué conducido al Cairo y de aquí á Constantinopla, en donde recibió la muerte.

El movimiento guerrero que agitó al mundo en tiempo del imperio francés, bajo Napoleon, movimiento en el cual fué envuelto el imperio de Constantinopla en muchas ocasiones, fué causa de que los vasallos de la Puerta, que se elevaban con tanto atrevimiento en la Albania y en el Egipto, no abusaran de su poder para servirse de él contra los sultanes, y de que Ali-Pachá así como Mehemet-Alí engañaran por tanto tiempo á las gentes mas desconfiadas que desde un principio no habian visto en ellos mas que rebeldes. Peligrosos para una época de paz podian parecer en estos tiempos de guerra, como los mas fuertes apoyos de la Puerta. Cuando en la Albania Ali-Pachá ejercia un poder enérgico sobre un estenso territorio cerrado por todas partes, y sobre las fronteras extremas del imperio Mehemet-Alí restablecia la autoridad de la Puerta, el extranjero no pudo concebir sino ideas mejores y mas favorables relativamente á los recursos del gobierno turco. Y finalmente, cuando Mehemet-Alí, de ordinario tan circunspecto para tomar una decision, como impaciente cuando se trataba de alcanzar el objeto de sus nuevas medidas legislativas, pero tranquilo y perseverante cuando se trataba de llegar al fin de su ambicion dominadora; cuando Mehemet, repetimos, introducía du-

rante sus guerras de la Arabia el nizam-dcheid entre sus tropas, y hacia instruir y ejercitar negros y fellahs á la europea, alcanzando así con su tranquila firmeza una reforma en la cual todos los sultanes y todos los visires habian fracasado, podia creerse que una nueva época acababa de iniciarse para la restauracion interior del poder musulman y para la reforma de los abusos en este Estado tan corrompido. De este modo, despues del aspecto que tomaron los negocios desde este momento, hubiera podido creerse que el engrandecimiento de poder de estos dos hombres debia afirmar mas bien que conmovier el imperio turco. Pero los proyectos de casi todos estos usurpadores fueron desnaturalizados por las agitaciones de diversas tribus que, á causa de una opresion nueva y mas rigurosa, porque estaba mas cercano su origen, viéronse lanzadas á una resistencia violenta contra los señores que tanto les oprimian. Cuando esta resistencia se verificaba en tribus cristianas, se encontraba siempre en el fondo el deseo manifiesto de llegar á la independencia nacional, y sacudir por completo el yugo de los turcos. Así un encuentro que tuvo Mahamud de Scutari con los *montenegrinos*, aseguró la independencia de este pequeño pueblo de montañeses, preparada desde mucho tiempo antes. Desde que los rusos, en la guerra de 1789, habian arrebatado á los venecianos su influencia en el Montenegro, el príncipe-obispo (Vladika) Pedro Petrowitch Niegosch apoderóse de un poder político y gerárquico desconocido hasta entonces en este país, y no conservó mas que en el nombre á los jefes de las provincias en su cargo; pero este poder supremo aumentado de esta suerte, no fué empleado por él sino en provecho de la independencia nacional. Desde mucho tiempo antes, el Skodra-Pachá estaba en mala inteligencia con él, y aprovechándose de su ausencia habia combatido á los montenegrinos con algun éxito; pero en revancha estos le crearon grandes dificultades en la guerra austro-rusa. En estas empresas los montenegrinos eran sostenidos por el Austria, con la que, así como con los rusos, trataban siempre de permanecer en buenas relaciones. Despues de la paz Mahamud creyó que era necesario repa-

rar su defeccion á los ojos de la Puerta y atacó (1795), á la cabeza de 10,000 hombres á los montenegrinos en sus desfiladeros y montañas inaccesibles, pero fué enteramente derrotado. Cuando tres meses despues repitió el ataque con un ejército doble, cayó él mismo sobre el campo de batalla, y consumó con esta segunda derrota la verdadera fundacion de la independencia de los Tchernagorzes.

Lo que los montenegrinos eran para el pachá de Scutari, los suliotas (albaneses cristianos de la tribu de los tchames que pertenecian á diferentes iglesias) llegaron á serlo por el mismo tiempo para Ali-Pachá. Habitaban una fortaleza natural en las montañas casio-peyanas, comarca de un esplendor salvaje y grandioso en que los torrentes Aqueron y Cocyto llenaban la imaginacion de sus moradores con antiguos y heróicos recuerdos. Sus cuatro plazas fuertes estaban situadas á la altura de 2,000 piés encima del valle misterioso, en cuyo fondo el Aqueron desliza sus sombrías aguas. Desde este punto un sendero estrecho conduce al viajero por las fragosidades de la rivera derecha despues de dos horas de marcha por un desfiladero fortificado hácia el primer fuerte que tiene el nombre de Navariko, y por el mismo camino se va despues á Samoniva y á Kiafa, y en último término á Souli (1). Las luchas de Ali contra este pequeño pueblo, comenzaron durante la guerra austro-rusa (1790), cuando los suliotas rechazaron un cuerpo de tropas de Ali que habia invadido sus montañas. A pesar del esplendor poético que rodeaba su defensa heróica, el municipio de los suliotas no era en el fondo desgraciadamente otra cosa que una banda de kleftos organizados en una vasta sociedad, que por medio de las salidas repetidas de sus bandoleros, atacaba y exasperaba á los griegos y á los turcos, así á los musulmanes como á los cristianos. Por esta razon Ali-Pachá pudo llamar á los armatolios griegos contra los suliotas en una segunda expedicion (julio de 1792), durante la cual un nuevo cuerpo de 2,000 alba-

(1) Hughes, *Travels in Sicily, Greece and Albany*, t. III, p. 122 y siguientes.

neses fué anonadado casi por completo. Desde entonces Ali parecía evitar el encontrarse con estos adversarios; pero cuando las islas Jónicas se colocaron bajo la protección de la Rusia (1800), temiendo Ali que el apoyo prestado por los rusos á sus protegidos, llegase á convertirse en un peligro muy sério para él, según el skodra-pachá lo habia experimentado en sus luchas contra los montenegrinos, armó contra la débil tropa de los suliotas un ejército de 20,000 hombres. En visperas de la invasion corrompió á Georg Botzaris, que le entregó las municiones de guerra compradas por él para sus compatriotas, y después (junio de 1800) invadió estas montañas; pero aun esta vez conoció que los asaltos y los combates no producian resultado alguno, y se decidió á bloquear las montañas. Pasado el primer invierno, su ejército se habia reducido á 8,000 hombres á causa de las fatigas y de las privaciones continuas: sus tentativas de soborno que dirigia á cada una de las familias influyentes del país fracasaron, y no tardó en ver una parte de sus pachás, de sus beyes y de sus armatolios, que cansados de tan largo bloqueo se aliaron á los suliotas (1801). Su resistencia que se hacia mas enérgica cuanto mas duraba, fué llevada hasta el fanatismo por el monge Samuel, cuando Ali-Pachá fué llamado á Andrinópolis á causa de una rebelion que estalló en el Norte (1802). Este monge, que tenia todas las apariencias de un salvaje, pero la influencia y la autoridad de un santo, determinó á los suliotas á construir aun un nuevo fuerte, llamado Agia Paraskevi (viernes santo) sobre la roca de Kungi que formaba un ángulo saliente entre Souli y Kiafa. Cuando Ali-Pachá volvió del Norte, obtuvo de la Puerta un firman que le dió mas derecho y mas recursos para la agresion, consiguió ganar á su partido á un nuevo traidor que, durante la noche, abrió las puertas de Souli á Kitsos Botzaris, hijo de Georg Botzaris (26 de setiembre de 1806). Ni Kiaf ni Agia-Paraskevi, en donde Samuel antes que rendirse prefirió perecer con algunos compañeros al ser volado el fuerte, pudieron oponer un dique infranqueable al invasor. La poblacion capi-

tuó y se dividió en tres porciones; dos mil hombres mandados por Fotos Tsavelas se dirigieron á Parga, mil fueron á Tzalongo y veinte familias se retiraron á Reniasa. Solo los primeros escaparon á la perfidia de Ali-Pachá; los demás fueron traidoramente sorprendidos, y de toda la tropa de Tzalongo, de la cual sesenta mujeres con sus hijos se precipitaron en el abismo, en tanto que los demás trataban de abrirse camino con la espada, únicamente cincuenta llegaron á Parga. Los hombres que habian podido librarse de la muerte entraron en su mayor parte al servicio de la Rusia en las islas Jónicas, en donde su manera de vivir durante la paz, y aun en medio de la guerra, formaba desgraciadamente un triste contraste con la vida militar tan esforzada que habian practicado hasta entonces en su país. Pero esto no impidió que sus combates atrajesen sobre ellos por primera vez las miradas de la Europa, y que toda esta parte del mundo reconociese el brillo de sus armas, y no se mostrase ofuscada por estas grandes hazañas. Estas defensas recordaban los sitios de Sagunto y de Numancia. Estos mil hombres capaces de manejar las armas que componian todo el ejército de los suliotas, parecian tener todos el valor que en la antigüedad se les habia concedido á los Espartanos. Un hombre como Fotos Tsavelas parecia ser á los ojos del anciano Kolokotronis, el *ideal perfecto* del género de guerreros que combatian á los turcos. La historia de cada una de las familias principales de Souli está toda llena de rasgos de un interés trágico. Tal es la de los Botzaris, entre los cuales el traidor Georg fué imitado por su desleal hijo Kitsos, que por la violacion infame de la última capitulacion, fué confundido entre los desgraciados suliotas, y espió en seguida su primera traicion después de su vuelta á Arta. En efecto, Gogos Bakolas uno de los seides de Ali, le asesinó en un banquete. Dejó un hijo llamado Markos, que posteriormente se portó como uno de los guerreros mas decididos y mas nobles entre los que manejaron las armas en la lucha por la libertad de la Grecia. La historia de los Tsavelas nos muestra muchos ejemplos de heroicidad, patriotismo y

abnegacion, hechos que han inspirado á Niebuhr la comparacion un poco peligrosa entre las narraciones estravagantes del historiador suliota Cristóbal Perrhaivos y la obra de Tucídides, como han inspirado á lord Byron el paralelo algo exájerado entre los héroes albaneses y los dorios y los heráclidas de la antigüedad (1). El interés que escitaron á este poeta sus viajes y sus cantos, difundieron bien pronto el entusiasmo por la causa de los suliotas en las vastas esferas del mundo civilizado, y los cantos de los mismos kleftos celebraron desde entonces con orgullo esta terrible ciudad de Suli «cuyo famoso nombre ha dado la vuelta al mundo y donde los niños y las mujeres permanecen durante el combate entre los guerreros.»

Solo habia pasado un año desde la expulsion de los suliotas, cuando el Nordeste de la Turquía europea fué presa de una conmocion tan brusca, que parecia iba á segregar de la dominacion turca todas estas partes del imperio, con la misma rapidez que el Montenegro, y por decirlo así, de acuerdo con él. En Servia (2), el poder despótico de los dahis (1804) provocó una resistencia armada, en la cual los habitantes domiciliados y de importancia hicieron causa comun con los heidukas (bandoleros montañeses), los kleftos servios, para escitarlos á una sublevacion á la ventura y sin plan premeditado. Esta sublevacion, que la misma Puerta habia visto nacer sin gran descontento, arrojó muy pronto á los turcos del país, los rechazó de las palankas y de las ciudades á las fortalezas, y puso fin á la dominacion de los dahis. La ocupacion de Belgrado por los genizaros, la lucha prolongada con los subachos en el Mediodía del país, no permitieron sin embargo á los servios volver inmediatamente á sus acostumbradas faenas, que eran el cuidado de rebaños de cerdos, y permaneciendo sobre las armas, concibieron bien pronto el pensamiento de su emancipacion, y el

deseo de alcanzar una situacion parecida á la de los Principados Danubianos, los cuales bajo la administracion de muchos jefes llamados Ipsilantis, habian mejorado mucho en condicion (abril 1805). Presentaron por lo tanto los servios proposiciones á la Puerta que se dirigian á este objeto, entre otras, la de ser puestos en posesion de sus fortalezas, cuya peticion les sugeria el ejemplo de Bucharest; pero que realmente no podia serles concedida. Todos los buenos turcos habian censurado ya amargamente á la Puerta por el armamento de los rajás servios, y por lo tanto no era fácil que el sultan se arriesgase á retirar á los genizaros de Belgrado, y á colocar en poder de los cristianos una plaza fronteriza tan importante, y por este motivo llamó á los ejércitos de los pachás de Nich y de Scutari contra los servios, que se armaron entonces (1806) para una guerra dirigida contra el poder turco, y no solamente contra las autoridades de la provincia como habia sido la anterior. Las circunstancias eran en aquella ocasion favorables á los valientes servios. La Puerta habia sido primero empeñada por Napoleon (1806) en una guerra con la Rusia, y despues, á la paz de Tilsit (1807), abandonada por él; al mismo tiempo las convulsiones interiores que acompañaron y siguieron á la caida de Selim, conmovieron á la capital y al gobierno turco. En estas circunstancias, los servios no solo consiguieron purgar á su país completamente de turcos (mediados de 1807), sino que, para tender la mano y sublevar á los bosnios, avanzaron como conquistadores por la Bosnia y la Mesia hasta Novibazar, ciudad que constituye la principal comunicacion entre la Bosnia y la Rumelia. Si en este momento, los bosnios, atrincherados detrás de sus impenetrables baluartes y separados de la Rumelia solamente por algunas colinas que permitian el paso de un país á otro, cubiertos además por ambos flancos por los servios y los montenegrinos, se hubieran insurreccionado para conquistar su libertad, el incendio, latente todavía entre los griegos, hubiera estallado en esta época, y estando divididas las fuerzas de los turcos y de los albaneses, y separadas de su ver-

(1) Sobre las rocas de Suli y sobre la playa de Parga encuéntrase todavía los despojos de una raza tal que las madres de los dorios adoptarían, y acaso se encuentren allí familias que no negarian la sangre de los heráclidas.

(2) Ranko, *La Revolucion servia*, 1844.—Cunibert, *Ensayo histórico sobre las revoluciones y la independencia de la Servia*, Leipzig, 1855.—Ami Boué, *La Turquía de Europa*, en los capitulos que se refieren á este asunto.

dadero objeto, todo el Noroeste hubiera podido fácilmente sacudir el yugo de la Puerta. Pero la parte servia de la antigua poblacion de la Mesia habia emigrado en 1690, y desde 1740 habia sido reemplazada por albaneses, los cuales, así como los bosnios, estaban divididos entre sí, no tenian hábito alguno de los cálculos políticos, y su ódio contra los servios hacia que la mayor parte se pusiesen de parte de los turcos. Por estas causas esta conquista fué inútil, la sublevacion se vió contenida en su desarrollo, y además todo el país servio, desde el Nich hasta la Moravia fué tomado por los turcos (1809), y hubiera sido toda la Servia de nuevo sojuzgada sin el concurso que le prestó la Rusia. Las divisiones interiores que devoraban el país eran la causa de este cambio de fortuna. Desde el principio de la lucha, los servios habian buscado un dictador (1804). Los tres hombres que habian sido elegidos rehusaron todos este honor con una modestia aparente; pero en realidad los motivos de su negativa eran todavía mas peligrosos que su ambicion, que posteriormente empañó el nombre de tantos jefes de los insurgentes griegos. Stanislaó Glavasch no creyó conveniente que un soldado se colocase á la cabeza de la nacion; Teodosio de Orasciatz, que hubiera querido que se escogiese alguno que pudiese ser fácilmente abandonado, en el caso de éxito desfavorable, no creyó oportuno que un kneso se colocase á la cabeza de partidas de bandoleros, y Jorge el Nero, que finalmente se dejó persuadir, advirtió á los electores que desconfiasen de él, pues que siendo de carácter irascible, no podria sopor- tar ni contradiccion ni desobediencia.

Tal era, en efecto, este hombre de talla gigantesca, cuyo sobrenombre servio (Szrni), así como el nombre turco Kara y el griego Mavros, no designaba el color de su piel, sino su actividad enérgica y viril. Como tantos otros hombres de esta nacion primitiva, era aficionado al vino y á las mujeres; por la noche se entregaba al baile y á la borrachera, y una vez cargado de los vapores del vino se abandonaba á los caprichos de una barbarie superior á la de los turcos. Llevaba siempre

pendiente de su cinto la pistola, su terrible instrumento de venganza, con el cual derribaba á cualquiera que se le oponia, sin formalidad alguna, segun lo hizo con el *knes* Teodosio (de Orasciatz) que fué una de sus primeras víctimas. Un dia, huyendo de los turcos, dió muerte á su propio padre que no quiso acompañarle en su fuga, hizo ahorcar á su mismo hermano que habia violado á una jóven, y prohibió á su madre que llorase por él. Dotado por la naturaleza de un gran génio militar, hacia la guerra con una barbarie inútil, y en los negocios civiles desplegaba la mas absoluta tirania. Para dirigir la administracion y para hacer ejecutar las leyes habia creado un Senado (1805), que llenó muy pronto de adeptos suyos escogidos entre los jefes militares y los gobernadores de las provincias; pero lo dominaba soldadescamente Kara-Georg, el mas considerable de todos estos waivodes, siempre rodeado de numeroso séquito de tropas de á caballo de la Schumadia. Este régimen escitó contra él á sus adversarios que se aprovecharon de los desastres de la guerra de 1809 para arrojar á su partido del Senado (principios de 1810). El dictador se vió de esta suerte obligado á colocarse bajo el amparo de la Rusia. En su juventud aventurera, y antes de emplearse en el lucrativo comercio de puercos, habia sido unas veces soldado y otras guarda-bosque al servicio del Austria, á la cual ofreció en 1804, y tambien en esta otra ocasion, el protectorado sobre la Servia.

El Austria habia poseido la Servia en el siglo pasado, durante veintiun años (1718-39); pero no supo conquistarse simpatias, y apenas habia dejado un débil recuerdo de reconocimiento. Vió con sospecha el movimiento servio sobre sus fronteras desde su mismo origen, y en estos momentos no queria desempeñar un papel que hubiera afirmado la posicion de los rusos en los Principados Danubianos, y dado mas derecho á su influencia que el Austria tanto y tan cordialmente detestaba. A causa de esto, Kara-Georg, á quien la Francia tampoco quiso escuchar, estipuló la paz y concluyó una alianza con los rusos que le ayudaron á batir, en una brillante campaña (1810),

á los turcos, mandados por Churchid-Pachá en la batalla de Warwarin, y á los bosnios en Losnitza, victorias que le permitieron destruir violentamente á cuantos se le oponian en el interior. Churchid-Pachá le ofreció, en la campaña del año siguiente (1811) el gobierno de la Servia bajo la soberanía del sultan; Kara-Georg, fué bastante cándido para informarse en el cuartel general ruso acerca de la determinacion que debia tomar, y su respuesta inspirada por los rusos, fué que los servios, en su cualidad de aliados de los rusos, no harian ningun tratado sin su cooperacion. Se ha reprochado á los rusos el haber recompensado mal á los servios por esta fidelidad, en la paz de Bucharest (1812); pero si en todas ocasiones los han recompensado mal, preciso es convenir que en aquellas circunstancias no hubieran podido quizá recompensarlos mejor.

En esta paz, los turcos hubieran podido obtener cuanto quisiesen de la Rusia, amenazada en estos momentos de la invasion de Napoleon; pero empleando una generosidad de que bien pronto se arrepintieron, y á causa de la culpable condescendencia de sus negociadores, que recibieron despues su castigo, los turcos se contentaron con la restitucion de los Principados Danubianos cedidos por Napoleon al czar. El Austria, que en todas ocasiones mostró siempre la misma firmeza de no querer abandonar estos Principados á la Rusia, hizo depender de esta cesion, su participacion mas ó menos activa en la invasion francesa en Rusia. Era, pues, mucho el alcanzar que los turcos, en estas circunstancias y por mediacion de los rusos, permitieran á los servios que administrasen sus negocios interiores libremente en cambio de un tributo módico. Tanto esto es así, que los turcos se arrepintieron de haber hecho estas concesiones, y se aprovecharon en seguida de la circunstancia de estar la Rusia empeñada en la guerra, para exigir de los servios que volviesen al antiguo estado de cosas, lo que les lanzó á una nueva lucha. Pero el pasado entusiasmo estaba entonces paralizado en la nacion. El proyecto escelente de lucha de guerrillas, concebido por Kara-Georg, fué rechaza-

do por un mal génio, el favorito Mladen, que no quiso esponer á los peligros de la guerra sus molinos ni sus propiedades, situadas cerca de la frontera. Welko, que se habia encargado de la defensa de la villa del Danubio, fué derrotado en Negotin, y el mismo Kara-Georg permaneció inactivo, y se refugió por el Austria en Rusia, á consecuencia de los malos consejos que le dió el agente ruso Neboda, que segun se dice, le aconsejó aplazase la lucha, hasta tanto que la Rusia se encontrara en estado de favorecerle. El país quedó de este modo abierto á la invasion, las fortalezas fueron tomadas, y los turcos ejercieron segun su costumbre una terrible venganza sobre los vencidos. Esto provocó muy pronto una nueva insurreccion (1814) conocida con el nombre de Hadji Prodan, la cual ayudó á ahogar Milosch Obrenowitch, el último de los grandes hospodares suplantados por los pequeños waiwodes de Kara-Georg. Entonces el nuevo pachá Soliman, bosnio que odiaba profundamente á los servios, segun lo hacian todos sus compatriotas, en lugar de cumplir el perdon que habia prometido á los vencidos, hizo ejecutar en masa á los mas considerados entre los revoltosos, y castigó á las gentes de inferior rango con los mas refinados suplicios, haciéndoles quemar, empalar ó matar á palos. Milosch, que por medio de un ardid habia conseguido escapar de Belgrado, se colocó (1815) el domingo de Ramos á la cabeza de una nueva insurreccion, á la cual trató de dar un carácter mas legitimo con respecto á la Puerta y á la Santa Alianza. En comparacion de lo que habia hecho Kara-Georg procedió de una manera mas humana, pues si bien tan violento como el jefe fugitivo, era mas reflexivo y mas prudente. Despues de algunos combates afortunados, siguió tratando á los prisioneros con humanidad, y de este modo se creó un partido entre los mismos turcos y supo hacer personalmente la paz con la Puerta, puessiempre afectó combatir, no al sultan, sino únicamente á sus insensatos servidores. Contentóse con hacer lo que era posible, y consintió en que las fortalezas permaneciesen en manos de los turcos, representando, aunque era cristiano, el papel que habian representado Ali-

Pachá y Mehemet-Alí, y que posteriormente Ulises y otros afectaron también; es decir, permanecer en una semi-independencia bajo la dominación de los turcos, por obtener la libertad completa. Las inclinaciones pacíficas de los tiempos modernos favorecían su causa; el Congreso de Viena y la embajada rusa le auxiliaron, y de este modo la Puerta permitió que Miloch fuese elevado de hecho á la dignidad de jefe hereditario (*kinias*) del gobierno servio, después de una elección hecha por los señores, los prelados y los comerciantes (6 de noviembre de 1817). Reconociendo espontáneamente la Puerta su poder, esperaba conservarle en la mayor independencia con respecto á la Rusia, y disimulaba el furor que despertaba en ella el ver á una de las más numerosas tribus de sus súbditos cristianos, dar impunemente el peligroso ejemplo de una semi-independencia alcanzada por medio de las armas.

Al principio de la sublevación de la Servia, se mezclaron con ella tentativas que se encaminaban á provocar un movimiento entre los dacios y los griegos, movimiento que entre los primeros tenía un carácter diplomático y entre los últimos tendencias puramente militares. En la época en que se verificó la sublevación de la Servia, el hospodariato estaba en manos de Constantino Ipsilantis. Su familia era entonces una de las más consideradas entre los fanariotas, simpática á todos los griegos á causa de sus sentimientos patrióticos, y á los rumanos por la administración que benévolutamente había ejercido en los Principados Danubianos. Alejandro, padre de Constantino, había merecido, por su gobierno dulce y clemente que había desempeñado en tres diversas épocas en este país, el sobrenombre de padre de aquellas comarcas, y vivió desde 1798 en Constantinopla como un simple particular, rodeado del respeto de los extranjeros y de los indígenas, que frecuentemente le pedían consejos. Sus dos hijos habían sido desde su más tierna edad (1782) comprometidos en varias conspiraciones que tenían por objeto la emancipación de la Grecia, y el mismo Constantino entró posteriormente, durante la guerra austro-rusa, en negociaciones

con los enemigos de la Puerta y propuso un proyecto para el establecimiento de una Grecia independiente. Su secretario de Estado y su alumno en política fué aquel célebre Rhigas de Thesalia, cuyo nombre brilló á la cabeza de la libertad de la Grecia. Después del éxito de esta guerra que destruyó tantas ilusiones, los Ipsilantis habían adquirido gran importancia en el Consejo del diván, cuando, Alejandro, admitiendo las ideas de reforma del sultán Selim, concibió el proyecto de una reconciliación entre turcos y griegos, empleando como medio de dar nuevo vigor á ambas nacionalidades la fusión de las dos, é hizo componer á su hijo Constantino y bajo su misma dirección un proyecto relativo á la transformación del ejército turco.

De este modo los jefes de esta familia poseían los menores detalles de la administración turca, eran considerados por los diplomáticos extranjeros y se habían familiarizado con los grandes proyectos que hacían brotar los grandes acontecimientos de esta época. Constantino sobrepujaba mucho, según la opinión de los diplomáticos extranjeros, y sin duda alguna, á los orientales de su época. Durante toda su vida agitó en su espíritu la idea de la emancipación de la Grecia por medio de un ejército de rajás. Cuando la revolución francesa comenzaba á propagarse Rhiga (según tendremos ocasión de verlo pronto) pensó en alcanzar este objeto con el socorro de la Francia, y Constantino trató por el contrario de conciliarse con las demás grandes potencias para este proyecto, y sobre todo dirigió sus esfuerzos á ganar la asistencia de la Rusia. Por este motivo se aprovechó en un principio de la posición que le daba su puesto de gran-drogman (desde 1796) para determinar á la Puerta, desde el principio de las turbulencias del Egipto, á que se dejase arrastrar á una política hostil á la Francia, política á que permaneció fiel durante toda su vida, acaso con detrimento de sus proyectos. Cuando después de la formación de la triple alianza entre la Puerta, Rusia y la Inglaterra, se entablaron en Constantinopla negociaciones acerca de la suerte de las islas Jónicas (1799), tuvo intención de formar en estas islas, al Sur

del imperio, un centro greco-cristiano para sus proyectos secretos. Estaba á punto de elevar á los griegos de las siete islas, mediante tratados particulares, á una condicion mas libre que la que gozaban los rajás, bajo la inmediata soberanía de la Puerta, cuando la Rusia interpuso su designio de colocar bajo su inmediata proteccion á las islas, y nombrando á Constantino hospodar de Moldavia, lo desterró de un modo honroso de Constantinopla.

Mientras que este principe creaba allí, por medio de su administracion, un estado de cosas mas regular y un régimen mas soportable, la Valaquia, presa de la anárquica usurpacion de los dahis de Servia y de Paswan-Oglu de Bulgaria, pidió y obtuvo á Constantino por hospodar (4 de octubre de 1802). Este entonces llamó la atencion, no solo de todos los indígenas, sino tambien de todos los extranjeros cuando, haciéndose campeón de la legitimidad, purgó en poco tiempo al país de todos aquellos que le devastaban, arrancó al temible Paswan-Oglu su tratado de paz, y, aprovechándose de la querella que dividia á los pachás vecinos, y valiéndose de los turcos contra turcos, hizo nacer en torno suyo una paz segura y duradera. Tomando por base la tropa que habia conseguido organizar en estas luchas, y uniéndose en primer lugar estrechamente con la Moldavia, dirigió todos sus esfuerzos hácia el establecimiento de un ejército dacio, del cual esperaba servirse posteriormente para la realizacion de sus grandes proyectos, en la suposicion de que fuese protegido por las grandes potencias, que creian que las turbulencias y desórdenes continuos en el interior del imperio turco, hacian imposible la existencia de la Puerta. Con la intercesion de los gobiernos ruso y prusiano, y representando él mismo á la Puerta que las turbulencias de Rumelia podrian muy bien provocar una intervencion extranjera, trató de obtener la autorizacion de la Puerta para organizar este ejército. Bajo el pretexto de que su deber le ordenaba proteger á los Principados de la anarquía, invitó por sí mismo y en muchas ocasiones á la Rusia para que los ocupase, previniendo hábilmente que en este caso

la Puerta preferiria concederle la autorizacion para formar un ejército nacional. Pero todo el mundo parecia que penetraba estos atrevidos proyectos: la Puerta estaba llena de desconfianza, la Prusia le retiró su apoyo, y la Rusia pagó al Bizantino, con artificios bizantinos, espionando la ocasion en que pudiese servirse de este principe como de un instrumento para sus propios intereses. En este momento estalló la rebelion de los servios (1804) contra sus dahis. Constantino se puso en seguida de su parte contra los que habian originado la anarquía, y sostuvo en el seno del divan sus quejas contra los dahis, ayudando á los servios en su empresa, suministrándoles armas y municiones de guerra. El fué tambien el que despues de la derrota de los dahis inspiró á los servios la peticion un poco fuerte de que se les cediesen las fortalezas (1806), esperando además obtener, á consecuencia de estas nuevas complicaciones en que se encontraba la Puerta, la autorizacion que tanto deseaba para organizar su ejército. Si estas turbulencias interiores se hubieran desarrollado en gran escala sin ser detenidas en su marcha, el principe Constantino, en apariencia tan leal, se hubiera colocado muy pronto en las filas de los rebeldes servios y griegos; pero los acontecimientos que se verificaron en Europa decidieron de otro modo de su suerte. Vacilaba entonces el divan sin poder decidirse entre la alianza con Napoleon y el sistema político por que habia trabajado Ipsilantis por espacio de ocho años; pero la presencia del general Sebastiani (otoño de 1806) decidió á la Puerta á aliarse con la Francia y ocasionó la caida de Ipsilantis. El principe evitó que se consumase la sentencia de muerte que sobre él habia caido refugiándose en Austria; pero su anciano padre, Alejandro, pagó por él y fué víctima de la barbarie turca. Constantino entonces se arrojó en medio del torbellino de la politica en gran escala, escitó á la Rusia á la guerra contra la Puerta y fué recibido con gran consideracion en San Petersburgo, en donde hizo la esposicion de sus deseos y proyectos que consistian en unir bajo su mando á la Moldavia y á la Valaquia, al mismo tiempo que la Servia deberia ser auxiliada

por un cuerpo de ejército ruso que recibiría instrucciones para obrar de acuerdo con él. Pero la respuesta que se le dió en Budberg exigía cambios esenciales en estos proyectos, y Constantino tuvo entonces ocasion de convencerse del modo con que la Rusia se dirigía siempre con igual prudencia y perseverancia sin consultar mas que sus propios intereses. Partió sin haber obtenido audiencia de despedida; pero desde que la Rusia, obligada por los acontecimientos se lanzó á la guerra, Ipsilantis se presentó en Iassy, en donde lo mismo que en Valaquia, los boyardos le eligieron jefe (principios de 1807). Entonces la Rusia, continuando en su tradicional desconfianza, se opuso á estos proyectos y le obligó á soltar las riendas del gobierno de la Moldavia. Todos estos esfuerzos, cualquiera que fuese el punto á que él se dirigiese, tuvieron siempre el mismo resultado contrario á sus deseos. En vano se esforzó todavía otra vez en separar á la Puerta de la alianza francesa, en vano trató de estimular á los rusos á una actividad mas enérgica. Es cierto que la caída de Selim y el fin de la influencia francesa, que fué la consecuencia inmediata de este acontecimiento, pareció que venia en ayuda de Constantino, pero la batalla de Friedland obligó á los rusos á estipular con Napoleon la paz, en la cual abandonaron á la Puerta á su suerte y con ella tambien á Ipsilantis. El czar habló al emperador de este último. «¡Conozco sus proyectos, dijo Napoleon, nos engaña á ambos y no trabaja mas que para conseguir sus quiméricos planes!» Desde entonces el príncipe Constantino, vigilado por la policía rusa, y no pudiendo establecer inteligencia alguna con la Servia ni con los Principados, se fijó en Kiew, en donde murió en 1816. Su hijo mayor Alejandro, que nació en 1792, entró desde muy jóven al servicio de la Rusia y perdió su mano derecha en la batalla de Dresde. Las ideas del padre, con motivo de la emancipacion de la Grecia, llegaron á ser la herencia de Alejandro y de sus tres hermanos mas jóvenes, á los que Constantino legó, como resúmen de sus tristes esperiencias adquiridas en Rusia, y en las relaciones con esta potencia, las últimas palabras que pronunció al

morir: «No olvideis que los griegos, para alcanzar su independencia, no deben apoyarse sino en sí mismos.»

Al estallar la revolucion servia, segun hemos dicho, al movimiento monárquico y diplomático de la Dacia se habia mezclado tambien un movimiento griego, en el cual tomó una parte activa Constantino Ipsilantis. El incendio que abrasaba el Noroeste de la Turquía, amenazó propagarse tambien hasta el Este hácia el continente griego y abrasar las eparchias semi-libres, ó sea desde la Acarnania etolia hasta el Olimpo, en donde conservaban el orden los capitanes armatolios acompañados de sus soldados (*palikaros*). En estas bandas armadas, así como en las de sus hermanos los kleftos, se vieron brotar los primeros gérmenes de la regeneracion física de aquel pueblo degenerado. En sus primeras invasiones habian rechazado á esta raza griega como si fueran ciervos ú otros animales tímidos; trescientos años despues, los venecianos habian visto que no solo los griegos de las ciudades, sino tambien hasta los mismos pastores albaneses de las montañas de la Arcadia, tenian muy poca aficion y hasta aversion por el uso de las armas; ¡y aun durante la sublevacion se les ha visto huir llenos de espanto como liebres, delante de los turbantes turcos! Pero en este núcleo vigoroso de la nacion, que recordaba todavía á los ingleses el traje y la costumbre de los habitantes de las montañas de Escocia, se habia efectuado un profundo cambio desde que se habia suprimido el tributo de sangre. Desde este tiempo la juventud habia permanecido en sus hogares, y los que por vigor natural ó por la desesperacion preferian la vida de rapiña á la de la esclavitud, partian para las mismas montañas, en que desde los tiempos de Tucídides y de Polibio, los locrios y los etolios no habian podido ser jamás obligados á respetar la paz pública, para ejercer el mismo oficio, que era mas bien un honor que un crimen para ellos, lo mismo que para los bandoleros y los piratas de la antigüedad. La familia rajá que habia enviado á uno de sus hijos á la montaña, contaba con mayor seguridad en su casa, porque los tur-

cos temian la venganza del hijo que se veia lejos de sus padres, y por esta causa, lo que en otras partes es un crimen, considerábase aquí como una especie de deber. Un esplendor poético, la gloria de defensor de la fé y de la independencia, rodeaba á estos hombres, que mantenian vivo en su corazon su ódio hácia los turcos. Los cantos populares celebraban las hazañas de aquellos capitanes, que como los gauchos de América, se distinguian por su valor, su fuerza física, su astucia, el brillo de sus armas y su destreza en manejarlas, así como por su aspecto magestuoso é imponente. Cuando durante la guerra de la independencia, el inglés Hamilton aconsejó á Kolokotronis que estableciese un convenio con los turcos, el viejo Klefto respondió con orgullo que jamás consentiria en ello. «Los turcos, añadió, han podido matar á unos griegos y reducir á otros á la esclavitud; pero nosotros hemos vivido libres de generacion en generacion; nuestro rey ha sido muerto en otro tiempo sin haber estipulado tratado alguno, sus soldados han continuado combatiendo sin tregua ni descanso, y algunos de sus castillos son inespugnables; los soldados son los kleftos; los castillos Maina, Suli y las montañas.»

En las montañas de la antigua Grecia continental, propiamente dicha, se consideraban como los dos principales baluartes de la libertad de los kleftos en el interior, la eparchia muy poblada en Agrafa, y sobre la costa oriental, el Olimpo, este gigante de las montañas. Los habitantes del país circunvecino del Olimpo han conservado en medio de su sencillez una tradicion vaga que les recuerda la memoria de la antigua residencia de los dioses, segun la cual en otro tiempo el cielo y la tierra se han unido en la cima del Olimpo; pero ahora desde que los hombres son mas perversos, Dios se ha elevado mas arriba (1). En el célebre canto de la lucha entre el Olimpo y el Ossa (2), el rey de los montes, que el pié del turco jamás ha hollado; con sus cuarenta y dos cimas y sus sesenta y dos fuentes,

de las cuales cada «una tiene su bandera como cada rama tiene su klefto,» mira desde lo alto y con un orgulloso desden el Ossa, esta baja morada de los cuniarios (la colonia turca de Iconio en la aldea de Baba). Los capitanes de las cuatro armatolis situadas en torno del Olimpo, en donde, segun las *tragodias* de los kleftos, los fuertes no caen nunca enfermos, en tanto que «los enfermos recobran pronto vigorosas fuerzas,» gozan en todas partes y ante todos los demás, de la mayor gloria como jefes mas independientes. Los kleftos de la Tesalia, así como los de la Magnesia á la falda del Pelion, sobre el golfo de Volo, que en otro tiempo presenció la partida de los argonautas, tenian sus honores particulares, y aquí fué donde el primer rayo de un espíritu mas elevado vino á dar una nueva actividad á estas bandas de salvajes.

El país montañoso y encantador de la Magnesia (la eparchia de Zagora-Pelion), que pertenecia á la sultana madre, era uno de los asilos mas hermosos de la Grecia, habitado por una poblacion sana, industriosa y que vivia desahogadamente esportando los productos de su suelo y de su industria á países muy lejanos, y en la que los turcos solo habian podido apoderarse de dos puntos, Volo y Lechonia. El bienestar de los habitantes, habia despertado en ellos la cultura intelectual. Daniel Filípides y Konstandas, naturales ambos de Milias, así como el médico Cavras de Amfiloquia, figuraban en el número de los primeros traductores notables de obras extranjeras científicas. De Milias eran tambien los dos eclesiásticos, autores de una *Nueva geografia* (Viena, 1791) que se atrevieron á someter á una crítica sincera el estado político de la Grecia y las llagas del gobierno turco; de Milias era tambien el archimandrita (1) Anthimos Gazis, uno de los primeros polemistas en las sociedades científicas y políticas; de Ampelachia era Drosos Mansolas, que á principios de este siglo estudiaba en Jena y en Halle, y finalmente, en Velestino (la an-

(1) Urquhart, *Génio del Oriente*, t. I, pág. 295.

(2) Fauriel, *Cantos populares de la Grecia moderna*, 1824, t. I, página 38.

(1) Archimandrita; nombre con que designa la Iglesia griega á los superiores de los conventos y que corresponde al abad de la Iglesia latina. (N. del T.)

tigua Feres) nació hacia 1753 el famoso Constantino Rigas, célebre por haber sido el padre de la libertad griega y su primer mártir. Este hombre, entusiasmado por las ideas de la revolucion francesa y escitado por el pensamiento de libertad, abandonó el servicio de los Ipsilantis, marchando de Bucharest á Viena (1796), en donde inspiró á todos los griegos un vivo entusiasmo por la causa de la libertad, haciendo leyes fundamentales, planos de las operaciones de la guerra y cartas geográficas. Entró en negociaciones con Bernadotte, embajador en Francia (1), y despues de la caída de Venecia, se dirigió á Trieste para presentar sus peticiones al embajador en persona. Los efectos y los papeles que Rhigas habia enviado antes de su partida, fueron por traicion entregados al Austria, cuyo gobierno hizo detener á Rhigas y á cinco de sus compañeros, enviándolos al pachá de Belgrado. El agente del anciano Alejandro Ipsilantis, de quien era alumno Rhigas, ofreció al kiayabey de Constantinopla 150,000 francos por su libertad; Paswan-Oglu y Ali-Pachá intervinieron en su favor; pero precisamente para despreciarlos, el pachá de Belgrado ordenó que se ahogase á los prisioneros en el Danubio. Rhigas que opuso alguna resistencia á sus asesinos, fué muerto á tiros (1798), diciendo al espirar: «¡He arrojado la semilla, y llegará el tiempo en que mi pueblo recojerá sus dulces frutos!» Tal es, entre las diferentes versiones que circularon sobre la muerte de Rhigas, la que refiere su compatriota Peraribos, que le acompañó hasta Trieste, pero que habiendo podido salvarse, prosiguió posteriormente la idea de su amigo con infatigable perseverancia. Muchas poesías, que se encontraban en los papeles de Rhigas, han sido destruidas, de suerte que solo se han conservado dos poemas de autenticidad indudable. El mas célebre de los dos desenvuelve con bellísima espresion la idea de alistar á los kleftos al servicio de la causa nacional (2). Se

reconoce un indicio de un entusiasta movimiento hacia la libertad, cuando el poeta olvida la antigua hostilidad contra las otras tribus cristianas, y cuando en su escitacion hacia la independencia se dirige «á los búlgaros, á los albaneses, á los servios, á los rumanos,» para que se encuentren animados del mismo espíritu, desde la Bosnia hasta la Arabia. Estos esfuerzos no fueron del todo inútiles para los armatolios, especialmente para los del país de Rhigas, entre los cuales se encontraban algunos que habian recibido una ligera tintura de mejor instruccion, y cuyo pecho latia impulsado por una vaga conmocion, cuando se pronunciaban ante ellos los nombres de los antiguos helenos.

A los armatolios pertenecia Nicotsaras de Alassona, que habia sido educado en un convento, y cuya familia poseia hereditariamente uno de los cuatro distritos del Olimpo, así como tambien el pope (sacerdote) Eutymos Blacavas, nacido en una de las aldeas del país de Chássia en Macedonia, que habia sido destinado al estado eclesiástico, pero que á la muerte de su padre se escapó del convento. El primero era del número de los antiguos enemigos de Ali-Pachá, al cual estaban subordinados estos capitanes de las montañas, desde que con el pachalato de Trikkala habia sido investido con las funciones de primer custodio de los desfíladeros. La Puerta habia favorecido en un principio las milicias griegas de los armatolios con un objeto hostil hacia los albaneses; pero desde que comenzaron las instigaciones de la Rusia en la guerra de 1736-39, habia dado cinco veces este cargo de inspeccion á pachás albaneses, en cuyo número se contaba Ali-Pachá que trató duramente á la Armatolia, si bien jamás pudo someterla por completo. La lucha entre unos y otros dió á la Puerta mas cuidados que ventajas positivas. La venganza que para estos hombres semisalvajes es una ley y para los albaneses hasta un deber de los mas sagrados, hizo que la per-

(1) Leake, *Investigaciones sobre la Grecia*, 1814, p. 84.

(2) ¿Hasta cuándo palicaros, quereis permanecer aislados como leones en el dominio de vuestras rocas y de vuestras montañas? ¿Hasta cuándo vivireis bajo la sombría bóveda de los bosques, de vuestras cavernas, y huireis de la luz del mundo por temor á la amarga esclavitud? ¿Hasta cuándo abandonareis á vuestros herma-

nos, á vuestros padres y á vuestras madres, la patria, los amigos, los niños y todo cuanto contienen vuestros hogares? Porque una sola hora de vida libre, vale infinitamente mas, que largos miles de años pasados bajo el yugo de la esclavitud y bajo el cetro del tirano.

secucion aumentase mas el número de los combatientes. Despues que Ali-Pachá concluyó con los suliotas, entabló negociaciones con los capitanes reunidos en Carpenisi (1805), como si formasen un poder regularmente constituido, para hacerles aceptar sus exigencias sin lucha. En esta ocasion fué cuando Yussuf, hermano de leche de Ali y uno de sus mas valientes adversarios, preguntó al capitan Atanasio en qué consistia que cada derrota les hacia mas fuertes. El interrogado mostrando con el dedo cinco jóvenes que habian venido á vengar la muerte de un hermano suyo, respondió: «¡Algunos años mas de persecucion y de guerra, y toda la Grecia estará con nosotros!» Ali fracasó en estos ensayos de pacificacion. En el mismo año, los agentes rusos convocaron tambien á los mismos jefes en la isla de San Mauro, para concertarse con ellos con motivo de una insurreccion general que se intentaba para auxiliarla de la Servia. Nicotaras, con 300 palicaros y en inteligencia con Constantino Ipsilantis, hizo una expedicion á Macedonia y atravesó el puente Strymon, cerca de Pravi, paso celebrado por los cantos populares; pero detenido en los desfiladeros del Rodope (1805) tuvo que apelar á la retirada para salvarse. Ali-Pachá hizo desde entonces los mayores esfuerzos para someter á estos peligrosos guerreros. Durante el verano de 1807, Euthimos Blacavas, ayudado de los consejos de Demetrio Paleopulos, antiguo enemigo del visir, alimentaba de nuevo proyectos de insurreccion contra Ali. Ocupando á Castri, clave de los desfiladeros del Pindo entre el Epiro y la Macedonia, dos hermanos de Euthimos debian dar el primer golpe; pero el proyecto habia sido revelado al pachá, su hijo Muctar habia ocupado este punto, todos los proyectos de los conjurados fueron desbaratados, y el mismo Euthimos cayó en manos del vengativo Ali (1). Ali-Pachá, elevado á la dignidad de rumili-valessi, despues de la destruccion de los suliotas, tenia bajo su dominacion á casi todo el territorio de la antigua

Grecia. Por esta razon los extranjeros mas familiarizados con el estado de la Grecia, tales como Douglas, veian entonces el mayor peligro para la libertad de los griegos, no precisamente de parte de los turcos, sino de la de Ali-Pachá, y creian por lo tanto mas posible la regeneracion de la Albania que la de la Grecia. Pero al espresar estos temores, se desconocia completamente la naturaleza de esta época, que vivia enteramente en un movimiento intelectual y moral. De todas las convulsiones, que como vemos ahora, comenzaron su obra destructora en el interior de la Turquía, las ventajas completas no debian ser para el despotismo de los pachás, ni para el salvaje valor de pueblos groseros, sino para la única tribu griega, que supo interesar en su favor al mundo civilizado. Y ni aun podia escitar este interés, por el valor físico de sus kleftos, sino aproximándose de un modo mas decisivo á la civilizacion del Occidente.

La tiranía de los bizantinos y de los turcos habia anonadado á los griegos, políticamente hablando; pero aun era para ellos mayor desgracia que la corrupcion de las costumbres del tiempo de los bizantinos, y en gran parte, la apatía profunda de la inmovilidad de los turcos, hubiese penetrado, digámoslo así, en la naturaleza del pueblo. Como ni las invasiones extranjeras, ni las insurrecciones interiores, atacaban mas que á la superficie de este estado de cosas, ninguna podria librar á la Grecia de este peso, triste resultado de una opresion de dos mil años, y esto solo podia conseguirse encontrando el medio de poner una vez todavía en movimiento todos los resortes intelectuales y morales de la nacion, sirviéndose de todos sus recursos. Ni los esfuerzos de la cristiandad latina, prodigados durante doscientos años (1), ni los proyectos de que se ocupaban los cristianos de la Iglesia griega desde doscientos años antes, ni los re-

(1) Pouqueville (*Historia de la regeneracion de la Grecia*, tom. I, página 294) fué uno de los testigos de la horrible ejecucion de Euthimos.

(1) Como los cruzados tenian una cultura infinitamente inferior á la de los griegos y los bizantinos, no pudo constituirse entre los latinos y los griegos una unidad perfecta de miras y esfuerzos, que si se hubiese efectuado, quizás hubiera dado por resultado la emancipacion de la Grecia del yugo de los musulmanes. Por eso en muchas ocasiones los emperadores de Constantinopla prefirieron la alianza con los árabes á la de los cruzados que en la apariencia venian á auxiliarlos. (N. del T.)

publicanos, ni los imperialistas franceses, ni los carbonarios italianos debían emancipar á los griegos. Poco á poco encontraremos en acción todos los elementos de fermentación local que hemos apuntado, y todos ellos representarán cierto papel, tales como la resistencia salvaje y anárquica de los albaneses y los suliotas, las fuerzas de los kleftos entre los mismos griegos, la audaz ambición de los fanariotas, el poder de Ali-Pachá y el de Mehemet-Ali, que obraban tan pronto en pró de los griegos como en su daño; pero todas estas causas no debían producir un resultado decisivo ni en pró ni en contra de la insurrección, pues todo dependía del renacimiento de la vida intelectual y moral en la nación que en otro tiempo, después de su ruina política, había rejuvenecido el mundo europeo, y que ahora al despertarse de nuevo, obligó á la Europa á interesarse vivamente en su renacimiento político. En sus partes esenciales este renacimiento se encontraba ya en germen en el desarrollo interior de los griegos, germen que se mostró por primera vez durante las reformas de Mustafá-Koeprili; pero que no llegó á formar un árbol de exuberantes ramas, hasta que el tiempo favorable de la revolución dió mas abundante alimento á sus vástagos. En sus débiles y pasajeras tentativas de liberalismo reformador, la Puerta había ensayado en dos ocasiones sacar á toda la población del imperio de su letargo; pero los griegos fueron los únicos que se despertaron, y el mérito de haber producido este resultado, conviene en primer lugar á los miembros de la familia de Maurocordatos.

Alejandro Maurocordatos (muerto en 1709) que había sido en un principio médico en Chios, su hijo Nicolás y su nieto Alejandro, aprovechándose de sus altas dignidades, de sus grandes riquezas y de su influencia para mejorar las escuelas y los establecimientos de instrucción superior y para auxiliar á su propia actividad como autores y traductores, dieron el primer impulso para entrar en una nueva vida intelectual, no solamente por lo que respecta á la nobleza fanariota, sino también á los círculos sábios de los griegos, llevando además la primer luz que iluminó las espesas tinieblas

que reinaban en los Principados Danubianos. Era esto, según la manera de ver tan clásica de Machiavelo, retroceder hasta el punto de partida, hácia la fuente primitiva en que bebían los antiguos griegos, era colocar la piedra fundamental mas sólida para la reedificación del edificio, en la antigua lengua helénica, que es el medio mas noble de instrucción, y que se encontraba en este país tan admirablemente preparada para su uso, y para constituir el principal vehículo de toda instrucción académica. Es cierto que ya en los siglos xvi y xvii se había enseñado la lengua helénica en algunas escuelas sabias de Constantinopla, de Chios y de Janina, etc.; pero era solamente con el objeto de educar á jóvenes destinados á la carrera eclesiástica, y aun entre los sacerdotes, el conocimiento de esta lengua había quedado restringido á un círculo tan pequeño, que Tournefort se atrevió á decir que no había doce personas en el país que conociesen la lengua griega de la antigüedad clásica (1). Pero desde que en Fanar se comenzó á dar valor y á mejorar la lengua romaica (el griego vulgar), se enseñó la lengua helénica, con un objeto mas general y en un círculo mas amplio, en las nuevas escuelas que Alejandro Maurocordatos fundó en Constantinopla (hácia 1700), y el padre Macario en Patmos. Esta sola resurrección de la lengua hizo brotar entre los miembros dispersos de la nación un nuevo sentimiento de confraternidad, un punto de unión nacional, lo cual para los griegos tenía la misma importancia que para la Alemania la época floreciente de la literatura en el siglo xviii. Es cierto que la Iglesia había sido un lazo de unión y de consuelo en medio de los peligros y de la desgracia; pero así como encerraba bajo su manto todas las masas tan extrañas las unas á las otras, no hubiera podido nunca por sí sola conducir á la unidad nacional, y no se hubieran podido tampoco encontrar guías mas inútiles para mostrar este camino á los griegos que sus popes y sus monges, que se habían convertido en rústicos paisanos, viviendo entre sus ovejas sumidos en el fanatismo y la superstición.

(1) *Viaje á Levante*, 1817, t. I, carta 3.^a

Por el contrario, los primeros sábios de alguna fama de esta nueva era, los corfiotas, Bulgaris, (nacido en 1716) y Theotokis (en 1736), de los cuales el último ha sido el fundador de las ciencias exactas en Grecia, son encomiados por los reconocidos griegos (1), sobre todo, porque por medio de su enseñanza, de sus escritos y sus traducciones, han sido los primeros en destruir las preocupaciones del clero, y en hacer salir á los sacerdotes de su apatía, imprimiendo así un nuevo sello á la instruccion nacional. La nueva literatura griega, que hacia ya tres siglos que solo se ocupaba de asuntos teológicos, se dedicó desde entonces á la filología y á las ciencias prácticas, y la lengua, desfigurada en la literatura eclesiástica por un estilo ampuloso y á causa de los italianismos que en ella se habian introducido, comenzó á tomar desde entonces un desenvolvimiento interior, que le fué enteramente propio, y que formaba un contraste de los mas notables con lo que habia sido antes. Sin embargo, el nuevo movimiento intelectual no habia tenido ni un objeto, ni un centro fijos. Las tendencias de los que estaban á la cabeza de la nacion diferian de un modo extraordinario. Hubiera podido creerse que la nueva ciencia iba á perecer á impulsos de una pedanteria erudita, viendo á los pedagogos enseñar y casi siempre traducir en lengua helénica, ó violentar el griego vulgar, que tanto se despreciaba, por convertirle en el antiguo griego. La nueva civilizacion debió haber parecido muy amenazada de grandes peligros, cuando la literatura francesa invadió el país, cuando las familias fanariotas de los Caratsak y Murutsis tradujeron las obras de Voltaire é hicieron venir preceptores volterianos y cuando el escepticismo y la mala propaganda filosófica se apoderaban hasta de los sábios de la Servia y de la Albania en medio de su retiro, como sucedia á Obrandowitch y á Psalidas que afectaban la despreocupacion y la incredulidad, en inmediata vecindad de Ali-Pachá y de Kara-Georg.

Asimismo, hubiera podido creerse tam-

bien que las nuevas luces debian ser de provecho para los proyectos de los extranjeros, cuando Catalina II arrebató á los dos corfiotas á la Grecia (1775-79) y los llamó á Cherson; cuando los Principados Danubianos, con la introduccion de escuelas helénicas llegaron á ser, hácia la mitad del siglo XVIII, una conquista del espíritu griego que explotó el interés ruso; lo mismo que Ali-Pachá trató de aprovechar la instruccion de los griegos para servirse de ella en su propio interés y en el de su ciudad de Janina, de donde salian hombres como Sampros, Fociadis, Cristaris, Psalidas y Sakellarios, mientras que en la Grecia propiamente dicha, en la Rumelia y en la Morea, todo estaba sumido en las mas espesas tinieblas. A estos peligros procedentes del exterior, se añadia otro que tenia su origen en el interior y que era de una naturaleza particular, á saber: la fusion de la civilizacion y de los intereses turcos y griegos. En este punto se encontraban y concertaban las ideas de los hombres mas notables, tanto entre los cristianos como entre los musulmanes, en esta época tan apasionada por las reformas y tan deseosa de realizar la felicidad del género humano. Entonces fué cuando sobre la costa occidental del Asia menor los Kara-Osman-Oglu, y sus vecinos los Paswan-Oglu y los Elez-Agas por medio de un gobierno paternal y benévolo hácia los griegos, hicieron brotar, como por encanto, un estado floreciente, que se mostró por el rápido acrecentamiento de la poblacion y por el bienestar de los habitantes. Despues de la paz de Jassy fué cuando Alejandro Ipsilantis, que alimentaba ya sus proyectos de fusion, propuso al sultan la igualdad completa entre los turcos y los cristianos, en una memoria (1) que Selim, despues de haberla aprobado, presentó á los ulemas. Entonces fué tambien cuando Demetrio Murutsis, el mas distinguido de todos los que habian promovido el nuevo movimiento intelectual entre los griegos, ejerció tanta influencia sobre Selim, y cuando el sultan le demostró por su parte tanta benevolencia, que la aproxi-

(1) *Curso de literatura griega moderna*, por Jacosak y Rizo Nerulo. Génova, 1827. Véase Brandis, *Noticia de Grecia*, Leipzig.

(1) *Resúmen histórico sobre la familia de Ipsilantis*. Contemporáneos, t. III, série 1.^a, 1829.

macion de las dos naciones, en tiempos mas pacíficos, hubiera podido hacer progresos. En efecto, en los Principados, hácia cuyo punto se habian vuelto las miradas de todos los griegos, desde que Alejandro Ipsilantis estuvo allí por tres veces á la cabeza del gobierno, esta fusion parecia estar en pleno camino de realizacion. En este punto era en donde los osmanlis, bien mirados por los griegos, comenzaban á confundirse con estos, modelando su traje y costumbres sobre las de los griegos, en tanto que estos, por su parte, modificaban el carácter nacional, en aquellos sitios en que no veian las persecuciones inhumanas de que eran víctimas sus hermanos. Asi, aun en medio del Peloponeso, habia parajes que encerraban una poblacion mista, y en que los turcos y los griegos se unian con frecuencia por los lazos del matrimonio. Y aun aquellos mismos que en ambas razas se odiaban mas, los palicaros y sus adversarios los turcos que los combatian, comenzaban á sentirse atraidos los unos hácia los otros por los lazos de una reciproca estimacion. Los mas bravos de los armatolios rara vez ocultaban el honor que rendian al esfuerzo de los turcos, y para probar hasta qué punto estos respetaban tambien el valor de los palicaros, Kolokotronis tenia complacencia en referir que, habiendo un turco por mofa coronado de rosas la cabeza del bravo klefto Zacarias, despues de su ejecucion en Tripoliza, tuvo que sufrir un castigo por su burla.

En el dominio de los intereses materiales es en donde se habia preparado el primer lazo, y en este punto fué tambien en donde tomó mayor desarrollo. Hasta la paz de Kutchuc-Kainardjy, casi todo el comercio turco habia sido monopolizado por los extranjeros. Los griegos y los armenios, no servian hasta entonces en su mayor parte mas que de corredores á las casas de comercio europeas, que hacian en gran escala el tráfico. El del interior y el de cabotaje estaba embarazado por los privilegios de los mollahs y de los genizaros, y por los abusos á los cuales los rajás oponian otros. Los atrevidos marinos de Hydra hacian ya en esta época (hácia 1765 segun Chandler), un comercio ilícito de trigo en el archipiélago. Pero desde que por un tratado de paz (1774)

se concedió á los buques mercantes rusos el paso de los Dardanelos, los griegos obtuvieron patentes por los cónsules rusos y tomaron bajo el pabellon ruso la parte mas activa en el comercio del mar Negro. Durante la revolucion, cuando la marina mercante francesa era casi nula, y la del Austria no existia todavia, el comercio de trigo tomó inmenso desarrollo en las tres islas de Hydra, Spetzia y Pesara (cuyos nombres apenas habian sido conocidos en la antigüedad), lo que les hizo ganar sumas enormes. Todavía en tiempos mas modernos, las casas griegas establecidas en Inglaterra han sobrepujado en este ramo del comercio á los mismos ingleses (1), y ya en la época á que nos referimos, mostraron los griegos tal superioridad sobre los mercaderes extranjeros, á los cuales tenian aversion, que en menos de diez años arruinaron con su actividad, su probidad en las trasacciones comerciales y sus conocimientos locales, las factorías europeas de Levante, presentándose en todas las grandes plazas comerciales del mar Mediterráneo como los mas afortunados competidores. Estas favorables conyunturas del exterior, eran además favorecidas en el interior. Los omnipotentes agentes rusos suministraron desde entonces de un modo abusivo á sus protegidos, en lugar de simples patentes, diplomas (*barats*), que destinados en su origen esclusivamente á los súbditos turcos que estaban al servicio de diplomáticos extranjeros, concedian á los portadores una especial proteccion. El número de estos portadores de *barats* rusos (*baratarios*) aumentó extraordinariamente, y de este modo de súbditos turcos se convertian, por decirlo así, en rusos, y sus cargamentos eran considerados como propiedades rusas. Los celos de los extranjeros escitaron á la Puerta á reclamar contra estos abusos (1806); pero como la Rusia protestó á su vez contra toda modificacion, el mismo Selim concedió *barats* á sus propios súbditos, y aun á los mismos cristianos, y á instancias de Demetrio Murutsis permitió á los griegos que se uniesen en una gran socie-

(1) Segun una relacion de Mongredien sobre el comercio de trigos en el mar Mediterráneo y en el Negro, 1852.

dad comercial titulada *de negociantes europeos*, que gozaban de los privilegios concedidos á todos los súbitos de Estados extranjeros establecidos en Turquía. Debemos recordar aquí, que formaba parte de los proyectos reformadores de Selim estimular el deseo del lucro en los rajás, que tanto contribuían al tesoro público. Había notado que los musulmanes de la Rusia meridional, aunque suspirando por entrar bajo el dominio del sultan, eran sin embargo fieles súbditos rusos, y con una imprevisión y generosidad de que se arrepintió luego amargamente, creyó fiarse del mismo modo en los cristianos y llegar con esta confianza á la fusión y al reconocimiento de las nacionalidades y de las confesiones religiosas. Cometió no obstante la torpeza de olvidar que en Rusia el número de los súbditos de distinta religion era tan pequeño que casi desaparecía, mientras que en Turquía los infieles tenían con mucho la preponderancia; que en Rusia la instrucción se encontraba en la clase que dominaba, y en la Turquía en la que estaba subyugada. De aquí provino el que los griegos fuesen los únicos que sacaron provecho de las nuevas instituciones. A este resultado contribuyó también en gran parte la sencillez de la organización municipal y social, organización que en ciertos parajes cristianos privilegiados y sustraídos á la influencia y á las rapiñas de los turcos, había producido ya, y producía todavía entonces, los hechos políticos é industriales más curiosos que ya antes se habían podido observar. De este modo se había formado en los antiguos tiempos, en las aldeas de la Chalcidica, en donde se explotaban minas (*mademochoria*), una especie de sociedad para este objeto, la cual bajo la protección de una carta constitucional muy liberal, y no dependiendo de ninguna autoridad turca más que del *madem-emir*, había abrazado todas las minas del país. La pequeña república continuó pagando su impuesto aun después que las minas improductivas ya habían sido abandonadas, por la única razón de que no quería romper el pacto tan favorable á su libertad política. Durante los diez años llenos de agitación, que duró la revolución francesa, condiciones semejantes desarrollaron en diversos parajes una rápida y no-

table prosperidad. En el Asia menor, un sacerdote llamado Juan Oiconomos obtuvo de los Osman-Oglú, un firman que purgó de autoridades y habitantes turcos la ciudad de Kidonia (Aivalí en turco) en donde la industria y la organización municipal se desarrollaron con entera libertad y con tal éxito, que este pueblo insignificante llegó á ser en veinte años una ciudad rica y floreciente con una población de treinta y cinco mil almas.

No prosperaba menos en la Tesalia la ciudad de Ampelakia (hacia 1800), que á causa de sus talleres de tinte de lanas ligaba un gran número de ciudades de Alemania á la Grecia, difundiendo el trabajo y el bienestar en toda la comarca. No fué ni una posición ventajosa ni secretos del oficio los que produjeron la prosperidad de esta industria, ejercida aquí como en Janina en las casas particulares, sino la asociación libre de los obreros con la libre elección de sus funcionarios y una hábil unión de los intereses del trabajo y los del capital. Este sistema de asociación fué trasladado á las tres islas, en donde se estableció á bordo de los navíos. En Hydra, los propietarios de las tierras, viejos patrones de buques que constituían al mismo tiempo la parte influyente y el gobierno, tenían la costumbre de adelantar el capital necesario para comprar sus cargamentos á uno ó á muchos propietarios ó á capitanes de barco. Con la ganancia de cada expedición comercial se pagaban los intereses acostumbrados, el impuesto para el Estado, y con una piedad digna de la Edad media, el diezmo para el arcángel de Syma; después se hacían dos partes del resto, que se dividía entre el buque y el equipaje, entre el capitán ó el agente del comercio y los marineros, de suerte que la parte de estos se les distribuía por partes iguales. De este modo se formó, en estas tres pequeñas islas solamente, una marina que constaba de muchos centenares de buques mercantes, sólidos y bien tripulados, y un cuerpo de marinos que hacían con sus pequeñas naves los más peligrosos viajes al mar Blanco, arrostrando toda clase de peligros sin cartas ni brújula, dirigiendo los buques mayores con una destreza y un conocimiento náutico notables, y ejercitándo-

se hasta en la guerra, en la cual se acostumbraban en sus combates contra los berberiscos. Reuniéronse riquezas considerables en estas islas, se oyó hablar aquí por primera vez, entre los rajás, de millonarios, y lo mismo entre los griegos establecidos en las ciudades del litoral ruso en el mar Negro, y hubo empresarios de una fortuna colosal, como por ejemplo Varvakis de Psara, cuyas rentas ascendían, según se dice, á un millón de rublos al año. Sobre las desnudas rocas de Hydra y sobre las suaves pendientes de las costas de Spetzia, se elevaron entonces espléndidas casas de piedra, construidas al estilo genovés, que daban á estos lugares un aspecto risueño y rico.

Si el desarrollo que habia experimentado el elemento intelectual no habia dejado de tener influencia sobre la actividad de la clase media, este desarrollo industrial obró á su vez poderosamente sobre la instruccion del país. Este movimiento llegó á ser un remedio enérgico para combatir la fuerza contagiosa del estabilmismo turco. La inclinacion de los orientales por la inmovilidad, y su aversion contra todo cambio de domicilio, habia sufrido una modificacion que les lanzaba á establecer relaciones importantes y en vasta escala con el Occidente. Comenzóse á conocer el mundo y los hombres, y la rabia de los orientales contra los extranjeros (*xenelasia*) fué destruida. Obtenidos los primeros privilegios concedidos á su isla, los habitantes de Hydra, como verdaderos albaneses, dieron pruebas de su sombría rabia contra los extranjeros, cerrando el acceso á su isla á todos los viajeros, y rechazando hasta á los habitantes de la Morea por su groseria y su insolencia; pero ya durante la insurreccion griega los extranjeros encontraron en ellos gentes mas dóciles y mas habituadas al comercio del mundo que el resto de sus compatriotas. El horizonte de los griegos se dilataba mas cada dia. La elasticidad de su espíritu, el impaciente deseo de saber y de aprender, y la facilidad que presentaban para apropiarse lo que veian y oian, asombraba á todos los extranjeros de principios de este siglo, y tenian tantos encantos para ellos como las mismas cualidades que se nota-

ban en los criollos de América. Las necesidades se aumentaban, y el gusto por todo lo que hace la vida mas agradable y mas fácil, primera condicion de todo progreso en el interior de un Estado, se propagó cada dia mas. Los salvajes albaneses de Hydra demostraron el mayor afan en comprar en Francia los muebles mas preciosos á cambio de sus productos, cuando los tiempos no permitian todavia que se pagasen en dinero contante. Los hijos de las personas ricas viajaron en gran número por el extranjero, y estudiaron el comercio, la medicina y las humanidades. Paris, Viena, Leipzig, Trieste, Liorna, Munich, llegaban á ser sucesivamente los emporios de la nueva civilizacion de un pueblo renaciente. En estas ciudades los jóvenes aprendian á compararse con los extranjeros, y en muchos de ellos este comercio hacia brotar la primera ráfaga, del conocimiento de sí mismos, de donde emanaba un sentimiento de vergüenza inspirado por el abatimiento social, intelectual y moral de su nacion. El sábio Corais, al establecer que la confesion de las faltas propias no es cosa vergonzosa, sino el principio de la enmienda, dió el ejemplo á sus compatriotas, confesando que habian sido agobiados por las desgracias comunes á todos los pueblos sumidos en la servidumbre, y que imitando las costumbres de sus tiranos se habian maltratado los unos á los otros con sus cadenas. Muchos extranjeros se asombraban entonces al ver que los griegos con tristeza y amargura, es cierto, pero con cierto placer y con franqueza, hablaban de sus asuntos interiores, y que las partes mas sanas de la poblacion deseaban ardientemente, haciendo los mayores esfuerzos para salir de este estado de cosas, adquirir todos los conocimientos que les faltaban. Sus conquistas materiales debian entonces favorecer todo lo que los griegos habian adquirido en instruccion y en cultura intelectual. Los hombres de estudio comprendian muy bien que el comercio y la navegacion son la verdadera áncora de salvacion para el desenvolvimiento intelectual de una nacion; y los negociantes griegos que vivian en su país ó en el extranjero, no los defraudaron en sus esperanzas. Llegaron

entonces los momentos en que la Rusia, bajo el emperador Alejandro y todos los demás países de lengua slava, todo el mundo se abandonaba con exaltacion á los excesos de una liberalidad filantrópica, y toda la Grecia se dejó arrastrar por esta prodigalidad. Los griegos merecieron los honores que se les rindieron en Odessa por el empleo que hicieron de sus riquezas en pró del bien general. Juan Varakis, que ya habia sido desde 1788 espléndido bienhechor de la ciudad y provincia de Astrakan y despues de la de Taganrog, no fué menos generoso con respecto á Psara su isla nativa, Chios, y con toda la Grecia. Por otra parte los hermanos Zozimas que sostenian una de las dos escuelas de Janina, fueron llamados por su munificencia los Médicis de la Grecia, y los hermanos Caplani en Janina, Juan Prinkos en Zagorá y otros, siguieron gloriosamente estos ejemplos.

A consecuencia de las concesiones de Selim, que autorizó formalmente el establecimiento de escuelas griegas y las eximió de todo impuesto, y bajo la vigilante atencion de Demetrio Murutsis, que fué nombrado inspector general de las escuelas y de los hospitales, comenzó á florecer una nueva escuela en Kurudchesme, sobre el Bósforo cerca de Constantinopla, y los establecimientos de Smyrna, Saloniki, Turnovo, Chios, Paros, Patmos, etc., alcanzaron tal prosperidad, que sobrepusieron á muchas escuelas de mas antigua fundacion, tales como las de Dimitsana, sobre el monte Athos y las de la isla de Creta. Si Tournefort podia creer hace cien años que no existian doce personas en la Grecia que supiesen el griego antiguo, los que mejor conocian el país, (1) decian de esta época que no habia un solo municipio griego en la Turquía y fuera del imperio que poseyese cierto bienestar, que no tuviese su escuela helénica. Sin embargo, es preciso no dar una importancia exagerada á todos estos progresos. La nueva civilizacion no habia penetrado todavía mas que una capa poco profunda de la sociedad; los libros y los conocimientos propiamente dichos solo estaban repartidos en pequeña escala y aun los

que habian estado en el extranjero sentian con tristeza que el peso de la barbarie, de que por decirlo así se veian rodeados en sus propios hogares, les ahogaba. Muchos establecimientos estaban heridos por una especie de maldicion. Precisamente los parajes que habian sido los principales orígenes de la antigua civilizacion griega, el Peloponeso, la Atica y la Beocia, habitados ahora por albaneses, habian sido los menos accesibles á este nuevo movimiento. En Atenas era preciso que los extranjeros llevasen la ciencia y el espíritu de investigacion; en Janina el despotismo no permitia ningun movimiento liberal y en Corfú se fundó «en la olimpiada 647» (1808-1809), segun se habia dicho pomposamente en el anuncio, una academia que no tuvo éxito alguno.

En tales circunstancias, debia causar estrañeza que el espíritu de los griegos, tan poco apto todavía en el interior, se atreviese ya á dirigirse hácia el extranjero con tan osado vuelo. En París, Adamantios Corais, de Smyrna, abandonando la medicina para consagrarse á la filologia, atraia las miradas de todo el mundo sábio sobre él y sobre la Grecia, cuando resolvió (1795) consagrar toda su vida á la educacion de su pueblo; cuando comenzó (1805) su biblioteca helénica, série de ediciones de autores antiguos griegos; cuando Napoleon le alentó en estos trabajos y á peticion suya tradujo á Estrabon. Desde que Lampros Fociades (hácia 1795), Vardalacos y Neofitos Ducas habian dado crédito al estudio del antiguo griego en Bucharest; desde que el metropolitano Ignacio, bajo la proteccion rusa, fundó tambien en este punto (1810) la *Sociedad literaria*, que vigilaba los estudios del Liceo, los Principados Danubianos atrageron de nuevo á los maestros y á los alumnos griegos; pero mas bien en provecho de la Rusia que en el de la Grecia. Al mismo tiempo, se habia formado en Viena un centro en favor de los intereses griegos, desde que se habia abierto (1806) un nuevo camino comercial que conducia desde esta ciudad á la Turquía, pasando por Belgrado y Semlin. Ya desde la caida de Venecia, Viena habia llegado á ser la ciudad en donde se imprimian principalmente las obras griegas, y desde 1811, los sábios griegos de Bu-

(1) Leake, *Investigaciones sobre la Grecia*, p. 223.

charest, bajo la direccion de Antimos Gazis, fundaron el *Mercurio Sábio*, considerado como el archivo de su literatura moderna, y por los extranjeros bien informados, tales como Leake, como el signo cierto de una nueva era en el renacimiento de la Grecia. Por último, se fundó en Atenas (1814), bajo el influjo de extranjeros, la sociedad de *Filomusos*, que tenia por objeto el establecimiento de una biblioteca y de un museo, así como la fundacion de nuevas escuelas, sociedad que encontró, desde el tiempo del Congreso de Viena, protectores entre los sábios, los diplomáticos y los príncipes.

Esta dispersion de las fuerzas griegas en toda la Europa, parecia atestiguar un nuevo obstáculo, según ya lo hemos creído observar, en los orígenes de la vida intelectual de los griegos. Pero la gran diferencia entre esta segunda época y la primera era que, desde la revolucion francesa, se habia encontrado el objeto comun y el centro de union que faltaba antes, y hácia el que debia dirigirse todo movimiento en el progreso moral y material de la nacion. Este objeto fué el pensamiento del renacimiento político de la patria, que semejante á la chispa eléctrica, debió conmover todas las fuerzas esparcidas y todos los elementos aislados, para fundirlos de repente y hacer salir de ellos un todo compacto y homogéneo. El momento de esta transformacion súbita se encuentra, por decirlo así, en la historia de la familia Ipsilantis, cuando el príncipe Constantino trató de realizar este pensamiento por las vías secretas del arte diplomático, mientras que Rhigas le hizo brotar lanzándole en medio del pueblo, y grabándole en todos los corazones nobles y de aspiraciones liberales, despues de haberle regado con su sangre. Una instruccion mas amplia y la prosperidad material, unidas á las febriles conmociones que agitaron la época de la revolucion francesa, tuvieron por primer resultado el que los rajás griegos llevasen con mayor impaciencia el yugo de los turcos. Los arriesgados navegantes de esta marina que imponia, aun á aquellos que mas despreciaban á los griegos, se preguntaban con asombro á su vuelta: ¿por qué siendo reyes sobre sus navios,

habian de ser esclavos en sus hogares? Se oia decir á los capitanes de buques las palabras de Temístocles: «Tendremos un país y una patria, mientras que poseamos doscientos navios armados de nuestra propiedad.» Los jóvenes, buscando su instruccion en Occidente, aprendian allí á conocer el espíritu y la naturaleza de la antigüedad griega, sobre todo en la Alemania, en donde la literatura griega antigua, olvidada entonces en el mismo país, de donde habia venido, era cultivada con el mayor esmero, y todos los niños se entusiasmaban con las viejas historias que se les contaban, enseñándoles de qué modo un puñado de griegos habia preservado á la Europa de la invasion de los bárbaros persas. ¿Cómo, pues, no habia de surgir en la mente de estos jóvenes alumnos griegos, el pensamiento de arrojar fuera de la Europa los restos de una barbarie semejante con sus débiles fuerzas? ¿Con cuánto entusiasmo, Drosos Mansolas, recordaba que Schiller en Jena, habia exhortado con ardientes frases á sus oyentes griegos á librar á su patria? De esta manera desinteresada, la Europa con su cultura intelectual tomada de la Grecia, escitó en los griegos el deseo de recobrar su independencia nacional, tanto como las instigaciones interesadas de los rusos se lo hacian olvidar. Los turcos, con su apática soñolencia, no veian que las escuelas helénicas se convertian en centros políticos, en donde el fin de la dominacion turca era el objeto de todo estudio y de toda instruccion. Los letrados rechazaron la escolástica aridez, el frio formalismo, para ocuparse de asuntos prácticos tomados de la política y de la historia. Los escritores difundieron por medio de sus traducciones, el conocimiento de la historia antigua y moderna, los hechos de Napoleon y de Pirro, el arte comercial y el de la navegacion y las leyes marítimas; traducian el Código de comercio francés, y en las escuelas se hablaba con entusiasmo del ejemplo que habian dado los portugueses en los tiempos antiguos, y Pedro el Grande en los modernos, para hacer comprender á sus compatriotas la importancia de su fuerza marítima sobre los destinos de la nacion. Todos los jóvenes y entusiastas de la Grecia, po-

seian las poesías de Rhigas, y los cantos que se han escrito á su imitacion. El mordaz patriotismo de Alfieri fué aquí introducido por los dramas de Nerulos y de Zampelios, del cual se representó en Bucharest (1818) el *Ti-moleon*, que provocó el más vivo entusiasmo. En un pueblo semisalvaje, en que el ódio y los mas mezquinos celos separaban todavía una aldea de otra y un valle de otro, este patriotismo de una naturaleza mas elevada, por nuevo que fuese, tenia la mayor importancia; pues aunque afectado, cuando se daba valor á una ficcion, la realidad, dice Douglas, no debia estar muy lejos.

Lo que mas debia temerse en la situacion en que se encontraban los negocios en esta época, era que se desplegasen un escesivo celo en un principio para obtener la independencia. El espíritu de la libertad francesa agitaba en todas partes á los griegos, y si los franceses hubiesen puesto solamente el pié sobre el territorio griego, hubieran hecho inmediatamente estallar el incendio en toda la comarca. Pero como el destino no los llamaba por aquel lado, los débiles ensayos de insurreccion de los armatolios no tuvieron ninguna consecuencia. Sus miradas se dirigieron de nuevo sobre los extranjeros, para buscar en ellos recursos. Los insulares y los habitantes de la Morea, creian encontrarlos en Inglaterra (1812-1813); muchos sábios y comerciantes los esperaban de Francia y el pueblo de Rusia (1). Los unos acusaban á la Europa de ingrata, olvidando que semejante acto de afecto político, sin móvil egoísta, como el que deseaban, no tiene ejemplo en la historia; otros se mostraban llenos de un sentimiento inteligente de su propia dignidad; otros se encontraban animados de una loca rabia contra los turcos y de una confianza insensata en sí mismos; pero todos se sentian impulsados por el soplo vivificador del patriotismo (2). La Puerta recurrió en un principio á la asistencia del clero superior contra los revolucionarios, y la mayor efervescencia del entusiasmo patriótico,

fué súbitamente detenida, como por un frio glacial, cuando el patriarca Antimos exhortó á los griegos, en 1798, á la calma por medio de una *leccion paternal*, en la cual definia la mision del gobierno otomano del modo siguiente. «La Providencia ha escogido á los otomanos, decía, para que sirvan de baluarte contra la herejia occidental, reemplazando con ellos á los emperadores bizantinos, cuya ortodoxia comenzaba á vacilar.»

Pero este celo extremo se calmó tambien, cuando se vió que la tranquilidad no se turbaba en el interior del imperio. Bien pronto, entre los primeros promovedores del nuevo movimiento, se encontraron algunos jefes de la Iglesia, que llegaron á ser en el seno de la heteria los protectores mas celosos de las nuevas ideas políticas. De este modo se habia realizado un gran progreso, porque aquí, en donde no existia una gerarquía poderosa que formase una barrera entre sacerdotes y seglares, donde no habia querellas de secta, donde todos los monjes pertenecian á la única orden de San Basilio, donde el celibato no excluía á los eclesiásticos de la vida de familia, donde la diferencia de educacion y de instruccion, no separaba al habitante del campo del sacerdote, que despues del cumplimiento mecánico del culto, no se desdeñaba de cultivar su campo ó de ejercer un oficio; aquí, en donde las persecuciones y los martirios habian formado, por la sangre vertida, los mas fuertes lazos entre el pastor y el rebaño, la influencia de los eclesiásticos, una vez ganada para la causa nacional, debia tener un incalculable poder. De este modo los revolucionarios kleftos y los reaccionarios eclesiásticos, abandonaban igualmente sus exageraciones, encontrándose en el terreno de un justo medio, en que los escritos de Corais, este oráculo de los griegos, trataban de mantenerlos con toda su elocuencia. El mismo en un principio habia empuñado la trompa guerrera, cuando las armas francesas aparentaron querer abrirse un camino hácia la Turquía, partiendo de las islas Jónicas y pasando por la Albania; pero bien pronto cambió de resolucion. Ya un año despues (1802), en el prefacio de su traduccion de Beccaria, espresó su conviccion de que

(1) Dr. Holland, *Travels in the Ionian islands*, 1815, pág. 274.

(2) Hobhouse, *Journey through Albania*, 1813, tom. II, páginas 583, 595.

la luz de la ciencia era el único remedio eficaz para curar los males de los griegos, y afirmó que el objeto de sus esfuerzos era, desde entonces, inspirar á los jóvenes de raza helénica el amor hácia sus antepasados, llamados á instruir á la Grecia, y á ser *mas tarde* sus legisladores. Desde el momento en que Corais (1803) leyó en París, en la sociedad de los Observadores de los hombres, su Memoria (1), que debia fijar las miradas del mundo sobre la regeneracion de su patria, hasta la época de la sublevacion, en la cual añadió á su edicion de la *Politica de Aristóteles* (1821) sus *Exhortaciones políticas* (2), no perdonó medio ni fatiga alguna para exhortar á sus compatriotas al amor hácia la cosa pública, á la concordia, á la legalidad, á la perseverancia.

Durante todo este tiempo, en todos los prefacios de sus ediciones de los autores antiguos, habla á los griegos como ciudadano, como patriota y como filósofo animado del espíritu de Plutarco, el cual tambien en otro tiempo habia escrito sus biografias, para infundir en el ánimo de los griegos oprimidos, un poco del sentimiento de su propia dignidad con respecto á los romanos. Todos sus esfuerzos se encaminaban á dar á los griegos la conviccion de que el renacimiento político de la Grecia debia prepararse primero por el de la vida intelectual, y al mismo tiempo queria convencerles de que la regeneracion intelectual no podria existir sin producir en seguida el de la vida política. En este desenvolvimiento, en esta preparacion completamente moral de la sublevacion griega es preciso buscar la razon de que la Grecia, (al contrario de lo que habia sucedido en las demás guerras de la independenciam como la de sucesion, la de los Países-Bajos y la de América, que llegaron solo por grados á su desarrollo final) marchase desde el principio de la lucha con plena conciencia de su objeto. Refiriéndose Corais á esta circunstancia manifestaba que todo dependia del éxito de la guerra «la patria, la familia, los santuarios de los númenes y las tumbas de sus padres.»

En esta lucha, segun dice Kolokotronis (1) en el *Tragudion*, «Dios, la religion y la naturaleza, escitaban al pueblo á tomar las armas contra los hijos bárbaros de Agar, que les habian arrebatado sus leyes, sus costumbres y su felicidad, su vida, su fé y sus virtudes.»

La opinion y las miras de Corais, fueron las mismas, sin escepcion, que las de todos los viajeros que, desde principios de este siglo visitaron la Grecia, hombres en su mayor parte distinguidos y capaces de juzgar con rectitud. Se observa en los destinos de la Grecia durante todo el tiempo que duró la dominacion turca un hecho muy singular: nos referimos á que todo movimiento político venia acompañado de un desarrollo intelectual, y que tanto uno como otro encontraban siempre un eco fiel en Europa, pues el uno despertaba la atencion de los pocos, y el otro la del público en general. Nos hemos creido obligados á tomar acta formalmente de esto en la introduccion, para oponer de antemano los grandes testimonios de la historia, al punto de vista mezquinó con que la Santa Alianza consideró y trató el movimiento griego. Cuando la invasion de los osmanlis en el siglo xv tuvo por consecuencia la dispersion de los sábios griegos, estos formaron la alianza, tan memorable en la historia, con los humanistas de Occidente. Cuando en el siglo xvii, á pesar de los últimos esfuerzos de los francos, que intentaron una nueva cruzada, los turcos conquistaron la isla de Creta, en donde en estos mismos momentos la última flor tardía de la literatura bizantina de la Edad media se marchitaba para deshojarse en seguida, podria decirse que la Europa temia perder los lazos á que se relacionaban los recuerdos del antiguo mundo griego, y por esta causa sábios, tales como La Guilletiere, Spon y Wheler, comenzaron inmediatamente á reanimar el estudio de las antigüedades griegas. Desde que en el siglo xviii comenzó á preocuparse la Rusia por los intereses políticos de la Grecia, con lo cual el país sufrió un cambio favorable hácia su regeneracion moral, todo el mundo sábio del

(1) *Memoria sobre el estado actual de la civilizacion en la Grecia*. París, 1803.

(2) *Exhortaciones políticas* de A. Corais, traduccion de K. de Orelli. Zurich, 1823.

(1) *Eunomia*, t. III, pág. 32.

Occidente fué presa de gran agitacion, como si tratase de oponerse al deseo de la Rusia, que era asimilarse á la Grecia, y contrarrestar la conquista politica què procedia del Norte por medio de una conquista científica que partiese del Oeste, mostrando de este modo á la civilizacion naciente de la Grecia, que no pasaba desapercibida para el Occidente. Las obras de los hombres que en el siglo XVIII habian viajado por la Grecia, antes que los proyectos rusos fueran mejor conocidos, obras tales como las de Tournefort (1717), Pokocke (1729), Stuart (1761), Chandehar (1764) y otros, forman en su tono general un paralelo exacto con lo que producía la literatura griega en sus primeros ensayos. Son obras áridas de investigaciones, que tratan sobre todo de asuntos serios y que rara vez arrojan una mirada sobre el estado social del pueblo. Hasta los tiempos de una filantropía apasionada por las reformas, y desde la revolucion francesa, los proyectos rusos no se manifestaron de un modo ostensible. Los trabajos sobre las antigüedades griegas emprendidos por Vilhoison y Choiseul-Gouffier (1) y *el Viaje de Guy* (2), comparando ya las instituciones sociales y políticas de la Grecia antigua y moderna; *el Viaje del jóven Anachasis* por Barthelemy (1788), las observaciones sobre el comercio de la Grecia por Beaufort (3), *los Viajes de Pouqueville* hácia fines del siglo XVIII y principios del XIX, todas estas obras que formaban un conjunto homogéneo, demostraban el gran interés con que los franceses miraban todo lo que acaecía en la Grecia.

Este interés, á pesar de la inoportunidad de los tiempos, se continuó durante todos los años en que Chateaubriand, con su viaje (1806), y por medio de su *Itinerario de las ruinas*, se convirtió en una guía para muchos de sus sucesores, y mientras que Sousini llamó á sus contemporáneos á una nueva cruzada contra los turcos. Posteriormente, durante la Restauracion, los realistas solo se pusieron de acuerdo con los liberales en lo que atañía á la causa de la Grecia.

Pero desde que Corais comenzó á dar á

conocer en París la antigua Grecia á la Grecia moderna, y ambas al mundo europeo, los sábios de todas las naciones rivalizaban entre sí para explicar á los indígenas su propio suelo y su historia antigua, y desde que alumnos griegos abandonaban en gran número su patria para ir á Europa, los sábios de esta region afluían á la Grecia, y en estos momentos eran, sobre todo los ingleses, los que iban á la cabeza. Una gran parte del continente europeo estaba entonces cerrado á los viajeros ingleses, que deseaban reconocer el mundo, y desde entonces la Grecia se convirtió para ellos en objeto de sus viajes, para cuyo efecto las islas Jónicas les daban fácil acceso. El primero, no solo con respecto á la época, sino tambien con relacion al valor de sus viajes, fué el coronel Leake, que á la sana observacion que caracteriza á los ingleses, y á un golpe de vista penetrante para comprender las condiciones locales, añadía sólidos conocimientos preliminares de geografía, historia y literatura. Este viajero, durante los diez primeros años del presente siglo, recorrió casi todas las partes de la Turquía, mostrando el mismo interés por las cosas más antiguas y más modernas de la Grecia. Al mismo tiempo que él, viajaban W. Gell y Dodwell (que son los verdaderos fundadores del estudio geográfico de la antigua Grecia), Douglas y lord Guilford (1811) y Macdonald Kinneir (1813-14) en la Asia Menor, así como tambien el grupo de exploradores que en 1812 descubrieron el templo de Apolo de Basse en Arcadia, y los que visitaban la Albania, tales como Hughes, Holland, Hobhouse y Byron. Para este último, poeta en toda la estension de la palabra, habituado á una vida aventurera, y disgustado de la existencia ordinaria y comun, el estado semi-salvaje de la Turquía tenia más encanto que cualquier otro país, que otro cualquier pueblo. Atenas se convirtió entonces en un sitio de reunion para los extranjeros, y al propio tiempo en una colonia de sábios. Al lado del archonte Logothetis, llamado el Pericles moderno, á causa de su trato agradable y fino, lord Guilford constituyó allí, durante algun tiempo, el centro de la sociedad. Sirvióse este inglés más tarde de su fortuna, y de todos los

(1) Viaje pintoresco en Grecia, 1782.

(2) Viaje literario en Grecia, 1771.

(3) Comercio de la Grecia, 1779.

recursos de su imaginación é inteligencia, para reanimar el espíritu nacional entre los jonios, conquistándose entre los mismos griegos el nombre *del mas grande y hasta del tres veces mas grande de los filo-helenos*. Brillaba aquí tambien el cónsul de Austria, Gropius, que supo vencer hasta el odio que los griegos profesaban al gobierno que representaba, y Fauvel, que durante treinta años, fué considerado y honrado como el vigilante guardian de las ruinas de Atenas.

En todas las devastaciones terribles que ha sufrido la Grecia, la acrópolis de Atenas habia sido protegida por una especie de suerte misteriosa y sobrenatural, ó mejor dicho, por el encanto mágico de un arte divino que causó admiración á los mismos bárbaros, y les impidió que la destruyesen enteramente. Esta obra maestra de la arquitectura hubiera sido aun infinitamente mejor conservada, si el sitio de los venecianos en 1687, los preparativos de defensa hechos por los griegos durante la guerra de la independencia y los bárbaros celos de los ingleses, no hubieran contribuido en tan gran escala á su ruina. Del mismo modo que por una singular coincidencia todo se reunia entonces para presentar á los griegos al recuerdo del mundo, el envidioso celo de la Europa con respecto á las antigüedades griegas se trasformó en cólera violenta, cuando lord Elgin, relevado en 1800 de su puesto de embajador en Constantinopla, partió para la Grecia, y con permiso del gobierno turco despojó al templo de Minerva de sus mas preciosos ornamentos, á fin de que los franceses no se los llevarasen, segun decia para justificar su proceder. Todos los extranjeros, especialmente los franceses, muchos ingleses, y lord Byron el primero, estaban tan furiosos, que exhalaban su rábida en imprecaciones sin número contra este acto de vandalismo. Pero mas elocuente, la tradicion popular de Atenas decia que, al ser arrebatada una de las cinco cariátides del Pandrosion, las otras cuatro habian manifestado el duelo por su hermana perdida por medio de lamentos, á los cuales la hermana robada habia respondido desde la ciudad con gritos y lamentos iguales (1).

Desde este tiempo, firmanes turcos y cartas pastorales del patriarca protegieron las antigüedades de Grecia, y hasta el valessi de la Morea, Veli-Pachá, hijo de Ali, tomó interés (cosa rara en un turco) por estos despojos del arte, desde que la manía de los franceses le habia dado á conocer su valor material. El número de extranjeros se acrecentó en medio de estos cambios de una manera extraordinaria; pero ninguno de ellos podia abandonarse á la contemplacion de las antigüedades con toda libertad de espíritu, ni de una manera exclusiva. «El triste silencio de la esclavitud que se cernia sobre los destrozados monumentos del arte» predisponia á las almas sensibles como la de Chateaubriand á la elegía; las «ruinas vivientes» separaban á los corazones de la contemplacion de las ruinas de piedra. ¿Quién hubiera podido ver sin conmoverse, los tormentos con que se castigaba á este pueblo? ¿Quién hubiera podido viajar sin una profunda compasion, entre estos miserables oprimidos, que huian aterrados con sus animales domésticos, y con sus perros que aullaban de un modo lastimero, y se escondian en sus cabañas arruinadas, cuando el viajero entraba en sus aldeas situadas, ya en una llanura inculta, ya en los desnudos flancos de sus valles? ¡Y todo esto en un país «donde no hay una piedra que no tenga un nombre,» donde no hay un arroyo ni una fuente que la poesía ó la historia no hayan hecho célebres, donde los manes de los grandes hombres se ciernen en torno de cada roca, de cada ensenada de la costa y de cada valle! Todos los viajeros, lo mismo los simplemente curiosos ó los que deseaban aprender, eran á pesar suyo arrastrados á tomar parte en las esperanzas ó en los sueños de regeneracion de la Grecia. Los rusos declaraban que el país era un campo en barbecho, que no tenia necesidad mas que de cultivo, en tanto que otros decian que era una roca desnuda ó una floresta sin árboles destruida para siempre. Para muchas personas, únicamente los celos de las grandes potencias que veian en la Turquía una barrera indispensable para contener el progreso de la Rusia, parecia que retardaban el dia en que la Grecia recobraría su libertad; pero casi

(1) Douglas, pág. 85.

todo el mundo participaba de la opinion de Corais: «que la actividad intelectual de los griegos seria el precursor cierto de su completa regeneracion; pero que *debía* necesariamente preceder esta, si no se queria que la demasiada precipitacion de los entusiastas la hiciese fracasar. Los hombres mas accesibles á la duda, como Douglas, y aquellos que estaban menos dispuestos por la causa de los griegos, como Gell (1), no pudieron cerrar los ojos á la conviccion de que un progreso prudente en la educacion pacífica y civilizadora les conduciría á la felicidad y á la libertad. En efecto, todos los viajeros, con escepcion acaso de Bartholdy (2), y sobre todo los que mejor conocian la Grecia, estaban profundamente admirados de la revolucion intelectual que veian despertarse entre el pueblo. Todos, aun los que negaban á los griegos la civilizacion y la virtud necesarias para comprender, para crear y conservar una condicion política mas aceptable confesaban, sin embargo, que era escesivamente cruel condenarlos por esta causa á una perpétua esclavitud.

Todos los que observaban de cerca el sistema de violencias que sufrían, consideraban como deshonoroso para nuestro siglo el que se dejase á los turcos en libertad de mantener continuamente bajo un yugo tan pesado á este pueblo tan digno de consideracion. Desde el tiempo de las luchas por la independencia de la América del Norte, las exigencias políticas de una época que, cada vez se hacia mas democrática, habían opuesto á semejante estado de cosas ideas mas elevadas relativamente á los derechos y á las pretensiones del individuo con respecto al Estado, ideas que formaban un contraste extremo con esta barbarie. El libre pensamiento no admitia ya que las grandes fuerzas de toda una nacion se colocasen en manos de sus jefes con otro objeto que para despojar á los hombres de su grosero egoismo, y para obligarlos á desarrollar libremente todas las cualidades, y los dones interiores y exteriores que han recibido del Crea-

dor. Ya no existian las generaciones que habían soportado tranquilamente la devastacion de la mas bella porcion de la tierra y los derechos naturales adquirian su verdadero valor en los juicios de los hombres sobre el derecho público. Cuando las grandes potencias se declararon en Viena contra el comercio de esclavos, y aparentaron estar tan moralmente disgustadas de las atrocidades de los berberiscos, que les causaban daños materiales, se hubiera querido que pusiesen tambien fin á la esclavitud de la Grecia; y cuando el Papa y la Santa Alianza se negaban á desempeñar este papel, el espíritu cosmopolita de la civilizacion, de la libertad y de la humanidad se levantó en defensa de la emancipacion de los griegos. Entre los cristianos el odio contra los turcos era mucho mayor que el amor hácia los griegos, y esto no solo se deduce de las reflexiones de los viajeros, sino tambien de los mas exactos testimonios de la historia. Cuando los pescadores de coral de Bone (mayo de 1816) protegidos por un tratado concluido con los ingleses, fueron muertos á tiros por los argelinos, cuando el pabellon inglés fué insultado y el cónsul reducido á prision, y cuando para vengarse, lord Exmouth (27 de agosto) incendió y destruyó á cañonazos las baterías, los navíos y los arsenales de Argel, una esplosion de simpatía recorrió toda la Europa, que parecia celebrar el triunfo de los ingleses. Solo dos años despues produjeron las consecuencias de este acontecimiento una exasperacion general y profunda contra la Gran Bretaña. Cuando en 1815, despues de muchas diferencias y cuestiones, las islas Jónicas fueron colocadas bajo el protectorado del gobierno inglés (1), este tuvo que sacrificar á los celos de las grandes potencias las antiguas dependencias venecianas de la Grecia continental, y la ciudad de Parga fué, á causa de esta obligacion, entregada á Alí-Pachá. Cuando el teniente coronel Bosset anunció (1817) á sus habitantes su suerte (2), estos prefirieron emigrar. Durante todo un año, y á pesar de todas las seducciones y promesas falaces, perma-

(1) *Narrative of a journey in the Morea*. London, 1823.

(2) *Fragments para adquirir un conocimiento mas profundo de la Grecia moderna*. Berlin, 1805.

(1) Tratado de 5 de noviembre de 1815.

(2) Bosset, *Proceedings in Parga*. London, 1819, 1822.

necieron fieles á su resolucion y abandonaron su ciudad natal (10 de mayo de 1818), despues de haber recibido la miserable suma de 150,000 libras esterlinas. Al salir de su patria desenterraron y quemaron los huesos de sus antepasados. Griegos, italianos y franceses vieron con furor esta trasformacion de la última ciudad cristiana y libre, que quedaba sobre el suelo turco en una guarida de criminales, de renegados y ladrones; y los numerosos enemigos de la Inglaterra pudieron persuadir fácilmente á los numerosos enemigos de la Turquía, de que los ingleses habian vendido la ciudad de Parga á Ali-Pachá.

Pero toda esta simpatia de la Europa por los destinos de los griegos, en el concepto de que eran los incontestables descendientes de los helenos, ¿no era quizás prodigada á un vano fantasma? El mayor número de viajeros que recorrian entonces las tierras griegas, y oian hablar á los pastores albaneses y válacos de la Arcadia la lengua helénica, tomaron de buena fé á toda la poblacion como griega, como en otro tiempo los venecianos, cuando dominaban la Morea, no habian considerado á los albaneses sino como una casta griega degenerada. La lengua helénica habia encontrado en la Iglesia, que se servia continuamente de ella para su uso, un contrapeso muy fuerte para impedir que se bastardease por completo con el contacto de los idiomas bárbaros. Es cierto que la pronunciacion se habia perdido casi enteramente, se habia hecho mas afeminada y monótona: tambien lo es que en su misma construccion gramatical tuvo que hacer concesiones al génio de las lenguas germánicas modernas; pero, sin embargo, si se esceptúa el árabe, ninguna otra lengua permaneció mas fiel á su antigua fuente que la neo-griega, que procedia del dialecto eolico popular, y que hasta nuestros dias ha conservado en las antiguas colonias lacedemonias, los mas evidentes dorismos, guardando gran facilidad para volver al antiguo griego. Esta facilidad se ha desenvuelto con tal rapidez desde la independecia de la Grecia, que ya hoy la antigua gerga popular, segun se encuentra en la auto-biografia de Kolokotronis, dictada por él mismo, no es enteramente

comprendida por el hombre del pueblo; y las gentes instruidas, al leerla, sienten un movimiento de indignacion. Era, pues, esta lengua á los ojos de todos los viajeros, el testimonio irrecusable del verdadero origen griego de los que la hablaban. Encontraban ordinariamente en los griegos modernos todas las particularidades y todos los rasgos fisiológicos y psicológicos de los antiguos helenos, sus modelos de belleza, sus virtudes y sus faltas políticas, y descubrian hasta en los habitantes albaneses de Atenas á los descendientes de Pericles. Pero sobre todo en la campiña, en que el pueblo habia caido en el estado de la naturaleza, en el cual todas las naciones se asemejan mucho, creian los viajeros encontrarse trasportados al antiguo mundo homérico. Hallábanse allí alquerías habitadas por pastores como Eumeo, en donde era uno acogido de un modo muy inhospitalario por perros salvajes de la verdadera raza antigua de los molossos; pero se hallaba al mismo tiempo una recepcion en extremo hospitalaria entre los habitantes de las cabañas, que no preguntaban el nombre ni la patria de sus huéspedes hasta despues de haberles ofrecido la hospitalidad. Encontrábase algunas veces un bando armado de los armatolios, que dividían con el viajero sus ostras y su vino en sus campamentos, y le daban los mejores pedazos de cordero asado, cuyas tabas servian á los niños para jugar, aun en esta época, al mismo juego que en la mas remota antigüedad habia sido fatal á Patroclo; los capitanes se servian de los homóplatos de este mismo animal para sus predicciones sobre el resultado de un combate, segun lo hacian los antiguos con las entrañas de las víctimas, combate para el que se veia peinar y preparar sus cabellos á los palicaros, segun lo hacian los antiguos espartanos. El que asistia á una fiesta popular, y veia la profusion de coronas de flores y guirnaldas, las danzas de hombres y mujeres, los coros que cantaban sobre motivos improvisados, creia presenciar una fiesta antigua, y ver representar á su vista las antiguas danzas eróticas ó pírricas. El que seguia los funerales escuchando las *nenias* ó las *myrologias* (1) de

(1) Cantos fúnebres.

las plañideras, y se hacia contar las creencias populares acerca de Caronte, el guardian de los infiernos, ó el que celebraba con los griegos la fiesta de un santo, fiesta que comenzaba por el servicio divino, con toda su gravedad, y se terminaba con hecatombes, en que los asistentes se recostaban en la tierra mientras otros danzaban, el espectador de todo esto, repetimos, se sentia vivamente conducido al mundo antiguo, y en medio de un pueblo hijo de la naturaleza, atraido por los mas estrechos lazos á su madre, dominado por la misma fuerza mágica de la imaginacion y de la supersticion, y manteniendo como sus antepasados un trato poético con los rios, las fuentes, los bosques y las rocas que poblaban de seres sobrenaturales.

Sobre todos los promontorios, sobre todas las alturas, se veian elevarse las iglesias ó conventos en lugar de los antiguos templos de los dioses. Las antiguas parcas y las euménides, habian sido reemplazadas por las personificaciones de la peste y de las viruelas; y del mismo modo que se atribuia á los antiguos dioses el trato con mujeres mortales, se imputaba tambien lo mismo á los terribles catachanades ó vurvulaques (vampiros), muertos vagabundos, cargados de crímenes, que chupan la sangre de los hombres. Con puntos de comparacion tan variados, era natural que se escribiesen disertaciones en regla sobre la conformidad de los usos y de las creencias populares entre los griegos antiguos y modernos, en una época en que los mismos indígenas, no solamente los válicos de la Arcadia, sino tambien los beocios y los olimpios, se figuraban todavia que los helenos no eran sus antepasados, sino una raza mítica de gigantes, los cuales habian vivido en los tiempos indeterminados y vagos de que ya no oian hablar. Era natural que se escribiesen aun disertaciones en los tiempos que precedieron á la insurreccion, en los cuales los romaicos instruidos comenzaban á identificarse por primera vez con los antiguos helenos, y sobre todo mas tarde (1), despues que la Constitu-

cion hecha por Negris para la Grecia oriental (1822) apaciguara todos los escrúpulos, con su artículo 1.º en el que se afirmaba que «todos los habitantes actuales de la Grecia que creian en Jesucristo eran helenos.»

Hubo no obstante ya mucho tiempo antes de la insurreccion algunos viajeros que negaban, digámoslo así, toda conexion entre los griegos antiguos y modernos, y no reconocian en los romaicos sino sangre slava. Los observadores críticos veian que por lo menos existia cierta diferencia entre la raza mas pura de algunas islas y la poblacion mezclada de la Grecia continental. En esta última, Gell no queria atribuir derechos á un origen helénico «mas que á un individuo por cada cincuenta» y posteriormente trató de apoyar en razones científicas estas dudas sobre el origen helénico de los griegos modernos (1). Apoyándose en los testimonios históricos, en la topografía del país y en la naturaleza de la poblacion actual, Fallmerayer demostró en detall, que en tiempo de Justiniano, la Grecia experimentó una catástrofe, cuya consecuencia fué la invasion del país por los avaro-slavos, que casi no dejaron ninguna ciudad en pié, que degollaron á la poblacion helénica y la dispersaron en las islas, sometiéndola durante tres siglos al país á la influencia slava, y dando nombres slavos á los rios, á las montañas, á los distritos, y á las tres cuartas partes de todos los parajes, segun se encuentran aun en número infinito en los distritos slavos del Norte. Es cierto que posteriormente, cuando desde los tiempos de Carlo-Magno fueron vencidos en Alemania los slavos, y sometidos á la influencia germánica, los de Grecia (escepto los melingiotas de la Laconia) fueron tambien vencidos por los emperadores bizantinos; pero el país se repobló con una mezcla de gentes procedentes de las islas y del Asia Menor, que no se llamaban ya helenos sino cristianos y romaicos, que no hablaban la lengua helena, sino la romaica, y que rechazando el idioma y el paganismo de los slavos, fundaron al lado

(1) Bybilakis, *La vida neo-griega comparada con la de los antiguos griegos*, Berlin, 1840.—Las obras de Guys y de Douglas han sido citadas mas arriba.

(1) *Globe*, 1829, n. 77.—Fallmerayer, *Historia de la Península de la Morea*, 1830-36.—*¿Qué influencia ha tenido la ocupacion de la Grecia por los slavos en la suerte de la ciudad de Atenas?* 1835.—*Fragmentos del Oriente*.

de los santuarios slavos numerosas estaciones de misioneros, que llevan el nombre de un santo cualquiera. Esta poblacion neo-griega, bizantina y ya mezclada, que se estendia sobre un fondo slavo, sufrió todavía en los siglos x y xi las invasiones de los búlgaros y de los uzos, en el siglo xiii la ocupacion de los francos, desde el xiv las luchas de los arnautas y servios contra los turcos, y en todos tiempos la mezcla con los albaneses innigrantes. Si se tiene en cuenta que ya desde los tiempos de Plutarco toda la Grecia estaba ya desierta y despoblada; que el país era demasiado pequeño, para que el mas insignificante rincón pudiese escapar á la irrupcion de los bárbaros; que la poblacion estaba demasiado envejecida para absorber estas masas de intrusos; que la manera atroz con que los slavos y los búlgaros hacian la guerra imposibilitaba toda fusion pacífica, se comprende bien que Fallmerayer, observador sério é imparcial, haya debido llegar á la absoluta conclusion siguiente: Los restos de los antiguos helenos, desde Macedonia hasta Mesenia, han sido casi anonadados, y lo que resta aun está de tal manera mezclado con elementos bárbaros, que no corre una sola gota de sangre helénica pura y sin mezcla por las venas de los romaicos, los cuales mitad sármatas y mitad albaneses, abarcan el tipo de las dos razas, han heredado de los albaneses el traje, y tomado muchas particularidades de los slavos en su lengua y en su poesía, lo cual destruyó en los nuevos griegos el sentimiento de los antiguos helenos por el arte y la belleza plásticas. En el sentimiento natural de disgusto que inspira el modo de ver tan triste, que anuncia friamente la muerte del mas inmortal de los pueblos, es mas fácil sublevarse contra él, que no oponerle verdaderas razones. Se ha dado, sin embargo, á esta opinion un colorido mucho mas sombrío que el que tiene en realidad. Es cierto que la opinion de Fallmerayer reconocia su origen en el humor atrabiliario y triste de este autor y nació en el momento en que el entusiasmo por la causa de los griegos se enfrió repentinamente en Europa y despues de los primeros resultados tan tristes que siguieron á la conquista de su independencia, cuando el

miedo de la Rusia y del panslavismo atormentó á todos los espíritus.

De este modo la opinion de Fallmerayer, que tanto ha indignado á la Grecia, era mas bien un estímulo para su ambicion patriótica, estímulo mas eficaz para escitar á los griegos á oponerse á las influencias políticas de los slavos, que querian absorberlos, que hubieran podido serlo todos los exagerados elogios de los filehelenos.

Pero este aserto histórico sobre el origen de los griegos en sí mismo, no hubiera debido indignarles de tal modo. La degeneracion del pueblo bizantino en los siglos en que los griegos se trasformaban en romaicos así como los romanos en romañoles, en que el nombre tenia mas bien valor en el sentido cristiano que en el nacional, esta degeneracion era el resultado cruel é inevitable de una larga y terrible degeneracion. Era esta la consecuencia natural del envejecimiento de una nacion, lo mismo que el resultado de la degeneracion de un pueblo es su mezcla con elementos extranjeros. Mas, sin embargo, esta mezcla se encuentra tambien necesariamente en toda nacion jóven ó que se rejuvenece, que nace ó que se transforma, y precisamente las naciones mas nobles se han formado de este modo por la fusion de numerosos elementos heterogéneos. Por lo demás Fallmerayer no habia afirmado que la antigua raza helénica hubiese sido enteramente anonadada. Admitia que en ciertos parajes de las costas, aun bajo la dominacion slava, se habian conservado la lengua y la poblacion griega; que se encuentra todavía en nuestros dias el tipo helénico en las islas y sobre la costa de la Anatolia; que en los fanariotas que fueron de Trebisonda á establecerse á Constantinopla, se conserva todavía la sangre griega pura, y que estos son los lugares que en el siglo ix han servido de punto de partida para la nueva conquista de la Grecia por los bizantinos. Estaba en la naturaleza de las localidades, que en esta época, como en todas las invasiones, se mantuviesen los griegos por mucho tiempo en las plazas fuertes de la costa, tan fácilmente defendidas y socorridas, lo mismo que estaba tambien en la naturaleza del génio náutico y comercial de los

griegos, que despues de cada espulsion y dispersion, algunos individuos aislados, como por ejemplo mercaderes (indispensables á los bárbaros que ignoraban la ciencia náutica), volviesen á establecerse de nuevo á estos lugares, si bien la historia no se ocupa de esta clase de sucesos que pertenecen al orden privado. Aunque el número de los romaicos que volviesen de este modo á su patria debiese naturalmente ser muy exiguo, y aunque los elementos verdaderamente helénicos fuesen poco considerables en comparacion con los habitantes bárbaros del interior de la tierra, precisamente esta circunstancia nos explica las notables particularidades que observamos de la historia antigua griega. En efecto, la poblacion verdaderamente helénica de la antigua Grecia no puede haber sido en ningun tiempo muy numerosa, y aun esta poblacion, si es que se quiere reconocer una verdad histórica en tantos mitos, debe haber estado constituida desde un principio, de una mezcla de elementos extranjeros procedentes del Asia Menor, de la Fenicia y del Egipto. Siendo los helenos un pueblo esencialmente habitante de las costas, se habian esparcido sobre vastas, pero estrechas comarcas, como una capa muy ligera, depositada en todas partes superficialmente sobre un terreno bárbaro. Cuando la poblacion crecia demasiado, una necesidad innata los lanzaba á cambiar y á renovar las proporciones de su mezcla con los indígenas, y á enviar ligeras tropas de emigrantes por todos los mares hasta España y hasta la Colquida, que se ingerian á lo largo de las costas sobre nuevos vástagos bárbaros.

Con los macedonios, se dispersaron los antiguos griegos sobre miriadas de leguas cuadradas, dando á las mas diversas tribus un nuevo aspecto, y dejando vestigios indelebles de su presencia en las regiones mas lejanas de la tierra. La causa de esto no residia ni en la fuerza ni en la pureza fisica de su raza, sino en el poder de su espíritu. En todos los tiempos, este pueblo ha sido arrojado en las masas fisicas de pueblos como un elemento puramente espiritual, como un alma que las comunicaba el movimiento, y lo mismo sucede todavía en nuestros dias. Establecidos como co-

lonos sobre las costas de la Siria, pusieron á los maronitas en comunicacion con el mar, desde donde se estendieron por medio de una linea no interrumpida de una ciudad á otra, desde Damasco á Stambul. Representan, pues, los griegos la fuerza motriz en el vasto imperio turco, como los helenos lo eran en el Asia desde el tiempo de los persas, y la representan aun en toda la estension del vasto imperio ruso, al cual han dado su fé, su civilizacion, su música espiritual y su arquitectura, de suerte que, en un sentido moral se ha podido hablar de la transformacion de los slavos en griegos, como lo ha hecho Fallmerayer en un sentido fisico, acerca de la mutacion de los griegos en slavos. Los griegos habian perdido desde mucho tiempo antes todo sentimiento del arte, de la belleza, antes que los slavos, á quienes Fallmerayer acusa de ser la causa de este cambio, hubiesen aparecido en el país, y á pesar de esto, los griegos son todavía hoy los únicos arquitectos, ingenieros, pintores y estatuarios de la Turquía. En donde quiera que el comercio, las industrias y los conocimientos se han desarrollado en alguna escala, es debido á los griegos. Eclesiásticos, médicos, cambiantes, agentes de negocios, inspectores de tropas en Albania, intérpretes en toda la Turquía, los griegos han establecido en todo el país una vasta red, que les permite acaparar todos los negocios y tener en su mano el hilo de todas las intrigas gubernamentales y de todos los movimientos populares (1). Al mismo tiempo han sido destinados á reavivar el sentimiento nacional de las demás tribus cristianas, y donde el helénismo ha ejercido alguna influencia, los búlgaros adquirieron una conviccion mas íntima de su propio valor. De este modo, el rasgo mas característico, el mas antiguo y el mas puro del carácter popular de los griegos, existe todavía ó reaparece de nuevo en toda su fuerza.

En efecto, nadie ha tratado de negar que al lado de los slavos y de los albaneses, de los búlgaros y de los turcos, no exista realmente en Grecia una nacionalidad propia con un carácter en

(1) Jos. Müller, *La Albania, la Rumelia y las fronteras del Austria y del Montenegro*. Praga, 1844.

teramente distintivo. Los griegos no se han convertido en albaneses por la influencia de los colonos arnautas, ni osmanlis por el influjo de los conquistadores turcos, ni latinos por el de los venecianos, ni romanos por el de los franceses y catalanes, ni finalmente se han convertido en slavos por el de los rusos. Han conservado en toda su fuerza su odio contra los slavos; y si la sangre slava hubiese producido griegos degenerados, el espíritu griego hubiera hecho slavos degenerados también. Y si no hubiesen de ningún modo permanecido helenos, no se hubieran convertido tampoco en sármatas, así como los habitantes de las orillas del Tiber, si no han continuado siendo romanos, no obstante no se han convertido en germanos. No solamente han dado muestras de una tenacidad extraña en la resistencia que opusieron á las nacionalidades extranjeras, sino que han probado que poseían la fuerza moral necesaria para absorber las nacionalidades extranjeras, fuerza que no poseían ni los osmanlis, ni ninguna otra tribu cristiana de la Turquía. Su lengua ha vencido en la Edad media á la slava como en todos los distritos griegos ha vencido á la turca y á la albanesa que carecía de reglas gramaticales y de alfabeto, y la poblacion albanesa, tal como actualmente se encuentra encerrada en el Estado griego, está á punto de ser enteramente asimilada á los griegos, como con un contacto mas inmediato los slavos también hubieran sido absorbidos. Porque á estas estirpes vigorosas de cuerpo les falta el génio, la idea unitaria y vivificadora, y un centro de nacionalidad que dé unidad á todas las aspiraciones. Estas dotes han sido durante la regeneracion de su patria, las únicas causas determinantes que han procurado á los griegos las simpatías del mundo y las que vencieron las mas fuertes antipatías, que excitadas por la gran corrupcion del carácter del pueblo griego se han mostrado en Occidente, antes, durante y despues de la insurreccion.

Raras veces se ha degradado tanto el carácter de una nacion como ha sucedido á los bizantinos, y esta degradacion no ha comenzado con la dominacion de los osmanlis. El mundo griego murió desde que los romanos le conquistaron. Las influencias morales y

materiales, no fueron suficientes para producir una reaccion en el cuerpo moral de esta raza. La inmigracion de los pueblos y las cruzadas, fueron impotentes para infundirle una nueva sávia ni fuerzas morales que pudiesen rejuvenecerle, mientras que todos los demás pueblos sintieron su influencia saludable. El mismo cristianismo perdió en Grecia su fuerza moral y fecundante, ahogado por la supersticion pagana que continuaba difundiéndose rápidamente, y por las querellas dogmáticas y rituales que comenzaron á tener un extraordinario influjo. Estendiendo el despotismo popular su poder sobre la Iglesia, ahogó aquí como en la Rusia toda ciencia teológica, toda tolerancia y todo espíritu de concordia, así como también la facultad de admitir la influencia de las civilizaciones extranjeras é influir en ellas á su vez, y de este modo desapareció toda la influencia moral de la religion. Puede por lo tanto señalarse con algunos ligeros rasgos, la marcha progresiva que siguió la decadencia moral de los griegos, reasumiendo los hechos mas importantes de su historia secular á saber: la vanidad y el orgullo que les inspiraba su superioridad intelectual, su imprudente y baja adulacion, bajo los sucesores de Alejandro el Magno, el placer con que se revolcaban en el fango del servilismo bajo los sucesores de Augusto, su infamia, que llegaba hasta la caricatura, bajo los emperadores bizantinos, su supersticion bajo los latinos y bajo los osmanlis, su adormecimiento que los sumió en la apatia, en la miseria y en la ignorancia, sin que encontrasen ocasion alguna de cultivar su espíritu. Los mismos sacerdotes, sus únicos guías, que habian descendido hasta la groseria mas profunda, buscaban la religion en los ayunos y en las ceremonias, y abismados en la supersticion y en el odio religioso, habian organizado un completo sistema de simonia. Si el proverbio griego tenia razon al decir que el pez comienza á pudrirse por la cabeza, y que «la ciencia que se aprende, es como cual el maestro de quien se recibe,» ¿qué podia ser el pueblo cuyos jefes espirituales se mezclaban á las partidas de bandideros y piratas? Era, pues, una cosa fuera de toda duda á los ojos de muchos viajeros de prin-

cipios de este siglo, que este pueblo estaba moralmente perdido y sin esperanza de salvacion. El egoismo y el fanatismo religioso mas repugnantes en su desnudez, eran las primeras cosas que llamaban la atencion de los viajeros, y los mismos griegos inteligentes confesaban que el egoismo era el primer interés de sus compatriotas y la supersticion el segundo. En la expresion, sospechosa casi siempre, de su rostro, el extranjero leia su cálculo constante, dictado, ya sea por la prudencia del esclavo, ya por el deseo del lucro. Arrogante en la frase, el griego, parecia siempre al viajero vacilante é indeciso en la accion, y todo individuo pasaba fácilmente á los ojos de los extranjeros por codicioso, venal y ladron, porque pertenecia á un pueblo, cuya lengua no tiene ni una sola palabra para designar las ideas de *honor* y *premio*. «Cuando hago quemar á un griego, decia Ali-Pachá, su hijo viene á robarme las cenizas.» El que tenia mucho dinero, era considerado, como sucede en los pueblos meridionales, como el hombre sábio y prudente por escelerencia. Por lo demás, la inconstancia, la vanidad, el desprecio que sentian hácia los extranjeros, les impedia reconocerse á sí mismos. Habian perdido todas las cualidades que producen la instruccion y la libertad, para tomar en cambio costumbres que engendran la miseria y la opresion. «Entre los esclavos de los esclavos del Koran, decia Tripicis, no se podian buscar las virtudes de los antiguos helenos.» Y sin embargo, habia viajeros mas indulgentes que se preguntaban si acaso otro cualquier pueblo no se hubiera envilecido todavía mucho mas con una esclavitud de dos mil años. Por mucha repugnancia que pudiesen inspirar sus engaños y el arte del disimulo, en que sobresalian los griegos, estos viajeros lo achacaban á que eran estas las armas naturales, únicas que podian esgrimir contra sus opresores, y por lo que respecta á sus enfermedades morales, se las explicaban como defectos naturales comunes á los pueblos del Mediodía.

En cuanto á otros muchos vicios, tales como la celosa envidia de *campanario*, no olvidaban que estas particularidades son propias á todos los pueblos salvajes. Gell, que se habia indig-

nado mucho con el servilismo y la inclinacion de los griegos á la rapiña, se asombraba, sin embargo, de la franqueza y osadía con que hablaban delante de los turcos de sus esperanzas nacionales, y á pesar de todas las historias de bandidos, veia frecuentemente á las mulas, que llevaban el tributo á las provincias en dinero contante y en sacos abiertos, pacer con seguridad á lo largo del camino, mientras que sus conductores dormian. La avidez por las propinas y regalos es un vicio general del Mediodía, y sin embargo, Pashley sintióse en mas de una ocasion conmovido del desinterés ingénuo, que causaba rubor á los cretenses cuando se les ofrecia recompensa alguna por sus servicios. Se encontraban griegos codiciosos, pero no avaros; por el contrario, con frecuencia aparecian pródigos y vanidosos en el gasto de sus riquezas, aunque en esto arriesgasen mucho. Se los veia cobardes y servilmente sometidos, y sin embargo, la vida de klefto que llevaban sus hijos, habia explicado á los ancianos el profundo apotegma de Homero «que el alma pierde la mitad de su valor en la esclavitud» y les habia hecho mas impacientes y deseosos de sacudir el yugo de los turcos. Se los encontraba sumidos en la miseria, y sin embargo, se notaba en los mismos habitantes del campo, que vivian en los mas apartados rincones, un sentimiento de vergüenza inspirado por su ignorancia.

Este destello del conocimiento de sí mismos en gente sumamente fácil de educar, era lo que daba esperanza á los partidarios de su regeneracion. En efecto, aun entre los viajeros peor dispuestos hácia los griegos, no habia uno solo que no estuviese asombrado al ver la movilidad, la sed de instruirse, la inteligencia, la independencia individual (cinco griegos, seis opiniones), el recto juicio, el sentido práctico y la hábil facundia de este pueblo. En este país, tan maravillosamente formado y que poseia, por decirlo así, la quinta esencia de todas las ventajas de que gozaban los diversos paises de la Europa, pero que, por los laberintos de montañas y por el gran número de sus golfos y de sus bahías, puede dar á la vez á sus habitantes las mas eminentes cualidades de los pueblos montañoses y mari-

nos, en este país, se hubiera creído percibir la influencia de un génio saludable que daba, aun en las condiciones de semejante vida, á los poseedores actuales del suelo, rasgos característicos nacionales semejantes á los de los mas antiguos habitantes de estas comarcas, y una flexibilidad de espíritu parecida á la de los antiguos griegos, aun cuando no hubiera habido relaciones de parentesco entre ellos. En efecto, de todas las razas que habitaban el imperio otomano, no habia mas que la griega que poseyese estas eminentes cualidades. Solo los griegos entre todos, se ocupan activamente de la industria y son mas laboriosos que ningun otro pueblo del Mediodía. Con iguales impuestos y con una justicia igual, los griegos, con solo su industria, hacian morir de hambre á sus señores los turcos. En los primeros momentos de su regeneracion se han mostrado de tal manera superiores en el comercio y la navegacion, practicada en gran escala, que los observadores ingleses, enteramente asombrados de sus talentos, de su circunspeccion, de su esperiencia, de su perseverancia en el trabajo, de su economía y honradez, han predicho con gran certidumbre el éxito extraordinario que debian alcanzar. Con su deseo de instruirse, con su sed de perfeccionarse, con los desvelos prodigados en sus escuelas en donde los celos de los turcos les dejaban obrar, los griegos han mostrado mas facilidad en instruirse y en civilizarse que ninguna otra raza del Oriente. Poseian una vida de familia mas unida, mas íntima y pura que muchos pueblos meridionales mas civilizados que ellos; trataban á las mujeres con el respeto que se les debe, y tenian por esta sola razon la perspectiva de una civilizacion superior.

Acabamos de enumerar los cuatro grandes rasgos característicos que distinguian al griego, del turco perezoso, del albanés salvaje y grosero que envilece á su mujer hasta convertirla en su esclava, del tártaro y del slavo, incapaces de dejarse civilizar, del judío y del armenio, ambos avaros, y que no saben hacer del producto de su trabajo un uso provechoso para los demás, rasgos característicos que relacionan á los griegos á la civilizacion occi-

dental, y que les han adquirido las simpatías que sus correigionarios de Turquía no han sabido conquistarse. Se ha reprochado con frecuencia á los europeos el no haber mostrado á los valientes servios y á su revolucion el mismo interés que se ha atestiguado á los griegos aun *antes* de su insurreccion. Pero el desarrollo lento de un pueblo que está todavía en el estado de la naturaleza, si puede ofrecer el mayor interés á algunos pocos benévolo observadores que penetran en el fondo de las cosas, no puede nunca tener los mismos encantos para un siglo impaciente y de una civilizacion muy avanzada, que el rápido desenvolvimiento de los griegos, los cuales en lugar de encontrarse todavía, como lo pretende Fallmerayer, al nivel del siglo XII, se han asociado vivamente á los esfuerzos y á las aspiraciones del mundo civilizado. Además, un observador mas penetrante, y que solo examinase la única diferencia en la condicion moral de ambos pueblos, no sentirá hácia ellos el mismo interés, porque por horribles que sean los vicios y las atrocidades que han manchado la insurreccion griega, no se encuentran, sin embargo en ella, esas escenas repugnantes y contrarias á la naturaleza que desfiguran la historia antigua y moderna de los servios. No aparecen en ella los caprichos raros de los déspotas, ni las enemistades mortales en el seno mismo de las familias, ni la falta de estimacion por la mujer y por la madre, ni el asesinato de próximos parientes, como en la familia de los Kara-Georg, ni los tribunales de knesos, cuya sentencia era un asesinato, segun fué pronunciada contra el archimandrita Melentich en 1816, ni las mutilaciones crueles que pronunció este tribunal en 1826 contra dos miembros de la Heteria; en cuyas ejecuciones los mismos knesos se convirtieron en verdugos porque los soldados se negaron á cumplirlas. Durante las guerras de los suliotas hubo un momento en que hombres como Byron, Douglas y despues Fallmerayer, concedieron su favor y su preferencia tan pronto á los albaneses como á los griegos, y sin embargo, los albaneses con su naturaleza salvaje y recalcitrante, con su perfidia y astucia, con su infiel deslealtad, no son

mas que una caricatura contrahecha del griego. El albanés es sombrío y perezoso en la felicidad, mientras que el griego, libre del peso de sus inquietudes, es alegre y franco. Nunca el albanés se ha mostrado capaz de colocarse á la altura de su época, ni de formar un pueblo ó un Estado. Cuando los venecianos, dueños de la Morea, no distinguían á los griegos de los albaneses y no veían en ellos habitantes diferentes, los distinguían mejor en sus contradictorios juicios. Cuando decían: «los habitantes de la Morea, son en extremo apegados á sus costumbres,» hablaban de los albaneses, y cuando afirmaban: «el ejemplo tiene una influencia extraordinaria sobre este pueblo,» hablaban de los griegos (1). Se quejaban de la pereza y de la persistencia de los habitantes en vivir sin reconocer ninguna necesidad, cuando veían la miseria de los paisanos albaneses. Pero Nauplia, en donde se concentraba el elemento griego tan movable, llegó á ser bajo su corta dominación una ciudad enteramente europea. Por esta razón veremos al principio de la insurrección griega como uno de los hechos mas característicos, la escisión que se verificó entre los griegos y los albaneses, los cuales en su empresa común reconocen que sus naturalezas son incompatibles y cada uno obra por su parte. Pero lo que es mas significativo y forma una de las consideraciones mas importantes en la historia de la revolución griega, bajo el punto de vista de la historia universal que es el nuestro, es: que todo el desarrollo de la insurrección griega ha tomado de día en día, desde el principio hasta el fin, el carácter de un movimiento europeo, que rechazaba todas las influencias orientales y slavas que causaban tanta inquietud á los enemigos de la Rusia. Este hecho se presenta desde el origen de la revolución, cuando una conspiración urdida por griegos *rusófilos*, que esperaban recibir socorros de la Rusia, produjo una primera insurrección verificada fuera de la Grecia propiamente dicha, movimiento que se desvaneció como el humo. La insurrección popular en el interior de la Grecia, consecuencia involuntaria de las re-

voluciones espontáneas del interior que acabamos de esponer ligeramente, no tenía nada de común en un principio con las revueltas fomentadas por conspiradores. Lo mismo que sucedió en las revoluciones de América, la insurrección griega tuvo consecuencias diferentes de las que se preveían, un éxito completo en el mismo momento en que todo se creía perdido, y socorros muy importantes en la participación libre y desinteresada de amigos y protectores extranjeros.

CAPITULO II.

Los griegos esperan de nuevo obtener auxilios de la Rusia.—La Heteria.—Alejandro Ipsilantis á la cabeza de la Heteria.—Insurrección de la Valaquia.—Ipsilantis en los Principados.—Las relaciones de los insurgentes con la Rusia.—La catástrofe en Valaquia.—En la Moldavia.

Mientras que la Francia, la Rusia y la Inglaterra, empeñadas en la guerra, se disputaban la supremacía, era natural que las diferentes clases del pueblo griego se dividiesen en tres partidos, segun las esperanzas que podían abrigar en uno ú otro de estos tres pueblos ó gobiernos. Despues de la paz, cuando la Francia fué abatida y la Inglaterra se olvidaba de su influencia en el exterior, era tambien natural que las miradas de todos los griegos se dirigiesen de nuevo sobre la Rusia sola. En efecto, nunca este temible vecino de los turcos habia poseido tal poder y autoridad tan grande como en esta época. Los destinos del mundo estaban en las manos del czar; ¿por qué, pues, no habia de aprovechar la ocasión para influir en los destinos de la Grecia? Jamás la Turquía habia estado tan trabajada y desgarrada por las turbulencias interiores y continuas, como durante los últimos treinta años; nunca habia sido mayor el miedo que experimentaban los osmanlis de ver cumplirse la fatalidad terrible que les amenazaba; nunca los turcos habian ofrecido espontáneamente á los rajás tanto alivio en su suerte, y en ningun tiempo la civilización europea se habia aproximado tanto á los griegos, cuyos deseos y esperanzas de recobrar la libertad no habian sido tampoco nunca tan vivos como en esta época. Alejandro, este príncipe de espíritu tan filantrópico y tan bien

(1) - Ranke, *Los venecianos en la Morea*.

dispuesto por los griegos, tan deseoso de elevarse y tan dispuesto á todas las influencias generosas, ¿hubiera acaso podido desconocer su época y sus tendencias, él que habia recogido sin vacilar el *proyecto griego*, herencia de su abuela, y que podia hacerle progresar aprovechándose de las turbulencias de la Europa? Cuando se alió con la Inglaterra contra la Francia, habia hecho sondear á Pitt (1805), para saber por qué vacilaba en hacer pasar á Constantinopla á las manos de la Rusia. Cuando en Tilsit se habia dejado conquistar por los proyectos de Napoleon, que tendian á dividir el mundo, cuando el corso en su cólera contra la Inglaterra, le entregó «la Turquía, la Suecia y todo el Oriente» (1), Alejandro con una impaciencia mucho mayor que la de Napoleon, prescindió de todos los escrúpulos y de todas las consideraciones para obtener *la llave de su casa*. Y sin embargo, en aquellos momentos el embajador de Francia en Constantinopla temia una resistencia desesperada de parte de los turcos, el emperador de los franceses una lucha con la Inglaterra y el czar hubiera debido temer una guerra desesperada con el mismo Napoleon, que consideraba la posesion de Constantinopla como la «dominacion del mundo.» El emperador Alejandro, por respetos al Austria y á la Inglaterra, no se atrevió á adoptar los atrevidos proyectos de Tchitchagoff, el cual, durante la invasion francesa de 1812, quiso preparar una expedicion contra Constantinopla, con el fin de distraer por aquel lado la atencion de los invasores. Mas, sin embargo, el czar escribió en esta época al citado almirante: «que el asunto de Constantinopla podria comenzarse de nuevo mas tarde, y que sus proyectos contra los turcos podrian volver á emprenderse, tan luego como se encontrase en buena posicion con respecto al emperador de los franceses. Desde que se consumó la paz del mundo, despues que las guerras francesas agitaron la Europa, era de temer que estas fantásticas empresas se desvaneciesen por sí mismas.

No obstante, ya en el Congreso de Viena, Alejandro se ocupó todavía del arreglo de la cuestion de Oriente. Era para él este asunto uno de los que se relacionaban con la felicidad del género humano, de que se trataba en este Congreso, asunto que entraba bajo el dominio de la Santa Alianza, que tantas personas han supuesto era un complot contra Turquía. En los favores concedidos á la Francia por la segunda paz de Paris, se creyó ver que el czar abrigaba la intencion de asegurarse un apoyo contra la resistencia que la Inglaterra y el Austria debian oponer á la realizacion de sus futuros proyectos contra la Turquía. Lo que alimentaba mas que nada las esperanzas que los griegos cifraban en el apoyo del czar, era que entre las personas que le rodeaban se hallaba el corfiota conde de Kapodistrias, orgullo de sus compatriotas y cuyos talentos politicos habian sido descubiertos por Tchitchagoff, en cuya cancillería habia comenzado á elevarse (1812), llegando rápidamente al empleo de ministro y despues al favor del emperador. Este griego defendia con el mas sincero calor cerca del czar la causa de sus compatriotas, y el mismo emperador le reprochaba algunas veces el que no trabajase sino en favor de los griegos y no para su señor; pero antes de hacerle estos reproches informábase Alejandro, siempre con benevolencia, del estado en que se encontraban «sus griegos.» En efecto, es sabido que el czar personalmente, estaba mucho mejor prevenido en favor de la emancipacion de la Grecia que de la de Polonia y esto es natural: la primera podia ser un motivo de ganancia, en tanto que la segunda le causaria pérdidas. Por su parte los griegos, tanto de cerca como de lejos, tenian sumo cuidado de no dejar nunca que se le olvidase al czar la idea de la ruina de los *bárbaros* y la emancipacion de la Grecia, de suerte que Alejandro no la rechazaba nunca, sino que aconsejaba á los griegos que esperasen con «paciencia.» En el Congreso de Viena, Alejandro Sturdza le presentó un escrito explicito sobre este punto, y los suliotas le dirigieron (11 de agosto de 1814) en esta misma época y sobre el mismo asunto, una carta en que le llamaban el Grande y el padre de los griegos.

(1) *Memorias inéditas del almirante Tchitchagoff*. Berlin 1855, página 20.

Antimos Gazis habló también á Kapodistrias durante su permanencia en Viena, de la lamentable condicion de los griegos, y el conde le contestó suspirando: «¡Cuándo se encontrará un Trasybulo para nosotros!» De muy buena gana Kapodistrias hubiera aconsejado á los príncipes cristianos que diesen un paso en favor de la Grecia; pero Metternich, que no queria oír hablar mas que de súbditos turcos en Turquía, y de ningun modo de la existencia de una nacion griega, trató ya en esta época de minar la influencia de este consejero peligroso, en tanto que Alejandro Ipsilantis, amigo de Kapodistrias, encontró ocasion de protegerle y apoyarle, con ayuda de la czarina, conservándole en la confianza de su señor. Este mismo hombre, hijo del ambicioso Constantino Ipsilantis, ayudó también poderosamente á Kapodistrias, cuando, nombrado presidente de la sociedad ateniense de los filomusas, empeñó á los soberanos, á los príncipes, á los ministros y á los diplomáticos de la Europa, á colocarse el anillo de cobre ó de oro que usaban los miembros de esta sociedad, lo que trasformó esta Heteria (1) helénica, casi en una Heteria filehelénica.

A esta asociacion científica, constituida en el centro de la Grecia, se añadió casi en el mismo momento de su creacion, una *Heteria* política en el mismo territorio de la Rusia, que interrumpió violentamente la marcha pacífica de la regeneracion griega, dirigiéndola de un modo demasiado precipitado hácia un objeto político, lo que habia sido desde un principio un motivo de temor para los muchos amigos de la Grecia. Durante los años en que las sociedades secretas estaban en voga en toda esta parte del mundo, pero mas especialmente en Rusia, fué cuando se formó esta Heteria en Odessa, centro brillante de la riqueza y foco del sentimiento nacional de los griegos. Fué iniciada esta sociedad por individuos que pertenecian al comercio, animados de los mas diversos móviles, ya por el cálculo comercial, ya por el patriotismo, ya por la confianza y la esperanza en la Rusia, lo cual era causa de que los proyectos políticos mas qui-

méricos y la ambicion personal agitasen en confusa mezcla todas las cabezas y todos los corazones. Un tal Nicolás Skufas de Arta, hombre estimable y experimentado, pero sin instruccion, que ocupaba una posicion secundaria en una casa de comercio de Odessa, fué el fundador de esta *alianza de amigos* (fines de 1814) de esta confraternidad, que pudo fácilmente adaptarse á la costumbre de las cofradías, comun á todas las razas de la Turquía, pero que añadió á esto una constitucion misteriosa é insulsa como la de la francmasonería. Dividió todos sus miembros en siete grados, de los cuales los dos últimos, organizados militarmente, debian formar núcleos locales, en tanto que los tres grados intermedios, llevaban los nombres gerárquicos de *sacerdotes*, *pastores* y *pastores supremos*, y estaban destinados á formar un elemento móvil para difundir la asociacion y dar á conocer el objeto que se proponia. La iniciacion indicaba en todos los grados su objeto único: «la union armada de todos los cristianos del imperio turco para hacer triunfar la cruz.» Un espíritu de engaño y disimulo reinó desde un principio en todo el sistema, lo que desgraciadamente imprimió también este sello á todo el primer movimiento que debia producir la actividad de la Heteria. Pretendíase que existia una filiacion entre esta peligrosa asociacion y la inofensiva sociedad de los filomusos de Atenas, y decíase por lo bajo que Kapodistrias, presidente de la una lo era también de la otra y que el czar la apoyaba. La ardiente imaginacion de los griegos era poco á propósito para resistir al encanto de semejantes ideas, y si los mismos fundadores de la sociedad eran bastante crédulos y supersticiosos para plantear á los catecúmenos la siguiente pregunta, «¿conoceis alguna invencion desconocida aun?» con la esperanza de encontrar de este modo la piedra filosofal ¿qué edificio no podia fundarse entonces sobre la fé de aquellos adeptos? No obstante, la estension de esta sociedad era poco considerable en su principio. Skufas la trasladó á Moscow (1816), pero entre los griegos de la Turquía era completamente desconocida en esta época.

Este estado de cosas no cambió sino gra-

(1) Palabra derivada del griego, que significa *Sociedad*. (N. del T.)

dualmente, cuando se encontraron delegados idóneos para trasplantar la asociacion sobre el territorio de la Grecia propiamente dicha, y cuando se vieron indicios de socorros rusos que pudieron permitir aun á los mas prudentes acariciar ilusiones sobre este punto. La coyuntura que dió lugar á esta mision, fué el viaje de algunos griegos que fueron á buscar á San Petersburgo la recompensa de sus servicios militares prestados en las islas Jónicas, y que al pasar por Odessa fueron iniciados en la Heteria por Skufas. Entre estos griegos se encontraba el tesalio Perraios, compañero de Rhigas y heredero de sus proyectos. Ya en 1814 habia inspirado á los suliotas la idea de dar en Viena el paso de que dejamos hecha mencion, y en 1815 publicó su historia de los suliotas. En 1816 se dirigió á San Petersburgo en donde logró hacer presentar al czar (febrero de 1817) por medio de Sturdza un nuevo plan para el levantamiento de la Grecia (1). Llegó tambien por aquel tiempo á San Petersburgo un iniciado de otra especie, Nicolás Galatsi de Itaca, caballero de industria vanidoso, el cual titulándose conde y delegado de la Grecia, se presentó con tal imprudencia, que fué conducido por la policia á Moldavia. Durante la misma noche fué tambien reducido á prision Perraios, pero lo que sorprendió á todos en extremo, fué que no solo este último fué puesto en seguida en libertad, sino que el cónsul de Jassy, general Pini, recibiese órdenes de prestar al aventurero Galatsi su proteccion y socorros en dinero, á fin de que «como miembro de una asociacion que tenia por objeto el sacudir el yugo de los turcos» no quedase á merced de estos últimos. Esto era dar alientos á los heteristas, y de este modo la asociacion se difundió por los Principados Danubianos. Bien pronto todo el país situado entre el Danubio y el mar de Azof se cubrió de heteristas. Galatsi comenzó por recibir en la asociacion al intérprete de Pini llamado Jorge Leventsi, ardiente jóven patriota del Peloponeso, el cual, uniéndose á uno de los bravos armatolios del Olimpo, llamado Geor-

gakis, hijo de Nicolao y oficial de la guardia de corps del hospodar, estimuló á los heteristas (1817) á que pasasen de los proyectos á la accion y á que diesen la señal de la sublevacion que debia iniciarse en la Servia y extenderse en seguida á todos los cristianos de la Turquía. Sin perder tiempo, este olimpiano se dirigió á la Besarabia para ganar á los proyectos de la insurreccion al antiguo jefe servio Kara-Georg. Viendo este ambicioso refugiado, el gobierno de la Servia, que en otro tiempo habia poseido, en manos de Milosch, se presentó en Jassy, para concertarse con Georgakis, y se prestó tanto mas fácilmente á los proyectos de los heteristas, cuanto que no le cupo la menor duda de que las inspiraciones de la sociedad reconocian un origen ruso. En efecto, Leventis que le fué presentado por Galatis como sobrino de Kapodistrias, administraba en esta época provisionalmente el consulado de Jassy y él era el que suministraba pasaportes rusos para penetrar en las provincias austriacas á lo largo de la frontera servia, y el que dió á Kara-Georg el dinero necesario. Dirigióse entonces el jefe servio á casa de uno de sus antiguos amigos el ex-waiwode Wonitza que vivia en Adzagna cerca de Semendria. El pachá turco Maraschli-Alí, supo su llegada por medio de agentes rusos y envió tropas á Adzagna (16 de junio de 1817). Milosch no queriendo ni dejarse suplantar por su rival que no guardaba consideraciones con nadie, ni que cayese en poder de los turcos, le rogó que retrocediese y ordenó en muchas ocasiones á Wonitza que le hiciese pasar el Danubio y que emplease para ello, si fuese necesario, la fuerza. Wonitza mató á su enemigo durante el sueño y en su misma casa, crimen que aterró á los heteristas, pero que no los intimidó. El olimpiano Georg entró desde entonces en negociaciones con el mismo Milosch que no le respondió sino de un modo vago (24 de marzo de 1818). Los fundadores de la Heteria comprendieron que no debian contar solo con el Norte, y que trasladando la sede de su sociedad á otra parte, debian aproximarse mas al mundo griego propiamente dicho. Pensóse entonces en la Magnesia y en la Laconia; pero Skufas se decidió por

(1) Filimon, *Insurreccion de la Grecia*, t. I, pág. 134.

la determinacion mas arriesgada y se estableció en Constantinopla (abril de 1818) en donde comenzó en seguida la obra de las misiones helénicas. Cuando la gente de guerra de la sociedad de Perraios volvió á su país, el *gobierno director* establecido en la capital, escogió entre ellos los llamados Anaghostaras, Chrysospathis y Farmaquis para enviarlos á Hydra, á Morea, á Maina y á Macedonia. Hacia el Pelion, este país tan rico en patriotas y que habia visto nacer á Rhigas, se dirigió Antimos Gazis, natural de aquel punto, y hacia la libre Laconia se envió á Perraios, hombre muy activo, pues se sabia que este último país estaba enteramente alterado por luchas salvajes emprendidas por obtener la supremacía, y que su comercio, así como su prosperidad estaban completamente arruinados por la miseria y la piratería. Puede demostrarse por la estadística cuál era la actividad de estos delegados (1) en la isla de Hydra, en la Magnesia tesaliense, en la Laconia, en donde entraron en 1818, y en todas partes en donde se introducían. No encontrándose completamente satisfechos con estas misiones, los jefes de la asociacion, despues que Skufas les fué arrebatado por la muerte, (julio de 1818) juzgaron necesario separarse ellos tambien para aumentar su comité directivo con la adición de nuevos miembros escogidos entre las personas mas consideradas. Estos jefes que ascendían al número de ocho, entre los cuales se encontraban entonces A. Gazis en Milia, Leventis en Bucharest, Patsimadiz y Komizopulos en Moscow, y que vivían todos en el extranjero, establecieron desde entonces (4 de octubre de 1818) compromisos formales y reciprocos con respecto á estas misiones (2). Solo uno de ellos, el negociante Sequeris, debia permanecer en Constantinopla. Anagnostopulos se presentó en los Principados Danubianos; pero habiéndose puesto en oposicion con los principales corifeos de los heteristas, se vió obligado á refugiarse en Boucharest. Sin embargo, consi-

guió conquistar para el comité al archimandrita Gregorio Dicaios, hombre de moralidad muy equívoca pero hábil, atrevido y activo. Tzakalow fué á Pisa para ganar á la causa de la Heteria al venerable metropolitano Ignacio y al príncipe Alejandro Maurocordatos. El octavo miembro del comité que se llamaba Xantos dirigióse á San Petersburgo con la autorizacion de comunicar al conde de Kapodistris todo el secreto del comité directivo y ofrecerle la direccion suprema de la asociacion. Este viajero aturdido, tardó un año entero en llegar á San Petersburgo, y durante este tiempo todo parecia que llegaba á su disolucion en la Heteria. En primer lugar Galatis que se presentó en Stambul, pretendió usurpar y concentrar en su sola persona la direccion de la asociacion, atrajo por medio de engaños á Hermione, hombre imprudente á quien se creía capaz de todo y cuya traicion se temía, y le hizo fusilar valiéndose de la autorizacion que para esto le daban los estatutos de los heteristas. En segundo lugar, en Odessa se trataba de formar un nuevo comité central, á causa de que Nicolás Ipsilantis, despues de haberse hecho iniciar en Kiew con dos de sus hermanos, por medio de una permanencia prolongada en Odessa, hizo cundir la idea de que su familia era la que habia fundado la Heteria. En el Mediodía, la causa de esta asociacion no hacia grandes progresos. Es cierto que en la Morea un gran número de primados, todos los entusiastas y los fanfarrones, y aquellos que llevaban una vida desordenada, tales como los miembros de la familia Deligiannis de Caritena, que eran deudores del gobierno, entraban en ella; pero la asociacion progresaba poco en la Grecia continental, y aun en la Península no se propagó sino en las clases mas ínfimas, pues los mismos primados que se habian afiliado en la Heteria, recordando los hechos de 1770 y 1790 se manifestaban en extremo prudentes y desconfiados. Es cierto que Petrobey dió una respuesta favorable á los delegados, pero pintándoles al mismo tiempo el desorden deplorable que reinaba en el Maina, y refiriéndose á los antiguos espartanos que no se avergonzaban de su pobreza, pidió ante todo recursos para diversas co-

(1) En la lista de los miembros que se encuentra en la obra citada de Filimon, t. I, p. 387 y siguientes.

(2) Filimon, t. I, p. 28.

sas y medio millon de francos para auxiliar el comercio y establecer comunicaciones con los pueblos vecinos. El comité director que no tenia fondos, solo podia emplear sus buenos oficios para restablecer la paz pública tan profundamente turbada. Estaba sostenido por la inteligente actividad de Perraibos así como por las exhortaciones del patriarca Gregorio, que en una carta pastoral (11 de agosto de 1819) y en un lenguaje simulado, invitó á las familias rivales de los Mauromicalis, de los Gregori y Trupakis á que uniesen sus esfuerzos para trabajar de consuno en pró del *museo helénico* en su país. Renunció en efecto Petrobey á sus proyectos exajerados que debian conducirle á la supremacia, y esto produjo gran satisfaccion en Constantino-*pla*; pero esto no duró mucho tiempo, porque Petrobey envió á un tal Camarino Ciriaco, que le habia iniciado en la heteria, cerca de Kapodistrias, para tomar informes acerca de este hombre político, puesto que era tenido como jefe del verdadero gobierno de la Heteria. Otro tanto hicieron algunos heteristas de la Morea, que reunidos en Tripolitza (principios de 1820), enviaron á San Petersburgo al llamado Paparrigópulos, intérprete del cónsul ruso de Patras llamado Vlassopulos. De este modo todos los heteristas desconfiando del *gobierno supremo* tan misterioso, se dirigian durante esta dispersion del comité directivo representado solo por Sekeris al único hombre de San Petersburgo que tenia la entera confianza de la nacion, porque se le suponía con gran influjo sobre el czar, pidiéndole aclaraciones, consejos y órdenes. Kapodistrias habia ya, aunque en vano, enviado un escrito en el cual recomendaba á los griegos que renunciassen á cualquier acto precipitado y violento; pero algunos patriotas tales como Teodoro Negrís de Jassy que habia sido invitado á formar parte del comité directivo, lo que no aceptó porque no pertenecía á él el conde, ó como Vardalacos de Odessa, antiguo condiscípulo de Kapodistrias, se dirigieron directamente á este último, preguntándole lo que él y el czar pensaban sobre la Heteria y sus proyectos. Kapodistrias respondió á su camarada de estudios que el czar

nada sabia de esto, que él mismo censuraba lo que se habia hecho y que suplicaba encarecidamente á sus amigos que refrenasen esta locura. Despues Camarinos, enviado importuno, codicioso y temerario de Petrobey, se espresó con tal ligereza, que este asunto llegó á oídos del emperador, causando de este modo grandes obstáculos á Kapodistrias, que le despidió con palabras muy claras y duras. De este modo parecia que la Heteria recibia el golpe de gracia precisamente del hombre en quien reposaban las esperanzas de la generalidad. El emperador aparecia intimidado desde el Congreso de Aix-la-Chapelle y habia retrocedido en su carrera liberal, así que cuando llegaron hombres tales como Xantos y Paparrigópulos (principios de febrero de 1820) Kapodistrias no se atrevió á hablar al czar de estos proyectos, que en otro tiempo habia acariciado con tanto placer. En este intervalo habia estallado la revolucion en España y toda la política del emperador esperimentó entonces un cambio, de suerte que los heteristas no tuvieron nada que esperar de él, á menos que no hubiese una nueva guerra entre Rusia y la Turquía.

A causa de esto la Heteria se hubiera acaso disuelto si las coyunturas favorables de esta época no le hubiesen dado una amplia compensacion, pues la escitacion que esperimentaba el Mediodia de la Europa no podia menos de ocasionar algun movimiento en la Grecia. Es cierto que ni los francmasones españoles, ni los carbonarios italianos han obrado directamente sobre los griegos; pero es una cosa evidente que las insurrecciones de que fueron teatro las penínsulas situadas á los piés de los Pirineos y de los Apeninos, fueron el soplo que dió cuerpo al incendio que permanecia por mucho tiempo latente en la península del Hemo. Hasta entonces la precipitacion que la Heteria habia por sí misma comunicado al desenvolvimiento de los asuntos griegos, habia sido siempre un poco moderada por los hombres de negocios que pertenecian á los comités, los cuales pesaban con un sentido práctico ya sus recursos, ya el objeto de sus proyectos. Los hombres que deseaban tener por auxiliar y por jefe al me-

tropolitano Ignacio y por intermediario al conde de Kapodistrias, jamás hubieran pretendido forzar á la Rusia á prestarles su apoyo; pero hubieran estado preparados para *esperar* el momento favorable. Patsimadis y Comizópulos de Moscow deliberaban todavía en el otoño de 1819 con Xantos, sobre la fundacion de una gran compañía de accionistas; al mismo tiempo que Nicolás Ipsilantis tenia tratos con el príncipe Jorge Kantacuzinos sobre la fundacion de bancos que sirviesen á los intereses de la Heteria, proyectos ambos que necesitaban tiempo y que no tenian por objeto próximo mas que los preparativos para la insurreccion. Sin embargo, desde que las noticias de España escitaron todos los espíritus, los jóvenes entusiastas, las almas ardientes se colocaron á la cabeza del movimiento que tomó otro carácter. Así como la Heteria poco tiempo antes se habia desembarazado por medios violentos y empleando por instrumento á Galatis, de un aturdido aventurero, sucedió tambien muy pronto, que al entrar Camarinos en Morea revelando la superchería relativa á los socorros rusos en que él mismo habia creído, fué asesinado por sus compañeros, con el objeto de que el conocimiento de la verdad no ahogase las llamas del espíritu revolucionario, las cuales atizadas por los heteristas, cada vez mas numerosos, abrasaron muy pronto el Mediodía.

Pero este fuego vacilante á causa del incendio lejano del Mediodía de la Europa, se hubiera estinguido sin duda rápidamente, por falta de alimento, segun habia sucedido en España, en Italia é iba á suceder en el Norte de la Turquía en donde faltaban materias inflamables, si en la Grecia propiamente dicha, en donde existian estas materias preparadas desde mucho tiempo antes, la misma Puerta por una coincidencia singular de acontecimientos enteramente éstranos los unos á los otros, no hubiese añadido combustible y fuego al mismo foco del incendio.

El sultan Mahamud II habia ascendido al trono en 1808 á causa de acontecimientos terribles y sangrientos. Su hermano Mustafá IV derribado del poder, habia atentado á la vida del nuevo sultan que trató de asegurarse en el

sólio, inmediatamente despues de su advenimiento, dando muerte al hijo de su hermano y á cuatro sultanas que estaban en cinta. Desde entonces quedó él como el único representante de la raza de Osman. Embebido en los proyectos reformadores de Selim, se vió obligado á ocultarlos en el fondo de su corazón; pero toda su vida prosiguió con una tenacidad, energía y perseverancia notables, el gran pensamiento de destruir violentamente las milicias indisciplinadas y los vasallos demasiado poderosos, que minaban las bases del trono de cerca y de lejos. Inició en su imperio la obra de la reaccion, en la cual toda la Europa hacia su parte desde la paz de París, tan pronto como hubo terminado su paz con la Rusia (1812), y esto lo hizo de manera que acreditó ser un verdadero turco.

Los servios habian experimentado el poder de su brazo por vez primera en 1813. Habiendo participado la Bulgaria de la primera ventaja con la Servia, fué tambien comprendida en su desgracia. Mollah-Pachá, sucesor de Paswan-Oglu que conservaba, como su predecesor, todos los antiguos usos musulmanes con mucho rigor, habia sido reemplazado por Husseim, amigo de Selim y apasionado como él por las reformas. Al mismo tiempo que estos acontecimientos, se verificaban las luchas de Bagdad y Egipto contra los wahabitas, y la ejecucion de su jefe Abdallah dió de nuevo entre los musulmanes mayor esplendor al poder del sultan. Mehemet-Alí le habia mostrado la manera con que debia proceder contra los genizaros y los pueblos rebeldes, mientras que el mismo sultan buscaba por su parte los medios que debia emplear para contener en la obediencia á hombres tales como Mehemet-Alí. En el Asia Menor fué donde el sultan encontró ocasion de ejercer su poder. Desde el principio del siglo los genizaros habian usurpado todo el poder, así en Alepo como en la Servia, haciendo inútiles todos los esfuerzos intentados por la Puerta y los pachás para contenerlos. A su lado Tchapvan-Oglu, pachá de Uscate, admirador é imitador de Napoleon, fundó un Estado independiente desde el Halys hasta el mar de la Siria, y el sultan que

en otro tiempo habia tratado de someterle, aparentó desde entonces sostenerle nombrando á su hijo Muhammed, pachá de Alepo, el cual preparó á los genizaros (1813) la misma suerte que Mehemet-Ali habia hecho experimentar á los mamelucos. Pero apenas fueron destituidos los genizaros, el sultan consiguió (1814) destruir toda la familia de Tchapvan-Oglu y distribuir su territorio entre los que le habian ayudado en esta empresa (1). Los derebeys del Asia Menor tan mal reputados á causa de sus crueldades, los cuales en guerras de tribu á tribu devastaban constantemente el país, fueron destruidos en seguida. El sultan continuó entonces con éxito su obra de aniquilamiento, y en su celoso deseo de nivelar á todos los que querian elevarse, anonadó tambien la dominacion hereditaria y bienhechora de las familias de los Kara-Osman-Oglu y otros príncipes, en vez de restringir su poder, segun una prudente política aconsejaba. Para destruir la aristocracia de la Bosnia, envió el sultan (1820) al ascético Dchelluddin-Pachá, que supo atraer á su partido á los spahis (tropas de caballería), con los cuales se desembarazó pronto de los recalcitrantes begs, empleando el sistema del terror. No obstante, quedaban todavía por someter los mas poderosos vasallos, Ali-Pachá y Mehemet-Ali. Este último dirigia en aquellos momentos sus armas victoriosas al Sennaar y al Kordofan, y no habia tiempo que perder, si se queria impedir que estos dos vasallos adquiriesen cada dia mayor fuerza y se pusiesen acaso de acuerdo. El primer golpe tocó al que se encontraba mas cerca del sultan, á Ali-Pachá que habia perdido desde mucho tiempo antes la confianza del soberano. Se le habia quitado el cargo de rumili-valessi, y su hijo Veli habia sido enviado por el sultan desde la Morea (1812) al pachalato de Tesalia, con el pérfido pensamiento de arrojar el gérmen de la discordia en la misma familia. No en vano Veli habia adquirido en el Peloponeso la fama de un amable tirano. Sometido á la autoridad de la Puerta se alejaba con frecuencia de las mi-

ras de su padre, y culpando Ali de este resultado á los consejos de Ismael-Pascho-bey, uno de sus parientes, comenzó á perseguirle con todo el ardor de su venganza. Esta persecucion obligó á Ismael á refugiarse en Constantinopla, en donde se constituyó en acusador de Ali. Fingiéndose religioso para conquistarse á los ulemas, encontró el asunto mas eficaz de acusacion contra Ali, en los inmensos tesoros que este poseia, cuya suma agujoneaba la avaricia del sultan, y en último lugar se asoció con Chalet-Effendi el favorito omnipotente. Una tentativa de asesinato dirigida contra Ismael, al cual Ali hizo tender sus redes en medio de la capital, colmó la medida de los pecados del pachá de Janina; un bando del mufti le declaró rebelde (en la primavera de 1820), é Ismael fué puesto á la cabeza de un ejército encargado de ejecutar la decision tomada contra Ali. Saida-Effendi, el prudente ministro del Interior, dió en vano y con detrimento propio, el consejo de que no se diese el paso que se intentaba, pues en su concepto debia producir consecuencias que no se preveian entonces. El pachá amenazado de esta suerte, empleó las últimas fuerzas de su vejez para desplegar todos sus recursos, á fin de mantenerse en su posicion y salvarse de su ruina. Reunió en Janina (mayo) un divan compuesto de griegos notables y llamó á las armas para que le socorriesen á los armatolios por tanto tiempo perseguidos. Ofreció á los suliotas que residian en las islas Jónicas devolverles de nuevo su país; escitó á la guerra á los montenegrinos, amenazados ya por la parte de la Bosnia, y encargó al mismo Paparrigópulos, á quien los de Morea enviaban á Kapodriurias, que se encargase al mismo tiempo de un mensaje suyo para San Petersburgo con el fin de aliarse con la Rusia, objeto constante de sus esfuerzos. En último lugar, ensayó tambien volver al favor del sultan denunciando la Heteria y sus proyectos, y ofreciendo ahogar la insurreccion en su origen siempre que obtuviese su perdon. Pero su sistema de pérfido egoismo iba á volverse en contra suya; pues felizmente para los griegos, la Puerta desconfió lo mismo de la veracidad de sus ofrecimientos que de sus revelaciones.

(1) Kinneir, *Journey Throug Asia Minor*, Londres, 1828.

Todo cuanto rodeaba al tirano le abandonó entonces de una vez, siendo castigada de este modo la infidelidad por la infidelidad misma. Los armatolios, desde la Macedonia hasta el Aspropotamo no hicieron resistencia seria; los suliotas al volver á la Grecia continental, prefirieron hacerse partidarios del sultan para que este les devolviese su país; los primeros favoritos abandonaron la causa de Ali; Ulises, hijo del célebre Andruzos, que habia sido educado como paje en su corte, resignó sus funciones y se estableció en Itaca; y el mensajero Paparrigópulos por interés hacia los griegos, le engañó y ofuscó con las mentidas esperanzas de una guerra de la Rusia contra la Puerta. Además entre las tropas albanesas, el favorito del pachá llamado Omer, al cual se habian confiado los desfiladeros del Pindo, dió el ejemplo de pasarse al enemigo; los propios hijos de Ali le hicieron traicion entregando á Preveza y á Argirocastro, por haber recibido la engañosa promesa de dos pachalatos en Asia; en su mismo campo fué amenazado por la traicion y las revueltas, lo que determinó á Ali á castigar terriblemente á Janina. En un principio Ali-Pachá vióse encerrado en sus fortalezas de Janina por Pehlewan-Baba, pachá de los búlgaros (19 de agosto de 1820), que habia inundado con sus terribles *hordas* la Tesalia, la Beocia y la Fócide. Nombrado entonces Ismael pachá de Janina, atravesó los desfiladeros del Pindo, y de esta suerte el lazo arrojado en torno de Ali se estrechaba cada vez mas, tanto por la parte del Norte como por la parte del mar. Sin embargo, desde este momento, la fortuna del sultan y el saber militar de sus instrumentos parecian haber llegado á su término. Las vigorosas salidas de Ali-Pachá debilitaron el sitio, frecuentemente interrumpido; el trato que se establecia entre los soldados de ambos ejércitos, y la imprevision de los jefes turcos, alivió á los sitiados del modo mas inesperado. Desconfiando Ismael de todos los cristianos, á representacion de los turcos y de los albaneses, impidió la vuelta de los suliotas á su país en donde ya comenzaban á establecerse (diciembre) y á viva fuerza los envió de nuevo á las islas. Ismael resolvió tambien entonces

licenciar á los armatolios primero y desarmarlos despues; pero ellos se retiraron al instante del ejército y rompieron toda relacion con sus jefes. En su ceguedad, Ismael concluyó por pedir rehenes á los capitanes albaneses que servian á sus órdenes, lo que les obligó á volver á unirse á su señor, á quien habian abandonado y á quien seguian no obstante venerando como á un sér de naturaleza superior. No mejoró este estado de cosas con la destitucion de Ismael, cuyo crédito habia descendido mucho en el ánimo de Chalet-Effendi, ni por haber sido nombrado para reemplazarle Churchid-Pachá, que se encontraba á la sazón en la Morea. Por lo demás Ali-Pachá habia comprendido hacia ya mucho tiempo, que no podia alimentar mas esperanza que el socorro de los cristianos.

Desde el principio del sitio, hubo un cambio continuo de cartas entre Jassy, Bucharest y Mezzovo, desde donde los agentes de los heteristas se dirigian secretamente á Ali. Este habló entonces de nuevo á los griegos de su libertad y negoció con los suliotas (desde diciembre de 1720), por la mediacion de su favorito el heterista Alexios Nutsos, primado de Zagori, la devolucion de sus fortalezas en las montañas. Cuando Churchid-Pachá (marzo de 1821), en las negociaciones entabladas entre él y Ali-Pachá, rehusó á este último la posesion de Janina, del Epiro y de la Acarnania, Ali entregó á los suliotas el fuerte de Kiafa con todas las municiones de guerra, el último y mas respetable baluarte que habia conseguido retener en su poder (1). Esto podia considerarse como una señal dada á los griegos que tenian su vista fija sobre las alturas de Kiafa, noble residencia de los célebres suliotas. En efecto, desde el principio de la espedicion de los turcos contra Ali, toda la Grecia habia sido presa de febril agitacion. En el Peloponeso, en todas las islas, entre todos los armatolios no se hablaba mas que de libertad, y la Heteria hizo desde entonces en todas partes progresos tan rápidos, que se estendió desde el Asia Menor y las islas mas apartadas, hasta los parajes mas retirados del interior de

(1) Pouquevile, *Regeneracion de la Grecia*, lib. IV, cap. IV.

la Grecia continental. Pero lo mas importante fué la agitacion de que se sintió poseida toda la masa del pueblo. Las terribles hordas de búlgaros de Pelehwan-Baba, esparciéndose por todo el territorio causaron la mas espantosa desolacion, los habitantes pacíficos se vieron obligados á refugiarse á las montañas y los armatolios á armarse para su propia seguridad. Estos motivos modificaron los sentimientos y las disposiciones de los habitantes con respecto á Ali, hostigado de cerca por sus enemigos. Al colocarse á su lado, es cierto que no podian esperar tener en él un amigo, sino mas bien un aliado contra el enemigo comun. Todo esto indicaba la conveniencia de una estrecha alianza que reposaba mas bien en motivos de un interés determinado, que en la asociacion general de cristianos, imaginada por los heteristas sin consultar la naturaleza de los hombres y de las cosas, despues del primer impulso de Rhi-gas. Si bien es verdad que, durante todo el año de 1820, las coyunturas de la época daban un poderoso impulso al movimiento griego que se agitaba sordamente, esta insurreccion reconocia mejor su origen en las causas enteramente locales que acabamos de señalar. Aun sin el concurso de la Heteria hubiera podido desarrollarse el movimiento insurreccional de la Grecia á favor de estas últimas causas, y así sucedió en efecto, pues esta asociacion y sus proyectos particulares, fué enteramente escluida en lo sucesivo de toda participacion en el desenvolvimiento de la revolucion griega.

En el primer momento en que se experimentaba el impulso de las circunstancias de la época y el de las causas locales á un mismo tiempo, lo mas distinguido de la nacion, reunido en la Heteria, tenia en efecto en alto grado las cualidades necesarias para comprender rápidamente las ventajas del momento y para aprovecharse de ellas en el instante. Esta influencia de la Heteria se aumentó todavía considerablemente, por haberse concentrado la suprema direccion en las manos de un solo hombre, cambio que se verificó en los mismos momentos en que la revolucion de España alcanzaba la victoria y en que la Tur-

quía atacaba á Ali-Pachá. Por un singular capricho de la suerte, Xantos, despues de haber olvidado y retardado durante un año entero su mision para San Petersburgo, llegó á esta ciudad en el momento mismo en que la noticia de la revolucion de España daba la vuelta al mundo. Presentóse á Kapodistrias con una carta de Gazis, en la cual se recordaban al conde sus propias palabras pronunciadas en Viena, diciéndole: «que podia ver ahora ¡cuán grande era el número de los Trábulos que se dirigian á él en aquella ocasion!» Kapodistrias volvió, sin embargo, á dar á Xantos la misma respuesta que á los anteriores comisionados que antes de esta fecha se le habian presentado; pero á pesar de todo el mismo conde aparecia arrastrado tambien por la exaltada agitacion de aquellos tiempos. Cuando Xantos le declaró que la insurreccion era inevitable, y le reprochó el rehusar sus talentos y su persona á la patria, que tenia necesidad de un jefe que la guiase, el conde terminó la conferencia con la siguiente palabrería: «Si yo no puedo, los jefes de la Heteria podrán servirse de otros medios. En cuanto á mí, ruego á Dios que les preste su ayuda para que puedan llegar felizmente á la consecucion de sus fines.» Estas palabras de Kapodistrias no eran irreflexivas y arrancadas por la emocion; á pesar suyo, era griego en cuerpo y alma. Si Kapodistrias estaba vacilante entre su señor y su patria, no ignoraba que el emperador á su vez vacilaba tambien entre dos genios opuestos, y era imposible prever por cuál de ellos se decidiria, teniendo en cuenta los hechos que se verificaban. Escuchando los consejos indirectos del conde, Xantos se fijó en Alejandro Ipsilantis, amigo de Kapodistrias, y envió á su lado para prepararle á sus proposiciones á Juan Manos, primo de Ipsilantis. Estas proposiciones infundieron en el joven príncipe la mayor agitacion. Si las aceptaba, jugaba toda su fortuna, pues desde mucho tiempo antes, su familia habia reclamado á la Puerta los bienes que le habian sido secuestrados, exigiendo una suma de muchos millones como compensacion. Además hacia ya muchos años que se habian celebrado y celebraban en Constantinopla

conferencias ruso-turcas con motivo de la condicion de los Principados, y la Rusia habia apoyado en ellas las pretensiones de la familia Ipsilantis, no ignorando el joven príncipe, segun todas las probabilidades, que por lo menos habian de devolverse los bienes de la familia. Con el partido que tomó en esta ocasion, dió muestras de gran desinterés y abnegacion, á no ser que se considere esta determinacion como un acto de ligereza extraordinaria. El joven príncipe habia recibido, digámoslo así, como una herencia la mision y el pensamiento de emancipar á su patria; pero olvidó en la gran decision que tomó, las prudentes palabras con que su padre habia acompañado el legado. Con el pensamiento de la emancipacion de la Grecia, y correspondiendo al llamamiento de la Heteria, confió enteramente en que recibiria auxilios de la Rusia, pues á pesar de que el ejemplo de su padre debia hacerle desconfiar, sabia que el czar miraba con benevolencia á los griegos, y no olvidaba nunca las palabras siguientes que un dia oyó de boca del mismo emperador, á saber: «que no moriria tranquilo si no habia hecho algo en favor de sus desgraciados griegos; que no esperaba mas que una señal del cielo, señal que daría la misma actitud al pueblo griego, para demostrar al mundo que esta era una nacion digna de la libertad á que aspiraba.» Ipsilantis tenia muchas razones para suponer que estas palabras no se dirigian esclusivamente á la conducta moral del pueblo griego. Sabia además que ya desde 1816 estaba informado el czar de la existencia de la Heteria, y que aun despues de haber tenido conocimiento de esta sociedad, no dejaba de repetir frases llenas de promesas que entusiasmaban á todos los helenos, frases que constituian por lo tanto un eco profético que resonaba en todos los rincones de la Grecia. No ignoraba Ipsilantis que el czar, en todo cuanto decia en este asunto, se espresaba siempre con gran vaguedad, pues conocia el peligro de la guerra general en Europa, desde que se lanzase el primer tiro al otro lado del Danubio.

Sin embargo, no consideraba esta inconstancia del autócrata del mismo modo que Ka-

podistrias, y creyendo en último resultado poder contar con el apoyo de la Rusia, aceptó la proposicion de Xantos. De este modo se comprometió imprudentemente Ipsilantis en una empresa cuyos antecedentes apenas conocia y cuyos resultados no podia por lo tanto prever. Ipsilantis intentó conferenciar con el czar, pero Kapodistrias supo disuadirle hábilmente de este deseo; sin embargo, no tuvo la franqueza suficiente para desvanecer el error del joven patriota, que cada vez estuvo mas convencido de que el emperador conocia y aprobaba su empresa.

Pronto se advirtió que la direccion del movimiento estaba en manos de un solo hombre. Sin presentar la dimision de los cargos oficiales que desempeñaba en Rusia, siguiendo en esto el consejo de Kapodistrias y con el fin de dar una fuerza moral á sus trabajos, dirigió Ipsilantis cartas á todos los mas notables heteristas, pidiéndoles su concurso y los necesarios recursos pecuniarios para la obra comun, apelando á las antiguas y gloriosas tradiciones de la Grecia.

Estas cartas hicieron en un principio un efecto casi mágico, tanto que aunque el mismo Ipsilantis no creia todavía oportuno el momento para la explosion, se encontró arastrado á resoluciones mas decisivas, por la impetuosidad de los jóvenes patriotas segun confiesa él mismo. Pidiendo una licencia al gobierno ruso se dirigió á Odessa en donde pensaba reunir fondos; pero los ricos negociantes, aunque miembros de la Heteria, alarmados por el giro que tomaban las cosas, y temiendo que la guerra paralizaria los negocios, le negaron los recursos pedidos. Como si no bastase esta primera defeccion, recibió tambien allí desconsoladoras noticias del Peloponeso, en donde nadie se cuidaba de la insurreccion. Pensó entonces en aplazar la empresa y volver á San Petersburgo; pero mudando luego de opinion celebró en el cementerio de Ismail una conferencia con sus principales amigos, en cuyo número se contaban Dikajos, Perraibos y Xantos. Presentáronse allí varias opiniones, pues mientras algunos creian preferible iniciar el movimiento por el Norte en los Principados, otros

por el contrario, manifestaban la idea de que la insurreccion debia estallar en el Peloponeso, lo cual comprometia menos á la Rusia. El único obstáculo que se oponia á este proyecto, eran los informes que habia recibido Ipsilantis acerca de la pacífica disposicion de esta comarca, pero Dikaios leyó en la reunion un informe cubierto de numerosas firmas de habitantes del Peloponeso, en el cual manifestaban estar dispuestos á la guerra.

A consecuencia de estos datos se decidió que Ipsilantis se dirigiria á la Morea pasando por Trieste, enviándose en seguida circulares y delegados á Grecia con órdenes de hacer y activar los preparativos para la guerra; pero tan luego como llegó el principe á Kichenef, en Bessarabia escuchando los consejos de algunos amigos varió de pensamiento, y quiso sin pérdida de momento comenzar las hostilidades en los Principados y no en la Grecia. Como el hospodar de la Moldavia, Miguel Sutsos, á quien se hizo creer que de un momento á otro debia estallar una insurreccion general en Constantinopla y desde el Danubio hasta la Morea, entrase en los planes de los heteristas, se escogió este Principado como base de operaciones.

Estaba ya levantado el brazo que debia dar el golpe, cuando Ipsilantis se detuvo todavía mandando revocar las últimas órdenes que se habian dado para la insurreccion. Habia motivado este nuevo aplazamiento, la mala inteligencia que reinaba entre los principales conjurados. Sawas, hombre prudente, queria que se supiese antes si estaban tomadas todas las precauciones en la Tracia y en la Grecia occidental, mientras que Georgakis, impaciente por comenzar el movimiento, deseaba lanzarse á él á toda costa, cualesquiera que fuesen los obstáculos. La falta de inteligencia llegó á tal extremo, que Ipsilantis y Miguel Sutsos desconfiaban mutuamente uno de otro, tanto mas, cuanto que este último sentia ya haberse comprometido en tan arriesgada empresa.

Sin embargo, como el secreto de estos tratos y convenios se iba revelando, urgia dar prontamente el golpe, si no se queria que el gobierno turco se apoderase de todos los hilos

de la conjuracion. En Jassy este secreto era público. En Constantinopla fué tambien denunciado, y en la Macedonia el mensajero Ipatros que llevaba cartas á Ipsilantis fué asesinado por el primado Zafirakis, no por la hostilidad contra la Heteria, sino porque el mensajero pretendia haber sido enviado en socorro de Ali-Pachá á quien Zafiratrís odiaba y temia. Finalmente, el último mensajero enviado á Milosch, hospodar de la Servia, fué cogido, y aunque encontró medio de destruir los papeles que llevaba y se dió la muerte, no por eso dejaba de traspasar el secreto de la insurreccion.

Habia en Bucharest en el ejército del hospodar un tal Teodoro, válico, atrevido soldado de gran esperiencia en la guerra, pero sin instruccion y lleno de perfidia y ambicion grosera, como sucede á todos los bárbaros acariciados por la fortuna. Despues de la muerte del hospodar de Valaquia los heteristas pensaron servirse de este Teodoro, halagando su vanidad y su ambicion, y Georgakis le persuadió á que levantase el estandarte de la insurreccion en la Valaquia, aparentando para el mejor éxito que no tenia nada que ver este movimiento con el que los griegos premeditaban.

En efecto, Teodoro se apoderó de la pequeña ciudad de Tchernetz, proclamando que se presentaba como fiel súbdito de la Puerta, y solamente con el objeto de estirpar los abusos de los hospodares restableciendo los antiguos derechos. Obligó de este modo á las provincias á que le enviasen delegados para deliberar sobre el bien público, y al mismo tiempo envió al sultan una memoria justificativa de los motivos de queja, llegando hasta pedir la intervencion de un comisario turco. De este modo reunió un pequeño ejército de campesinos, que creian poder entregarse al pillage contra los ricos. Cuando los insurgentes aumentaron en número, el gobierno turco envió algunas tropas contra ellos; pero como iban mandadas por individuos afiliados á la Heteria, la persecucion fué totalmente ilusoria.

De este modo Teodoro consiguió posesionarse de toda la Pequeña-Valaquia, marchan-

do despues sobre Bucharest, de cuyo punto se posesionó. Como al mismo tiempo se recibiese la noticia de la llegada de Ipsilantis á Jassy, las autoridades turcas buscaron su salvacion en la fuga abandonando el territorio. Ipsilantis desde Jassy continuó poseido de sus acostumbradas vacilaciones. Pensando primeramente en arrastrar á los Principados á la insurreccion, creyó despues esto peligroso, y mudando por completo de idea dirigió á los moldavos una fria proclama, declarando que solo estaban de paso en su territorio y que permanecieran tranquilos; pero como el fondo de su carácter era la indecision, añadia despues estas palabras: «Si algunos turcos desesperados se atreven á hollar vuestro suelo, una gran potencia está dispuesta á castigar esta temeridad;» palabras que aludian indudablemente á la Rusia. Dirigió despues una retumbante proclama á los griegos, haciéndoles las mismas promesas con respecto á la intervencion de una gran potencia, sin escuchar los consejos de los que creian el paso en extremo aventurado.

Desde este momento, comenzó á darse toda la apariencia de un príncipe reinante, y en el nombramiento de su estado mayor, al mismo tiempo que alejó á los jefes mas decididos, patriotas y leales, se rodeó de ambiciosos turbulentos, que entre sí mismos estaban divididos por la envidia y el rencor. En efecto, Karavias de Ithaca que figuraba en primer lugar entre los jefes del príncipe, comenzó las operaciones ejerciendo censurables crueldades con el enemigo, y la guerra tomó entonces un carácter de destruccion semejante al de las insurrecciones de la América española.

Cuando Ipsilantis se puso en marcha para Bucharest (13 de marzo de 1821), pidió víveres para 10,000 hombres, aunque sus fuerzas no pasaban de 1,000; pero fué recibido por los válacos con extrema frialdad, pues estos de ningun modo querian convertir á su país en teatro de la guerra. La oposicion entre las inclinaciones de los rumanos y de los griegos, impedia que hubiese conexion alguna en el movimiento de Ipsilantis y el de Teodoro.

Organizó el príncipe una legion sagrada que debia recordar los triunfos de Leuctros, y

marchó hácia Bucharest con tropas todavía indisciplinadas sin encontrar eco en el país. En el camino recibió malas noticias acerca de la actitud de Teodoro y de Sawas, y aunque pensó entonces en volverse de nuevo á Jassy, despues de varias vacilaciones y de haberse detenido muchos dias en diferentes puntos, á pesar de lo mucho que interesa la actividad en semejantes ocasiones, llegó por fin al cabo de un mes á Kolentina, cerca de Bucharest (7 de abril).

Despues de algunas dificultades se le unieron las fuerzas de Teodoro y Sawas; pero aun con estos refuerzos, sus tropas no pasaban del número de 3,000 hombres sin disciplina, que se abandonaban á toda clase de excesos. Era por consiguiente en extremo aventurado pasar adelante al observar las disposiciones hostiles de la poblacion, mucho mas dejando á la espalda la Moldo-Valaquia, en donde no habia estallado ya la indignacion contra los insurrectos, á causa de que se creia que el movimiento estaba aconsejado y recibia el apoyo de la Rusia.

Veamos ahora de que modo se destruyó esta última ilusion, no solo con respecto á los principales insurrectos, sino tambien en lo que atañe al príncipe, que habia engañado á todo el mundo como se habia engañado á sí mismo.

Desde Jassy habia dirigido Ipsilantis á Alejandro de Rusia, que entonces estaba en el Congreso de Leibach, una carta en la que le decia cuanto no pudo referirle de palabra en San Petersburgo. Esta carta, teniendo en cuenta los tiempos, las personas y las relaciones que entre ellos existian, era el colmo del aturdimiento y el resultado de una ingenuidad y candidez apenas creibles. Decia en ella el príncipe que los nobles instintos de los pueblos procedian de Dios, que los griegos obraban por inspiracion divina al intentar sacudir un yugo de catorce siglos, y que se deber hácia la patria y la *última voluntad de su padre*, le ordenaban consagrarse á esta causa. Añadia tambien, que habia recibido mas de doscientos mensajes cubiertos de mas de seiscientas mil firmas de personas notables de todas las provincias de la Grecia, y que esto le

habia movido á ponerse á la cabeza del movimiento.

Esta teoría acerca del origen divino de la insurreccion, á la cual se añadia la ingénuo confesion de que esta habia sido el resultado de una sociedad secreta, cuyas ramificaciones se estendian á todas partes, no podia ser dirigida al czar en momentos mas peligrosos. En España y Portugal habia llegado á su apogeo la revolucion, á la espalda del ejército austriaco que marchaba sobre Nápoles se habia insurreccionado el Piamonte, y por tales motivos los príncipes reunidos en Leibach se sentian poseidos de profundo terror, hasta el punto que el mismo Alejandro se habia echado á discrecion en manos del príncipe Metternich. Efectivamente, Alejandro envió inmediatamente á Wittgenstein, que mandaba en la Besarabia, la órden de mantenerse en la mas estricta neutralidad, manifestando al mismo tiempo á su embajador en Constantinopla, que ofreciese al sultan el concurso de la Rusia para ahogar la naciente insurreccion.

Júzguese el efecto que en el ánimo de Ipsilantis producirian estas noticias, que supo á su llegada á Kolentina por el cónsul ruso, noticias que venian á destruir todas las esperanzas de auxilio que Ipsilantis habia concebido y hecho concebir á los que le rodeaban. No quedaban, pues, mas que dos caminos, ó valerse del influjo del czar para entrar en negociaciones con los turcos, salvando por medio de un indulto á los comprometidos, ó arriesgarse resueltamente á la lucha pereciendo honrosamente en el campo de batalla, salvando de este modo su honor como soldado y como patriota. Pero como desde el principio Ipsilantis habia empleado la ficcion y el engaño con respecto á sus afiliados, segun el emperador de Rusia lo habia hecho con él, se encontraba en la imposibilidad de seguir ninguno de los dos caminos rectos que acabamos de señalar.

En efecto, su debilidad y sus errores habian engendrado en torno suyo disposiciones sombrías y hostiles. El noble y honrado Jorge el Olimpico, en el cual el príncipe hubiera encontrado un apoyo para toda empresa vigorosa, habia permanecido siempre alejado de Ipsilantis, y los favoritos Karavias y Dukas

le merecian ahora muy poca confianza. En cuanto á Teodoro, el príncipe tenia pruebas escritas de que le hacia traicion. Este estado de cosas separó á Ipsilantis del camino recto de la accion, lanzándole en sendas cada vez mas tortuosas. No sabiendo lo que debia hacer, y desalentado por las noticias de la actitud de la Rusia, afectando planes que no tenia, para inspirar alguna confianza á sus adeptos, estendió su débil cuerpo de tropas en una línea demasiado prolongada y replegándose al centro de ella que era Tirgowischt, hizo avanzar su pequeño cuerpo de tropas á la pequeña Valaquia.

Entretanto las fuerzas turcas de las fortalezas del Danubio se habian puesto ya en movimiento contra los Principados insurrectos. Un cuerpo de genizaros habia avanzado además desde Constantinopla, mientras que otros dos de 4,000 hombres cada uno, se dirigian contra Bucharest. Como complemento de estas medidas, envióse tambien una division de 4,500 hombres á la Moldavia, sin mas objeto por el pronto que apoderarse de Galatz que habia caido por sorpresa en manos de los insurrectos, pero que apenas estaba defendida.

En efecto, esta plaza fué rescatada por los turcos despues de alguna resistencia, y este primer descalabro desalentó tanto á las tropas de Ipsilantis, que la desercion comenzó en sus filas. Cuando el peligro que se acercaba parecia exigir una concentracion de fuerzas, Ipsilantis envió un pequeño cuerpo de tropas á fortificar, como decia, á Jassy; pero este movimiento fué interpretado como un medio de proteger la retirada de algunas fuerzas á la Besarabia, mientras Ipsilantis se refugiaba en Austria.

Los turcos penetraron entonces en Bucharest sin resistencia, mientras que Teodoro se replegaba á la Pequeña-Valaquia siguiendo su acostumbrada conducta ambigua y traidora. Indignado Jorge por esta perfidia acometió al traidor, y apoderándose de él, le trasladó á Tirgowischt en donde la soldadesca le dió muerte. Ipsilantis confió el mando del cuerpo de Teodoro al servio Hadii-Proda y al válaco Makedouski que representaban á la Heteria en su cuerpo de ejército y que estaban

en inteligencia con Jorge, y renunciando entonces á la línea tan estensa en que hasta este momento habia mantenido sus tropas, dió orden de que se concentrasen en Tirgowischt. Era su intencion ocupar una posicion fuerte cerca de la aldea de Dragatschan en frente de una pequeña division del ejército turco que se aproximaba desde Widdin, posicion que al mismo tiempo le aseguraba la retirada al Austria.

Sin embargo, como el espíritu de indisciplina se habia apoderado de las tropas insurrectas, y algunos jefes hacian indudablemente traicion al vacilante Ipsilantis, estos movimientos no se llevaron á cabo en todas sus partes, y aunque los insurgentes se batieron con resolucion en algunos puntos, fueron rechazados por los turcos del territorio de la Valaquia, contribuyendo no poco á ello la mala inteligencia entre los jefes, la traicion de algunos, y mas que todo, la débil conducta de Ipsilantis, que cobardemente se refugió en Austria dejando abandonadas sus tropas. Para que no se crea que le acusamos de ligero, detallemos la conducta del príncipe griego en los últimos momentos de aquella lucha. Como necesitaba algun tiempo para obtener el permiso para franquear la frontera austriaca, se creyó obligado todavía en este momento á recurrir á los embustes y mentiras mas complicados para ocultar su fuga. Hizo Ipsilantis forjar cartas que pretendia haber recibido del comandante austriaco de la Transilvania, de las cuales se deducia que el emperador Francisco habia declarado la guerra á los turcos. Para dar aun mayores visos de certeza á esta noticia, mandó celebrar funciones religiosas en accion de gracias y hacer salvas, fingiendo que habia sido llamado para celebrar en la frontera una conferencia con los austriacos. Llevando con él el desprecio de los valientes patriotas, pasó Ipsilantis á la Transilvania en compañía de sus dos hermanos y algunos otros compañeros (27 de junio), abandonando á su suerte á los tristes pero esforzados restos de sus antiguos compañeros de armas. Ipsilantis cometió además la afrenta de coronar este acto por medio de una orden del dia fechada en Rimnick el 20 de junio,

la cual era en verdad digna del siglo de los Conmenos como todo el tejido de embustes que la habia precedido. Con este papel, trató Ipsilantis de satisfacer su venganza sobre hombres tales como Sawas, Karavias, Dukas y aun sobre algunos funcionarios civiles, tratando á sus compañeros de armas como á infames traidores «que compraban su vida con la servidumbre y el honor de sus mujeres y de sus hijos.» Mas los acontecimientos demostraron á Ipsilantis, que siempre y en este mismo momento esperaba con presuncion ciega é incurable que seria libre y enviado á Grecia, que en el territorio austriaco solo le esperaba la servidumbre, la enfermedad y la muerte. El Austria que no podia por los tratados recibir á los emigrados procedentes de Turquía, sino á condicion de quitarles los medios de ofenderla, guardó á Ipsilantis por espacio de seis años y medio en Mongaez y en Thereienstadt, mientras que su familia caia en Rusia en la indigencia á causa de algunas medidas fiscales. Cuando posteriormente (1827) cambiaron las circunstancias y se le concedió la libertad por la intervencion de la Rusia, Ipsilantis murió el primero de agosto (1828) en Viena á consecuencia de una dilatacion del corazon.

Los jefes, insultados por él, dieron por el contrario las mas brillantes pruebas de su bravura y abnegacion desde que se vieron desembarazados de su fugitivo jefe. El mismo hecho se repitió en la Moldavia, en donde el príncipe Kantakouzinós iba á representar el digno ejemplo de las hazañas de su *heróico* amigo.

El hospodar de Moldavia, Miguel Sutsos, habiase refugiado á la Besarabia desde el momento en que supo que el gobierno ruso desaprobaba el movimiento insurreccional. Formóse entonces en Jassy un gobierno provisional; pero queriendo Ipsilantis mantener espeditas sus comunicaciones con la Besarabia, envió desde Tirgowischt á un tal Pentedekas para que ocupase aquella capital. Consiguiólo en efecto Pentedekas; pero de tal modo comenzó á reinar la anarquía en Jassy, que bien pronto se vió presa esta ciudad de la mayor confusion, hasta que llegó

últimamente Katakouzinis, enviado según ya hemos visto por Ipsilantis.

Los turcos esperaban el resultado de las operaciones de la Valaquia y por lo tanto no molestaban á Katakouzinis, que disponiéndose á la idea de la fuga, aconsejó á los insurrectos la fortificación de Skuleni sobre el Pruth, para molestar según decía desde este punto al enemigo con pequeñas expediciones. Apenas los turcos tuvieron noticia de la victoria que los suyos alcanzaron en la Valaquia, se lanzaron sobre Jassy y lo ocuparon sin disparar un tiro, y entonces Katakouzinis, bajo el pretexto de pedirse de su madre para volver inmediatamente á la lucha, pasó el Pruth acogiéndose al territorio ruso.

Los demás jefes así miserablemente abandonados, rehusaron pasar á Besarabia como hubieran podido, y aunque en sus débiles atrincheramientos fueron atacados por un cuerpo de seis mil turcos y ellos solo podían oponer quinientos hombres, se decidieron por la resistencia, que aunque decidida y heroica, fué completamente inútil.

Georgakis con algunos compañeros perseguidos por los turcos, pudo llegar con trescientos cincuenta hombres hasta el convento de Sekka, situado en el territorio de Nyemtzou. Poseionado de este punto, rechazó un ataque de mil quinientos enemigos, pero habiendo vuelto estos con considerables refuerzos, los griegos fueron dispersados. Solo quedaron en el convento, Georgakis con otros once compañeros, los cuales perdiendo toda esperanza, prendieron fuego á la pólvora al mismo tiempo que los turcos asaltaban el convento, muriendo entre los escombros con gran número de enemigos.

Entonces los turcos, dominado el movimiento, se abandonaron á toda clase de excesos y represiones, sin que el protectorado de la Rusia fuese eficaz para conjurar ninguna.

Tal fué el fin de este preludio trágico de la revolución griega. Rara vez ha habido ningún nombre tan célebre en el país y en el extranjero como Ipsilantis, á pesar de no haberlo merecido. Los turcos nada revelaron á la Europa, los rusos tenían poderosas razones para callarse, y las palabras del Austria

sobre este asunto, fueron siempre recibidas con desconfianza. Por lo demás, las censuras que se elevaban entre los mismos griegos que habían podido conocer la conducta de Ipsilantis, no encontraban eco entre sus compatriotas.

Sin embargo, nadie podrá negar que la empresa del príncipe no haya tenido algunas ventajas para la causa de los griegos. En efecto, las fuerzas turcas, de las cuales una parte estaba ocupada en la guerra contra Ali-Pachá, fueron, al menos en parte, separadas de la Grecia por Ipsilantis, en el momento en que la insurrección del Sur tenía mas necesidad de ser olvidada para comenzar á extenderse y afirmarse. Durante este tiempo otra escena se había iniciado en los países que habían encerrado la vida antigua helénica, en donde las influencias de autócratas caprichosos, la presión ejercida por las grandes potencias vecinas, la obstinación de dictadores de un rango distinguido y los complots artificiales formados por las sociedades secretas, no encontraban un terreno favorable para ejercer su influjo. No se trataba allí de obrar con fuerzas extrañas sobre una masa popular inerte y resistente, sino sobre una nación débil pero resuelta en su desesperación á combatir hasta el último extremo, encontrando en su misma desgracia los medios de levantarse con mayor vigor.

CAPÍTULO III.

Insurrección de los griegos.—Primer año de la guerra.—Sublevación anárquica.—El Peloponeso.—Explosión del movimiento insurreccional.—Primeras vicisitudes de la fortuna.—Las islas.—La Grecia oriental.—La Magnesia y la Macedonia.—La Puerta.—Diferencias entre la Puerta y el ministro de Rusia.—Chipre y Creta.—Los griegos delante de Tripolitza y Demetrio Ipsilantis.—Tentativas de los turcos para levantar el bloqueo de la plaza.—Caída de Tripolitza.—Consecuencias de la toma de Tripolitza.—Maurocordatos.—Carácter de la guerra.

El Peloponeso, antiguo país de los helenos, por las fortalezas naturales de sus montañas, por su posición al abrigo de los enemigos y favorable á toda especie de defensa, así como por su población en que dominaban mucho los cristianos, era la base principal de la insurrección. Por esta razón los hombres de guerra inteligentes que pertenecían á los heteristas, habían escogido el Peloponeso como punto de partida para la sublevación proyectada. De

buenagana hubieran hecho de Maina una gran plaza de armas; pero el bey de esta ciudad así como los prímadados del Peloponeso, habían sido muy circunspectos con la Heteria, y antes de comprometerse, trataron de informarse hasta donde llegaba el auxilio de la Rusia.

Desde que la guerra contra Ali-Pachá escitó en la Grecia una agitación incesante, desde que estallaron las insurrecciones de Nápoles y de España y la direccion de la Heteria había sido concentrada en manos de Ipsilantis, la inquietud de los espíritus fué cada dia mayor, al mismo tiempo que la alarma de la poblacion turca se hizo mas viva y continua.

Por mucho tiempo atribuyó la Puerta esta fermentacion á las intrigas de Ali, mas sin embargo concluyó por enviar á la Península en calidad de gobernador á Churchid-Pachá (noviembre de 1820). Aunque la eleccion era oportuna, pues gozaba el nuevo pachá de la reputacion de hombre de Estado y de militar distinguido, comprendió que no bastaba su influjo solo para apaciguar la inquietud de los ánimos, é hizo venir un cuerpo de tropas al Peloponeso. Cuando posteriormente fué llamado al sitio de Janina para reemplazar á Ismael-Pachá, no dejó sin inquietud su harem y sus tesoros en Tripolitza. Su sucesor recibió tambien orden de seguirle á Janina, quedando entonces el gobierno del Maina en manos de un hombre incapaz, que no inspiraba el necesario respeto ni á un partido ni al otro.

En efecto, comenzaron á notarse entonces sintomas de efervescencia en todas las clases del pueblo, efervescencia que aumentó sobre manera con la llegada de Anagnostaras, delegado de los heteristas. Era este agente un antiguo compañero de armas del klefto Zacarias, soldado inteligente y experimentado en la guerra y el Nestor de los jefes guerreros del Peloponeso. Anagnostaras recorria la Mesenia, mientras que Teodoro Kolokotronis, segun se supo entonces, llegó á las islas Jónicas (18 de enero) para dirigirse á Skardamula en el Maina. Nació Kolokotronis en Mesenia en 1770. A la edad de diez años, había visto á su padre caer con dos de sus hermanos en Kastanitzza, y cuando contaba veinti-

siete años, había sido arrojado de su casa y de sus tierras por los enemigos de su fé, entregándose desde entonces á una vida llena de peligros y de aventuras. Las vicisitudes de su suerte le obligaron á refugiarse á las islas Jónicas; pero no por eso dejó de trabajar siempre contra los túrcos. Algun tiempo despues se había dirigido sucesivamente á todos los poseedores de las islas Jónicas, á los rusos en 1805, á los franceses en 1808 y á los ingleses en 1810, pidiéndoles su concurso para la emancipacion de la patria; pero luego que todas sus esperanzas fueron defraudadas en este punto, concluyó por sacar de sus esperiencias la conviccion de que los griegos no debian fiarse en otro auxilio para alcanzar su independencia, que en lo que pudieran hacer con los propios recursos.

Esta conviccion no le impidió ponerse en comunicacion con Kapodistrias, enviando tambien á su hermano Juan á la tropa de Alejandro Ipsilantis, y dirigiéndose por orden de este último á la Península, á donde llevó además de su conocimiento de la topografía del país, la esperiencia militar que había adquirido con los ingleses, en cuyo ejército había llegado últimamente á la categoría de mayor.

Una vez en el Maina se dirigió á las encrespadas montañas del valle del Eurotas que eran consideradas por todos como el baluarte de la libertad del Peloponeso, así como el bey de los magnotas era tenido por muchos griegos como el centro personal y el jefe de la insurreccion. Si Pedro Mauromichalis con sus poderosos parientes, con la consideracion de que gozaba entre los heteristas, con su abnegacion por la causa de la libertad de su patria, por la cual se inmoló casi toda su familia durante la dolorosa regeneracion de la Grecia, si Mauromichalis, repetimos, hubiera alimentado mayores ambiciones, habría permanecido por largo tiempo en posesion de sus elevadas funciones. Pero su carácter le daba otro sello. Hombre honrado, de aire digno, de costumbres dulces y pacíficas, era mas á propósito para gobernar un Estado bien ordenado y que viviese en paz, que para circunstancias tan críticas y escepcionales, ni mucho menos para mandar el partido guerrero de los kleftos.

Tenia este partido su foco principal en el ángulo opuesto al Nordeste de la Península en Patras, ciudad floreciente en esta época y cuya poblacion ascendia á 18,000 almas. Esta ciudad era el centro de reunion de tres hombres notables ligados por los lazos de la amistad, los cuales durante todas las vicisitudes de la guerra de la independencia conspiraron con el mismo objeto que era convertir de nuevo á Patras en el centro político del Peloponeso. El primero de estos patriotas era Andrés Zaimis uno, de los mas nobles caracteres, estimado hasta por sus mas violentos enemigos políticos. El segundo Andrés Lontos, lleno de patriotismo y de entusiasmo, y el tercero con el arzobispo Germanos, hombre de ambicion exaltada y que gozaba de gran autoridad á causa de su elevada dignidad eclesiástica, de su talento y de sus dotes oratorias.

La actividad secreta y el movimiento que se notaba en estos diversos campos, no dejó de causar bastante inquietud en el gobierno turco de Tripolitza. La llegada de Kolokotronis era para los musulmanes presagio seguro de que estaba próxima la tempestad, y para conjurarla ordenó el gobernador turco, si bien en vano, al bey de los magnotas que le entregase este hombre peligroso ó le espulsase de su territorio.

Entonces el gobierno turco hizo reunir en Tripolitza á los primados civiles y á los sacerdotes, segun se acostumbraba en momentos de turbulencia, con el objeto de tener en su poder rehenes que estorbasen el proyecto de los cristianos. Obedeciése en parte esta orden con el objeto de ganar tiempo; pero Zaimis, Germanos y Lontos, convencidos de que los turcos no arriesgarian un golpe contra una reunion incompleta, en vez de presentarse en Tripolitza, enviaron un mensajero á Constantinopla para justificar su conducta en el ánimo del patriarca, pidiendo al mismo tiempo instrucciones á los heteristas.

Pero mientras se hacian estos preparativos, la casualidad, segun frecuentemente sucede en tales acontecimientos, arrojó la chispa fatal que habia de provocar el incendio. Veamos cómo. El anciano Asimakis Zaimis de Kalavryta, tenia á su servicio á dos viejos

kleftos, á quienes en otro tiempo habia salvado la vida. Comiendo un dia (15 de marzo) con ellos en Kerpiné, preguntó el anciano á sus servidores, qué noticias circulaban. Ellos respondieron que al dia siguiente un spahi laliota pasaria por alli conduciendo á Tripolitza dinero que pertenecia al Estado, y que deseaban apoderarse de aquella suma, con el permiso de su amo. Este, sóbrio de palabra, y que sabia en reuniones numerosas fumar su pipa mas mudo que un turco, miró á sus servidores fijamente, hizo seña de que se llenaran las copas, y despues de haber brindado por la emancipacion de la patria, hizo la seña de la cruz, diciendo: «Recibid mi bendicion, hijos míos.» Colocáronse, pues, los kleftos en emboscada al dia siguiente para esperar al spahi, dispararon sobre él sus armas, pero no alcanzaron su objeto.

Con tales noticias el woiwode de Kalawryta, amedrentado tambien por haber sabido que en las cercanías de la ciudad se habian cometido algunos actos de violencia, reconcentró sus tropas en la ciudad como si en efecto hubiese estallado ya la insurreccion. Escitados á su vez por estos preparativos, tomaron las armas algunos cristianos y obligaron al woiwode á rendirse con los suyos (2 de abril). Como la fama hubiese aumentado la importancia de esta noticia, los turcos de Vostitsa se refugiaron al otro lado del golfo de Lepanto, mientras que los insurrectos se apoderaba de Patras, obligando á los turcos á encerrarse en la ciudadela. El arzobispo y sus amigos Lontos y Zaimis, habiendo recibido la noticia de que la insurreccion habia estallado, acompañados de algunos hombres armados, ocuparon las parroquias de San Jorge y plantaron enfrente de la iglesia una cruz, ante la cual juró el pueblo combatir por la religion y por la patria, anunciando solemnemente en sus proclamas, dirigidas al pueblo y á los cónsules extranjeros, que la insurreccion habia comenzado aquel dia (4 de abril).

Pero el verdadero principio de la insurreccion data mas bien del primer movimiento de los magnotas, que á las órdenes de Petrobey y Kolokotronis (5 de abril) avanzaron hasta Kalamata, capital de la Messenia, en

donde hicieron rendirse á los turcos aterrados. Petrobey formó en seguida en esta ciudad un consejo local llamado el *Consejo de Messenia*, el cual posteriormente reconoció la supremacía del Senado general del Peloponeso. Lanzados, unos por la ambicion y el amor á la guerra, otros por la añagaza del botin y del pillaje, los insurrectos de Kalamata se esparcieron por todas partes escitando á la rebelion contra los turcos, lo cual parecia innecesario, pues conmovida, como por un chispazo eléctrico toda la poblacion griega, se declaró en abierta insurreccion.

Tal fué la diferencia entre la sublevacion del Sur de la Grecia y la que estalló en el Norte del imperio turco, en donde el impulso procedente del exterior, perdió inmediatamente toda su fuerza ante la masa inerte del pueblo. En el Peloponeso fué el incendio simultáneo aun en los puntos mas lejanos; pues los combustibles preparados no esperaban mas que la chispa que debía incendiarlos. Tal fué el terror de los turcos, que todos los que pudieron se refugiaron en la capital del Peloponeso ó en las fortalezas de la costa, de suerte que la mayor parte del país quedó por los insurrectos, que consiguieron en un principio, y á pesar de su levantamiento anárquico, fáciles triunfos sobre sus enemigos.

Sin embargo, todas estas ventajas alcanzadas con tanta rapidez en el primer momento, estaban destinadas á ser destruidas con igual facilidad, así que los turcos volviesen de su sorpresa. En efecto, como el movimiento griego carecia de direccion, tan luego como experimentase el primer descalabro debía apoderarse de los helenos el sentimiento de su debilidad. Así, cuando el acrópolis de Patras era mas vivamente atacado por los habitantes de la ciudad, dirigidos por el arzobispo Germanos y otros jefes, Yussuf de Eubea, que al volver de Janina tuvo conocimiento de lo que acaecia en el Peloponeso, atravesó el golfo cerca de Rhion y entró en la ciudadela, sin haber sido detenido por las desordenadas tropas de los sitiadores. Animados entonces los turcos, hicieron una vigorosa salida, dispersaron á los enemigos y pusieron fuego á la ciudad degollando á muchos de sus habitan-

tes (15 de abril). Otros insurrectos que sitiaban á Caritena experimentaron la misma suerte, y un cuerpo que mandaba Kolokotronis, tan luego como supo la llegada de los turcos, se dispersó como por encanto, sin escuchar las amonestaciones de su valiente jefe.

Kolokotronis solo y fugitivo pudo reunir en Stemnitza 300 hombres, con los cuales pensaba sostenerse contra los turcos favorecido por las circunstancias del terreno; pero de nuevo fué abandonado por sus soldados. Entonces, sin dejar las montañas y acompañado por un solo magnota, se reunió en el camino de Piana á su primo Antonio, que se encontraba con siete compañeros. «Eramos entonces, segun el mismo escribe, nueve y mi caballo diez.»

Todavía Kolokotronis consiguió de nuevo reunir algunas fuerzas; pero otra vez fueron tambien dispersadas por los turcos, que se apoderaron de algunas poblaciones importantes y las entregaron al pillaje y al incendio. Ante tales dificultades, los jefes de la insurreccion se reunieron en la Marmaria en la llanura Franko-Vrysi para tomar una determinacion, y allí acordaron nombrar á Petrobey general en jefe, á fin de que organizase, ayudado por los magnates, un núcleo de tropas, con las cuales se bloquearia Tripolitza. En efecto, pocos dias despues esta ciudad estaba amenazada por los insurgentes por cinco puntos diversos, habiéndose colocado los cuerpos de ejército bastante próximos unos de otros, para poder socorrerse mutuamente en caso de necesidad.

Deligiannis con Antonio Kolokotronis estaba en Piana, el viejo Kolokotronis en Chrysovitzi y Charalompis cerca de Levidi á seis leguas al Norte de Tripolitza. Además habia otro cuerpo en Vervena y el principal de todos se encontraba en Valtetzi, ciudad situada sobre las alturas del Menale á tres leguas al Oeste de la capital citada. En las escursiones frecuentes que los turcos hicieron contra estos cuerpos, acostumbráronse los griegos á la lucha, adquirieron el hábito del peligro, la experiencia de los combates y la confianza en sí mismos.

No tardó, sin embargo, en amenazarles

un peligro mas sério. Churchid-Pachá que combatia entonces á Ali, comenzó á inquietarse por la suerte de su mujer y de sus tesoros encerrados en Tripolitza, y no pudiendo presentarse él mismo en el teatro de la insurreccion, envió á su teniente Mustafá-Bey con 3,500 albaneses. Mustafá derrotó algunas bandas de insurgentes, quemó algunas ciudades rebeldes, y reforzando las guarniciones de otras que permanecian en poder de los turcos, penetró en Tripolitza, disponiendo un ataque general contra las posiciones que mantenian los insurrectos.

Esta fué la primera vez que un cuerpo numeroso de tropas turcas reforzado por albaneses experimentados en la guerra, atacó á los griegos en batalla ordenada. Por este motivo nos detendremos algun tanto en los detalles de estas operaciones. Segun las esperiencias que se habian hecho, la destruccion de los revoltosos parecia inevitable.

Mustafá colocó 1,000 hombres frente al cuerpo insurgente establecido en Vervena para impedirles llegar al campo de batalla. El ataque principal contra Valtetzi, en donde uno de los Mauromichalis que mandaba en jefe habia tomado posiciones detrás de cuatro fuertes de campaña y al abrigo de la iglesia, fué ejecutado por Rhubis con 3,500 hombres que se lanzaron con furor al enemigo (24 de mayo); pero contra todas las presunciones, los griegos resistieron esta vez con valor resignado, á pesar de haber recibido tres acometidas sucesivas. Kolokotronis primero y Plaputas despues, acudieron con 1,200 hombres al socorro de sus compatriotas y atacaron por retaguardia á los turcos, rompiendo toda comunicacion entre ellos y las demás fuerzas de Mustafá. Entonces este en persona llegó al teatro de los sucesos con 500 caballos y dos piezas de artillería; pero ni los unos pudieron causar gran daño á los griegos á causa de la desigualdad del terreno, ni las otras ocasionarles pérdidas de consideracion; pues los artilleros apenas sabian manejarlas.

Hubo, por lo tanto, necesidad de hacer adelantarse la reserva del ejército turco, que se habia colocado en segunda línea para emplearla en la persecucion de los fugitivos, y final-

mente Mustafá se vió obligado á recurrir tambien á lcs 1,000 hombres que se habian dejado en observacion de los insurrectos de Vervena. Todo el dia continuó la accion indecisa por una y otra parte: durante la noche, cada ejército esperaba que su contrario apelaria á la retirada, mas sin embargo, ambos conservaron sus posiciones. Cerca de media noche los griegos de Vervena llegaron al socorro de sus compatriotas y rodearon completamente el cuerpo de Rhubis, que tuvo que abrirse paso á través de los enemigos, y entonces Mustafá dió la órden de retirada. En este combate que duró veintitres horas, los turcos no tuvieron mas pérdida que 600 hombres entre heridos y muertos; pero la jornada pudo ser fatal para ellos si los otros 2,000 griegos de Levidi, que estaban á las órdenes de Zaimis y de Charalampis, hubiesen llegado con oportunidad al sitio de la batalla.

Ardiendo Mustafá en deseos de reparar por medio de una espedicion contra Vervena, la derrota que acababa de experimentar, envió un cuerpo de 4,000 hombres á este punto; pero Nikitas, cuya gloria data de esta jornada, resistió el ataque con tal decision, que los turcos se vieron obligados á retirarse tambien, temiendo experimentar otra derrota como la de Valtetzi.

Estos dias de lucha, acaso hayan decidido la suerte de toda la insurreccion griega. Una derrota entonces hubiera sido un golpe fatal para la causa de la emancipacion, como la derrota de Dragatchan lo habia sido para la insurreccion del Norte, pero desde este momento, el valor profundamente abatido de los griegos se reanimó tan rápidamente, que comenzaron á sitiar á Tripolitza á una distancia de 1750 metros. La conciencia de su propio valor, de que se sintieron entonces animados los griegos, se revela en una burlona carta que Kolokotronis escribió á Mustafá, inmediatamente despues de la batalla de Valtetzi, en la cual le decia: «He sabido que redactas cartas para exhortar á los griegos á someterse; pero ha llegado el momento en que estos pueden dirigirlas en el mismo sentido á los turcos. Creo que podrás contentarte con poder escapar á tu casa; haz lo que puedas, y hasta

que nos volvamos á ver en tu serrallo.» Efectivamente, la suerte dispuso que Kolokotronis le hiciese prisionero mas tarde en su palacio.

El movimiento insurreccional del continente encontró una cooperacion enérgica en las islas que rodean el Peloponeso. La primera señal de la insurreccion se dió en Spetzia (7 de abril), en cuyo puerto los buques mercantes enarbolaron el pabellon de la libertad, ejemplo seguido inmediatamente por los psariotas, que desde un principio hicieron un gran servicio á la causa nacional, enviando una escuadrilla de siete buques al mando de Nicolás Apostolis á Smyrna, en donde se preparaba una expedicion de 3,000 turcos para el Peloponeso. Un ataque repentino de los insulares destruyó estas fuerzas, de suerte que el continente se vió libre de tales enemigos.

La llegada de dos buques de Spetzia motivó el levantamiento de los habitantes de la isla de Hydra, y cuando el 8 de abril llegó á aquel punto la noticia de que los turcos estaban encerrados en Acrocorinto, las masas comenzaron á agitarse, se apoderaron del gobierno, y obligaron á los primados, que se manifestaban indiferentes, á unirse al movimiento (27 de abril).

Desde este momento el grito de la insurreccion resonó, no solo en todas las islas Cycladas, sino tambien en un gran número de las Esparadas, y hasta en las mayores y mas cercanas á las costas del Asia. Habiendo llegado al estrecho de Mycale dos buques spetziotas, la isla de Samos se adhirió tambien al movimiento, y desde entonces puede decirse, que solo los católicos de Tenos, Syra, Naxos y Santorin (Thera), prefirieron doblegarse ante la corriente, pagando dos veces sus contribuciones, un impuesto voluntario á los turcos y otro forzoso á los griegos, antes que prescindir del ódio fanático hácia los insurgentes que pertenecian á otra confesion.

De todas las islas salieron entonces buques armados para la guerra de corso, pero pronto se reunieron con el objeto de emprender operaciones en mas vasta escala. Pensóse primeramente en intentar el ataque de una escuadra turca estacionada en Murto, cerca de Corfú; pero se desistió imprudentemente de este ob-

jeto, para dirigir una expedicion contra Chios. Este proyecto fracasó. El jefe de la escuadra, que era el hydriota Tombazis, habia creído que á su escitacion los habitantes de esta isla se sublevarian, y contaba con atacar la capital con la flota, tan luego como el incendio insurreccional se hubiese propagado por el interior. Sin embargo, antes de comenzar el ataque, supo Trambazis que los turcos de Chios se habian apoderado del obispo y de los primados para que les sirviesen de rehenes, y como por otra parte la poblacion del campo permaneció tranquila, la escuadra se retiró sin haber intentado la realizacion de sus propósitos (19 de mayo).

Parecia natural que los primeros en agruparse en torno del estandarte de la insurreccion, debian ser los armatolios que en otro tiempo habian combatido contra Ali-Pachá para alcanzar su libertad; pero el temor del poder de Ali, y la sospecha de que los adversarios de Janina se uniesen ante el comun peligro, impidieron toda resolucion unánime. Ni los mismos suliotas, iniciados desde mucho tiempo antes en los proyectos de los heteristas, se atrevieron á tomar una actitud resuelta.

No obstante, el fuego revolucionario estalló en las eparquías orientales de la Grecia oriental mas lejanas al Epiro, el mismo dia en que se verificó la esplosion en el Maina. En la eparquía de Salona, el capitán Panurgias convocó (5 de abril) á los primados del distrito y de la ciudad en un convento, enviando al mismo tiempo algunos de sus parientes para alistar tropas. Dos dias despues Panurgias disponia ya de 600 hombres con los cuales bloqueó el castillo de Salona, obligando á rendirse á los turcos que se habian encerrado dentro de sus muros. Entonces el decidido patriota Anastasio Dikaios se insurreccionó en la eparquía de Livadia, y despues de haberse posesionado de la capital, ocupó con 600 hombres las Termópilas, en donde se le reunieron otros jefes de banda con sus contingentes, llegando á concentrar en este punto hasta 2,000 hombres. Churchid-Pachá, que veia á su familia en Tripolitza amenazada de los furiosos de la insurreccion, conoció, no sin inquietud, que el movimiento

cundia sobre la retaguardia de su campo de Janina, y al mismo tiempo en que como hemos dicho envió á Mustafá-Bey al Peloponeso, concentró en Zituni 7,000 hombres á las órdenes de Omer-Vrione y Mehmed, pachá titular de la Morea.

Los insurrectos con el fin de cubrir el camino de Salona, se situaron entonces en frente de las tropas; pero antes que pudiesen fortificarse Omer-Vrione los atacó, huyendo los griegos vergonzosamente al primer choque. Solo Dikaios y algunos de sus compañeros, acordándose del gran teatro histórico en que combatian, se sacrificaron por la causa de la patria. Rehusando el caballo que su hijo adoptivo le ofrecia para la huida, Dikaios sostuvo el combate por espacio de una hora con solos diez guerreros, cayendo al cabo de este tiempo herido en poder de sus enemigos que le dieron muerte (6 de mayo), siendo por su abnegacion celebrado en los cantos populares, como uno de los primeros mártires de la libertad de su patria.

Durante este tiempo sus compañeros Pannurgias y Dyoviniotis, á pesar del desastre experimentado, no desistieron de la idea de cubrir el camino de Salona, y habiendo logrado por medio de fuertes posiciones contener algun tiempo á los turcos, el movimiento cundió por todo el territorio ateniense, en cuya capital fueron encerrados los turcos en el acrópolis, viéndose espuestos á toda clase de privaciones (junio).

Con estas nuevas, conmovióse todo el Peloponeso, desde donde á las órdenes de Nikitas y Eliás Mauromichalis, se enviaron algunas tropas del otro lado del istmo de Corinto para secundar el alzamiento. Omer-Vrione consiguió por fin penetrar en la Livadia (7 de julio), y rechazando á los guerreros peloponesianos, se dirigió á Chalcis (26 de julio) en la Eubea, pues en este país habia cundido tambien el fuego de la insurreccion, á pesar de las dificultades que para ello oponian las fortalezas de Chalcis y Caristo, ocupadas exclusivamente por turcos, posiciones que por su situacion dominaban todo el país.

Entretanto, Anthimos Gazis habia conseguido insurreccionar la Magnesia, país que

por su especial situacion ofrecia á los insurrectos una de las mas preciosas y fuertes posiciones. Desde este punto, y reuniendo algunas fuerzas, penetró en Lechonia destruyendo la poblacion turca que ascendia á 600 personas; pero habiéndose detenido con el objeto de repartirse las propiedades de los vencidos, á pesar de las escitaciones de Gazis, que aconsejaba marchar rápidamente sobre Volo, dió tiempo á que Mahamud, pachá de Drama, viniese con fuerzas respetables de Larissa. Entonces comenzaron una serie de combates de éxito diverso, en los cuales los griegos se adiestraron en el arte de la guerra y se acostumbraron á los peligros, de suerte que á fines de julio, toda la Magnesia y la Thesalia estaban casi en poder de los insurrectos.

Es notable la diferencia característica entre el movimiento verificado por Ipsilantis sobre el Danubio y la insurreccion en Grecia, que estalló y se propagó sin grandes preparativos artificiales, ni promesas falaces y sistemáticas de socorros extranjeros, teniendo por únicas causas, primero: el impulso general dado por las coyunturas del momento y despues, los vagos preparativos de los heteristas y el ejemplo de los pequeños jefes de tribu. Es cierto que la insurreccion no contaba con armamentos preparados de antemano, ni con recursos enérgicos, ni con jefes, ni centro comun, ni siquiera con un concierto anterior, ni plan preconcebido; pero precisamente en esto mismo estuvo la fuerza de este movimiento popular y su salvacion, pues el gobierno turco no estaba habituado á luchar con fuerzas nacionales tan espontáneas.

En ninguna época demostró el gobierno turco de un modo mas palpable su incuria tradicional, pues por poca prevision que hubiese tenido, hubiera impedido indudablemente aquel movimiento, que tan lentamente fermentó antes de presentarse con la unanimidad que acabamos de observar. Era indudable que la guerra contra Ali-Pachá, emprendida para ejecutar la sentencia del sultan contra este ambicioso albanés, habia de despertar las esperanzas de los griegos; pero ya hemos visto que el ministro que habia condenado esta guerra habia caido en desgracia.

La Puerta recibió en muchas ocasiones del Austria la noticia de los proyectos de los heteristas, pero fueron desoidas estas advertencias, y los conjurados alentados por la impunidad, continuaron en sus trabajos á la luz del dia, de suerte que podia decirse que todo el mundo conocia estos proyectos, excepto el gobierno musulman. Al acaecer la sublevacion de Teodoro fué despreciada por la Puerta, y solo despues que se tuvo noticia de la presencia de Ipsilantis en los Principados, y se descubrieron algunas ramificaciones en la misma Constantinopla, el gobierno turco comenzó á ver claro en el asunto. La noticia de las crueldades cometidas en Galatz por los insurgentes, las proclamas de Ipsilantis que afectaba obrar de acuerdo con la Rusia, y la conducta vacilante del ministro del emperador Alejandro en Constantinopla que reflejaba la de su soberano, hizo que los turcos se pusiesen sobre aviso, y entonces comenzó una reaccion que causó la muerte de muchos griegos residentes en Constantinopla, en donde las masas del populacho se lanzaron á toda clase de escesos, llevando su audacia hasta el punto de apedrear el palacio del representante de Rusia Stroganow.

Atrocidades inauditas fuéron cometidas tambien entonces en todas las poblaciones del Bósforo por los genizaros destinados á los Principados, y como en este mismo momento (21 de abril) llegasen las noticias de lo acaecido en el Poloponeso, la sed de venganza del gobierno no reconoció ya límites, despreciando todas las advertencias del cuerpo diplomático.

El patriarca Gregorio de Constantinopla, iniciado en los planes de los heteristas, habia seguido una conducta parecida á la de Kapodistrias, pues mientras ostensiblemente censuraba los proyectos insurreccionales, dirigia á los eclesiásticos comunicaciones en opuesto sentido. Los ministros turcos tan luego como tuvieron conocimiento de la insurreccion del Poloponeso, la hicieron espiar cruelmente al jefe de la Iglesia, que era natural de aquella Península. Despues que hubo celebrado la misa de la noche de Pascua (22 de abril), fué preso y conducido á la puerta de la iglesia patriarcal, en donde sufrió el suplicio de horca,

en tanto que los tres metropolitanos de Efeso, Nicomedia y Auchialos, espermentaron igual suerte en otros cuarteles de la ciudad. Estas bárbaras ejecuciones provocaron, como era natural, represalias de parte de los griegos, y desde entonces fué ya imposible toda reconciliacion, tomando la lucha un carácter de destruccion hasta entonces desconocido.

El baron Stroganow espresó sin pérdida de tiempo (20 de abril) á la Puerta, el dolor que le habia causado esta ignominiosa ejecucion, lo mismo que el asesinato de algunos marineros rusos, proponiendo en una conferencia que celebró con el internuncio del Austria, las medidas que debian tomarse en comun por los representantes de las grandes potencias, á causa del estado de la capital. Desde que la Puerta, por la negativa del representante de la Inglaterra, se vió libre de esta coalicion, respondió (27 de abril) á Stroganow de un modo casi desdeñoso y burlon, y en muchas poblaciones turcas se repitieron las atrocidades de que habia sido teatro la capital.

Como era natural, llegó al último grado el desacuerdo entre el ministro ruso y la Puerta, que se presentó desde entonces mas exigente. A esta altanería contestó Stroganow con una actitud mas altiva todavía, y creyendo que la causa de la negativa de la Puerta á consentir en sus demandas, consistia en el representante inglés, redobló sus exigencias hasta el punto de concitar tambien en contra suya á los demás miembros del cuerpo diplomático.

Con tal apoyo el gobierno turco, llegó ya hasta un grado de insolencia casi inconcebible. Pretestando tener el derecho de comprar antes que nadie los cargamentos de todos los buques que conducian trigo, procedentes del mar Negro para abastecer la capital, visitó todos los barcos rusos que creia ocultaban insurgentes, y como si esto no fuera bastante, para probar el caso que le merecian las amonestaciones del representante del czar, continuó en sus persecuciones contra los cristianos, haciendo ejecutar (16 de mayo) á algunos arciprestes y obispos, que permanecian aun en la prision. Con motivo de estos nuevos escesos hubo otro cambio de notas, en las cuales ambas partes perseveraron en sus opiniones, y el resultado

de todo fué que la Puerta, deseando verse libre de un representante tan incómodo como era Stroganow, dirigió directamente una comunicacion confidencial á San Petersburgo, pero con tan malas formas, que no podia llenar su objeto.

Mientras que la Puerta ensayaba este sistema, favorecida por la actitud equívoca del representante de una política equívoca tambien, el emperador Alejandro movido por la conducta inhumana de sus bárbaros vecinos, adoptó una conducta enteramente opuesta. Olvidando en esta querrela todas las cuestiones que se referian á las personas y hasta ciertos actos de la Puerta, Alejandro quiso dar al asunto el carácter de la mas amplia generalidad. Oponiendo al celo de los musulmanes por su religion el de los cristianos por la suya, y respondiendo á la antigua barbarie turca con los principios de la humanidad moderna, dió á los puntos que estaban en litigio la mayor publicidad, y declaró al propio tiempo que todas estas diferencias eran de la incumbencia de todos los Estados de la Europa. Sometió la cuestion griega al tribunal de la Santa Alianza, lo cual anunció á la Puerta en un ultimatum (28 de junio). La nota rusa, cuyos principales puntos conviene conocer para darse cabal cuenta de los acontecimientos, comenzaba manifestando: «que la Puerta, despues de haber desdeñado los benévolos consejos y la cooperacion de la Rusia para ahogar la rebelion, estaba á punto de imprimir á la insurreccion el carácter de una resistencia legítima. Jamás, en ninguna de las revueltas tan frecuentes en su imperio, añadía la nota, la Puerta habia llamado á las armas, en nombre de las creencias religiosas, á toda la masa de la nacion; jamás la Europa habia visto declarar la guerra al culto con la ejecucion afrentosa de los jefes espirituales y seculares de un pueblo cristiano, con la profanacion de sus cadáveres, con el anonadamiento de sus familias, con la destruccion de sus templos, y con ultrajes inferidos á sus sagrados símbolos. En estas circunstancias, la posibilidad de la *coexistencia ulterior* de la Turquía al lado de los demás Estados europeos, dependeria de tres condiciones, á saber: que

no amenazase á la religion cristiana con la guerra y el insulto, que no diese márgen á que se supusiese que trataba de anonadar á todo un pueblo, y que finalmentè, favoreciese la consolidacion de las relaciones amistosas entre los gobiernos de Europa, no turbando la paz comprada á costa de tantos sacrificios. El gobierno turco, continuaba la nota, debia haber comprendido por la unanimidad que se observaba en las representaciones de todas las potencias, que la causa que defendia la Rusia, era una *causa europea*, y que al encargarse de la defensa de este interés general, habia hasta entonces evitado mencionar los *títulos particulares*, es decir, los tratados, en los cuales podria fundar sus peticiones. Las medidas adoptadas por la Puerta no podian ser consideradas sino como el resultado de un sistema concebido libremente, ó como una cohibicion impuesta por el fanatismo de malos consejeros. En este último caso, único que esperaba la Rusia fuese el verdadero, la Puerta debia reconstruir los templos derribados, conceder á la religion cristiana la antigua proteccion y establecer una línea de demarcacion entre los culpables y los inocentes. Para probar el cambio de conducta, debia acceder tambien á las legales peticiones de la Rusia con respecto á los Principados, es decir, restablecer una administracion regular, nombrar los hospodares y alejar las tropas turcas. En el primer caso, que el emperador no queria suponer, la Puerta se colocaria en un estado de hostilidad con respecto al mundo cristiano, justificaria la defensa de los griegos y obligaria á la Rusia á concederles un asilo y socorros.»

Puede imaginarse fácilmente el efecto que esta nota produciria, no solo en el ánimo del gobierno turco sino tambien en los círculos diplomáticos de Constantinopla y en todas las córtes de Europa. La actitud de la Rusia hizo gran efecto en Lóndres, en Viena y en Constantinopla, cuyo gobierno quedó al pronto consternado por los intentos del czar, de comprometer á las córtes europeas con respecto á la Puerta, espresándose como el representante de toda la cristiandad. Pero bien pronto los turcos, tranquilizados algun tanto por las palabras del embajador inglés, recordando

que ya había pasado la época de las cruzadas, y que los intereses particulares de cada potencia impedirían un acuerdo en esta cuestión, respondieron á la nota rusa con una energía resuelta, mezclada no obstante de pueriles bravatas, lo cual, como era natural, provocó la retirada del ministro ruso (10 de agosto). Después de la partida de Stroganow, la Puerta, aconsejada por el ministro inglés, varió de actitud, cediendo en el asunto de los Principados y aun amparando en sus dominios los intereses y los súbditos rusos.

Si desde un principio hubiese sabido mantener la Puerta contra el fanatismo del pueblo turco el sistema de dulzura que entonces aparentaba adoptar, combatiendo no obstante con todo vigor la insurrección griega, hubiera podido producir á favor de la impresión causada en los espíritus por el desgraciado éxito de la revolución de Italia, tal división y desaliento entre los rebeldes, que la insurrección griega hubiera sido fácilmente ahogada, porque el mundo europeo, fatigado por los acontecimientos revolucionarios, no hubiera manifestado simpatías hacia ella. Pero una maravillosa mezcla de acontecimientos, de acciones y sufrimientos, mantenía y alimentaba siempre con nuevas materias incendiarias, la llama de la insurrección griega, salvándose más bien por el encadenamiento imprevisto de las circunstancias que por las faltas de los adversarios. En primer lugar los actos de barbarie cometidos por los turcos en Constantinopla, despertaron las simpatías de la Europa hacia los griegos con mayor energía. Estos hechos provocaron en seguida la ruptura de la Puerta con su vecino del Norte, que desde aquel momento volvió á adoptar su antiguo sistema, que consistía en tener siempre la espada levantada, espionando la ocasión favorable para realizar sus proyectos.

El ejemplo dado por estas bárbaras atrocidades, llegó á desencadenar el fanatismo de las masas salvajes del imperio turco, y escitó á los rebeldes á emplear el sistema de represalias. Desde entonces ya fué imposible todo acuerdo entre ambos partidos, tanto más, cuanto que estas escenas se repitieron, no solo en la costa del Asia Menor, sino también en las grandes islas.

La acción de la flota griega fué en un principio paralizada por la mala inteligencia que surgió en Hydra entre la aristocracia y los demócratas; pero habiendo terminado este incidente, la escuadra que constaba ya de cincuenta velas, se dió á la mar (30 de mayo) para atizar en todas partes el fuego de la insurrección, y para maniobrar contra la flota musulmana que se había dirigido hacia la isla de Samos. Cerca de Lesbos encontraron los griegos una fragata turca llamada *Montaña Movable*, de setenta y cuatro cañones, y por medio de burlotes improvisados la incendiaron destruyendo toda la tripulación. Este acontecimiento causó tal temor al resto de la escuadra musulmana, que se refugió de nuevo á los Dardanelos, siendo reemplazado el almirante por Kara-Ali, antiguo y experimentado marino.

Con este favorable acontecimiento, la escuadra se dirigió hacia Lesbos para propagar la insurrección también por aquel punto, y el resultado de esto fué la destrucción de las importantes ciudades de Kydonia y Smyrna. Cuando estas noticias llegaron á Constantinopla (16 de junio), las masas del pueblo turco se sintieron poseídas de un furor salvaje, lanzándose sobre las casas habitadas por los cristianos y cometieron en ellas toda clase de crímenes. Como no encontrase bastantes habitantes cristianos para saciar su sed de sangre, la multitud furiosa se lanzó á la habitación del cónsul ruso, que solo pudo salvarse por el concurso de los europeos armados. Entonces se dirigió contra el consulado francés, que también pudo ser defendido por los mismos medios; pero los buques extranjeros que se encontraban en el puerto, y que contenían refugiados griegos, fueron visitados por aquellas hordas que cometieron toda especie de violencias y asesinatos, no solo contra los griegos, sino también contra algunos extranjeros, pues no parecía sino que se trataba á toda costa de insultar á los europeos.

Por el mismo tiempo escenas de igual índole se verificaban en las islas de Chipre y de Creta. Alejadas del teatro de la insurrección, sin tener apenas conocimiento de la Heteria, sin armas y sin medios de defensa, todos sus

habitantes deseaban ardientemente librarse de los peligros que para su seguridad personal envolvía el movimiento revolucionario. Pero toda su sumisión y obediencia fué inútil. Los turcos que habitaban en estas islas y las tropas de genizaros que las guarnecían, acostumbrados á toda clase de violencias, contuvieronse en un principio por temor á la Rusia. Cuando vieron que esta potencia no tomaba parte activa en el movimiento, y tuvieron conocimiento de las tropelías que se cometían en otras partes, siguieron aquel sangriento ejemplo, dieron muerte á los obispos y primados, y despues se ensañaron contra los demás habitantes cristianos, de los cuales solo pudieron salvarse los que fueron protegidos á costa de gran trabajo por los cónsules extranjeros.

Pero dejando estenderse la insurrección como voraz incendio por la Acarnania y la Etolia, en tanto que Churchid-Pachá hostilizando á Janina, sacaba todo el partido posible de sus fuerzas manejándolas con prudencia y previsión, para no dejarse rodear por completo de los insurgentes, debemos volver ahora nuestra atención al Peloponeso, en donde dejamos á los griegos sitiando á Tripolitza.

Esta ciudad llamada en la lengua turca Tarabolusa, está situada al pié del Menale á mil ochocientos piés sobre el nivel del mar en el ángulo Sudoeste de la gran llanura de la Arcadia, que ya en otro tiempo habia sido un centro de comercio así como tambien teatro de luchas guerreras. Tripolitza era una ciudad de origen moderno, pero cuya población habia ascendido entonces á la cifra de treinta mil almas, á causa de los refugiados turcos que habian buscado en ella un abrigo contra los insurrectos. Sus fortificaciones consistían en un muro poco sólido de circunvalación de catorce piés de altura y un miserable fuerte elevado al Sudeste sobre una colina artificial. Despues de la batalla de Valtetzi acamparon los griegos formando un semicírculo y divididos en cuatro cuerpos de tropas sobre las pendientes del Trikorfa. En el centro se habian colocado 1,000 hombres á las órdenes de Anagnostaras, á su izquierda 2,500 á las de Kolokotronis, y á la derecha

1,500 á las de Giatrakos. La reserva de 500 hombres, colocada convenientemente para acudir á donde fuese preciso, estaba á las órdenes de Petrobey.

El mando supremo correspondía nominalmente al bey de Maina; pero de hecho pertenecía á Kolokotronis. Esta división de poderes, que no era un obstáculo para la guerra de escaramuzas, de escursiones y de salidas, que se verificaron en los primeros meses del sitio, era insuficiente para proveer al sostenimiento del ejército, haciéndose entonces sentir la necesidad de concentrar los recursos en manos de un solo jefe.

Para remediar esta falta, reuniéronse los primados en el convento de Valtetzi (7 de junio), instituyendo provisionalmente un Senado para el Peloponeso mientras durase el sitio de Tripolitza. Firmaron despues un acta para conferir á este Senado plenas facultades, sin determinarlas no obstante de un modo preciso, y un poder irresponsable, que se limitó prudentemente á la dirección y al fomento de la guerra. Esta nueva autoridad se trasladó á Stemnitza, no lejos de Caritena, y decretó en su primera circular (11 de junio) la formación de pequeños y grandes comités de administración para las ciudades y para la campaña, dirigiendo su atención á las medidas necesarias para surtir al ejército de víveres y pertrechos. Arregló tambien las contribuciones, segun el orden que hasta entonces habia prevalecido; prohibió la esportación de víveres; tomó medidas para organizar la guardia nacional en los puntos emancipados, ordenando, por último, que los municipios subviniessen á las necesidades de las familias de los guerreros sacrificados en aras de la patria. De este modo se ocupaba en sacar el mejor partido posible de las antiguas instituciones autonómicas, cuando la Heteria vino á turbar con sus complicadas prescripciones estas medidas, tan conformes con el espíritu nacional y la naturaleza de las cosas.

Demetrio Ipsilantis, delegado de su hermano Alejandro, habia llegado á Hydra, y desde este punto al Peloponeso, casi al mismo tiempo en que la insurrección era ahogada en los Principados (19 de junio). Su expedición

por la Grecia era una verdadera marcha triunfal; saludábale el pueblo lleno de admiración como á un Mesías libertador, pues le consideraba como un enviado del gobierno supremo y misterioso de la Heteria y favorito del czar de Rusia. Los jefes de la insurrección le hicieron en un principio la mas amistosa acogida; pero á pesar de estar dotado de cualidades morales de estima, á pesar de ser un valiente soldado, honrado, leal y humano, los personajes que le rodeaban, y que eran griegos procedentes de la emigración, le perjudicaron en extremo, pues todos aspiraban á representar los principales papeles, como si en vez de triunfar se tratase de gobernar pacíficamente. Estas ambiciones que alimentaba la comitiva de Demetrio, y que él mismo acariciaba en parte, comenzaron á enagenarle la buena voluntad de los jefes y de los primados, llegando la enemistad casi á su colmo, cuando Ipsilantis exigió como su hermano, ser investido de un poder ilimitado y la disolución del Senado. Los primados le ofrecieron en cambio la presidencia de esta Asamblea, proposición que Demetrio no quiso aceptar. Continuando en este sistema, en vez de lanzarse de lleno á las operaciones militares, comenzó á preparar proyectos de constituciones recibidos con desden por los primados, que juzgaban que el tiempo era mas propio para obrar que para legislar.

Indignado con esto y aconsejado por algunos amigos hetaristas, trasladóse Demetrio á Kalamata, lo cual fué del peor efecto, pues el pueblo creyó ver en esta decisión el deseo de abandonar la Grecia. En esto llegaron al Peloponeso las noticias de los desastres sufridos por su hermano en los Principados, lo cual, como era natural, le arrebató todo el prestigio de que habia gozado, especialmente entre los jefes militares, por mas que algun tiempo antes habia sido elevado á la categoría de jefe supremo del ejército con aplauso y alegría de los soldados.

Durante estas disensiones, el sitio de Tripolitza habia hecho progresos constantes, no tanto por el impulso y habilidad de los sitiadores, como por la angustiosa situación de los sitiados. La demasiada aglomeración de per-

sonas habia consumido los víveres rápidamente: las continuas salidas que los sitiados verificaban acosados por la necesidad de abastecer la plaza, eran para los griegos una escuela tan útil como necesaria. Una de estas tentativas contribuyó mucho á apresurar el fin del sitio. Habiendo tenido Kolokotronis noticia de que un cuerpo de turcos trataba de dirigirse á Corinto, hizo algunos fosos y trincheras cerca de Mytica, reforzando con algunos soldados este punto. Los rumores de esta expedición eran totalmente falsos; pero los trabajos que allí se verificaron rindieron grandes servicios, en una salida que algunos dias despues (25 de agosto) hizo Mustafá-Bey con una tropa de mas de cuatro mil hombres para forragear por el campo. Al regresar á la ciudad cayeron las tropas de Mustafá en estos fosos descuidadamente, y habiendo hecho fuego sobre ellos los soldados que guarnecian el puesto, las tropas turcas se dispersaron por todas partes, y aun hubieran podido ser casi destruidas, si los vencedores no se hubiesen dedicado á apoderarse del botin, en vez de perseguir á los que huian.

Desde entonces ya no se atrevieron los turcos á alejarse de Tripolitza, quedando en mas crítica situación, cuando pocos dias despues (principios de setiembre), ocupó Kolokotronis solamente con cien hombres una aldea situada á 1,160 metros de la ciudad en donde los turcos enviaban á pastar sus caballos. A pesar de estas ventajas, los sitiadores tenian pocos elementos para dar un golpe decisivo, pues les faltaba la artillería para abrir brecha y lanzarse al asalto. Es cierto que con mayor decisión los sitiadores hubieran podido destruir algunas puertas de la ciudad y dar la batalla; pero en realidad los kolokotronis y algunos otros jefes no querian el asalto, pues confiaban mas bien en las capitulaciones que les asegurarian la parte del leon en el botin.

Solo una consideración obligó á los sitiadores á activar las operaciones del sitio. Fué esta la noticia de que la flota turca habia aparecido en la costa meridional del Peloponeso, mientras que un cuerpo de tropas musulmanas se dirigia por tierra á levantar el sitio. La flota despues de haber conseguido algunas

ventajas y socorrido varias ciudades amenazadas por los griegos, se dirigia rápidamente hácia Tripolitza, cuando recibió la noticia de que todo cuanto se habia adelantado por mar se habia perdido por tierra. Las fuerzas griegas de la parte oriental por consejo de Dyoviniotis, hombre experimentado en la guerra, tomaron posiciones cerca de Vasilika sobre el camino que conduce á la Livadia, con el designio de detener á los turcos en su marcha á través de la llanura de Céfiso. Los turcos en número de 7,000 llegaron hasta Platania en donde rechazaron una division griega que habia sido destacada del cuerpo principal para hacer un reconocimiento (6 de setiembre). Al dia siguiente, cuando todo el ejército turco mandado por Beiram-Pachá atacó resueltamente las posiciones enemigas, se trabó una furiosa contienda, y aunque los griegos mandados por Dyoviniotis, Gonras, Papa-Andreas, y otros capitanes, eran muy inferiores en número, los turcos no podian aprovecharse ni de su superioridad ni de su caballeria, en el estrecho y frondoso valle en que los griegos habian tomado posiciones, y fueron por lo tanto batidos completamente y perseguidos hasta la puesta del sol. Abandonaron los fugitivos sobre el campo 1,000 muertos, 800 caballos, dos cañones y 18 banderas, huyendo con tal espanto hasta Zitonni, que hombres y caballos anduvieron errantes durante muchos dias por aquellos contornos. Despues de haber tenido noticia de este desastre, Kara-Ali, jefe de la flota, abandonó el socorro de Tripolitza regresando á Constantinopla.

Despues del resultado fatal de ambas expediciones, la caída del Tripoliza no podia retardarse mucho tiempo, tanto mas, cuanto que gente ávida de botin, llegaba diariamente al campamento griego hasta el punto de elevarse en poco tiempo el número de combatientes á 10,000 hombres. Al mismo tiempo los sitiados estaban divididos en diferentes partidos, los cuales ya no disputaban sobre la necesidad de rendirse sino sobre el modo de hacerlo.

El jefe Bey-Mustafá, la mujer de Churchid-Pachá, que en medio de su desgracia conservaba toda su energía, y los turcos del Asia,

que no tenian otra cosa que perder mas que su honor militar, pretendian abrirse camino á viva fuerza á través del campamento griego hasta llegar á Nauplia; los turcos indigenas establecidos en Tripolitza, no querian esponer sus mujeres y sus hijas á este peligro, y preferian entrar en relaciones con los insurgentes, para alcanzar si era posible una ventajosa capitulacion, al paso que los albaneses por si solos habian comenzado ya las negociaciones. En medio de estas divergencias, el hambre lanzó á las mujeres á pedir la capitulacion de un modo tumultuoso, en tanto que los sitiadores, conociendo la desesperada situacion de la ciudad, la asaltaron por sorpresa (5 de octubre), lanzándose las masas desenfrenadas sobre sus enemigos, y llevándolo todo á sangre y fuego, como una terrible expiacion de todos los crímenes cometidos por los turcos en Kydonia, Smyrna, Chipre y Creta. Apoderándose los jefes de los principales turcos, exigieron considerables rescates: los soldados por su parte se abandonaron á toda clase de excesos, cuidando mas bien que de permanecer bajo sus banderas para continuar las operaciones, de acopiar el mas rico botin posible para retirarse á sus hogares.

La impresion moral causada por la caída de Tripolitza fué como era natural profunda. Si los griegos se hubiesen aprovechado con circunspeccion, con energía y concordia de las ventajas de este acontecimiento, los resultados hubieran sido muy superiores á todas las esperanzas. Toda la Grecia oriental fué abandonada por los turcos, los cuales se replegaron sobre Janina, el sitio del acrópolis de Atenas pudo comenzarse de nuevo, todo el interior del Peloponeso cayó en poder de los insurgentes, y desde entonces los turcos no poseyeron ya mas que las ciudades de Patras, Rhion, Modon, Koron, Acrocorinto y Nauplia. Estas plazas deberian caer en breve en poder de los griegos, si despues de la toma de Tripolitza las operaciones hubiesen continuado con sistema, orden y concierto.

En efecto, la noticia de la toma de Tripolitza causó tal terror y confusion en Patras, que se creia que esta ciudad no podria sostenerse por mucho tiempo en poder de los tur-

cos. Kolokotronis que ansiaba tomar parte en este sitio, pues de ese modo podria tener tambien parte en el botin, se ofreció á dirigir las operaciones, y recibiendo el consentimiento de los jefes de Tripolitza, que no se atrevian á negarle nada, marchó hácia Patras solo con 40 hombres, pues el ejército se habia dispersado despues del triunfo como dejamos indicado mas arriba. Kolokotronis por el camino reunió muchos voluntarios, y cuando llegó á Maguliana sus tropas ascendian á 1,700 hombres y á 10,000 al llegar á Gastuni (1).

Sin embargo, los primados que sitiaban á Patras, que eran Zaimis, Charalampis y Germanos, no parecian dispuestos á dejar ocupar á Kolokotronis el primer lugar, mucho mas cuanto que contaban ya con capitular con los laliotas que defendian la ciudad, y no querian tener un competidor tan exigente en el reparto del botin. Reclamaron por lo tanto del Senado que impidiese á Kolokotronis llevar á cabo sus designios, por cuyo motivo el viejo Klefto recibió la órden de ir á sitiar á Nauplia. No obstante, los sitiadores de Patras continuaban el sitio con tal indolencia y flojedad, que habiendo hecho los laliotas una salida en combinacion con algunas fuerzas turcas, fueron dispersados los griegos, que abandonaron cobardemente sobre el campo sus bagajes, sus provisiones y la artilleria de sitio con que contaban. Tampoco tuvo mejor resultado un asalto general que se intentó contra Nauplia, que por su fuerte posicion solo podia tomarse por medio de un estrecho bloqueo. De este modo la única consecuencia positiva que se obtuvo del sitio de Tripolitza fué la toma de Acrocorinto, donde Ipsilantis reparó en cierto modo el revés sufrido delante de Nauplia.

No obstante, las ventajas obtenidas por los griegos hasta entonces iban á experimentar en la Albania un contrapeso que seria de augurio mas favorable para los turcos que lo habia sido para los griegos la toma de la capital del Peloponeso. Referimonos á la ruptura de la alianza tácita, si bien vaga, entre los griegos y los albaneses, y á la caida de Ali-

Pachá que fué la consecuencia inmediata, lo cual dió á los turcos mayor facilidad en sus movimientos, y en la siguiente campaña pudieron emplear recursos mucho mas numerosos contra los rebeldes.

Hasta entonces los griegos habian seguido una política hábil, aprovechándose de la guerra contra Ali-Pachá, y ya Alejandro Ipsilantis habia visto en la alianza con los compatriotas de Ali-Pachá el dedo de Dios, puesto que arrojó la manzana de la discordia entre los mismos albaneses, é hizo tambien que los turcos desconfiasen de ellos. Sin embargo, no tardaron estos en comprender el verdadero objeto que se proponian los griegos, puesto que ayudarlos era obrar en contra de los verdaderos intereses de la Albania; no obstante, en un principio, con el designio de aliviar algun tanto á Ali-Pachá y con el objeto de procurarle auxilios, disimularon su desconfianza, encontrando el hombre que necesitaban en el jefe de la Acarnania y de la Etolia, que era Alejandro Maurocordatos. Descendia de una raza de patriotas, y apareció en el teatro de la insurreccion hácia el mes de agosto, despues de haber gastado su pequeña fortuna para fletar y equipar un buque en Hydra, en el cual enarbolando el pabellon ruso se dirigió al continente.

Mas que cualquiera otro, parecia destinado Maurocordatos á ser el guia de la política griega, si hubiese habido allí algunos elementos de civilacion y de cultura. Pero aunque estaba dotado de una instruccion enteramente europea, aunque entre sus cualidades resplandecian la honradez, la pureza, la probidad y el mas acendrado patriotismo, como fanariota y hombre de cultas costumbres, no pudo agradar en modo alguno á los jefes militares, de hábitos rudos y groseros y siempre sedientos de botin. Lord Byron decia, que Maurocordatos era digno de los mejores tiempos de la antigua Grecia, y sus aduladores le comparaban á Washington; pero para obtener la autoridad y la consideracion de este hombre ilustre en medio de tal pueblo y en aquellas circunstancias, hubiera debido poseer además de la esperiencia de Washington en las armas, la firmeza de carácter y la habilidad

(1) Kolokotronis, p. 88.

política que distinguía á este guerrero. Sin tales recursos, y en una época en que no se trataba ni de orden, ni de organizacion, sino de guerra y de poder, la fuerza misma de las cosas colocó á Maurocordatos en segunda línea, viéndose obligado á combatir tan pronto á ciertos enemigos de la causa comun á otros, ligándose ya con un partido ya con el opuesto. Maurocordatos se presentó á Ipsilantis, que á la sazón se encontraba en Tripolitza; pero bien pronto pudo convencerse de la inutilidad de permanecer en aquel punto, á causa de las disensiones que existían entre los jefes. Entonces, sin preocuparse de Ipsilantis, cuyo prestigio era cada vez menor, se dirigió acompañado de Teodoro Negris y algunos otros amigos á Vytina, desde donde despacharon circulares con el designio de convocar un Congreso de delegados de la Grecia oriental en Salona para el 26 de setiembre, é instituir un gobierno nacional, primer golpe decisivo que hirió de muerte la autoridad de que gozaba Ipsilantis en esta parte de la Grecia.

Maurocordatos estableció entonces el centro de sus operaciones en Missolonghi, en cuyo punto se presentaron algunos albaneses, partidarios de Ali-Pachá, con el fin de concertar una alianza con los patriotas de la Acarnania y de la Etolia. Comprendieron entonces unos y otros que se dirigían á fines muy diferentes, pues los albaneses solo trataban de librar á Ali-Pachá de la sentencia del sultan y de ningun modo de obtener su independencia, mientras que los griegos deseaban, es cierto, la prolongacion de la lucha de Ali, pero de ningun modo la salvacion ni el restablecimiento del tirano, cuyo yugo consideraban con justicia mucho mas intolerable que el del sultan. Sin embargo, se resolvió mantener por entonces aquella alianza engañosa y hacer una expedicion comun á Arta, con el objeto de aliviar á Ali que se encontraba en muy crítica situacion. Albaneses, mahometanos, suliotas y griegos cristianos, se reunieron en número de 3,000 hombres y penetraron en Arta (25 de noviembre); pero entonces pudieron comprender los albaneses que los designios de los griegos eran contrarios á su religion, y cre-

yeron mas prudente enviar delegados á Churchid-Pachá, el cual se apresuró á aprovecharse de estas favorables coyunturas para lanzarse sobre Janina sin disparar un tiro. Retiróse Ali con 35 hombres y sus tesoros á un reducto interior, y Churchid-Pachá empleando la perfidia y asegurándole que el sultan le perdonaria, le hizo matar á traicion.

Tales fueron los acontecimientos de este primer año de guerra de la revolucion griega, mezcla salvaje de esplosiones de un furor rebelde y de una venganza opresora, pero en la cual se dibujaron en seguida y casi en todos los extremos del país, el objeto y el designio de la insurreccion, que aspiraba á conquistar la libertad y la independencia de la nacion helena. A primera vista la desigualdad entre los elementos de los insurrectos y los de los turcos no podia ser mayor. En efecto, en la audaz insurreccion de la Grecia continental, faltaba un centro de accion, un gobierno central, un tesoro público, un ejército medianamente organizado, caballería y artillería, armas y los necesarios preparativos. Se carecia tambien de jefes experimentados en la guerra, y con respecto á soldados, solo se disponia de bandas de voluntarios conducidas por jefes decididos pero incultos, que no sabian mantener la paz entre sí mismos, y que no poseian influencia mas que en los pequeños distritos en donde vivian, mientras que la Turquía era una nacion importante y al parecer de grandes recursos. Pero esta desigualdad era mas bien aparente que real, pues á causa de la pobreza y corrupcion del gobierno, el estado militar de los Osmanlis habia descendido á un grado de abatimiento apenas creible. Escepto en las fronteras del Norte, donde se encontraban las principales guarniciones de los genizaros, la Puerta experimentaba muchas dificultades para reunir un cuerpo de alguna consideracion en las provincias. Desde que la insurreccion, despues de sus primeras excursiones á Tesalia y á Macedonia, se concentró en un limite de defensa mas estrecho, indicado por las cadenas de montañas que partiendo del Pindo se ramifican al Este y al Oeste hácia el golfo de Maliaca y el de Ambracia, los griegos tuvieron para la guerra de parti-

das, ventajas inmensas sobre los turcos en las fortalezas naturales de sus montañas.

Por lo demás, los marinos griegos con una agilidad incomparable, consiguieron con sus pequeños buques paralizar las operaciones de la flota turca, así como los armatolios con sus imperfectas armas, supieron por medio de emboscadas vencer á ejércitos turcos muy superiores en número. En los primeros tiempos, la guerra habia tenido un carácter humano; pero tan luego como los turcos, primero en Constantinopla y despues en otros puntos del imperio, desplegaron la muerte y el pillaje contra la poblacion cristiana, los insurrectos adoptaron este mismo sistema, y desde entonces la lucha tomó un giro sangriento, segun ya hemos visto en la toma de Tripolitza. A no ser por esta circunstancia, los turcos, que todavía se sostenian en el Peloponeso, hubieran voluntariamente capitulado; pero previendo la suerte que les aguardaba se manifestaron resueltos á batirse hasta el último extremo. Al mismo tiempo la falta de cohesion entre los insurgentes, cuyas bandadas se desorganizaban á cada paso, y la mala inteligencia entre los jefes, fué causa de que los turcos conservasen sus posiciones, que no fueron atacadas con decision, unidad y energía. Tales fueron las razones que motivaron el que la guerra continuase cada año sin ventajas positivas de una ni de otra parte, prolongándose por tanto tiempo y contrabalanceándose continuamente los resultados. El segundo año de la guerra produjo operaciones militares concebidas ya bajo mas vasto plan, pero con el mismo equilibrio de hechos felices y desgraciados. La guerra siguió todavía por mucho tiempo, durante el cual, las dos partes beligerantes se agotaron de tal modo, que por ambos lados tuvieron necesidad de pensar en potencias auxiliares, las cuales en último resultado acordaron la decision final.

CAPÍTULO IV.

Segundo año de la guerra.—Operaciones militares regulares.—La Asamblea nacional en Epidavros.—La Puerta.—La flota turca.—Catástrofe de Chios.—La flota griega.—La Grecia Oriental, Ulises.—La expedicion de Dramali en el Peloponeso.—Kolokotronis.—Dramali en la Argólida.—Dramali en Corinto.—La Grecia Occidental.

—Batalla de Peta.—Primer sitio de Missolonghi.—Resultados de la campaña.—Los griegos se dirigen al extranjero en demanda de auxilio.

Desde la caída de Alí-Pachá, podia ya preverse que la Puerta, disponiendo desde entonces libremente de todos los recursos militares, abriria la campaña siguiente con fuerzas mas considerables, lo que no habia podido hacer el primer año, por haberle cogido de sorpresa la insurreccion. Por parte de los griegos, tratabase tambien de oponer á esta accion mas metódica de los enemigos, una resistencia lo mas concentrada que fuese posible, y proceder con vigor y con unidad á la organizacion interior de todas las eparquias libres del yugo enemigo, á fin de asegurar á la guerra una direccion tan compacta y vigorosa como la de los turcos. La caída de Tripolitza, que era bajo todos conceptos el punto de partida de una nueva fase de la insurreccion, dió por sí misma el impulso á este cambio. El Senado del Peloponeso solo habia sido instituido por cierto tiempo y su mision terminaba entonces, debiendo dejar su puesto á un gobierno central y mas general. Ipsilantis, que en un principio habia sido adversario de esta autoridad, parecia ser entonces el único que habia olvidado esta disposicion, pues comprendiendo que desde la derrota de su hermano en los Principados su autoridad habia cesado de existir, no le quedaba mas recurso para sostener su influencia personal, que el voto del pueblo le colocase á la cabeza de los negocios.

Movido por estos resortes hizo repartir una circular (1) en el Peloponeso (18 de octubre de 1821) en la cual convocaba á los representantes del pueblo á una Asamblea general en Tripolitza; pero cometió la imprudencia de dirigir en aquel documento algunas frases contrarias á los jefes militares, lo cual aumentó la mala inteligencia que existia ya entre ellos é Ipsilantis. Nadie se opuso sin embargo á la convocacion de la Asamblea nacional, pues los partidos influyentes creian poder convertir al príncipe en instrumento de sus designios, mientras que el pueblo esperaba encontrar en esta Asamblea el remedio á todos sus males.

(1) Zinkeisen-Gordon, t. 1, pág. 379.

En medio de estos preparativos, eleváronse en la Grecia Occidental y Oriental Consejos populares, que ejercían en sus respectivos distritos el mismo poder que el Senado en el Peloponeso, colocado el uno bajo la influencia de Maurocordatos y el otro bajo la de Negrís. La Asamblea de la Grecia Occidental se instaló en Missolonghi (16 de noviembre) dirigida por el inteligente Maurocordatos, Asamblea que debía terminar sus poderes con la institucion de un gobierno central. En cuanto á sus atribuciones, ella misma las limitó á lo relativo á la seguridad y tranquilidad pública, á la direccion de la guerra y á la distribucion de los impuestos. El Congreso de la Grecia Oriental reunido en Salona, que comenzó casi al mismo tiempo sustrabajos, los terminó algo mas tarde (2 de diciembre). Estableció, bajo la presidencia é inspiracion de Negrís una autoridad local, discutió un estatuto, y no contenta con introducir en él inoportunamente una multitud de disposiciones teóricas (1), estendió sus atribuciones á tal extremo, que fijó desde luego los poderes de una futura representacion general de la nacion, á la cual dió entre otras, la facultad de pedir un rey á la Europa cristiana.

Esta organizacion separada de la Grecia Continental, obró á su vez sobre el Peloponeso, en donde los archontes se apresuraron á restablecer de nuevo tambien su Senado provincial. De este modo impidieron los primados, que la Asamblea general predominase en la formacion del Código constitucional comun. Mientras esto acontecia, los delegados enviados por esta representacion nacional comenzaron á reunirse hácia fines del año. Escogióse primero como punto de reunion á Tripolitza; pero á causa de la peste se eligió despues á Argos, y posteriormente para evitar la vecindad de la guerra y la influencia de los jefes militares que sitiaban á Nauplia, se fijó la residencia de la Asamblea en la ciudad de Piada, no lejos del antiguo Epidauro. Aunque á causa del estado de las cosas, la novedad del suceso y la intranquilidad que se experimentaba

en muchas partes, la representacion no fué igual para todos los puntos de la Grecia, pues muchas poblaciones enviaron menos representantes que otras, la Asamblea fué no obstante reconocida como legal por todo el país, instalándose bajo la presidencia de Maurocordatos (1.º de enero de 1822.)

Los partidos se manifestaron en su seno del modo siguiente: Ipsilantis y los heteristas estaban casi completamente eliminados, y esto mismo habia sucedido con toda influencia extranjera. En momentos tan agitados, se tenia necesidad de hombres de brazo vigoroso, y que se hallasen presentes en el teatro de aquellos sucesos, y no servia de nada apelar al misterioso gobierno de la Heteria. Lo que ejerció una gran influencia sobre esta Asamblea fueron las exhortaciones de Maurocordatos, que la hizo desconfiar de toda afinidad con esta sociedad de conspiradores, para que á los ojos de los que gobernaban á la Europa la insurreccion griega no ocupase el mismo rango que las conspiraciones de los carbonarios. En cuanto á la posicion personal de Ipsilantis desde que habia fracasado su tentativa sobre Nauplia, su consideracion militar habia desaparecido, y políticamente hablando, no habia sabido ponerse de acuerdo con ninguno de los partidos oligárgicos. Segun el gran impulso que recibió el partido militar con la toma de Tripolitza, podia creerse que tendria la principal influencia en la Asamblea; pero si bien en la Grecia Continental habia sido el predominante ya antes de la insurreccion, y con los sucesos que acababan de pasar no habia hecho mas que aumentar su prestigio, en el Peloponeso sucedia todo lo contrario, pues en esta comarca los jefes del partido civil (archontes), disponian de toda la influencia.

El principal objeto de diferencia entre el partido militar y el civil, era que los capitanes querian manejar arbitrariamente los asuntos de la guerra, que segun decian era asunto esclusivo de ellos, y dejar solo á los archontes el cuidado de procurar los recursos necesarios para continuarla, mientras que estos pretendian dirigir por sí mismos los ejércitos y las tropas de sus distritos. Como segun ya hemos dicho, el partido civil predominaba

(1) Orelli: *Recopilacion de documentos relativos á la Constitucion de la Grecia emancipada*. Zurich, 1822.

en el Peloponeso, y recibió además nueva fuerza con el concurso de muchos diputados de las islas y de la Grecia Oriental, se sobrepuso á la ambicion de los militares y á las pretensiones dictatoriales de Ipsilantis y de los heteristas.

El primer trabajo de la Asamblea fué proclamar (13 de abril) ante Dios y los hombres la independencia del pueblo griego, y al fin de las sesiones, cuando la Asamblea se suspendió (27 de enero) para reunirse en Corinto, que habia sido escogido como punto de residencia del gobierno, publicó una justificación del movimiento. El intervalo entre ambos documentos, habia sido empleado en los trabajos relativos á la redaccion del Código constitucional, que elaborado por una comision, estaba concebido segun los principios mas liberales del sistema representativo (1). Debía componerse el gobierno de cinco miembros, en cuya eleccion se tuvo especial cuidado que estuviesen representados todos los partidos (2). Este fraccionamiento de poder que solo debía durar un año, no podía dar unidad y fuerza á la autoridad suprema, ni á las operaciones administrativas y militares. La composicion del gobierno bajo estas bases, tuvo por primera consecuencia que no pudiesen abolirse los Estados dentro del Estado; es decir, los tres Senados locales de la Grecia Oriental, de la Grecia Occidental y del Peloponeso. Este último comenzó en seguida á oponerse á las disposiciones adoptadas por el gobierno en lo relativo á los impuestos, y á impedir las contribuciones en numerario, á pesar de que el gobierno central estaba continuamente asediado por las peticiones que le dirigian los capitanes, las islas y las tropas asalariadas.

En tanto que los griegos se entregaban á estos trabajos de organizacion, los turcos estaban completamente ocupados en los asuntos militares. A despecho de su tradicional indolencia habian preparado, aun en medio del invierno, la flota para comenzar una nueva

campana. Por su parte Churchid-Pachá, despues de la victoria de Janina, habia podido disponer con entera libertad de sus movimientos contra los griegos, de los cuales queria tomar venganza por haberle arrebatado en Tripolitza, no solo sus tesoros, sino tambien su harem. Poseyendo á Janina, tenia en sus manos la plaza mas fuerte del Oeste; Preveza fortificada por Ali, le ponía en comunicacion con la flota; Arta y Vonitza le aseguraban la dominacion en el golfo de Ambracia y el paso hácia la Acarnania, y los albaneses, divididos hasta entonces en dos partidos, estaban á su disposicion, escepto los suliotas poco numerosos. Al mismo tiempo se reclutaban soldados en todas las provincias de la Turquía, de Europa, y en los puertos se preparaba con actividad la partida de la escuadra.

El plan de operaciones, confiado exclusivamente á Churchid-Pachá, era el siguiente: pretendíase inundar la Acarnania y la Etolia con los albaneses y subyugarla hasta la entrada del golfo de Corinto, mientras que al mismo tiempo otro ejército mas fuerte atravesaria la Grecia Oriental y franquearia el istmo para ahogar la insurreccion en su mismo foco. La flota, dividida en muchas escuadrillas, debía cooperar á este resultado, paralizar los esfuerzos de las islas por medio de un golpe vigoroso, levantar el bloqueo de Nauplia que estaba acosada de cerca por los enemigos, establecer una comunicacion con el ejército del Este, reforzar á Patras con tropas del Asia, y trasportar á la Morea el ejército del Oeste, luego que hubiera terminado de subyugar la Grecia Continental.

Para llevar á cabo estos designios, abandonó durante el invierno los Dardanelos una escuadrilla, vanguardia de la flota principal á las órdenes del Kapudan-bey (vice-almirante). Esta escuadrilla, que constaba de treinta y cinco velas, se presentó delante de Hydra (8 de febrero de 1822) con la esperanza de que la isla se le entregaria por medio de un complot (1); pero habiéndose frustrado este cálculo, el vice-almirante se dirigió en seguida hácia el Peloponeso, abasteció á Modon, hizo una

(1) Orelli, pág. 63.

(2) Maurocordatos, para la Grecia Occidental, presidente; Juan Logothetis de Livadia, vicepresidente; Juan Orlandos de Hydra, Kanakaris de Patras, uno de los mas ricos primados de la Morea; Anagnostis Papayannópulos (Delyanis) de Caritena, alma baja en un cuerpo deforme.

(1) Gordon-Zinkeisen, t. I, p. 397.



Llanta, dib.º y lit.º

Lit. de Rabio y Comp.ª

P. CORONÉOS

Cefe de la insurreccion Cretense.

tentativa infructuosa sobre Nuevo-Navarino, y desde este punto se dirigió á Patras (fines de febrero) en donde desembarcó 4,000 turcos de Anatolia. Los griegos que tenían bloqueada muy estrechamente la plaza, abandonaron sus posiciones ante el ataque de los turcos (21 de marzo); pero Kolokotronis, que desde algun tiempo antes habia conseguido ser nombrado jefe de las tropas que asediaban á Patras, á costa de grandes esfuerzos reunió á los fugitivos y se lanzó sobre los turcos, que se vieron obligados á encerrarse de nuevo en la plaza.

Las escuadras griegas aparecieron entre tanto ante Missolonghi en número de sesenta y tres velas, atacando á las órdenes de Miaulis (28 de febrero) por primera vez á la flota turca en batalla ordenada. No obtuvieron entonces los griegos una victoria completa; pero causaron tal terror á los turcos, que toda la flota se dirigió á Alejandría, esperando que la parte principal que estaba á las órdenes del terrible Kara-Áli comenzase las operaciones. Los habitantes de Samos temiendo un nuevo ataque por parte de los turcos, apelaron al medio que creían mas eficaz para distraer sus fuerzas, que era el estender la insurreccion por todas partes, y entonces dirigieron su atencion sobre Chios, en donde todavía no habia estallado la insurreccion por falta de medios revolucionarios. Era natural, por lo demás, que los turcos, si lo juzgaban necesario, hiciesen cuantos esfuerzos pudiesen para impedir que esta isla se sublevara, pues por su posicion cercana á la capital y dominando el estrecho por donde se establecian las relaciones entre el Asia y la Europa, era de mucha importancia para el gobierno de la Puerta.

En efecto, aunque algunos partidarios de la insurreccion desembarcaron en esta isla y se les unieron algunos habitantes de ella, la mayor parte de la poblacion, que por sus especiales circunstancias apenas habia experimentado los efectos de la tiranía turca y que gozaba de un estado floreciente, no secundó el movimiento, lo que no les libró de la persecucion mas sangrienta, pues los turcos se lanzaron contra la inofensa poblacion, degollando á la mayor parte de sus habitantes sin dis-

tinicion de sexo ni edad, vendiendo á muchos como esclavos. Solo pudieron salvarse de tan desdichada suerte los que consiguieron refugiarse en varios buques griegos. Cuando los alfanges turcos concluyeron su mision, comenzó el hacha del verdugo, y en Constantinopla fueron ejecutados muchos chiotas, aunque no habian tomado parte alguna en el movimiento insurreccional.

Cuando la historia ofrece espectáculos tan terribles y conmovedores, solamente puede buscarse el consuelo en la significacion que tienen estos hechos y en el encadenamiento general de los acontecimientos. Este horrible desastre, este furor infame, desencadenado contra una poblacion dulce, fiel, inofensiva é inocente, sirvió mas que otro hecho cualquiera, para hacer que la Europa se pronunciase definitivamente contra esta lucha terrible de dos pueblos en apariencia igualmente bárbaros. Por lo demás, en el corazon de los griegos renació con mayor fuerza la resolucion de vencer ó morir, puesto que toda reconciliacion era ya imposible,

En efecto, la flota griega, escasa de recursos y de provisiones, á efecto de la ausencia de concordia y unidad entre los insurrectos, conoció la necesidad de salir de la inaccion ante el peligro que amenazaba á las islas, y se reunió (10 de mayo) cerca de Psara en número de cincuenta, y seis buques y seis brulotes, partiendo en seguida en busca del enemigo. Primeramente se dirigió á Tchesme; pero no habiendo encontrado al enemigo en este punto, se detuvo en las aguas de Chios, para recoger á los chiotas perseguidos que erraban sobre las playas de la isla. Volviendo despues á Psara, supo que los turcos habian contramarchado otra vez hácia Chios, con el objeto de pasar allí tranquilamente el ramazan que comenzaba el 22 de mayo. Resolvióse entonces en consejo de guerra atacar á los turcos (30 de mayo); pero aunque algunos buques entraron en el estrecho de Chios con tres brulotes, no se obtuvo resultado alguno.

No por eso desmayaron los griegos. Todo lo contrario, prepararon otra nueva sorpresa antes que llegasen algunos refuerzos que la

flota turca esperaba de Egipto. El resultado de esta maniobra fué el introducir el mayor desorden en la escuadra enemiga, pues por medio del arrojamiento de algunos patriotas, se lanzaron en medio de la noche dos brulotes sobre las naves del almirante y vice-almirante, que fueron destruidas con pérdida de toda la tripulación y desgraciadamente también con la de algunos cristianos prisioneros que se encontraban en ellas. La consternación de los turcos llegó hasta tal extremo, que volvieron en seguida á los Dardanelos; pero pasado el primer terror, se lanzaron de nuevo sobre Chios para acabar la obra de destrucción que algún tiempo antes se había comenzado.

Este revés que experimentó la flota turca, dirigió la tormenta que se preparaba contra las islas; pero en el continente los turcos desplegando gran actividad habían conseguido desembarazar de insurgentes el país que se encontraba á espaldas del ejército del Este, que Churchid-Pachá formaba paulatinamente en Tesalia, asegurando al mismo tiempo por medio de prudentes medidas sus provisiones. Durante este tiempo los mismos griegos, por su falta de unión y de concordia, parecía que alimentaban el designio de desembarazar á sus enemigos de los obstáculos que podían encontrar en sus flancos, en la Eubea, y por el frente en la Grecia Oriental. Los primados civiles, así en el gobierno central como en los senados locales de las provincias, dominados por un sentimiento de celos, no se atrevieron á hacer lo que no habían hecho antes, lo cual sin embargo era indispensable para el éxito de los proyectos militares, y eso que la más imperiosa necesidad lo reclamaba como una de las medidas más urgentes, es decir, conceder al más capaz de los jefes poderes estensos y una gran libertad para obrar según lo estimase más conveniente. Pensando en el egoísmo grosero de los valientes jefes militares, sus adversarios naturales y enemigos implacables de todos los hombres de gabinete y diplomáticos, los primados civiles parecían considerar como imposible inspirarles una abnegación voluntaria por el bien público y por el gobierno central, aun concediéndoles la más vasta esfera de acción que era compatible

con la ambición legítima. En el Peloponeso, Kolokotronis era el que tenía más títulos á una posición tan privilegiada, y en la Grecia Oriental era Ulises. Este guerrero hijo del célebre klefto Andrutsos y de una albanesa, era mitad albanés y mitad griego. De natural inquieto, violento é intratable, había adquirido por su mala educación en Janina todos los vicios turcos, si bien como guerrillero era muy superior á cuantos le rodeaban, así que desde su aparición en el teatro de aquellos sucesos, se hizo estimar de los griegos y temer de los turcos por su valor.

Cuando tuvo noticia de que los enemigos se aprestaban á invadir con fuerzas considerables la Grecia, acarició el pensamiento de fundar por sí mismo un poder independiente en la Eubea, y aun el de apoderarse de la dirección suprema de los negocios con respecto á la Grecia Oriental. No obstante, el Areópago ó Senado de esta parte de la Grecia, y el gobierno central, en vez de intentar aprovecharse para sus fines del poder de Ulises, se opusieron á sus designios, temiendo su desmesurada ambición. Esta conducta del poder central y del Senado de la Grecia Oriental, contribuyó en gran manera á aumentar la ambición de Ulises á causa del desden supremo que le inspiraban ambas autoridades gubernamentales. Desde entonces este guerrillero hizo ya ostensiblemente cuantos esfuerzos estuvieron á su alcance, para obtener el poder supremo en la Grecia Oriental disolviendo el Areópago.

Tal era el estado de las cosas en la Helade Oriental, cuando los turcos se prepararon á invadir la Thesalia. La flota había sido reforzada hasta adquirir una fuerza imponente con buques procedentes de Egipto, y Churchid-Pachá terminó los preparativos que disponía contra la Grecia Oriental, reuniendo un ejército de cerca de treinta mil hombres, de los cuales seis mil eran de caballería (1). Churchid no dirigió la expedición que había preparado, pues el gobierno de la Puerta le colocó á las órdenes de Mahamet, pachá de Drama,

(1) Leake (p. 87) fija este número, según comunicaciones que recibió de un médico particular de Churchid-Pachá, que vió á este ejército atravesar el Sperchios.

(Dramali), hombre distinguido y que gozaba de gran crédito en Constantinopla.

Sin haber visto un solo enemigo, atravesó Dramali con sus tropas el Sperchios, pues los griegos no defendieron las Termópilas ni los desfiladeros de Kallidromos y de Knénis, en los cuales el año anterior había combatido con tanto éxito Ulises. El ejército turco pasó por el valle abierto del Cefiso (13 de julio) y llegó á Thebas, ahuyentando á todos los habitantes de la Beocia á las montañas. Desde este punto los turcos se dirigieron al Atica, en donde acababa de capitular la acrópolis; pero como la guarnicion de este fuerte no había podido ser trasportada de aquel punto por haberse retardado los buques que debían hacerlo, los que habían capitulado, al saber la aproximacion de sus compatriotas, olvidaron los tratados y se lanzaron con furor sobre los sitiadores, degollando á la mayor parte, excepto los que pudieron salvarse gracias á los generosos esfuerzos de los cónsules de Francia y Austria. Despues de esta infame hazaña, los habitantes de la ciudad y del campo huyeron con sus mujeres é hijos á la isla de Salamina para escapar del furor de los turcos.

Desde Atenas continuó Dramali avanzando hácia el Peloponeso, encontrando sin defensores los dos parapetos naturales que separaban la Beocia del istmo. Ni las cadenas de montañas de Kitharion, ni las del Parnaso, ni las grandes Dervennas entre el istmo y la llanura de Megara fueron defendidas. El gobierno que con anticipacion se había retirado desde Corinto á Argos, había perdido la cabeza, en el sentido propio y en el figurado de esta frase. Maurocordatos se encontraba al Oeste de la Grecia, y los demás miembros eran muy inferiores á lo que demandaba la situacion crítica de aquellos momentos. A la primera noticia de la aproximacion de Dramali, el gobierno en un acceso de energía, había resuelto levantar el sitio de Patras y arrojar todas estas tropas del Peloponeso á la Hellade; pero luego se revocó esta orden, considerada por Kolokotronis que mandaba las tropas sitiadoras como inoportuna.

Sin encontrar, pues, sería resistencia llegaron los turcos hasta Corinto, que encontraron

completamente abandonada de sus habitantes. En un principio no se atrevia Dramali á creer en su buena suerte, sospechando que este abandono, al parecer sistemático, envolvía un ardid de guerra; pero habiendo ocupado la fortaleza de Corinto (17 de julio), creyó ciega y confiadamente en su buena estrella. Entonces Dramali recibió además refuerzos que le trajo Yusuf-Pachá de Patras, y celebró un consejo de guerra para determinar las siguientes operaciones de aquella campaña. Yusuf y otros jefes eran de opinion de que se dividiese el ejército en tres cuerpos, para atacar simultáneamente á los griegos y ocupar de este modo todo el Peloponeso; pero Dramali que quería recoger por sí solo toda la gloria y el provecho de la expedicion, se puso en movimiento con todo el ejército con direccion á Argos. El gobierno griego que se encontraba en este punto, se embarcó para dirigirse á Hermione, abandonó el Peloponeso, y la poblacion despues de haber sido saqueada por una banda de magnotas, quedó también abandonada.

Nauplia acababa de estipular (30 de junio) con los griegos, que desde mucho tiempo antes la sitiaban, una capitulacion, cuya ejecucion se había retardado por falta de navios de transporte. A la aproximacion de los turcos, tanto el tratado como el bloqueo cesaron, pero por ambas partes se conservaron los rehenes; y una pequeña guarnicion de griegos y algunos filehelenos se sostuvieron en una insignificante fortificacion. En Argos el magnok Kariyannis tomó posesion, acompañado de diez compañeros tan resueltos como él, del fuerte castillo Larissa, en donde enarboló el estandarte griego. Cincuenta ginetes turcos se apoderaron entonces de Argos, con lo cual irritado Kariyannis, reunió algunos habitantes dispersos y arrojó á los turcos de la ciudad, volviendo despues de esta hazaña á encerrarse en la fortaleza.

Esta conducta valerosa recibió bien pronto la debida recompensa. Cuando menos podía esperarse, un cuerpo de tropas griegas al mando de Barbitsiotis reforzó la guarnicion del castillo, y poco despues Ipsilantis, tres de los Mauromichalis y Pannos, hijo de Kolo-

kotronis, vinieron con 700 hombres á reunirse á la pequeña tropa de Kariyannis, que acababa de dar un ejemplo de valor, destinado á salvar á la Grecia de una ruina inevitable segun todas las apariencias.

Estos refuerzos habian sido enviados por los capitanes y los primados mas notables, los cuales en el momento de un peligro extremo, como sucedia frecuentemente á este raza, pasaron repentinamente de la discordia á la union. Kolokotronis que á la sazón estaba enemistado con el gobierno, con el Senado del Peloponeso y con los primados de Caritena y Kalavryta, llegó con 2,000 hombres á Tripolitza despues de haber levantado el sitio de Patras. Aquí se reconcilió con el Senado, al mismo tiempo que Mauromicalis é Ipsilantes con iguales designios se presentaron tambien en este punto, para tratar con el Senado y Kolokotronis, acerca de los medios que debian intentarse ante la inminencia y magnitud del peligro.

Kolokotronis que desplegó en este tiempo una circunspeccion y un vigor maravillosos, se convirtió desde entonces en el alma de las operaciones ulteriores, y en esta época fué cuando el ya anciano Klefto consumió las mas meritorias hazañas de toda su vida.

A los quince dias del paso de las tropas turcas por el Sperchios, habian inundado ya toda la Argólida. El mismo general en jefe se adelantó hasta Argos (24 de julio), mientras Ali-Pachá, comandante de Nauplia, penetró en esta ciudad, y comenzó el sitio del castillo. Para observar de cerca el estado de las cosas, Kolokotronis se adelantó en persona en direccion de Corinto hasta Hagios-Georgios é hizo ocupar á Dervenak por 500 hombres, en tanto que Mauromicalis tomaba fuertes posiciones cerca de Nauplia en la aldea de los Molinos sobre la pendiente del Chaon. El plan de Kolokotronis consistia en contener por este punto los progresos de los turcos é impedirles penetrar en el interior del Peloponeso, franqueando los dificiles desfiladeros de Hysiai y del Parthenion que separan la llanura de la Argólida de la de Tegeo. Tratábase además ante todo, de retener á los turcos tanto como fuese posible ante el acrópolis de

Argos, impidiendo la llegada de provisiones, y cerrando todas las salidas, para reducir al enemigo por medio del hambre en la Argólida despojada de todo, pues ya antes de la llegada de los turcos los griegos habian quemado todos los trigos y los víveres así en las ciudades como en las aldeas.

La lucha comenzó por las tentativas que hicieron los griegos para avituallar ó librar el Acrópolis. En el primer ataque consiguieron hacer salir de allí la mayor parte de la guarnicion, pues la provision de agua escaseaba en extremo. A los 250 hombres que allí permanecieron se les prometió introducirles víveres, por medio de una nueva tentativa; pero esta segunda empresa fracasó, por falta de unidad en las operaciones. Despues de este descalabro (31 de julio), Kolokotronis llegó en persona al teatro de los sucesos, y consiguió librar la guarnicion del Acrópolis, que no podia mantenerse por mucho tiempo á falta de víveres; pero poco les sirvió esta ventaja á los turcos, pues no supieron aprovecharse de ella.

Todo lo contrario, cuando era mas necesaria la actividad, el gran ejército turco permaneció por espacio de dos semanas en la Argólida sin hacer nada, y bien pronto se experimentó la falta de víveres. Esperábase la llegada de la escuadra que debia traer provisiones; pero aunque pasó á la vista de Argos, en vez de detenerse en aquel punto, siguió adelante hácia Patras, como si no tuviese nada que ver con el ejército del Este. Los turcos comenzaron desde entonces á experimentar la mayor escasez. Una division turca que se adelantó por el camino del Epidauro hasta Liguri, con el objeto de adquirir provisiones y forrajes para la caballería, no encontró víveres en ningun punto, pues todo habia sido quemado. El descontento de los soldados llegó á su colmo; todos culpaban al general en jefe de su apurada situacion, pues él era el que les habia colocado en tales posiciones. Dramali tuvo pues que pensar en trasladarse á otra eparquía, y decidió batirse en retirada hácia Corinto; pero Kolokotronis, previendo estos designios, distribuyó durante la noche (4-5 de agosto) sus tropas en las mon-

tañas hácia Tripolitza. Dejando aseguradas estas posiciones con 8,000 hombres, él mismo, con una division de menos importancia quiso cerrar cerca de Hagios-Georgios y Derockani, las gargantas entre Corinto y Argos. Dramali, con el objeto de engañar á los griegos empleó tambien un ardid. Envió un intérprete griego al ejército colocado cerca de Lerna para ofrecerle una amnistia; pero no habiendo sido escuchadas estas proposiciones, el enviado dijo á los griegos confidencialmente que reforzasen sus posiciones, pues el pachá, en el caso en que los griegos no se sometiesen, se abriria paso hasta Tripolitza con las armas en la mano.

Kolokotronis tuvo el gran mérito de no dejarse pillar en este lazo. Segun lo habia supuesto (7-8 de agosto) el ejército turco se puso en marcha hácia Corinto, tomando el camino de Dervenaki; pero habiendo ocupado los griegos el desfiladero tres horas antes, se dirigieron los turcos á otro sendero que conduce á la garganta de Hagios-Sostis. Kolokotronis envió allí 800 hombres de las tropas que tenia á su disposicion, descubriendo de este modo sus propias posiciones de difícil defensa cerca de la aldea de Hagios-Georgios (1) á la izquierda de los turcos; pero suplió la falta de soldados por medio de un ardid, enarbolando banderas sobre palos clavados en el suelo y agrupando en parages visibles desde lejos, caballos, acémilas y algunos uniformes, para hacer creer que una fuerte division ocupaba aquellos lugares. Atacadas por todas partes las masas turcas, avanzaron, sin embargo, hasta la garganta de Hagios-Sostis que no estaba defendida, y consiguieron pasar penosamente y en muy mal estado 6,000 hombres á través de las montañas hasta el canton de Kurtesa (la antigua Kleonai). Por casualidad Ipsilantis, Nikitas y Dikaios, pasaban aquel mismo dia, á dos horas de marcha del lugar del combate dirigiéndose por Aginoti á Corinto, con el objeto de ocupar las grandes Dervennas é impedir que pasasen mas refuer-

zos turcos el istmo. Atraidos por el ruido del combate, tomaron entonces la direccion de Hagios-Sostis, ocuparon la garganta y cerraron el camino á los turcos que avanzaban siguiendo al primer cuerpo. Rechazados por vanguardia, retaguardia y por ambos flancos en un estrecho desfiladero en donde los griegos no perdian un disparo, los turcos intentaron avanzar hácia Kurtesa, pero fueron rechazados á un precipicio, cayendo en él masas enteras mezcladas con la caballería y las acémilas. Como el número de griegos no era suficiente para cubrir por completo el lugar del combate, muchos turcos consiguieron llegar á Kurtesa, pero 3,000 cadáveres y un considerable botin quedaron sobre el campo en poder de los vencedores.

Dramali, con el grueso de sus fuerzas, intentó comprar el paso ofreciendo una fuerte suma á Kolokotronis; pero en este tiempo algunas bandas griegas rechazaron varios cuerpos de su ejército hasta Glykia, cerca de Nauplia, de suerte que las tropas turcas, cortadas por peligrosos desfiladeros, formaban dos divisiones separadas, de las cuales la una estaba en Kurtesa y la otra en Glykia. No le quedaba, pues, mas recurso á Dramali que abrirse paso á viva fuerza. Kolokotronis hizo ocupar á Mycenas por Giatrakos; Ipsilantis debia guardar las posiciones de Aginori y Berpati, al mismo tiempo que Plaputas vigilar á Dervenaki, debiendo los tres jefes socorrerse mutuamente en caso de necesidad. Los turcos atacaron á los griegos que ocupaban á Berparti (8 de agosto). Entonces Kolokotronis envió en seguida á Plaputas por Klenia en socorro de la tropa atacada, esperando que Giatracos, moviéndose desde Micenas, cogeria al enemigo por la espalda. Sin embargo, á causa de la desobediencia de las tropas, este pasono pudo ser completamente ocupado, y los griegos de Devernaki no llegaron á tiempo, de suerte que los turcos, si bien con grandes pérdidas, pero menores que las que habian experimentado el dia anterior, consiguieron atravesar las montañas y llegar á Corinto.

Kolokotronis, nombrado general en jefe por el ejército y por el Senado del Poloponeso, reconocidos ante sus brillantes hechos, no

(1) No debe confundirse este pueblo con la gran aldea muy poblada del mismo nombre, situada mas al Norte en la llanura de Filius (Phlonte).

cesó un instante de proseguir sus proyectos, que consistían en emplear en esta eparquía sobre las masas concentradas de los turcos cerca de Corinto, el mismo sistema de la Argólida, es decir, rendirlos por medio del hambre. Ipsilantis y Nikitas quedaron encargados de su antigua mision que consistía en cerrar el istmo á los turcos, Ulises ocupó el paso de las montañas de la Megaride, una tropa bastante considerable permaneció en las montañas que se estienden hácia la Argólida, y el mismo Kolokotronis se atrincheró cerca de la aldea de Soli, cortando así el camino que conduce desde la Acaya á Patras á lo largo del litoral. Dos tentativas hechas por los turcos (19 y 24 de agosto) para atravesar este punto fueron estériles, lo mismo que el proyecto de volver con 3,000 hombres sobre el camino de Argos para proporcionarse provisiones. Toda la esperanza del ejército de Corinto, en donde el hambre se hizo muy pronto sentir segun habia sucedido en Argos, consistía en los víveres que se esperaban de Patras y en los socorros de Churchid-Pachá, así como la esperanza de la guarnicion de Nauplia, nuevamente bloqueada, se cifraba en la flota.

Pero la escuadra permaneció por espacio de un mes sin hacer movimiento alguno, y cuando se dirigió á socorrer á Nauplia, á pesar de haberlo intentado por dos veces, no pudo conseguirlo, gracias á los esfuerzos de la flota griega mandada por Mianlis. Un brulote de los insurrectos consiguió hacer saltar la nave del vice-almirante que contenia 1,600 hombres, y ante esta catástrofe la escuadra turca aterrada se refugió de nuevo en los Dardanelos. De este modo viéndose privada la guarnicion de Nauplia de todo socorro, tuvo que rendirse, y la misma suerte cupo á la ciudad de Corinto despues de la muerte de Dramalis, acaecida en 8 de diciembre, quedando destruido aquel numeroso ejército, que parecia poco tiempo antes mas que suficiente para imponer de nuevo á toda la Grecia el yugo musulman.

En la Grecia Occidental la campaña habia seguido durante este tiempo una marcha sucesiva de alternativas felices y desgraciadas para los griegos; pero en el Epiro despues de la

caida de Ali-Pachá, que hizo cesar la hostilidad de los albaneses, los suliotas mantuvieron enarbolado el estandarte de la rebelion, permaneciendo fieles á su alianza con los griegos, á pesar de haber enviado contra ellos los turcos un ejército de 14,000 hombres. El resultado de esta espedicion fué la toma de Suli, y entonces ya no quedó á los suliotas otro recurso que ocupar á Chonia, Avaricos y la fortaleza de Kiafa, en donde encerraron sus riquezas, sus mujeres y su gobierno. Las tentativas que hicieron los turcos para batirlos en este último atrincheramiento fueron inútiles. A causa de esta resistencia se vieron obligados á convertir el sitio en bloqueo, con la esperanza de rendir por hambre á los suliotas.

Llegadas las cosas á este punto, era de la mayor importancia para los griegos auxiliar á sus confederados encerrados en Kiafa. Maurocordatos comprendió la trascendencia de tal auxilio, y ya en la primavera habia concentrado en Corinto una division de tropas regulares de 600 hombres. Reuniendo además algunos otros refuerzos se dirigió á Missolonghi á principios del estío, precisamente cuando los turcos se preparaban á invadir el Peloponeso. Desde Missolonghi, con una confianza irreflexiva y fiándose en los vagos ofrecimientos de socorros que le hicieron los habitantes de aquel territorio, destacó una parte de sus poco numerosas fuerzas para introducir víveres en Kiafa, y no contento con esto, habiéndose recibido una embajada de los suliotas, que pedian se atacase á los turcos que bloqueaban á Kiafa, pues ellos harian desde este punto una salida para coger al enemigo entre dos fuegos, se dispuso á salir al encuentro del enemigo.

Los griegos, aunque en número muy inferior á los turcos, se adelantaron hasta Peta, en donde tomaron posiciones auxiliados por un cuerpo de tropas irregulares que mandaba el albanés Gogos, que aunque algun tiempo antes habia combatido resueltamente á los turcos, vacilaba ahora sobre el partido que deberia tomar. Al principio de la accion los griegos mantuvieron resueltamente sus posiciones; pero cuando se necesitaba el último esfuerzo, Gogos dejó pasar una pequeña par-

tida de turcos que flanqueó el ejército griego. Las tropas irregulares se lanzaron á la huida, los turcos avanzaron su principal cuerpo con mayor decisión, y aunque las tropas regulares griegas hicieron prodigios de valor, la derrota se declaró en el campo de los insurgentes, que experimentaron considerables pérdidas.

La catástrofe de Peta era un golpe terrible que venia á castigar á la Grecia Occidental, tanto mas, cuanto que acaecia precisamente en los momentos en que Dramali destruia con fortuna cuantos obstáculos se le oponian en la Grecia Oriental, y se disponia á pasar al Peloponeso segun hemos visto mas arriba. Además la causa de los suliotas era entonces completamente desesperada, y la influencia de Maurocordatos sufrió tambien un golpe decisivo. Este en la expedicion habia tenido por principal objeto organizar la base de un ejército regular, lo que habia sido mirado de un modo desfavorable por los jefes kleftos, que instintivamente conocian que su influencia cesaria desde el momento en que se estableciese un sistema regular de operaciones. En efecto, si Maurocordatos, rodeado de los jóvenes educados en Europa y que tanta importancia daban á la estrategia, hubiese conseguido una victoria, además de haber librado á los suliotas, en los cuales tendria desde entonces poderosos auxiliares, hubiera dado un golpe al sistema de guerra irregular empleado por los kleftos; pero con la derrota, como era natural, los asuntos tomaron enteramente un aspecto contrario. Los suliotas sin esperanza de socorro y diezmados por el hambre y las enfermedades, trataron con los turcos sobre la rendicion de Kiafa, pero con la condicion de que se les dejase volver á las islas Jónicas, y los turcos que deseaban verse lo mas pronto posible en actitud de emprender las operaciones contra los griegos, accedieron á todo (9 de agosto).

Entre tanto Maurocordatos consiguió reunir todavia un cuerpo de 3,000 griegos, situándose en Machala en donde se presentaron los turcos; pero bien pronto se vió obligado el jefe griego á refugiarse á Missolonghi, pues ante la superioridad de tropas con que

contaba el enemigo, la mayor parte de sus fuerzas se le dispersaron. En este momento Maurocordatos con viril y enérgica resolucion, inflamó de nuevo en estas comarcas el patriotismo casi estinguido por la desgracia, salvando con heróica perseverancia á la Grecia Oriental. La mayor parte de los capitanes que se habian refugiado con él en esta ciudad, le aconsejaron que la abandonase, aceptando el refugio que el gobierno de las islas Jónicas acababa de ofrecerle en Zante; pero Maurocordatos declaró que obrando de este modo, abriria al enemigo las puertas del Peloponeso, que se encontraba ya en muy crítica situacion, y que todo se perderia. «Aquí es en donde moriré,» dijo con firmeza, y Markos Botzaris apoyó esta frase diciendo: «Yo tambien.» Estas palabras fueron la piedra fundamental de la defensa de Missolonghi. Sin la firme resolucion de los habitantes de esta ciudad, el valor de estos nobles corazones no hubiera conseguido nada, porque uno de ellos no habia entrado en ella mas que con 25 hombres armados y el otro con 35. Por este motivo hicieron entrar en el consejo de guerra al arzobispo Porfirio y á los primados Trikupis, Palamas, Papalukas y Razokotsikas. Todos fueron de la misma opinion, y habiendo sido consultado el pueblo, declaró que estaba decidido á defenderse hasta el último trance. Este principio de los relevantes hechos de los habitantes de Missolonghi, fué enteramente digno de su último fin glorioso.

La ciudad de Missolonghi está situada sobre una lengua de tierra entre el rio Blanco (Acheloos) y el Fidaros (Evenos) á cuatro leguas de la vertiente meridional del Zygos. El suelo de la ciudad está casi al nivel del mar, y durante el invierno las casas que están sobre la playa se ven espuestas con frecuencia á las invasiones de las olas. Delante de la ciudad las aguas poco profundas forman una gran laguna de sesenta y cinco leguas de circunferencia, solo accesible á pequeñas y chatas barcas, y solamente un canal estrecho que va desde la ciudad al mar atravesando la laguna, ofrece paso á pequeños buques mercantes. Por la parte de tierra la ciudad estaba apenas protegida por un antiguo foso,

muy descuidado, de cuatro piés de profundidad y siete de ancho, el cual rodeaba ambos lados terminando en la laguna. A la orilla de este foso se elevaba un muro de cuatro piés de alto y solo dos de espesor, construido con poca solidez y artillado con catorce viejos cañones. Los sitiados añadieron á estas obras un segundo atrincheramiento interior que ponía en comunicacion á dos iglesias. Con estos medios de defensa, y provisiones para un mes, 360 hombres armados, únicos que quedaron en Missolonghi, despues que abandonaron la ciudad los incapaces de manejar las armas, iban á resistir á 11,000 turcos, que comenzaron á bombardear la plaza con once cañones y cuatro obuses.

Como el primer bombardeo no produjo los resultados que se esperaban, los pachás celebraron un consejo de guerra. Mientras que algunos eran de opinion que se asaltase la ciudad, Omer-Pachá, jefe del ejército, prefirió entrar en negociaciones, pues en vista de la destruccion de aquellas comarcas, queria conservar á Missolonghi para cuartel de invierno de sus tropas. Para llegar á este resultado tuvo una conferencia con Botzaris, el cual ocultando mañosamente la poca fuerza que contenia la ciudad, y con el fin de ganar tiempo, mantuvo con algunas promesas las esperanzas de Omer-Pachá. Mientras que esto pasaba por la parte de tierra, Yussuf-Pachá se presentó por la del mar conminando á los griegos á la rendicion si no querian que la ciudad fuese destruida. Los sitiados dieron parte de este suceso á Omer-Pachá, que indignado de la conducta de su compatriota hizo todavía mas amplias concesiones á los griegos, terminándose entonces una tregua de ocho dias, al cabo de los cuales los defensores de Missolonghi deberían retirarse. Tres dias faltaban todavía para terminar la tregua (30 de noviembre) cuando llegaron siete buques de Hydra que pusieron en dispersion la escuadra de Yussuf. Entonces Omer-Pachá aconsejó á los griegos que se sirviesen de estos buques para evacuar la ciudad; pero estos mismos buques desembarcaron en este momento (23 de noviembre) 700 guerreros del Peloponeso, y entonces los sitiados en vez de entregarse escri-

bieron á Omer-Pachá: «Si quieres la ciudad, ven á tomarla.» Despues de estos sucesos, la ciudad pudo ser abastecida con facilidad por mar y recibió nuevos refuerzos de combatientes, todo lo cual cambió de un modo notable el estado de las cosas, tanto mas, cuanto que los etolios, envalentonados con estas circunstancias, comenzaron á agitarse á espaldas de los turcos.

Al mismo tiempo las noticias que se recibian del Peloponeso, donde la expedicion de Dramali acababa de fracasar, iban cundiendo por aquella parte introduciendo el desaliento en el ejército turco. El invierno llegaba con toda su fuerza, y ya entonces no hubo otro remedio que apelar al asalto, fijándose para esta empresa el dia de Navidad. Los sitiados tuvieron conocimiento de estos proyectos y rechazaron con valor el asalto, quedando en los fosos mas de 500 turcos entre heridos y muertos.

Con esta catástrofe, y con la noticia que llegó al campamento turco de que Ulises se aproximaba á hacer levantar el sitio, los sitiadores en medio del mayor terror abandonaron su empresa (12 de enero de 1823) con tal rapidez que dejaron sobre el campo sus cañones y su material de guerra. La retirada fué en extremo desastrosa, y solo despues de pérdidas considerables consiguieron los turcos llegar á Karvasara, en donde se embarcaron para Preveza. Aunque la falta de unidad de los griegos despues de la victoria libró á los turcos de un total aniquilamiento, el desastre de Peta estaba reparado, y no solamente la causa de los griegos volvía á levantarse potente en el Oeste, sino que con la espulsion de los turcos de la Acarnania se apresuró la destruccion del ejército de Dramali, segun hemos tenido ocasion de ver anteriormente.

Tal fué el fin de la campaña de 1822, concebida segun un plan tan grandioso y comenzada en el Este y el Oeste por los turcos de un modo tan brillante. La Puerta habia sido profundamente humillada. Habituada á despreciar á los griegos, á los cuales consideraba impotentes para la resistencia, ejercitada en decapitar una rebelion como á un individuo, y en vencer la hidra de las rebeliones

aristocráticas entre los bosniacos y albaneses, quedó completamente aturdida al ver que la ejecución del patriarca, en vez de ahogar la insurrección le dió mayor fuerza y poderío.

En efecto, la Puerta tan poderosa no había podido manifestarse superior á la insurrección. El resultado definitivo de toda la lucha, que debía prolongarse aun por algunos años, se encontró ya indicado por el éxito de esta segunda campaña. Los enemigos se encontraban uno en frente del otro experimentando los mismos accidentes felices y desgraciados, victorias y derrotas, honores y afrentas; pero sus recursos estaban ya agotados, y hombres y fuerzas del extranjero tuvieron que cooperar desde entonces para llegar al desenlace final.

Bien comprendieron los griegos esta necesidad, cuando en la época en que Dramali se aprestaba á invadir la Grecia (junio de 1822), algunos primados de la Morea intentaron colocar á la Península bajo el protectorado de los ingleses, estableciendo negociaciones con el gobierno de las islas Jónicas. El Senado se opuso en un principio y aun hizo prender á los principales negociadores; pero cuando el peligro se presentó mas amenazador, á petición del ejército y de los mismos capitanes, los sentimientos patrióticos é independientes del Senado se dulcificaron en extremo. Efectivamente, algun tiempo despues Maurocordatos dirigió á lord Guilford una carta en la que espresaba la esperanza de que la Grecia pudiese defender su independencia; pero penetrado de las dificultades que ofrecia la constitucion de un gobierno sólido, no ocultaba su deseo de ver á su patria colocada bajo la proteccion de una gran potencia, con cuya garantía los griegos se darian por satisfechos con ocupar una situacion parecida á la de los Principados Danubianos. Este pensamiento debía adquirir mayor fuerza á fines del año, puesto que los griegos habian sido ya informados oficialmente de que no debían esperar proteccion alguna *de todas las potencias* de la Santa Alianza. Cuando en el otoño los negocios tomaron un giro desesperado en la Grecia Occidental, cuando Dramali en Corinto podia aun esperar refuerzos de Thesalia y recibir provisiones de la flota, el gobierno se

había decidido á tratar de convencer á los monarcas, reunidos entonces en el Congreso de Verona, de que la revolucion griega no se relacionaba en modo alguno ni á la de España, ni á la de Nápoles, ni por lazos interiores ni exteriores. Escogió como delegados al conde Metaxas y al francés Jourdain, á fin de que presentasen al Congreso las declaraciones y las quejas de la Grecia, formuladas en una acta del gobierno provisional. Llevaban además estos comisionados cartas para los príncipes reunidos en Verona (1) y para el Papa. La carta dirigida al emperador Alejandro (fecha el 29 de agosto) llena de alabanzas y adulaciones, espresaba la confianza de que el czar no permitiría nunca el anonadamiento de la Grecia; la dirigida á los reyes, declaraba que los griegos no aceptarían ninguna decision sobre su suerte, en la cual no tomasen ellos parte, y en ella se añadía, que rechazados por los soberanos, se dirigirían al juez supremo con cuyo auxilio vencerían ó perecerían (2). Habiendo llegado á Ancona los delegados (24 de octubre) enviaron desde la cuarentena sus memorias á los príncipes; pero antes de decir de qué manera fueron acogidos, es preciso esponeer la situacion de las negociaciones diplomáticas establecidas entre las potencias y Constantinopla.

CAPÍTULO V.

Primer período de las negociaciones diplomáticas, con motivo de las diferencias suscitadas entre la Rusia y la Puerta.—El ultimatum ruso comunicado á las potencias.—El emperador Alejandro.—El Austria y la Inglaterra.—Situacion de las negociaciones en Constantinopla.—Lord Strangford.—El quinto artículo ruso, la Pacificacion.—Las conferencias de Viena y de Verona.—El arte diplomático del Austria.—Nuevas peticiones de la Rusia.

Hemos tenido ocasion de ver anteriormente, que en su *ultimatum* de 28 de junio de 1821, el gabinete ruso había amenazado la existencia ulterior de la Puerta, haciéndola depender de la seguridad de los súbditos cristianos de la Turquía. El gobierno del czar había dirigido casi en esta misma época declaraciones semejantes á todas las potencias aliadas. En las notas y los despachos (22 de junio) concernientes á este negocio, la Rusia había plan-

(1) Jourdain, tom. I, pág. 144 y siguientes.

(2) Trikupis, tom. III, pág. 17-21.

teado dos cuestiones bien precisas. Era la primera: ¿cuál sería la actitud que tomarían las demás potencias, si llegase á estallar la guerra entre la Rusia y la Puerta? y la segunda: ¿cuál sería el proyecto que propondrían las potencias para reemplazar la dominación turca, si á consecuencia de esta guerra llegase á ser destruida? La corte de Prusia se apresuró á contestar al czar, manifestando que estaba completamente conforme con sus ideas; pero la de Austria é Inglaterra no se prestaron con tanta facilidad á las proposiciones de la Rusia, sino que, por el contrario, las recibieron con fría reserva. Previendo este resultado el emperador de Rusia se dirigió por escrito (23 de julio) á Francisco José, tranquilizándole acerca de sus intenciones, y esponiendo además que obraría siempre de acuerdo con las demás potencias.

De esta carta se desprendía, que el emperador Alejandro juzgaba necesario que las potencias recibiesen garantías acerca de sus intentos, por mas que en Viena, durante el Congreso, se habia mostrado leal á la política de la Santa Alianza. Sin embargo, el czar no habia adoptado esta política sin sostener una batalla consigo mismo y por temor á las sociedades secretas, á las cuales achacaba todos los movimientos revolucionarios que habian acaecido recientemente en Europa. En efecto, en la insurrección griega veía el czar una coyuntura favorable para realizar la política rusa con respecto al Oriente, y además no le parecia digno sacrificar á un pueblo, que por sus relaciones antiguas con la Rusia consideraba al czar como su natural protector. Habia además en Rusia un numeroso partido que estaba por la guerra contra la Turquía, y como esta potencia recibia con creciente hostilidad las reclamaciones de la Rusia desde la publicación del *ultimatum*, los partidarios de la guerra tenían nuevos motivos para hacer prevalecer su opinión.

Lo que hacia todavía mas probable el que la Rusia se lanzase decididamente á la lucha contra la Turquía, eran las influencias contrarias á Metternich, y especialmente la de Kapodistrias, que no podia menos de manifestar simpatías hácia sus compatriotas. A destruir

todas estas influencias, que podrian contrariar los designios pacíficos del Austria, se dirigió desde entonces la política de Metternich, y de este modo, el espíritu vacilante é irresoluto del czar se encontró solicitado por fuerzas contrarias y dividido entre su amor á los griegos y su temor á las revoluciones. Toda la historia de Alejandro en los años subsiguientes, no es otra cosa mas que la mención de estas lamentables variaciones. En Laybach el emperador se habia espresado con la mayor decisión sobre los negocios griegos, á los cuales habia calificado de maniobras desatinadas fraguadas por el partido revolucionario esparcido por todos los paises; pero en las notas del 22 de junio ya dudaba de esta afirmación, así como de que la Turquía fuese capaz de vencer la insurrección griega. Esto se explica si tenemos en cuenta que en Laybach estaba bajo el influjo directo de Metternich, y en San Petersburgo escuchaba las sugerencias de Kapodistrias y de Suwarow.

Considerando, pues, todas estas incertidumbres de la corte de San Petersburgo, los gobiernos de las grandes potencias podian esperar que el vacilante emperador no llegase á tomar una resolución peligrosa; pero por otro lado temian que este hombre tan poco independiente se dejase arrastrar á algun acto precipitado é irreflexivo. Comprendiendo de este modo la situación moral del czar, lord Londonderry (Castlereagh) conformó á ella su conducta, y conociendo la poderosa influencia de que disponia el gabinete de Viena en la corte de San Petersburgo, olvidó antiguas diferencias, ligándose en este asunto á la política del Austria.

Las instrucciones dadas por el gran-canciller Metternich al internuncio residente en Constantinopla (17 de julio), indicaban que era el medio mas eficaz para la conservación de la paz tomar el partido del mas fuerte contra el mas débil, y en cuanto á las que el gobierno inglés remitió á su embajador lord Strangford (7 de julio), concordaban en el fondo con estas. En efecto, el gobierno inglés ordenaba á su embajador que marchase de acuerdo con el internuncio, pero manteniendo firme el único principio de la política inglesa

con respecto á la Santa Alianza, es decir, no dejarse arrastrar á ningun paso colectivo.

Para atemperarse á esta política, lord Londonderry, valiéndose del permiso que en 1813 le habia dado el czar para que pudiese escribirle directamente, le dirigió una estensa carta. En ella, por medio de hábiles advertencias y halagando el lado flaco del autócrata, le inducía á la paz. Metternich seguia al propio tiempo el mismo sistema, pues al Austria le importaba sobremanera y mucho mas que á la Inglaterra, el mantener entonces la paz en Europa, tanto por el mal estado de su hacienda cuanto por las pocas fuerzas militares de que podia disponer entonces, porque las únicas que valian algo estaban en Italia. Para convencer al czar empleó Metternich el acostumbrado sistema, es decir, el miedo que causaba al gobierno ruso la revolucion; pero en un principio poco pudo adelantarse en este sentido.

Viendo la ineficacia de estos primeros pasos, reuniéronse en Hannover Metternich y el conde Lieven, representante de Inglaterra en San Petersburgo, y despues de haberse puesto de acuerdo ambos gabinetes acerca de la marcha que debian seguir para disuadir al czar de la guerra, lord Londonderry contestó oficialmente á la nota rusa de 22 de julio en un despacho de 28 de octubre, en el cual decia: «que no veia la necesidad de una guerra, y que por consecuencia á la pregunta de cual seria la actitud de las potencias en caso de guerra, no se podia contestar categóricamente, pues ninguna potencia podia formarse idea exacta de la que se veria obligada á tomar durante la lucha, y que por lo tanto, lo único en que debia pensarse entonces, era en el modo de determinar á la Puerta á satisfacer las peticiones de la Rusia.» A este despacho contestó el gobierno de San Petersburgo repitiendo en parte lo que ya habia dicho, manifestando la manera con que habia sido tratado por la Puerta en la persona de su embajador Suwarow, é insistiendo además sobre los excesos cometidos por los turcos en todo el territorio griego. Esta misma nota fué transmitida tambien al gobierno austriaco, y como redactada por Kapodistrias, estaba muy lejos

de estar concebida bajo un espíritu conciliador.

En tanto que las negociaciones seguian este rumbo, los representantes de las grandes potencias en Constantinopla celebraron algunas conferencias acerca de la actitud que les convenia tomar para secundar esta política. En un principio marcharon sin brújula y al acaso; pero despues que recibieron las instrucciones de Metternich y Lieven, concertadas en Hannover, pudieron adoptar una línea de conducta mas fija y constante. Tratábase de determinar á la Puerta á la conciliacion con la Rusia, pues de este lado se veia el mayor peligro de la guerra, y con este objeto apoyaron resueltamente, para intimidar á la córte de Constantinopla, las cuatro peticiones que contenia el *ultimatum* ruso. Asaltada la Puerta por todas partes con las mismas peticiones, reflexionó y adoptó una política mas conciliadora que la observada hasta entonces, y aplazando la cuestion de retirar las tropas de los Principados hasta el restablecimiento de la tranquilidad de Grecia, se manifestó decidida á proteger á la Iglesia cristiana haciendo la verdadera distincion entre los culpables y los inocentes. Los representantes de las potencias que conocian de cerca la política turca, comprendian que habian alcanzado mas de lo que podia razonablemente esperarse; pero dudaron que sus respectivos gobiernos se diesen por satisfechos con estas concesiones. Por esta razon manifestaron á la Puerta el disgusto que les causaba su negativa á acceder sin traba alguna á las exigencias de la Rusia, y esto bastó para que las negociaciones quedasen interrumpidas en Constantinopla.

El Austria, sin embargo, trató de que el gobierno ruso se manifestase satisfecho con las semi-concesiones de la Puerta, espresando la idea de que creia llegado el momento en que la Rusia enviase un embajador á Constantinopla; pero el czar manifestó claramente su descontento ante estos resultados que él consideraba insuficientes, disgusto que era tanto mas grande cuanto que veia el acuerdo que reinaba en este punto entre las córtes de Viena y Lóndres. Sin embargo, forzado por las circunstancias, se dispuso á un acomoda-

miento con la Puerta en favor de la paz europea; pero exigiendo en cambio, que en el caso en que la Turquía no cumpliera sus compromisos, los aliados romperian con ella sus relaciones diplomáticas y no dejarian mas que simples agentes en Constantinopla.

La Prusia accedió á esta exigencia, Metternich tambien manifestó su acuerdo; mas conociendo que la Inglaterra no lo haria por no abandonar sus intereses comerciales en Turquía, puso por condicion que todas las potencias aliadas tomasen esta determinacion. En efecto, lord Londonderry, segun habia pensado Metternich, puso á esta condicion de la Rusia las mayores dificultades, y en este mismo momento llegó la noticia de que la Turquía, por una de esas veleidades tan comunes en su política, ponía nuevas dificultades á la paz. Esta conducta colocaba al czar en posicion de tomar las armas, tanto mas cuanto que esta vez la ruptura procedia del Austria, cuyo internuncio creyó deber rechazar una nota de la Puerta.

Debemos dirigir ahora nuestra atencion sobre lo que acontecia en Constantinopla para poder explicar esta nueva actitud del Austria. Desde el reciente y perfecto acuerdo de los representantes de todas las potencias, la Turquía habia conocido la necesidad de ponerse en guardia, para no ser víctima de un complot diplomático. Además, como la Puerta tenia siempre los mejores informes de cuanto trataban las córtés aliadas, habia creído entender que las cuatro proposiciones de la Rusia no eran mas que el preliminar para exigir otras concesiones. Por este motivo el gobierno turco llegó en su descontento hasta el extremo, dando por rotas las negociaciones. El internuncio austriaco pidió una conferencia para dar cuenta al gobierno de las nuevas instrucciones que habia recibido de su córte; pero no fué escuchado, y mientras tanto los ministros turcos (25 de febrero 1822) redactaban una nota dirigida al internuncio, concebida en el tono más severo que podia imaginarse. La Puerta se lamentaba en ella de la manera que habia sido tratado Ipsilantis por la Rusia, y ponía de nuevo sobre el tapete la cuestion de que se le entregasen los insurrec-

tos refugiados en territorio ruso. El internuncio dándose por ofendido, se negó á transmitir (13 de marzo) la nota á San Petersburgo. Todavía los embajadores de las potencias intentaron persuadir á la Puerta á que cediese á las exigencias rusas, y enviaron una nueva nota; pero quedó sin respuesta, tanto mas cuanto en aquellos momentos llegó á Constantinopla la noticia del ataque de los samios contra la isla de Chios.

Pocos dias despues recibió el internuncio austriaco instrucciones de que se abstudiese de toda ulterior negociacion, y al mismo tiempo el gabinete de Viena acusaba al gobierno turco de ingrato, por no acceder á las demandas del Austria aceptando las peticiones rusas. Pero como Metternich no queria de modo alguno que se suspendiesen las negociaciones, dejóse este asunto al ministro de Inglaterra lord Strangford. Sin verse contrariado por la legacion rusa ni embarazado por la embajada de Francia, apoyado incondicionalmente por el encargado de Negocios de Prusia, el embajador inglés hizo rápida, vigorosamente y con éxito, uso de los poderes que se le habian conferido.

La gran influencia del embajador de Inglaterra en Constantinopla reposaba en primera línea sobre la grandeza del poder inglés y su posicion con respecto á la Turquía. En efecto, la Inglaterra tenia gran interés en la conservacion de la Turquía, y sobre todo en impedir el engrandecimiento de la Rusia por esta parte. La Inglaterra monopolizaba el comercio turco, y si la Rusia se establecia en los Dardanelos, el mar Negro se convertiria en un lago ruso, corriendo al mismo tiempo gran peligro las posesiones inglesas de la India. Los hombres de Estado turcos no dejaban de comprender, aunque instintivamente, estas razones que hacian de la Inglaterra su aliada natural.

Por lo demás, como los ingleses eran dueños de las islas Jónicas, no podian tener interés en favorecer los intentos de los griegos, pues seria tanto como provocar la insurreccion de sus propias posesiones, y efectivamente, desde el principio de la lucha, si bien se habian declarado neutrales, el gobierno in-

glés habia favorecido mas bien á los turcos que á los insurrectos.

Así como estos procedimientos provocaban el ódio de los griegos, producian en el gobierno turco gran satisfaccion y tranquilidad, y por lo tanto veia en su embajador un amigo sincero, así como los griegos, y al principio los rusos, le consideraban como su enemigo natural. A esto debemos añadir, que lord Strangford pertenecia al partido tory, siendo por lo tanto clara y sinceramente hostil hácia los griegos. Como sus cualidades personales le hacian tambien muy idóneo para tratar con el gobierno de la Puerta, á cuyas rarezas sabia atemperarse, era el mas á propósito para enlazar de nuevo las negociaciones diplomáticas.

Haciendo un uso enérgico de su situacion y comprendiendo las ventajas de que gozaba, Strangford reanudó las negociaciones, dando la razon al Austria en sus exigencias, y apoyando con mas fuerza que nunca las demandas de la Rusia. Los ministros turcos quedaron consternados ante esta actitud de la Inglaterra, y temiendo verse abandonados de todas las potencias, dieron verbalmente al embajador de la Gran Bretaña la seguridad de que la Puerta nombraria muy pronto los hospedares para los Principados y retiraria las tropas turcas de aquel territorio. Aprovechando aquella favorable coyuntura, insistió el embajador inglés en que se anunciase esta resolucion al internuncio, con lo cual quedarian reanudadas las relaciones entre la Puerta y el Austria. Si á esto se añadia que lord Strangford acababa de obtener el asentimiento de la Turquía á las peticiones de la Rusia, no debemos estrañar que el embajador inglés se manifestase satisfecho por el pleno éxito de sus trabajos diplomáticos.

Pero precisamente cuando daba cuenta al gabinete de Viena del favorable resultado de su mision, anunciando que la Puerta estaba decidida á aceptar los cuatro puntos del *ultimatum* ruso, siempre que á ellos se limitasen sus exigencias, el Austria en un *memorandum* dirigido á la Turquía, añadia otro artículo mas que era el 5.º

Debemos mencionar ahora para compren-

der esta actitud de la córte de Viena lo que habia acaecido entre el Austria y la Rusia, mientras Strangford dirigia tan felizmente las negociaciones en Constantinopla. Durante este tiempo el emperador de Rusia se habia ido inclinando cada vez mas á la paz, y por si aun se presentaban dificultades para llegar á un acuerdo, indicó la idea de una conferencia diplomática en Viena, en donde amistosamente podian tratarse estos asuntos. Creyendo Metternich que el czar presentaria mas obstáculos para un arreglo con la Turquía, habia ido mas lejos de lo que le convenia, añadiendo á los cuatro puntos del *ultimatum*, el quinto, relativo á la pacificacion, que casi equivalia á la semi-emancipacion de los griegos, y á esta circunstancia se habia asido fuertemente el czar para que su derrota diplomática fuese menos notable.

Cuando lord Strangford se encontró con esta nueva exigencia, precisamente en los mismos momentos en que acababa de alcanzar una victoria, se sintió en extremo embarazado, tanto mas cuanto que Londonderry sobrecargado de negocios y enfermo le dejaba sin instrucciones. Dirigióse, pues, confidencialmente á Viena pidiendo aclaraciones. Metternich sometió la minuta de la respuesta que pensaba enviar á Strangford á la conferencia, y el quinto punto, es decir, la exigencia relativa á la mediacion, fué colocada entonces en primer lugar. «Hasta este momento, decia Metternich, los aliados se habian circunscrito con respecto á la Puerta al gran asunto del día, más sobre las cuestiones de derecho riguroso que sobre las del interés general; pero para la reconciliacion completa entre la Puerta y la Rusia, no era suficiente el arreglo de las cuestiones de derecho, pues el czar no queria restablecer las negociaciones diplomáticas simplemente sobre la base de la ejecucion de los tratados, sino tambien sobre la seguridad de que se pondria término á la reaccion y á sus crueldades. Que si la Puerta por orgullo y por desconfianza, rechazaba las negociaciones que tenian por objeto los destinos futuros de la Grecia, se podria convencer por el tenor del *Memorandum* austriaco, que las concesiones pedidas á la Puerta estaban circuns-

critas á los mas moderados límites. Desde que se habia apoderado la exasperacion de los combatientes, ninguna amnistia del sultan tendria influencia sobre los griegos, si no estaba apoyada por los aliados. «Esta condicion, terminaba la carta, que la Rusia pedia en union con todos los aliados, seria circunstancia indispensable para llegar á una solucion pacífica.»

La conferencia aprobó el testo de la carta que se remitió á Strangford, y Londonderry dió á su embajador instrucciones, de las cuales Metternich se manifestaba tan satisfecho como si él mismo las hubiera escrito. Este primer cambio casi imperceptible en la actitud del gobierno inglés, era uno de los primeros frutos de las atrocidades de los turcos en Chios y en otros puntos, atrocidades que habian escitado la opinion pública en Inglaterra y ocasionado al gobierno viva oposicion en el Parlamento.

La habilidad que entonces desplegó Strangford fué completamente inútil, pues el ministerio de la Puerta rechazó toda idea de que las potencias interviniesen en sus asuntos. De este modo el desenlace de aquella contienda diplomática se vió de nuevo aplazado indefinidamente; pero al mismo tiempo se habia planteado el preludio del nuevo drama futuro, que no comenzó á representarse sériamente hasta 1825. El embajador dejó aun en Constantinopla una nota, en la cual recomendaba fuertemente sus peticiones, y el 8 de setiembre se puso en camino con direccion á Viena.

Cuando Strangford partió de Constantinopla estaban ya reunidos en Viena algunos de los representantes de las potencias, y el emperador de Rusia debia ponerse en breve en camino. Alejandro habia seguido inclinándose hácia la paz, de suerte que se encontraba en la misma disposicion de ánimo que cuando abandonara á Laybach. El temor que le causaban las sociedades secretas que habian llegado á estenderse hasta en la misma Polonia, habia contribuido á este resultado, así es que se presentó en Viena (principios de setiembre) sin Kapodistrias, y en esta circunstancia, el perspicaz Metternich comprendió que el czar daba una nueva prueba de sus disposiciones de no comprometerse en los asuntos griegos. Además, en sus conversaciones con los ministros

de Austria, Prusia y Francia, el czar confesó francamente que acababa de pasar por una prueba difícil. Decia, «que se habia visto obligado á resistir la opinion de su pueblo; pero no dejaba de comprender la reaccion peligrosa que causaria una guerra en Oriente sobre los intereses de la Europa, guerra que pondria en peligro el objeto de la gran alianza, favoreciendo necesariamente los proyectos de la revolucion. Para evitar este mal, el mayor de todos, ningun sacrificio personal le habia parecido excesivo.»

Como era natural, Metternich podia estar completamente tranquilo; pero aun tuvo mayores motivos de satisfaccion, pues cuando el Congreso se trasladó de Viena á Verona, el representante ruso manifestó en el seno del Congreso, que el czar, su señor, declaraba: «que los sentimientos de amistad de los aliados le inspiraban tal seguridad, que *abandonaba á su sola sabiduria* el cuidado de dirigir la marcha ulterior de las negociaciones. Los negocios de Oriente habian, pues, terminado en Verona en la época en que los delegados de los griegos enviados al Congreso llegaron á Italia, habiéndose desvanecido hasta la última esperanza de encontrar apoyo en las potencias aliadas. El conde Metaxas, aun durante la cuarentena, se habia dirigido á Roma, pidiendo que se le permitiese atravesar el territorio romano; pero aunque Pio VII hubiese accedido de buen grado á esta demanda, estaba demasiado sometido al influjo del Austria para que pudiese hacerlo. En efecto, el conde Metaxas recibió por contestacion, no solo que no se le admitiria sino que no recibiria respuesta del Congreso.

En la circular de Verona (14 de diciembre) se respondia de un modo breve é indirecto á los griegos afirmando: «que la coincidencia de la insurreccion griega con la de Nápoles y el Piamonte, no dejaba duda alguna acerca del origen idéntico de todos estos movimientos, y que los jefes de la revolucion griega se habian engañado esperando poder sembrar la discordia en el consejo de las potencias. Los soberanos estaban, pues, decididos á rechazar el principio de la insurreccion sin examinar el *modo* ni el *pais* en que se pre-

sentase.» De esta manera los delegados perdieron toda esperanza en el auxilio de las potencias, y aunque por entonces llegaron á Ancona el obispo Germanos y Petrobey con un importante mensaje para el Papa, en el cual se trataba de la union de la Grecia á la Iglesia latina, el Austria manifestó claramente su oposicion á esta tentativa, y los enviados griegos se vieron precisados á regresar á su país, sin haber obtenido el mas mínimo beneficio para la causa que defendian.

Cuando lord Strangford se ponía en camino para regresar á Constantinopla (diciembre) con el apoyo de las instrucciones dadas con el mayor acuerdo por los gabinetes á sus respectivos representantes cerca de la Puerta, se habian verificado en el seno del gobierno turco cambios que debian ser mucho mas favorables al éxito de su mision que la misma unidad de accion de las potencias. En efecto, en Constantinopla, segun sucedia siempre, se tuvo noticia con gran anticipacion de la actitud pacífica de los gabinetes aliados, y tranquilo ya por este punto, mudó el sultan su gobierno, llamando á la direccion de los negocios á los hombres mas conciliadores, estableciendo un jefe mas humano en Chipre, y tratando con mayor consideracion á los griegos prisioneros.

Por estos motivos al presentarse Strangford en Constantinopla aconsejando á la Puerta que acogiese favorablemente las peticiones de la Rusia, el ministro turco le respondió de un modo que nada dejaba que desear. Metternich habia triunfado por lo tanto de todos los obstáculos: la reanudacion de relaciones entre la Rusia y el gobierno de Constantinopla no podia hacerse esperar mucho tiempo, y en el caso de que surgiesen algunas nuevas diferencias, el ministro austriaco creia poder contar con el auxilio de la Inglaterra para desvanecerlas. Sin embargo, precisamente por esta parte debian presentarse las mayores dificultades. Efectivamente, Londonderry que en los últimos tiempos se habia dejado arrastrar á su pesar por el influjo de Metternich, acababa de ser reemplazado por Canning, que en todas ocasiones habia manifestado su simpatía por los griegos. Al encargarse de la direccion

de la política inglesa, habia manifestado un periódico ministerial inglés, que se elevaba un nuevo astro sobre el sombrío horizonte de la Grecia abandonada hasta entonces en su lucha. En los primeros momentos Canning no podia cambiar radicalmente la marcha de los negocios de Oriente; pero pronto se convencieron los griegos de que tendrian en él un auxiliar indirecto. En efecto, la neutralidad en el mar Jonio tomó un carácter mas favorable á los intereses helénicos, se protegió ostensiblemente su comercio, y la isla de Kalamos se convirtió de tal modo en asilo y plaza de armas de sus refugiados, que los mismos griegos consideraban este acto del ministerio inglés como el primer paso dado hácia el reconocimiento de su independencia.

No fué esta la única decepcion que tuvo que experimentar Metternich. El emperador de Rusia, al que creía enteramente adicto á su causa, tan luego como regresó á San Petersburgo olvidó sus compromisos con respecto á la política austriaca, y volvió á acariciar sus proyectos favoritos sobre los negocios de Oriente. Es cierto que esta nueva actitud del veleidoso Alejandro estaba motivada por el cambio efectuado en la política turca, cuyo gobierno comenzó á molestar á los buques rusos que navegaban en el mar Negro, lo cual dió margen á nuevas quejas por parte del gabinete de San Petersburgo, que se lamentaba de que el gobierno de Constantinopla perjudicaba los intereses comerciales de la Rusia. Deseando el Austria que desapareciesen estas nuevas dificultades, y que se reanudasen á toda costa las relaciones diplomáticas entre la Rusia y la Puerta, envió nuevas instrucciones á Strangford, para que exigiese de la Turquía el arreglo de las relaciones comerciales con la Rusia. Mas como el gobierno turco habia conocido la modificacion que con la elevacion de Canning al ministerio se habia efectuado en la política inglesa, Strangford no pudo obtener nada, ni el ser aun recibido por los ministros turcos, á pesar de haberlo solicitado. Entonces se vió obligado á dirigirse por escrito á la Puerta. Conociendo el carácter de aquel gobierno, empleó en sus demandas un lenguaje tan enérgico y resuelto, que las

reclamaciones de la Rusia, con respecto á las vejaciones que sus buques sufrían en el mar Negro, fueron por fin satisfechas.

Lord Strangford creyó entonces terminada su mision y que la Rusia no tardaría en enviar un representante á la corte de Constantinopla; pero precisamente en estos momentos la cuestion ruso-turca tomaba un nuevo giro, cuyos antecedentes conviene señalar. Ya desde mediados de este año, Metternich habia comprendido el cambio que se verificaba en el ánimo del czar, tan luego como se habia visto alejado de la influencia austriaca. Para estorbar, pues, que el czar permaneciese bajo el influjo de los partidarios de la guerra, provocó una reunion en Czernowitz, en las fronteras de la Galitzia, entre los emperadores de Austria y de Prusia. Ambos monarcas se presentaron en este punto, pero el czar se manifestaba muy inclinado á la guerra. Quejábase de que Metternich queria ahogar en una vana palabrería las verdaderas quejas de la Rusia contra los turcos, manifestando además con tono resuelto, que de los últimos despachos de Constantinopla dependía que el gobierno de San Petersburgo enviase un embajador á Constantinopla ó *declárase inmediatamente la guerra*.

Era necesario por lo tanto impedir este último extremo, y por tal motivo Metternich se vió obligado á acceder á una nueva veleidad del czar, manifestando á lord Strangford que era preciso reducir á la Turquía á la evacuacion de los Principados, pues sin este requisito no se reanudarían las relaciones diplomáticas entre la Rusia y la Puerta. En efecto, lord Strangford hizo presente esta nueva peticion, y el gobierno de Constantinopla contestó que se ejecutaria la evacuacion siempre que se le asegurase que el embajador ruso se presentaria inmediatamente en Constantinopla y que esta seria la última de las pretensiones del gabinete de San Petersburgo.

La Rusia al observar estas disposiciones de la Puerta, envió á Constantinopla á M. de Minciaky, pero no con el carácter de embajador sino solamente con el encargo esclusivo de proteger en aquel país el comercio y la navegacion de la Rusia. La diplomacia trató en-

tonces de aprovecharse de las favorables disposiciones que manifestaba el gobierno de Constantinopla para dar el último asalto á la cuestion de evacuacion; pero á pesar de haber abierto la brecha el internuncio y el encargado de negocios de la Prusia, cuando lord Strangford se preparaba á dar el último golpe, recibió un memorandum (9 de abril) del ministro turco, en el cual se le decían en los términos convenientes las mas duras verdades, refiriéndose á actos hostiles contra la Puerta verificados por súbditos ingleses, actos que el gobierno británico podría evidentemente impedir si queria, y era en verdad tiempo de quererlo. A pesar de los malos augurios que este paso del gobierno turco encerraba para el éxito de la mision de Strangford, este presentó, sin embargo, la nota que tenia preparada (10 de abril), y si bien este escrito no podia añadir argumentos nuevos á los que se habian repetido ya tan frecuentemente, estaba hábilmente acentuado, refiriéndose á las promesas hechas por la Puerta un año antes de evacuar los Principados, acto que no se habia verificado aun. Al mismo tiempo el representante inglés añadía: que estaba autorizado por el czar para hacer saber oficialmente á la Turquía que la evacuacion completa é inmediata de los Principados era la *sola y única condicion* para el arreglo de las negociaciones diplomáticas con los turcos. Ante este lenguaje tan definido, los ministros turcos impusieron silencio á su resentimiento con el embajador inglés, y en una conferencia celebrada con él (27 de abril), reconocieron formalmente la necesidad de la evacuacion y le dieron solemne seguridad de que se realizarian los deseos de los aliados. Viendo, pues, vencido el último obstáculo que se oponía á la vuelta del embajador ruso, Strangford se aprovechó de una licencia de su gobierno para ausentarse de aquella capital, y en una carta que dirigió á Metternich anunciándole su determinacion, le manifestaba que los asuntos estaban arreglados, pero que acaso volverian de nuevo á embrollarse si los turcos despues de haber cedido á todas las exigencias comenzaban á presentar las suyas, entre las cuales figuraba en primera linea la estradicion de los suble-

vados que se habian refugiado en territorio ruso.

El gobierno del czar nombró á M. de Ri-beaupierre ministro en Constantinopla, y hasta su llegada, Minciaky debia desempeñar las funciones de embajador. Los emperadores de Austria y de Rusia dirigieron á lord Strangford y al rey de Inglaterra cartas en que les colmaban de gracias por sus servicios, y la diplomacia veia por último el fin de los penosos trabajos de tres años.

Sin embargo, apenas habian llegado estas cartas á su destino, una operacion nueva, pero preparada de antemano por el emperador de Rusia, producía tambien en la capital turca un nuevo cambio que anunciaba la renovacion de la guerra diplomática. El embajador inglés acababa de declarar en los términos mas claros, que la evacuacion era la *última de todas* las peticiones rusas, cuando en una quinta série vióse de nuevo surgir la pacificación, que era de todas las pretensiones de la Rusia la mas odiosa á la Puerta. El *Constitutional* de París publicó (31 de mayo) de repente varios extractos de una Memoria rusa, que exponía una nueva base para la pacificación de la Grecia, concebida en términos enteramente diferentes de las proposiciones anteriores del Austria. Atribuíase esta publicacion á un manejo del partido ruso que estaba por la guerra. El gobierno turco detuvo inmediatamente las medidas que iba á tomar para la evacuacion de los Principados, se verificó un cambio de gobierno, encargándose de los negocios los partidarios de la resistencia, y comenzó de nuevo la lucha diplomática.

Hé aquí lo que habia inducido al czar á tomar esta nueva actitud. Desde que los puntos en litigio, esencialmente rusos, llegaron á una solucion, el emperador Alejandro comenzó otra vez á renovar las demostraciones de su solicitud en favor de sus correligionarios. La indecision de las medidas adoptadas en Czernowitz para restablecer las negociaciones diplomáticas con la Puerta, reconocía por causa, el que por consideracion á los griegos no se habia querido enviar á Constantinopla un embajador propiamente dicho, cuya sola presencia hubiera sido considerada por

la Puerta como un triunfo conseguido sobre los rebeldes. Al enviar desde Czernowitz instrucciones á Strangford se le habia advertido que no tocase el asunto de la pacificación, pues el emperador queria entenderse, antes de tratar este negocio, con sus aliados, y Nesselrode habia anunciado (10 de octubre de 1823) al embajador inglés, que él y Metternich, elaborarían en conjunto una Memoria sobre esta cuestion. Metternich quedó en extremo asombrado ante esta exigencia; pero su asombro debia aumentar mas todavía. Apenas el czar abandonó la atmósfera austriaca de Czernowitz, se dirigió á velas desplegadas hácia su objeto. Primeramente en una circular (21 de octubre) manifestó que la córte imperial consideraba como un deber desarrollar todos sus pensamientos sobre esta cuestion, y despues un correo de Odessa (principios de noviembre) anunció á Metternich la resolucion del czar de proponer á sus aliados que se reuniese en San Petersburgo una conferencia de representantes de las potencias para examinar este punto, en lo cual se veia bien claro que el débil Alejandro habia caído de nuevo bajo el influjo de Kapodistrias. A la cita para esta conferencia el gabinete de Viena contestó friamente, pero todavía fué mas reservado el gobierno inglés. Canning censuraba que se escogiese como punto de reunion para la conferencia propuesta á San Petersburgo, pues pesaria sobre ella el influjo de la opinion pública, muy escitada en favor de la guerra. Por lo demás, un ministro inglés no tenia el derecho de dar á sus embajadores plenos poderes tales como se pedían. En todo caso, Canning deseaba que se retardasen las conferencias hasta la llegada de Ribeaupierre á Constantinopla, y hasta que se comunicase la Memoria anunciada que debia contener el plan de pacificación. Durante algun tiempo hubiera podido decirse que esta actitud fria de la Inglaterra debilitó en gran parte el celo del czar. Nesselrode no hablaba ya de la Memoria, y Metternich con mucha menos razon.

Peró de repente pareció á principios de año (9 de enero de 1824) la temida Memoria, y se comunicó prontamente á Lóndres y Viena, desde donde fué trasmitida, no se sabe

por qué conducto, á los diarios franceses que la publicaron. La Memoria (1) insistia sobre el siguiente punto: «Que las mismas potencias que habian restablecido el órden en Italia y España, debian poner término también á la efusion de sangre, que por espacio de tres años no habia dejado de correr en Oriente, y que segun todas las probalidades continuaria aun en la campaña siguiente. El remedio de todos estos conflictos se encontraba precisamente en un justo medio entre ambos extremos, es decir, entre el restablecimiento de su dominacion absoluta sobre los griegos, que era lo que la Puerta pretendia, y la continuacion del movimiento insurreccional, objeto que se proponian los factores de turbulencias en toda la Europa. La Rusia proponia, pues, continuaba la Memoria, dejar las islas griegas bajo el imperio de sus antiguas instituciones democráticas, formar de la parte oriental de la Hellade continental la Thesalia, la Beocia y el Atica, de la parte occidental el Epiro y la Acarnania, y del Peloponeso con la isla de Creta, tres principados colocados bajo la soberanía del sultan, con algunas fortalezas ocupadas por guarniciones turcas, principados cuya organizacion interior seria garantizada por las potencias.» ¡Cual no debió haber sido el temor de Metternich á la vista de esta version tan diferente de sus propias proposiciones anodinas de pacificacion! La Memoria rusa tenia por objeto efectuar el prólogo de la emancipacion de la Grecia por medio de la intervencion del poder del autócrata, impedir la union de todos los griegos, lo que podria conducirlos despues á la completa independendencia, eludir una emancipacion real y positiva, fundar la influencia de la Rusia al Sur de la Turquía, y apresurar el momento en que esta nacion cayese, sin que se colocase en su lugar otra potencia que pudiese sustituirla. Pero ¿qué motivo podia haber determinado entonces á la Rusia á mostrar de este modo á la luz del dia y de un modo tan patente y tan poco disimulado sus proyectos, que en los últimos tiempos habia negado y ocultado con tan esquisitas precauciones? No

se encuentra ninguna otra razon mas que el peligro inminente de que la cuestion griega se emancipase de la influencia de la Rusia.

Ya en 1822, los moreotas habian dirigido peticiones á la Inglaterra reclamando su proteccion, y ¿quién podia conjeturar hasta qué punto un ministro como Canning podria resistir á la tentacion de establecer un protectorado inglés sobre la Grecia? Ya las simpatías de los ingleses por la causa griega habian llegado hasta tal extremo, que el poeta mas célebre de su país y de su época, lord Byron, habia tomado las armas en su defensa y se habia negociado en Lóndres un empréstito, que prometia convertir á la Inglaterra en un auxiliar de los griegos. Además, ya en toda la Europa el filhelenismo habia alcanzado una fuerza moral que amenazaba *desorientar* la causa griega y trasformarla en negocio enteramente occidental y europeo. Para contrarestar estos grandes movimientos del espíritu occidental, era preciso hacer en Oriente una nueva demostracion política ó militar. Tal fué la razon que dió origen á la Memoria rusa y que puso á Kapodistrias en campaña contra Canning, dando de nuevo á la política del hombre de Estado ruso un apoyo mas poderoso que nunca por parte del czar.

Pero para poder comprender enteramente las relaciones diplomáticas ulteriores que desde este momento cambiaron de una manera esencial entre las potencias, será necesario, no solamente referir los hechos del año de 1823, sino tambien arrojar una ojeada investigadora sobre la historia de la opinion pública en Europa, para llegar al punto que la historia de la diplomacia acababa de alcanzar, y seguir sus ulteriores manejos con los conocimientos preliminares indispensables.

CAPÍTULO VI.

Tercer año de la guerra.—Agotamiento reciproco.—Principio de la lucha entre los partidos.—Asamblea nacional de Astros.—Plan de campaña de los turcos.—La flota turca.—La Hellade Oriental.—La Hellade Occidental.—Sitio de Anatoliko.—La escuadra griega.—La guerra civil en el Peloponeso.—Victoria del partido civil.—Ojeada retrospectiva.

Dos años acababan de trascurrir en medio de luchas terribles, de victorias y derrotas sangrientas, de sitios mortíferos, de rapiña

(1) Puede verse en Trikupis, t. III, pág. 385.

y desolacion. Este período podia ser considerado por la Europa civilizada como una calamidad extrema; pero los griegos vieron en él los dos años mas felices de su insurreccion, cuando los compararon con los que les siguieron. Hasta entonces habia podido considerarse como una especie de regla, que la union ó las discordias intestinas entre los insurgentes eran siempre la consecuencia de las ventajas ó reveses sufridos por sus armas en la lucha contra los turcos: desgraciadamente esta regla iba á aplicarse en grande, despues de los notables triunfos de las campañas de 1822. Si hubiese sido posible á los griegos colocar cuidadosamente las ventajas conquistadas al abrigo de todo peligro, y servirse además de ellas para obtener nuevos triunfos; si se hubiesen aprovechado del profundo agotamiento del enemigo, despues de los desastres que habia experimentado en la última campaña, para crear inmediatamente una organizacion política sólida en el interior, para concretar sus fuerzas y recursos á fin de aplicarlos á las necesidades de la guerra y para trasladar la lucha á las mas favorables comarcas, acaso hubieran conseguido en aquellos mismos momentos llegar al objeto que se habian propuesto en la insurreccion.

En vez de esto toda la Grecia, aliviada por un instante de peligros exteriores, habia caido en un caos de desórden y confusion extrema. El gobierno central privado de su jefe Maurocordatos parecia haber perdido con él toda inteligencia y toda la consideracion que necesitaba gozar, para dirigir los negocios públicos en instantes tan críticos. Hubiera podido ciertamente entonces conquistar la consideracion perdida, pagando exactamente el ejército, procurándose artillería y organizando algunos cuerpos de tropas regulares, que hubieran servido de contrapeso á la influencia de los kleftos; pero faltábanle recursos para ello, tanto que los mismos miembros del gobierno llegaron á experimentar los mayores apuros pecuniarios. A causa del desprestigio del gobierno se elevaban los jefes militares. Ulises mandaba sin cortapisa en la Hellade Oriental; en el Oeste los capitanes estaban divididos entre sí y las asambleas disuel-

tas, y solo el Senado del Peloponeso, que consiguió marchar de acuerdo con Kolokotronis, ganó en poder cuanto habia perdido el gobierno central.

Entre tanto llegó el plazo marcado para la terminacion del poder central que era un año. Todo el mundo y hasta el mismo gobierno deseaban un cambio; mas como se habia convocado por una ley (21 de noviembre de 1822), una nueva asamblea nacional en Astros y los representantes no se reunieron, fué preciso prorogar los poderes del gobierno por algun tiempo. Pronto comenzaron á reunirse los representantes y en tanto número, que embarazaban ahora por su multitud mas que antes por su ausencia. La causa de esto era la division que habia reinado en las elecciones, de suerte que en muchas provincias todos los diversos partidos habian enviado representantes.

En esta Asamblea se notaron, lo mismo que en la de Piada, las dos influencias distintas, la militar y la civil, pero mucho mas caracterizadas y profundamente divididas. La primera se oponia con todas sus fuerzas al establecimiento de un gobierno legal y regular, y fundándose en los méritos últimamente contraídos en la campaña, pretendia dividir el país en distritos militares y gobernarle por medio de sus bandas. A la cabeza de este partido estaban en el Peloponeso Kolokotronis y Ulises en la Hellade Oriental. Los miembros que este partido tenia en el Parlamento se reunieron primero en Nauplia, cuartel general de Kolokotronis, en tanto que el partido civil se congregaba en Astros; pero á causa de la formacion de un tercer partido del justo medio, los del militar se trasladaron á Astros. La Asamblea confirmó con pequeñas modificaciones la ley orgánica votada en Epidavros, y si bien tomó la útil medida de disolver los senados locales, poco beneficio se obtuvo de esta determinacion, pues los jefes militares continuaron manteniendo la division en el país. Además puso á prueba la obediencia del dictador, nombrando una multitud de generales, suprimiendo el título de general en jefe que Kolokotronis habia tomado, pidiéndole que entregase la fortaleza de Nauplia y remitiese á la

Asamblea ciertos papeles. El general dió los papeles, pero guardó la fortaleza. Cuando la Asamblea antes de disolverse procedió á la eleccion de un nuevo gobierno, la influencia del partido civil se sobrepuso á los militares. Petrobey fué nombrado presidente; entre los demás miembros estaban Sotiris Charalampis y Andreas Zaimis del partido civil, y A. Metaxas, hombre de intriga que fué elegido para dar una dedada de miel á Kolokotronis, dejándose la quinta plaza para un insular, pero el turbulento Klefto consiguió ocupar este puesto.

Una vez dentro del gobierno, Kolokotronis tomó sus medidas para consolidar y estender su poder, que era el objeto de todos sus deseos, manifestándose resuelto á no abandonar el Poloponeso, donde su autoridad estaba arraigada.

Tripolitza que renacia entonces de sus cenizas, fué escogida como residencia del gobierno supremo. Bien pronto surgió otro nuevo motivo de confusion al tratar de la eleccion de presidente de la Asamblea legislativa, por haber sido elegido Petrobey que ocupaba este cargo, segun ya hemos visto, presidente del poder ejecutivo. En aquella ocasion Kolokotronis apoyaba la candidatura de Anagnostis Delyannis, uno de sus partidarios; pero con gran descontento del altivo soldado, eligió la Asamblea á Maurocordatos. Este, sin embargo, creyó oportuno refugiarse á Hydra en donde contaba con numerosos partidarios, pues Kolokotronis le amenazó con la muerte. La Asamblea insistió en considerar á Maurocordatos, á pesar de su ausencia, como presidente, reemplazándole tan solo provisionalmente con Notaras. La discordia habia estallado, pues, abiertamente entre los dos cuerpos del Estado; pero el gérmen de estas disensiones que Kolokotronis acababa de sembrar, no debia producir buenos frutos, ni para él ni para su partido, segun tendremos ocasion de observar mas adelante.

En estas circunstancias, era una fortuna inmensa y al mismo tiempo una prueba y testimonio de la gran importancia de las victorias del año precedente, que la Puerta no se encontrase en estado de tomar enérgicas medidas contra la insurreccion. La posicion de

los beligerantes, considerada esteriormente, no diferia mucho de lo que habia sido al principio del año precedente. En Morea, los osmanlis poseian todavía todas las fortalezas marítimas con escepcion de Nauplia, Navarino y Monemvasia; en la Hellade Oriental eran dueños de toda la parte de la llanura, que dominaban, ayudados de los puertos de Larissa, Zituni y Calcis, y sus planes eran los mismos que los de los años precedentes, pero conducidos con mas circunspeccion. El ejército del Este avanzando por la Beocia no debia atravesar en esta campaña los desfiladeros de Citheron y Megaride, hasta que otro cuerpo hubiese llegado á la Beocia y á la Fócide para ocupar las bahías de Galaxidi, Aspraspitia y Livadostro (Krisa, Antikyra y Kreusis). Mustafá, pachá de Skodra, hombre ambicioso, debia concentrar un cuerpo de ejército en Trikkala, uniéndose con Omer-Vrione en la llanura de Acheloos. Ambos reunidos debian marchar desde este punto á bloquear á Missolonghi, y reforzados con tropas de Asia, que la flota conduciria á Patras, trasladarse despues á la Morea.

Al mismo tiempo la division del ejército del Este, reunida sobre la costa setentrional del golfo de Corinto, debia ser trasportada mas allá del golfo de Acaya, á fin de mantener por la longitud de la costa de este último país, comunicaciones espeditas entre Patras y Acrocorinto, que estaban todavía en poder de los turcos. Conseguido esto, los ejércitos reunidos intentarían hacer levantar el bloqueo de Acrocorinto, á fin de maniobrar en seguida con la otra division del ejército del Este en la llanura de la Beocia, y finalmente, se habia encargado á los albaneses, únicos que entendian la guerra de montaña, la difícil mision de someter la Acarnania y la Etolia.

Por lo que respecta á la flota, su única tarea en esta campaña debia ser coadyuvar á las operaciones del ejército de tierra, con el objeto de sacar mejor partido que el año precedente de la dominacion del golfo de Corinto. Habíase encargado el mando de la escuadra á Vogoridis, que tenia fama de ser el hombre mas astuto y mas falso del imperio turco, y así, parecia mas bien escogido para negociar

con los rebeldes, que para hacer la guerra, en lo cual sus talentos eran bastante inferiores.

Con 15 fragatas, 13 corbetas, 12 bergantines y 40 trasportes se dió á la vela Vogoridis desde los Dardanelos el 23 de mayo. Despues de haber embarcado cerca de Moskonisi y de Tchesme 10,000 hombres de tropas asiáticas, se dirigió la escuadra hácia la Eubea deteniéndose delante de Karysto (8 de junio). En Eubea, los insurgentes desalentados, habian levantado de nuevo la cabeza desde la caída de Dramali. El olimpico Diamantis vigilaba constantemente la ciudad de Chaleis y Kriezotis sitiaba á Karysto reducida ya al último extremo. Cuando se presentó la flota turca, desembarcó 3,000 hombres, y con ellos los sitiados salieron contra los griegos cuyas fuerzas se dispersaron. Despues de haber recorrido tambien á Chalcis, el almirante envió una escuadrilla á la isla de Creta, levantó el bloqueo de Koron y Modon, presentándose despues delante de Patras (27 de junio), sin haber encontrado obstáculo alguno en estas empresas.

Con respecto á la Grecia Oriental, las fuerzas turcas reunidas en Larissa y Zitemi, no se asemejaban en nada al imponente ejército del año precedente. Segun las noticias adquiridas por uno de los espías griegos, su número no pasaba de 5,000 hombres, ocupados tambien por los rebeldes de la Magnesia. En esta comarca, en la estremidad oriental del Chersoneso, los indigenas, unidos á los fugitivos olimpios y á los habitantes de Kassandra, habian elegido por jefe á Karatassos, ocupando una posicion fortificada cerca de Trikeri. Durante la espedicion proyectada contra el Sur, los turcos no podian dejar á sus espaldas estos enemigos, y por este motivo enviaron contra ellos á Rechid-Pachá, el vengador de Peta, el cual, si bien destruyó á Lechonia y á un gran número de pueblos hasta Trikeri, no pudo tomar por asalto la posicion de los griegos, y aun en algunos otros puntos los insurgentes se sostenian con ventajas. Aunque en esta comarca desprovista de agua, los magnesianos tuvieron que soportar toda clase de privaciones, se sostuvieron sin embargo obstinadamente en su posicion, impi-

diendo así á los turcos desguarnecer enteramente la Thesalia y debilitando las tropas destinadas á marchar al istmo. Cuando este ejército abandonó al fin á Zitemi (principios de junio) para ponerse en movimiento, uno de los cuerpos que debian dirigirse á Salona contaba solo 6,000 hombres, y otro que marchó sobre Thebas solo ascendia á 4,000.

El gobierno griego no habia hecho nada á tiempo ni tomado medida alguna para defender el país. Ulises, al dejar á Astros para volver á Atenas, habia anunciado á los capitanes que debian pensar en defender la provincia con sus propios recursos; pero cuando los turcos llegaron al país encontraron los desfiladeros abandonados hasta por los mismos indigenas. La tropa destinada á marchar hácia el golfo de Corinto llegó hasta el valle del Cefiso, desde donde se dirigió á atacar un pequeño cuerpo de tropas de Ulises colocadas cerca del convento de Jerusalem; pero tratando de llegar mas adelante de Cryso, encontró tan seria resistencia, que se vió obligada á contramarchar hasta Desfina sobre el golfo de Corinto, desde donde volvió de nuevo sobre Manesi, mientras que la otra division que debia atravesar al istmo, no encontró en ninguna parte resistencia. Con tan favorables auspicios los turcos pudieron someter la isla de Eubea, á pesar de una tentativa que hizo Ulises al frente de 1,000 hombres para estorbarlo. Los musulmanes, despues de sus triunfos de Eubea inundaron el Atica (principios de setiembre), llevándolo todo á sangre y fuego; pero no intentaron atacar el acrópolis de Atenas defendido por Jouraz, prefiriendo retirarse á Kalamos (13 de setiembre), y aquí fué donde los griegos encontraron un socorro inesperado, en una epidemia que obligó á los turcos á levantar el campo. El pachá de Karysto se retiró á la Eubea, y Yusuf y Salih-Pachá con el resto de las tropas volvieron á Zituni, viéndose reemplazados por Abulabud que reunió en aquel punto (octubre) apelando á la fuerza, un nuevo ejército, pero no por eso pudo franquear el Ceta. De esta manera la Grecia Oriental se vió en salvo casi sin defensa y sin resistencia alguna.

Las empresas de los turcos al Oeste de la

Grecia, tuvieron un éxito parecido, aunque fueron concebidas de un modo mas inteligente y su ejecucion encargada á mas fuertes manos. Moustai, pachá de Skodra, con 13,000 hombres, debia abandonar la Thesalia, penetrar en la Etolia pasando por Agrafa, y avanzar hasta la llanura de Vrachori, mientras que Omer-Vrione con 3,000 albaneses inundaria la Acarnania, debiendo en seguida ambos generales unirse en las orillas del Acheloos delante de Missolonghi. Esta tempestad que se formaba en el horizonte era tanto mas peligrosa cuanto que desde la partida de Maurocordatos los negocios marchaban muy mal en esta parte de la Grecia. Las bandas armadas se dispersaron por el país y vivian de la rapiña, mientras que algunos jefes se habian retirado á las ciudades de Missolonghi y Anatoliko.

Además las disensiones intestinas entre las autoridades centrales se hacian sentir de un modo funesto en las medidas absurdas que tomaban los diversos partidos. En lugar de la autoridad provincial formada por tres jefes, segun la habia constituido Maurocordatos, el gobierno habia nombrado á Constantino Metaxas general en jefe de las fuerzas militares, y este nombramiento hecho bajo el influjo de Kolokotronis era altamente impolítico. El indicado para este mando en la Grecia Occidental era Marcos Botzaris, amigo de Maurocordatos, jóven de pequeña estatura, rostro pálido y sóbrio de palabras, único de todos los insurgentes educados en el ejercicio de las armas que se habia colocado con entera sinceridad al lado del partido del orden. Modesto, de carácter dulce, fiel á su palabra, justo, político y mesurado en sus acciones, aventajaba á los demás miembros del partido civil por su abnegacion desinteresada, por la causa que habia abrazado. Resuelto en la guerra, sobrepujaba á la mayor parte de los jefes mas eminentes por sus costumbres militares y por su bravura personal. Adorábanle los suliotas, cuyos rudos corazones apreciaban su carácter; pero estos valientes soldados, que se habian visto obligados á abandonar el país lo mismo que su jefe, eran objeto del envidioso celo de todos los que les rodeaban. Sin embargo,

cuando los turcos penetraron en el territorio, solo Botzaris les salió al encuentro con 1,200 hombres. El número de los enemigos ya hemos visto cuál era, solo su vanguardia ascendia á 5,000 y se habia situado al pié del monte Veluki. Botzaris conoció cuán temerario era atacar tan respetables fuerzas con un puñado de combatientes en batalla campal, y así determinó valerse de sus estratagemas para derrotar al enemigo. Algunos hombres atrevidos de entre los insurgentes que conocian la lengua turca, penetraron durante la noche (19 de agosto) en el campo enemigo, en donde con cautela adquirieron todos cuantos informes necesitaban. En vista de ellos, resolvió Botzaris sorprender á los turcos, la noche siguiente, cinco horas despues de la puesta del sol, y dividió su tropa en dos cuerpos, de los cuales uno debia atacar por la parte de la montaña, mientras el otro atacaria por la llanura. En el momento señalado, Botzaris llegó al punto indicado con sus 350 suliotas; esperó por espacio de un cuarto de hora á que llegase la otra division, y en seguida atacó solo á los turcos, que sorprendidos se entregaron á la huida con tanta confusion que se destruian unos á otros. Desgraciadamente el triunfo de esta noche no compensó la grave pérdida que experimentaron los griegos. En la pelea Marcos Botzaris habia sido ligeramente herido en un muslo, y como no hiciese caso de su lesion, al atacar uno de los atrincheramientos del campamento, recibió una bala en la frente que puso fin á su existencia. En un principio se ocultó su muerte, pero cuando se comenzó la retirada en buen orden al amanecer, pudo verse á uno de sus amigos, Dusas, que llevaba sobre sus hombros el cuerpo de esta noble víctima. Por la parte de la montaña pocos soldados habian hecho su deber; pero sin embargo, se arrebató al enemigo un botin considerable de armas y pertrechos.

Toda la Grecia manifestó el mayor sentimiento por la muerte de Botzaris, se consideró su pérdida como una calamidad nacional, y se le dió sepultura en Missolonghi con gran pompa. El miserable gobierno que en vida le habia manifestado tan escasa estima-

cion, le mancillaba todavía despues de su muerte, con el pomposo embuste de que en la última accion habian perecido 10,000 turcos, cuando solo habia en el campamento 5,000. El hermano de Botzaris, Kostas, se puso al frente de su batallon que se replegó á Vlakos, y los demás suliotas, á las órdenes de Tsavelas, tomaron posiciones en las alturas del monte Kalliakuda, en donde, resueltos á defender la eparquia de Karpenisi, recibieron refuerzos que hicieron subir su número hasta 2,000 combatientes. Los turcos no se atrevieron á seguir adelante sin haber conseguido antes destruir este campo que ocupaba una posicion formidable. Cuatro ataques del enemigo fueron rechazados; pero habiendo conseguido 400 audaces turcos atacar por la espalda á los suliotas, encontráronse estos cogidos entre dos fuegos y solo pudieron escapar á una total destruccion, abriéndose paso con las armas en la mano á través de las fuerzas enemigas y con la pérdida de mas de 400 hombres.

Sin encontrar otros obstáculos continuaron entonces los turcos su camino, mientras que el cuerpo de Omer-Vrione llegaba á Lepenon en la Acarnania. Ambas divisiones turcas se unieron (fin de setiembre) sobre la orilla izquierda del Acheloos y se adelantaron hasta la costa, ocupando por una parte á Paliosaltzena á tres leguas de Anatoliko y por la opuesta á Bochori y Galatas al Este de Missolonghi, de suerte que los griegos dudaban cual de estas dos ciudades pensaban atacar los turcos. Era natural suponer que para reparar el desastre del año anterior, los turcos desearian apoderarse del único baluarte que les habia obstruido el paso del estrecho, y por esta razon los primados de Missolonghi dirigieron activas peticiones al gobierno para que les enviase una flotilla con Maurocordatos, cuyo nombre tenia en este punto mas prestigio que entre los kleftos del Peloponeso.

No obstante, el gobierno, hostil á Maurocordatos y disgustado con los insulares, permaneció en una inaccion vergonzosa por algun tiempo, y solo cuando á fines del año se esperaba á lord Byron en Missolonghi, se armó una pequeña flotilla y se condujo á Mau-

rocordatos á esta ciudad, aunque á la verdad demasiado tarde, si los turcos hubiesen tenido intencion de atacarla. Para reconocer el verdadero designio del enemigo, los habitantes de Anatoliko prepararon una emboscada (16 de octubre), hicieron algunos prisioneros, y por ellos supieron que se preparaban los turcos á atacar su ciudad. El desastre experimentado el año anterior delante de Missolonghi, habia dado á los turcos una idea exagerada de su fuerza, y por esta razon querian hacer una tentativa contra Anatoliko, pues esta pequeña ciudad, situada en una laguna, estaba enteramente desprovista de fortificaciones y no contaba con recurso alguno para sostener un sitio. No tenia ni agua ni otras provisiones, y su guarnicion solo ascendia á 500 hombres. Felizmente la mar estaba abierta, y la flota, mandada por Chosrew-Pachá, que habia aparecido poco tiempo antes en estas aguas procedente de Patras, encontrando la costa que media entre Missolonghi y Anatoliko desguarnecida de tropas turcas, estendió su línea desde Naupaktos hasta el cabo Kandili. Poco tiempo despues Chosrew abandonó el golfo, en donde solo dejó una pequeña escuadrilla incapaz para cortar las comunicaciones.

Los turcos levantaron contra Anatoliko tres baterías, y poco despues otra colocada en sitio favorable para impedir la llegada de buques insurgentes; pero los griegos que tenian allí á su servicio un ingeniero hábil llamado Kokkinis y un artillero inglés, y que recibieron además del metropolitano Ignacio tres cañones, apagaron los fuegos de esta batería. Entonces los sitiadores construyeron algunos barcos de poco calado, que pudiesen navegar por las aguas poco profundas de aquella costa, pero desde el momento en que percibieron algunos buques griegos, quemaron ellos mismos estos pequeños bajeles, renunciando al proyecto de impedir las comunicaciones por mar á los sitiados.

Estos, en efecto, consiguieron entonces avituallarse de todo, escepto de suficiente agua potable; pero una casualidad que pareció á los griegos milagrosa, remedió esta falta de agua, y los cristianos que vieron en ella un

favor especial de la Providencia, sintieron renacer su valor. Una bomba turca cayó en la iglesia de San Miguel y perforó el suelo de donde salió un abundante manantial. Lo único que faltaba ya era que los sitiados causasen el hambre en el campamento enemigo, y á este objeto dirigieron sus esfuerzos. Los griegos sabian que los convoyes de víveres de los turcos se dirigian desde Patras hasta Bochori, y desde este punto por tierra á Anatoliko. Kitsos Tsaveles, uno de los jefes de los sitiados, consiguió apoderarse de uno de estos convoyes (29 de noviembre), y al saber los turcos este desastre, temiendo además la aproximacion del invierno, determinaron levantar el sitio. Durante una noche tempestuosa, huyeron precipitadamente (12 de diciembre), creyendo ser perseguidos por los habitantes de Anatoliko mas terriblemente que lo habia sido el año anterior el ejército que sitiaba á Missolonghi.

La soberbia empresa dirigida contra la Grecia Occidental, tuvo pues el mismo resultado que la que se habia intentado contra la Oriental. Es cierto que los buques turcos circulaban libremente por el golfo de Lepanto entre Patras y Corinto, y por lo tanto era fácil conservar la ciudadela inespugnable de esta ciudad; pero los refuerzos que el gobierno griego habia enviado en muchas ocasiones al ejército que la bloqueaba, habian saqueado los almacenes turcos situados á orillas del mar y ocupado á Rachia, con el fin de impedir el desembarco de nuevas provisiones y á Soukos para embarazar las salidas de los sitiados. Por estas causas y despues de algunos meses de escasez y penuria, viéronse obligados los turcos á entablar negociaciones con los griegos. El gobierno central envió con este objeto varios delegados, entre los cuales se contaba Kolokotronis, y gracias á la lealtad de Nikitas, se ejecutaron fielmente las condiciones de la capitulacion, siendo transportados los vencidos á Salónica con armas y bagajes.

Chosrew-Pachá, inactivo y poco práctico en el mar, como son en general todos los turcos, habia concluido su espedicion marítima con menos pérdida, pero tambien con menos ventajas que su antecesor en la campaña del

año precedente. Al abandonar la estacion del Oeste (6 de setiembre) en donde habia permanecido por espacio de dos meses, dejó allí á Yusuff-Pachá con tres fragatas y doce buques mas pequeños, que no molestaron mucho á los griegos de Anatoliko. Tan pronto como la flota de Hydra y de Spezia conducida por Maurocordatos apareció en aquellas lagunas (diciembre) en socorro de las ciudades amenazadas, Yussuff se retiró al interior de los pequeños Dardanelos (golfo de Lepanto). Los buques griegos, á consecuencia de esta retirada pudieron apresar sin dificultad alguna un bergantín turco, que conducia 500,000 piastras desde Preveza á Patras. El buque fué destrozado en las rocas de Itaca, y los griegos degollaron á la tripulacion, violando de este modo la neutralidad de esta isla. En seguida los hidriotas partieron con el dinero despues de haber sostenido una cuestion con los speziotas, cuestion que estuvo á punto de terminar en una lucha armada. Despues de esta hazaña la escuadra se dispersó en parte, permaneciendo el resto en la inaccion. Posteriormente, cuando se anunció la vuelta de Chosrew de Patras, los griegos parecieron avergonzados de su inaccion. Entonces reunió el gobierno algunos recursos, á fin de oponer una escuadra el almirante turco cuando apareciese en el mar Egeo. Algunas de las islas, que no estaban preparadas para la resistencia, enviaron mensajes á Chosrew cuando pasó por delante de ellas atestiguando su fidelidad. Tinos, por el contrario, se manifestó resuelta á la resistencia, y al saberlo dijo Cosrew á sus oficiales que querian tomar venganza de este hecho: «¡Son niños, dejadlos jugar!» Cuando la flota se presentó delante de Paros, los habitantes de esta isla, que eran los marinos mas decididos de los griegos, se manifestaron dispuestos á defenderse, y habiendo sabido Chosrew que la escuadra enemiga se acercaba, se refugió á Mytilene. En efecto, la flota griega compuesta de cuarenta y seis velas y mandada por Miaulis, se dirigió en su busca (20 de setiembre). Una tempestad la dispersó (26 de setiembre), lanzando al dia siguiente al navío almirante con otros tres buques en medio de la flota turca, de donde solo pudieron escapar con

gran trabajo, despues de un combate de cuatro horas y habiendo sufrido pérdidas considerables. Los turcos dirigieron entonces su rumbo hácia el golfo de Volo, á donde los persiguieron los griegos, y rechazaron la escuadra enemiga hasta Artemision, lanzándole dos brulotes que no hicieron efecto alguno. Temiendo Chosrew nuevos brulotes, trató de salvarse manteniéndose lo mas lejos posible, y pasando por el Estrecho entre las rocas de Pondikonisi y Artemision, entró despues en el Helesponto. Entonces tuvo el cinismo de conducir á Constantinopla con aire de triunfo quince buques pequeños que habia apresado aquí y allá. Cuando los griegos abandonaron tambien este punto, hicieron una feliz captura totalmente inesperada. En el canal de Orcos (Histiaia) encontraron diez buques de guerra, mandados por el pachá de Salónica, los cuales conducian prisioneros de la isla de Eubea. Los turcos tomaron en un principio por compatriotas á los griegos y avanzaron hácia ellos sin temor; pero habiéndose apercebido de su error, vararon sus buques en la costa. Una corbeta y cuatro bergantines fueron tomados por asalto sin resistencia, una goleta fué incendiada por su misma tripulacion, mientras que los otros buques consiguieron refugiarse en Hagia-Marina.

Los socorros que la Grecia Occidental habia recibido del gobierno, se limitaron á la tardía llegada de la pequeña escuadrilla de 300 hombres, que Lontos habia enviado en el momento de la invasion de Mustafá y que tomaron parte en el combate de Kalliakuda. Esta negligencia reconocia por causa la duracion y el aumento de las turbulencias interiores del Peloponeso. Para tener espeditas las vias que conducian á la Hellade Occidental, hubiera sido preciso establecer un bloqueo rigoroso entorno de Patras, segun lo habia proyectado el gobierno; pero como este habia dado el mando supremo á Giatrakos y no á Kolokotronis, los partidarios del viejo klefto, los Delyannis, los Sissinis y otros, no concurren con sus partidas á la formacion del ejército, que pudo considerarse casi disuelto. De esta manera los enemigos no habian sido

molestados, y las ciudades de la Hellade Occidental quedaban sin socorro alguno, en tanto que en el interior de la Península las diferencias y disensionés siempre crecientes, causaron luchas enconadas entre las diversas tribus. La influencia de Kolokotronis comenzaba á debilitarse cada dia mas en medio de estas querellas. El haber abandonado el servicio puramente militar para consagrarse á la política, le hizo perder muchos de sus antiguos partidarios. Como habia sucedido antes á Maurocordatos y debia suceder despues á Ulises, esta doble ocupacion le quitó la necesaria energia para desempeñar bien ninguna de sus funciones, ni las civiles ni las militares, y durante este año se disiparon en la opinion pública todos los méritos que el klefto habia contraido en la campaña precedente.

De todas las provincias del Peloponeso, la Acaya era la única en que todavía tenia influencia. Cuando se declaró ostensiblemente la ruptura entre los partidos civil y militar, Mourtsinos, antiguo rival de Petrobey y hasta entonces fiel compañero de Kolokotronis, se declaró por el gobierno legal, y los habitantes de la Argólida y de la Elide se mantuvieron neutrales, escepto Sissinis que permaneció fiel á Kolokotronis. La Acaya se encontraba enteramente en manos de los hombres del partido civil; los insulares eran decididos adversarios de Kolokotronis, y la Asamblea legislativa que continuaba en Argos, desconfiando de todos los miembros del gobierno, escepto de Zaimis, se colocó en abierta oposicion con Kolokotronis, que por esta causa se vió obligado á rehusar la vice-presidencia, sin querer renunciar no obstante á su accion política.

Era imposible que la tension provocada por este estado de cosas durase mucho tiempo. En efecto, Sissinis se opuso con las armas en la mano á los dos Andreas, que querian hacer entrar á la Elide en una especie de liga aquea. El gobierno envió tropas contra ellos á las órdenes de Kolokotronis y Plapoutas, de suerte que la guerra civil parecia haber estallado ya. Felizmente los que se habian armado contra Sissinis estaban divididos entre sí y abandonaron su propósito. Bien pronto se vió que las gentes del pueblo

no se interesaban en las intrigas de sus notables, y así en el momento mismo en que Plapoutas se puso en camino para socorrer á Sissinis, un gran número de campesinos se reunió en Dismisana, hiriendo á uno de los Delyannis.

Los parientes del herido mataron de un tiro al culpable, que era uno de los compañeros de Plapoutas, cortaron los cabellos á su esposa y marcharon á sitiar á Palmupa, residencia de la familia de Plapoutas, el cual se adelantó repentinamente hácia los sitiadores y los alcanzó cerca de Akovi. Consternado con esta querrela repentina entre dos familias que pertenecian al partido del gobierno, Kolokotronis, aliado desde mucho tiempo antes de los Delyannis, corrió á Caritena para arreglar estas disensiones, y Metaxas se presentó también en este punto con el consentimiento de la autoridad suprema. Alejando á estos dos hombres, el gobierno quedó solo representado por Mauromichalis y Sotiris Charalampis, y sin observar la ley que exigia la presencia de tres miembros, continuó tomando disposiciones gubernativas, mientras que la Asamblea se aprovechaba de esta ocasion por destituir á Metaxas (7 de diciembre), nombrando á Kollettis en su lugar. Los dos miembros del gobierno, á los cuales la Asamblea no habia destituido, aun cuando habian sido causa del alejamiento de Metaxas, valiéronse entonces del mismo pretesto que la Asamblea para declararla ilegal, puesto que no contaba con las dos terceras partes de sus miembros, requisito necesario para la votacion de las leyes, y como por otra parte no consideraban á Metaxas como destituido, no recibieron en su seno á Kollettis. Opusieron también un golpe de Estado á otro, y enviaron á Pannos, Kolokotronis, Nikitas y otros á Argos (10 de diciembre), para disolver la Asamblea y reducir á prision á los principales culpables. Penetraron los comisionados del gobierno con 200 hombres en la sala de sesiones, dispersaron á los diputados, saquearon sus casas y arrebataron los archivos; pero no habiendo tenido cuidado de impedir una nueva reunion, los representantes escaparon secretamente por mar y por tierra á Kranide, en donde se en-

contraban próximos á las islas adictas á su causa. Hasta los mismos archivos fueron hábilmente arrebatados á Nikitas por su propio cuñado Zacharópulos y restituidos á la Asamblea. Los insulares acogieron con regocijo una proclamá (del 15 de diciembre) en la que los diputados publicaron los motivos que les habian obligado á trasladar el punto de sus reuniones, y les aconsejaron por medio de mensajes (1) que destituyesen también á los demás miembros del gobierno. Siguió este consejo la Asamblea (18 de enero de 1824), y entonces algunos de sus miembros (cerca de quince) que habian permanecido fieles al gobierno, se separaron presentándose en Nauplia, residencia del antiguo poder. Al mismo tiempo la Asamblea legislativa instituyó un gobierno compuesto de individuos de las mismas opiniones. El presidente era Jorge Konturiotis, y los demás miembros Botassis, Nicolás Lontos y Koletis. El antiguo gobierno decretó desde Nauplia nuevas elecciones para otra Asamblea nacional y trasladó su residencia á Tripolitza.

De esta manera se formaron dos gobiernos rivales, de los cuales uno residia en Kranidi y el otro en Tripolitza, y que se consideraban mutuamente como ilegales. Los hombres del partido civil llamaban á sus adversarios *kleftos*, nombre que se convirtió entonces en un epíteto insultante, y los del partido militar designaban á los contrarios con el de *fanariotas*, pero el de rebeldes quedó al partido militar. La Asamblea nacional y el nuevo gobierno tenian de su parte á los insulares y por consiguiente á la flota, única cosa que pudo asegurar el poder de la Grecia; pero lo que les conquistó todavía una base mas sólida, fué la perspectiva de un empréstito que se negociaba en Inglaterra, y que si se conseguia debia asegurar el predominio del partido civil sobre el militar. La Grecia Continental permaneció indiferente á estas disensiones de los *moreotas*; pero el pueblo de la parte occidental, que permanecia fiel al influjo de *Mauromordatos*, se colocaba mas bien al lado del gobierno legal. La prensa de Missolonghi y

(1) *Trikupis*, t. III, p. 377.

de Hydra, cuya existencia data de esta época, se pronunció en el mismo sentido, así como el mayor número de los hacendados, de los hombres de talento y hasta de los escritores y corifeos de la opinion pública que habian recibido alguna instruccion.

Por otra parte Kolokotronis no tenia en su favor mas que las armas de algunos de sus partidarios de fidelidad dudosa y la asistencia de un rival tambien dudoso, Petrobey, que contra la naturaleza de las cosas habia abandonado el partido civil para ponerse de su parte. Además de las fortalezas de Nauplia y Acrocorinto que pertenecian á sus partidarios, habia tratado de posesionarse de Monenwasia ganando á la guarnicion; pero no pudo conseguirlo. Intentó tambien pedir á Ipsilantis, que vivia entonces retirado en Tripolitza, que ensayase una mediacion para llegar á un acomodo entre ambas partes; pero las proposiciones del príncipe fueron rechazadas (fines de febrero). No se encontraba seguro el antiguo gobierno en Tripolitza, pues algunos artesanos intentaban sublevarse contra él, y aunque este golpe de mano no pudo realizarse le reveló las pocas simpatías de que gozaba.

Entre tanto los hombres de Kranidi atacaron á sus adversarios en el mismo seno de su poder. Proclamaron á Nauplia la sede de su gobierno y se trasladaron por mar (18 de marzo) á la aldea de los Molinos (Myloi), desde donde cañonearon la fortaleza y la ciudad de Nauplia, conminando á Pannos Kolokotronis á que las entregase. Habiendo este rehusado acceder á ello, le declararon traidor á la patria, le bloquearon en el fuerte con su madrastra Bobolina y con Metaxas, ocuparon á Argos (2 de abril) y obtuvieron la rendicion de Acrocorinto, marchando en seguida con sus tropas sobre Tripolitza. Kolokotronis y sus partidarios, con cerca de 1,000 hombres, tomaron posiciones para defender la ciudad, mientras que Lontos, Zaimis, Notaras, Giatrakos y Kefalas, marchaban contra ellos al frente de 3,000 combatientes. Ocuparon (13 de abril) los del partido civil los arrabales y sostuvieron algunas escaramuzas contra los de la ciudad. Los rebeldes recibieron un refuerzo

de 1,000 arcadios; pero estos estaban muy poco dispuestos á batirse contra sus compatriotas, y entonces Kolokotronis creyendo imposible la defensa entró en negociaciones con los enemigos (17 de abril), cuyo resultado fué el que se dejase partir á los rebeldes sin molestarles. En este momento se difundió la noticia de que habia llegado á Zante (24 de abril) el primer plazo de 40,000 libras esterlinas, del empréstito que efectivamente se habia conseguido contratar en Lóndres. Kolokotronis, calculador y perspicaz, conoció que él y su partido estaban perdidos si no se apoderaban violenta y prontamente de todo el gobierno antes de que esta suma cayese en manos de sus enemigos. Por esta razon combinó rápidamente una série de medidas hábilmente concebidas, que puso en ejecucion con la prontitud y energia que le caracterizaban. Llegó á Caritena solamente con quince hombres y reforzó su tropa con tanta rapidez y hasta tal punto, que pudo marchar en seguida contra Tripolitza, para sitiarse á los que poco antes le habian bloqueado dentro de la ciudad. Petrobey debia marchar hácia el Sur y ocupar, si le era posible, á Kalamata, y Gennaios, Kolokotronis y Plapoutas, recibieron orden de recorrer á Nauplia que estaba bloqueada. Por el camino hicieron 500 prisioneros, luego se unieron con Nikitas y llegaron á Kosopodi (20 de mayo) en donde encontraron á Hadschi-Christos, enviado por el gobierno con un cuerpo de tropas búlgaras, que habian venido á Grecia atraidas tanto por su odio hácia los turcos como por su espíritu aventurero. Hubo entonces multitud de combates combinados con las salidas que hacian los de Nauplia. En una ocasion Hadschi-Christos llegó á verse cercado; pero habiendo recibido un refuerzo de 50 hombres á las órdenes del valiente Matriyannis rechazó á los rebeldes. Todavía intentaron los kleftos otros golpes contra el gobierno, pero tambien en ellos llevaron la peor parte.

Desesperando entonces Kolokotronis de su causa, entró en negociaciones con el gobierno, que no queriendo entregarse demasiado en manos de los insulares no fué escesivamente exigente con los rebeldes. Se dieron 20,000

plastras para distribuir las entre las tropas de Pannos que entregó á Nauplia (19 de junio), los rebeldes depusieron en todas partes las armas, y todos los dias se dirigian peticiones de sumision al gobierno, que proclamó entonces una amnistia general (14 de julio).

Si se considera sumariamente la posicion de ambas partes beligerantes hácia fines del tercer año de la revolucion, no se acusará de sofistas á los diplomáticos rusos por afirmar en estos momentos que la Puerta habia ya consumido enteramente sus recursos. Durante todo el tiempo que se sostuvo esta insurreccion, el gobierno turco no habia podido hacer nada contra ella, pues su agotamiento llegaba hasta la impotencia. En estos años su Hacienda cayó en la mas completa ruina, y como no se pudo inducir al sultan á crear papel-moneda, se recurrió al medio siempre fatal de aumentar el valor de la moneda rebajando su peso y su ley. Además de la falta de dinero, se experimentaba tambien la carencia de hombres capaces de servir en la flota y en el ejército de tierra, pues no se podia contar con entera confianza con los albaneses que paralizaban los planes de campaña de los turcos siempre que podian, con el objeto de prolongar la guerra. A causa del desaliento del pueblo, de las disposiciones de los genizaros y de la disminucion de los impuestos, no se podian hacer grandes levadas de tropas en ninguna provincia exclusivamente otomana. Los observadores mas ilustrados anunciaron que para la nueva campaña de 1824, la Puerta no podria reunir 10,000 hombres en ninguno de los tres puntos principales de las operaciones militares, es decir, la Grecia Oriental, la Occidental y la Morea. Sin embargo, se conocia que era necesario hacer para esta cuarta campaña un supremo esfuerzo, pues en el caso de que fuese estéril como lo habian sido las precedentes, apenas podia pensarse en la posibilidad de una quinta, sin provocar una reaccion entre los osmanlis, lo cual se creia mas peligroso que la misma insurreccion griega. Faltaban además oficiales de marina capaces y jefes militares de un valor acreditado. El pachá de Skodra, cuyas mejores tropas estaban compuestas de cristianos, y á quien los albaneses consideraban en-

tonces como el jefe de su raza, era un aliado indispensable, pero temido y sospechoso. En cuanto á Omer-Vrione, pachá de Janina, se sabia que no gustaba de separarse mucho de su residencia porque temia á la Puerta y á su rival Mustafá de Skodra que amenazaba sus posesiones de la Albania Central. Ante esta escasez extrema de recursos, de hombres, de servidores inteligentes y fieles, la Puerta se encontró en este momento reducida á la dura necesidad de decidirse á pedir socorro al mas temible de todos sus peligrosos aliados y á ofrecer al virey de Egipto el mando supremo de las tropas de mar y tierra. Su kapukiaya (agente) en Constantinopla, Nedjib-Effendi, fué enviado (principios de 1824) con esta mision secretamente del Cairo, en donde el virey le recibió con gran pompa (17 de marzo).

Pero ¿cuáles eran los socorros que los griegos abandonados de todo el mundo podrian reunir, ellos que despues de haber esperado en vano que los cristianos se armasen para una nueva cruzada solo habian encontrado una neutralidad equívoca que los dejaba entregados á sus propios esfuerzos? Sus débiles recursos estaban tambien agotados en estos momentos, no contaban con los medios de tomar regularmente á su servicio los hombres armados de la campaña, ni la posibilidad de pagar un sueldo regular á la marina, que entregada á sí misma, debia necesariamente degenerar en una banda de piratas sin disciplina. Los jefes militares, que debian de ser los principales instrumentos de la guerra, se destrozaban mutuamente en el Peloponeso en una lucha civil que les distraia por completo de la causa comun de la patria arrebatándoles al mismo tiempo las simpatias del mundo europeo, y esto precisamente en el momento en que su última esperanza dependia de que se constituyese un estado de cosas que justificase una intervencion en favor de su independencia.

Por fortuna estas disensiones intestinas no llegaron hasta el extremo de que pudiesen cambiar en antipatía las simpatias del Occidente, que se habian desarrollado cada vez mas á causa de las atrocidades repetidas por

los turcos. El humor pendenciero de los griegos, estrechamente relacionado con sus mejores cualidades, con su actividad y su necesidad de obrar con independencia, encontraba su antídoto en estas mismas facultades. El objeto mezquino de un poder pasajero dividido en un pequeño territorio, manzana de discordia para los jefes de partido, no alimentaba sin embargo en Grecia ambiciones bastante fuertes, para que los jefes hubiesen podido explotar la causa de la insurrección con un fin enteramente personal. Las veleidades napoleónicas de tantos jefes de la América del Sur ó de tantos pachás turcos, no podían nacer y encontrar un terreno favorable en la organización democrática de estos pequeños cantones, y el feliz instinto de las masas formaba un contrapeso á las querellas continuas de los capitanes. De esta suerte, estas disensiones intestinas, por sensibles que fuesen, dieron la victoria al partido civil sobre los kleftos, á las autoridades legales sobre los rebeldes, á los hombres de orden sobre los turbulentos y á la inteligencia sobre la fuerza bruta. De esta manera pudieron formarse lazos no solamente de vagas simpatías, sino de intereses materiales entre el Occidente y este joven advenedizo en la familia de los pueblos de Europa, lo cual hizo posible que la Grecia adquiriese auxiliares en el momento en que la Puerta recurría á su aliado de Egipto. Los auxiliares de la Grecia eran socorros materiales y morales que le suministraron los individuos de opinion liberal y humanitaria de Europa, en tanto que la Puerta se humillaba ignominiosamente delante de un vasallo. La catástrofe de toda la insurrección, el punto culminante de la desgracia de los griegos se encuentra en esta nueva condicion de dos fases, á saber: si la Grecia debía pertenecer al Occidente ó al Oriente. Si la expedición militar emprendida por el Egipto hubiese producido la victoria para la Puerta, dando al virey la Creta y la Morea como recompensa de su triunfo, el Oriente hubiera celebrado una nueva ventaja y la cristiandad sufrido otra derrota. Pero estos temores dieron mayor energía á las simpatías del Occidente por este pueblo amenazado con el aniquilamiento, y

estrecharon mas y mas los lazos entre la Europa y la Grecia. Nuestra primera tarea será por lo tanto considerar á los auxiliares de las dos partes beligerantes, los filhelenos y los egipcios.

CAPÍTULO VII.

Simpatías del Occidente por la causa de los griegos.—Primeros orígenes del filhelenismo.—La Alemania.—La Inglaterra.—Mehemet-Ali.—Armamentos del Egipto contra la Morea.—Caída de Psara.—Las flotas combinadas de Turquía y Egipto.—Guerra civil entre los primados.—Administración de Konturiotis.—Los egipcios en Morea.—Toma de Navarino.—La flota griega.—Irrupción de los egipcios en el interior del Peloponeso.—Segundo sitio de Missolonghi.—Situación interior de la Grecia.

La reserva observada hasta este momento por los gobiernos de Europa con respecto al movimiento griego, las sutilezas legitimistas del emperador de Rusia, la indiferencia de la Prusia, la política espectante y poco sistemática de la Francia, los cálculos frios de la Inglaterra y del Austria, y el interdicto pronunciado en Verona contra los griegos, no consiguieron destruir la simpatía que hacía esta causa manifestaron muchos individuos que pertenecían á las diferentes clases de la sociedad. Las luchas que tienen por objeto la independencia de las naciones, cuentan siempre con numerosas simpatías, y en esta ocasión tratándose del país clásico de la Grecia, el entusiasmo era tan notable, que había muchas personas que en un principio abrigaban la firme convicción de que la Europa emprendería una cruzada general, mientras otros juzgaban que la Rusia efectuaría una expedición militar, con el designio de restablecer el imperio bizantino, conforme á los deseos y aspiraciones de los griegos.

Los primeros entusiastas que se presentaron en el teatro de los sucesos, sintieron bien pronto enfriarse su ardor, al observar el desden con que eran tratados por los naturales que se burlaban de sus costumbres y de su traje europeo; pero el eco de estos filhelenos no llegaba á la Europa, y el partido liberal de todos los países continuaba elevando su voz por los griegos, y exhortando á las naciones á socorrerlos en nombre de la humanidad, de la civilización, de la religión, de las bellas letras y de la antigüedad clásica.

A consecuencia de estos trabajos, formá-

ronse poco á poco asociaciones de socorros, y la prensa elevó su voz con tan poderosa unanimidad, que arriesgó todos los peligros, imponiendo además respeto á los mas decididos adversarios de los griegos. Bien pronto se despertó un interés general por este pequeño rincón de tierra, y la resistencia que encontraba todavía en las clases mas elevadas de la sociedad, disminuía cada vez mas con el trascurso de los años.

La causa griega encontró las primeras simpatías activas en Alemania, en donde se trabajó ya en 1821 para organizar un cuerpo franco. Creyóse que estos pasos serian secundados por los gabinetes y por los gobiernos, y que todas las potencias declararían la guerra á la Puerta; pero bien pronto esta esperanza se vió frustrada. No por esto cesaron los trabajos de las asociaciones, permitidos y tolerados por los gobiernos de los pequeños Estados de la Confederación germánica, y de este modo se formaron sociedades filhelénicas en Stuttgart, Darmstadt, Hamburgo, Francfort y Heydelberg. Durante el estío del primer año de la guerra, un pequeño cuerpo de filhelénos, compuesto de individuos de todas las naciones, partió de Alemania, gracias á los auxilios pecuniarios reunidos por las asociaciones, otros cuatro le siguieron en el otoño, y todavía dos mas á principios del año siguiente; pero por un lado la traición del jefe de la legión alemana, el griego Kefalas, por otro los obstáculos que la Francia oponía á su paso y las decisiones del Congreso de Verona, detuvieron estos arranques hasta que en el tercer año de la guerra (enero de 1823) 170 viajeros griegos procedentes de la Rusia asiática pasaron por Europa dirigiéndose á su país, y reanimaron con su presencia y sus clamores el decaído entusiasmo.

Lo que caracteriza sobre todo el filhelenismo del Occidente, es la circunstancia de que disminuía notablemente, cuando la causa de los griegos marchaba de un modo próspero, volviendo á revivir á cada nuevo desastre que colocaba á la Grecia al borde del abismo. La catástrofe de Chios habia producido este resultado; pero cuando se supo que la Turquía habia recurrido á las fuerzas egipcias para some-

ter á los griegos en todos los países del Norte de Europa, las sociedades de socorros tomaron mayor incremento que nunca. La actitud de la Inglaterra formó desde el principio de la lucha un contraste notable con los demás países á causa de sus miras é intereses comerciales; pero cuando acaeció la catástrofe de Chios, ya hemos visto que la política inglesa sufrió notable modificación en este punto.

Este cambio de ideas del gobierno animó á los especuladores ingleses. Entonces se contrató un empréstito en Lóndres, con cuya ayuda las operaciones militares se reanimaron un tanto y pudo pagarse á la marina, que siempre exigía con insistencia sus sueldos. Preciso es convenir en que este empréstito no hubiera sido contratado con tanta prontitud y facilidad sin la influencia de lord Byron y su resolución de consagrarse personalmente á la defensa de la causa griega. Movido siempre por un espíritu hostil hácia la política de su pueblo, hizo en esta ocasión la mas viva oposición al egoísmo de sus compatriotas. En julio de 1823 se presentó en Argostoli en la Cefalonia, y desde allí envió algunos mensajeros para enterarse del estado de las cosas en aquel país. Maurocordatos, que dió los informes, manifestó que si bien era cierto que la división reinaba en el gobierno, el pueblo permanecía unido, y que si quería convencerse de ello, que se presentase en Missolonghi, que era el punto que mas necesidad tenia de auxilio. Hizolo así lord Byron y fué recibido con gran entusiasmo en la ciudad sitiada (25 de enero de 1824). Su presencia electrizó, por decirlo así, á todos los griegos, porque además de ver en esto una muestra de la amistad de Inglaterra, venían muy á tiempo los adelantos pecuniarios que hizo el lord, pues aun no habia llegado el empréstito inglés. Poco tiempo duró sin embargo este auxilio, pues el 19 de abril del mismo año murió lord Byron en Missolonghi, causando un general sentimiento. Lord Byron habia conseguido mantenerse neutral entre los diversos partidos que dividían la Grecia; pero despues de su muerte, los filhelénos ingleses se afiliaron en el campo del partido klefto, á pesar de los trabajos y protestas de Maurocordatos para evitarlo.

Por lo demás, la muerte de lord Byron ejerció una influencia muy dañosa y muy sensible en la suerte de la causa griega. En efecto, cinco días antes del fin del célebre poeta, llegó á Zante el primer plazo del empréstito inglés, que ascendía á 40,000 libras esterlinas; pero no pudo entregarse esta suma al gobierno griego, porque una de las condiciones del pago era la autorizacion del noble lord. El 13 de junio llegó también á Zante la segunda remesa, que ascendía á igual suma, y que tampoco fué entregada, con gran desesperacion del gobierno griego, hasta fines de aquel mes, cuando se recibió de Lóndres el permiso para liquidar dichas sumas. Este retardo tuvo fatal influjo sobre la primera marcha de la guerra en el cuarto año de la insurreccion, tanto mas cuanto que entonces el Egipto, tan temido, tomó parte en la lucha.

El virey de Egipto, cuyas tendencias hácia el poder supremo hemos visto manifestarse lentamente en otra parte de este trabajo, habia podido consolidar mas y mas su posicion, gracias á la revolucion griega que no permitia á la Puerta ocuparse de las operaciones de sus vasallos. Príncipe temporal y jefe de la Iglesia en sus Estados, que gobernaba bajo la soberanía del sultan, era al mismo tiempo el mayor comerciante del mundo. Monopolizándolo todo, consiguió reunir cuantiosas riquezas, que empleó en la organizacion de sus fuerzas militares de mar y tierra, pues al observar la caida de Ali, el pachá de Janina, conoció lo que le importaba tener dispuestos los medios de defensa por si la Puerta pretendia hacerle experimentar la misma suerte. Los griegos habian esperado en un principio que Mehemet-Ali siguiese la propia marcha que el pachá albanés; pero el virey egipcio comprendió que podria obtener mayores ventajas auxiliando á la Puerta con su contingente y manifestando la sumision de un vasallo, hasta que llegase la ocasion de satisfacer sus designios.

En efecto, cuando la Puerta á causa de su lucha se encontró agotada é incapaz de hacer frente al movimiento griego, Mehemet se mantuvo en una actitud reservada, cumpliendo con respecto á su soberano esclusivamen-

te su deber, ni mas ni menos, esperando el ofrecimiento de un premio, para prestar mayores servicios que los que estaba obligado á cumplir. Consecuente con esta idea no entró en la contienda, desplegando todo su poder, hasta que la Puerta le cedió el gobierno de Creta, en donde la insurreccion se habia consolidado hasta el extremo. Entonces Mehemet envió fuerzas respetables á aquella isla, y una vez sometida, hizo de ella un punto de partida para llegar á establecerse en el continente europeo, objeto de sus ambiciones. Luego que hubo conseguido estas ventajas, la Puerta le hizo entrever la esperanza de nombrarle general en jefe de las fuerzas que operaban en Morea.

Solamente teniendo presentes algunos datos, puede conocerse el impulso extraordinario que el virey de Egipto dió á sus armamentos, tan luego como tuvo seguridad de obtener el mando de la Morea, mision que era el objeto de todos sus deseos para establecer alguna parte de su dominio en Europa. En efecto, en 1823, antes que la Puerta le hubiese hecho esta brillante proposicion, la fuerza numérica de su ejército no pasaba de la cifra de 19,000 hombres de todas clases, y en 1824 solo los cuerpos ejercitados, segun las reglas de la táctica, contaban ya 15,000 hombres, mientras que otros 8,000 aprendian el ejercicio. Dos años despues sus fuerzas militares ascendian á 90,000 hombres, 35,000 en la isla de Creta y en el Poloponeso, 8,000 en el Kordofan, 25,000 en el campo de ejercicios cerca del Cairo, 3,400 de guarnicion en Alejandria y en el Cairo, 1,600 en la flota y 2,500 en la isla de Chipre y en otros puntos. Todas estas tropas eran regulares, instruidas segun las reglas de la táctica y disciplinadas, en cuanto era posible, á la europea.

Desde la primavera de 1824 reinó en los arsenales del Cairo un movimiento extraordinario, el pacífico puerto comercial de Alejandria trasformóse en vastos almacenes para la marina militar, masas de tropa se disponian á embarcarse, y durante algunos meses el virey prohibió la esportacion de mercancías, á fin de obligar á los buques franceses que se encontraban en el puerto, á que le prestasen sus ser-

vicios para el transporte de tropas. La flota que se reunió allí durante el verano, compoñase de 54 buques de guerra, y para el transporte de tropas y municiones se habian fletado 400 barcos, entre los cuales se contaban 86 buques mercantes europeos. Las fuerzas de tierra consistian en 12,000 tácticos, 2,000 albaneses y 2,000 caballos, 700 artilleros é ingenieros, y un parque de artilleria de 150 piezas de campaña y de sitio.

Como era natural, el gobierno griego observaba con temor y con las manos atadas estos terribles preparativos, á los cuales habia que añadir además los mas formidables aun que se hacian en Constantinopla. Él por su parte no podia pagar el sueldo á la marina, y sin embargo, en ninguna ocasion habia hecho tanta falta como ahora, para entorpecer en un principio las operaciones de los turcos y egipcios.

El virey comenzó las operaciones por la completa reduccion de la isla de Creta, á fin de cubrir su retaguardia, tratando de establecer en seguida fáciles y libres comunicaciones entre la Morea y el Egipto, lo cual no podia considerar seguro hasta que no redujese á la obediencia á las islas de Samos, Hydra y Spetzia. Con este designio la flota turca, mas numerosa que nunca, se presentó á las órdenes de Chosrew-Pachá delante de Psara, que no habiendo sido socorrida por la marina griega, que permanecia en la inaccion á causa de la falta de sueldos, fué ocupada por los turcos (1.º de julio). La mayor parte de los buques psariotas cayeron en poder del enemigo que apresó y quemó ciento de ellos, consiguiendo escapar solo diez y nueve bergantines, que llevaron á Hydra y Spetzia la noticia del desastre de Psara. Todo el mundo esperaba un ataque inmediato contra Samos, que en estos momentos hubiera sucumbido infaliblemente al primer terror pánico; pero el *dominador de los mares*, el Kapudan-Pachá, halló mas cómodo y agradable celebrar su victoria de Psara abandonándose durante el mes del *beiram* al descanso en la isla de Lesbos, y los insulares tuvieron algun tiempo para salir de su egoismo é indolencia. Miaulis se dió en seguida (6 de julio) á la vela, esperando poder

salvar todavía el fuerte de Psara que resistió algunos dias, y los habitantes de Samos se aprestaron á la resistencia, enviando su flota á juntarse con la de Miaulis, que llegó delante de Psara y sorprendió veintisiete buques turcos surtos en la bahía. Cuando el almirante turco tuvo noticia de este desastre, volvió á Psara, pero convencido de que nada tenia que hacer ya en aquel punto, se decidió á atacar á Samos.

Sachturis, que mandaba las fuerzas navales de esta isla, le esperaba con la vanguardia de su flota (principios de agosto) en el Estrecho de Samos. Una pequeña flotilla turca que conducia cuarenta chalupas de transportes de tropas de desembarco de Asia, fué dispersada (11 de agosto), y aunque por dos veces Chosrew intentó atacar á los griegos, Sachturis le obligó á retroceder. Por último, los turcos con cuarenta y dos buques intentaron forzar (16 de agosto) el Estrecho, pero de nuevo tuvieron que retirarse. Al dia siguiente Chosrew hizo doblar á una fragata y á una corbeta el cabo Trogilion, para que atacasen el ala derecha de los griegos, mientras que él con el resto de las fuerzas se lanzaba sobre la izquierda; pero Kanaris, que aquel dia llevó los honores de la jornada, hizo con sus brulotes saltar algunos buques enemigos, infundió el espanto en los restantes que se retiraron, y de este modo Samos se vió otra vez salvada por los esfuerzos de la flota, que aprovechaban á toda la Grecia mucho mas que los de las fuerzas de tierra.

La flota turca á consecuencia de estos desastres pensó en unirse á la egipcia, que se encontraba bajo el mando de Ibrahim-Pachá en las costas del Asia Menor. Las escuadras reunidas contaban con las fuerzas siguientes: un navío de línea, veinticinco fragatas, veinticinco corbetas y casi cincuenta bergantines y goletas, sin contar los buques de guerra de menor consideracion y la gran masa de barcos de transporte. Por su parte los griegos, que se habian situado cerca de la isla de Patmos, poseian setenta velas con cerca de ochocientos cañones, disponiéndose con estos recursos á hacer frente á cerca de 50,000 hombres entre marinos y tropas de desembarco, con dos mil

quinientos cañones, fuerzas que se preparaban á partir con direccion á la Morea.

Miaulis desde Patmos se dirigió al encuentro de los turcos y egipcios; mas cuando ambas escuadras se avistaron, manifestaron temerse mutuamente. Los turcos recelaban de la superioridad virtual de los griegos, así como estos temian la inmensa superioridad numérica de sus enemigos. Hubo tentativas de ataque débiles de una y otra parte, pero sin resultado alguno, y un violento huracán causó pérdidas considerables en una y otra escuadra, obligando á ambas á suspender las operaciones. Los turcos, sin embargo, conocian la necesidad de escarmentar á la flota griega, antes de dirigirse á la Morea con su pesado convoy de buques de transporte, y resolvieron atacar de nuevo al enemigo con ochenta y siete buques desplegados sobre una sola línea, que se extendia desde Lero hasta Kalymno. Verificóse la batalla pero sin resultado definitivo alguno para ambas partes. Sin embargo, de todos estos ataques sacaron los griegos la ventaja de embarazar los proyectos de la escuadra combinada contra las islas, y de hacer imposible una campaña de tierra durante este año por lo avanzado ya de la estacion, aun cuando se consiguiese transportar las tropas de desembarco al Peloponeso. Por lo tanto, el pachá prefirió emplear las últimas semanas del otoño en un nuevo ataque contra Samos; pero antes de emprender las operaciones una tempestad dispersó (27 de setiembre) las escuadras turca y egipcia, y por lo tanto los buques no pudieron obrar en conjunto. Los turcos arrojados por el temporal hácia el Norte, reuniéronse cerca de Mitylene, desde donde el almirante, abandonando una parte de su flota al jefe egipcio, regresó á los Dardanelos, con lo cual quedó la escuadra griega casi victoriosa. Pero cuando debian recogerse las ventajas de estas operaciones los buques griegos comenzaron á desertar, de suerte que muy pronto se encontró Miaulis solo con veinticinco buques. Todavía con estas débiles fuerzas, el valiente marino griego persiguió la escuadra combinada, consiguiendo introducir tal espanto en sus filas, que los buques de guerra abandonaron muchos tras-

portes, que cayeron en poder de los griegos. Los marinos griegos y el dinero de los filhelos habian servido para limpiar el mar, rechazar á los egipcios y obtener que durante el cuarto año de la guerra (1824) los griegos pudiesen disfrutar de una situacion relativamente tan pacífica como en el año precedente. En efecto, todo lo que se hizo durante el curso de este verano, apenas vale la pena de ser mencionado. El plan de campaña de los turcos reposaba sobre la circunstancia del desembarco de los egipcios en el Peloponeso, mas como ya hemos visto que esto no pudo verificarse, los musulmanes permanecieron casi en la inaccion. Nada mas fácil entonces para los griegos que apoderarse de las plazas fuertes del Peloponeso y rechazar completamente de la Península á los turcos; pero nada de esto se hizo por el mal estado de los negocios en el interior, y á causa tambien de la guerra civil que volvió á estallar de nuevo, como resultado de la inaccion del ejército y de la ausencia de todo peligro procedente del exterior.

El último gobierno elegido despues de la victoria del partido civil contra el militar, habia sido en su mayor parte constituido por los insulares, lo cual exacerbó los ánimos de los jefes kleftos del Peloponeso hasta el extremo. Acusaba al gobierno de desamparar la Península en tanto que se aplicaban todos los recursos á la flota; pero sin embargo, como estaba próxima la reunion de la Asamblea, y en ella debia elegirse un nuevo gobierno, los jefes militares, antes de lanzarse abiertamente á la insurreccion, esperaron el resultado de las próximas elecciones.

El 13 de octubre reunióse la Asamblea nacional en Nauplia y procedió á la eleccion de un nuevo gobierno; pero como fueron reelegidos el presidente Konturiotis, el vicepresidente Botassis, Kolettis y Spiliotakis, los kleftos se vieron de nuevo postergados y se lanzaron abiertamente á la insurreccion. Los arcadios, negándose á pagar los impuestos, dieron la señal de la ruptura, y aunque el gobierno envió contra ellos algunas fuerzas, fueron estas derrotadas. Entonces la Asamblea intentó reconciliar á ambos partidos; mas considerándose insuficiente para ello, se lanzó resuel-

tamente á la lucha. Los Kolokotronis marcharon contra Tripolitza; pero el gobierno, sirviéndose de las enemistades que existian entre algunos jefes de los insurrectos, y ganando á otros á su causa, introdujo la division en sus filas, y cuando los Kolokotronis se presentaron delante de la ciudad fueron vigorosamente rechazados, quedando muerto en la refriega Pannos Kolokotronis. Otras tropas que se habian reunido de Kutsopodi fueron tambien dispersadas, y el gobierno desplegando una actividad que hasta entonces no habia manifestado contra los turcos, se aprovechó de estas ventajas para ocupar la Acaya y la Elide. Mientras tanto Kolokotronis, desalentado por la muerte de su hijo, imploró una amnistia; el gobierno insistió en que se presentase en persona ante él. Lo hizo el jefe klefto (11 de enero de 1825), y pudo circular libremente por la capital durante algunos dias; pero habiéndose presentado tambien los demás jefes rebeldes, el gobierno se apoderó de ellos trasladándolos á la isla de Hydra (18 de enero) y encerrándolos como prisioneros de Estado en el convento de Hagios-Elias.

Con estas prisiones y con la muerte de Uli-ses, el gobierno pudo contemplarse vencedor de los enemigos interiores. En efecto, hácia fines de 1824 y principios de 1825, el gobierno de Konturiotis era, de todos los que la Grecia habia tenido hasta entonces, el mas respetado, el mas fuerte y el mas generalmente reconocido. La guerra civil habia sido vencida de nuevo; los rivales que el gobierno habia tenido en la Morea estaban prisioneros en la isla de Hydra; los jefes mas poderosos de la Hellade Oriental y Occidental se habian arruinado á sí mismos; los capitanes mas valientes estaban entonces al servicio del poder legal; los gobiernos locales de la Grecia Continental habian sido abolidos, y las órdenes del presidente eran acatadas y obedecidas en todas partes.

Parecia en aquel momento que al pueblo griego solo le restaba dar ya un solo paso para alcanzar su total independenciam, y acaso hubiera sucedido esto si la Grecia hubiera tenido á la cabeza de su gobierno un hombre de guerra que hubiese concentrado en su mano

vigorosa todas las fuerzas de la autoridad; pero los hombres de órden lo son rara vez de energía. Entonces debió haberse recurrido al último recurso, echar mano de todos los marinos, de todos los buques, de todos los guerreros, y hacer un riguroso y simultáneo esfuerzo. Desgraciadamente los habitantes del Peloponeso miraban con desconfianza al gobierno, porque en él predominaba el elemento insular, mientras que los egipcios desde la isla de Creta espiaban el momento favorable para desembarcar en la Morea.

Hubiera sido preciso en aquella ocasion enviar la flota á la isla de Creta, destruir los almacenes de Chania, Bhetymnon y Megalokastro, impedir la partida de los buques de transporte y molestar la escuadra enemiga reunida sobre la costa de Suda, dando á los cretenses de este modo la señal de una nueva sublevacion. Al mismo tiempo las plazas sitiadas del Peloponeso debieron haber sido hostilizadas con mayor energía; pero nada de esto se hizo, y los egipcios pudieron llegar hasta el continente helénico.

El jefe que en esta ocasion se presentaba á combatir el movimiento griego, era muy superior á cuantos se habian presentado hasta entonces. Referímonos á Ibrahim-Pachá hijo adoptivo de Mehemet-Ali, valiente y esforzado, prudente y enérgico. Un hombre del carácter de Ibrahim no era fácil que se desalentase por los primeros descalabros; todo lo contrario, estos contratiempos no hacian mas que aguijonearle mas y mas. Las pérdidas que habia experimentado no le causaron gran disgusto, pues su padre habia tenido especial cuidado en subsanarlas con oportunos refuerzos, así es que despues de haber recibido los últimos que ascendian á 5,000 egipcios, partió de Suda en el corazon del invierno con direccion al Peloponeso. Sin encontrar un solo buque griego que le estorbase el paso llegó á Modon (23-24 de febrero de 1825), en donde desembarcó un cuerpo de 4,400 hombres, y sin perder tiempo una parte de los buques volvieron á Suda, conduciendo en un breve plazo otro segundo cuerpo de 7,000 hombres (17 de marzo). Con estas fuerzas emprendió Ibrahim las operaciones reforzando con hom-

bres y provisiones á Patras, y tomando posiciones ventajosas (21 de marzo) delante de Navarino.

Los griegos, que no esperaban esta campaña de invierno, estaban totalmente desprevenidos, las tropas dispersas y los buques en los puertos. Dióse orden para reunir las primeras y para que la flota se presentase en campaña; pero el presidente del gobierno, que quiso ponerse al frente de la guerra, conoció bien pronto su inutilidad para esto, y nombró general en jefe á su amigo Skourtis, marino experimentado, completamente ignorante en el arte de la guerra terrestre. Esta eleccion disgustó sobremanera á los griegos, que sin embargo se aprestaron á la defensa, reforzando á Neokastron (Nuevo-Navarino) y formando á dos leguas de Modon para proteger á Palaiokastron (Viejo-Navarino, el antiguo Pylos, sobre el promontorio de Korifasion), un campo atrincherado de 5,000 rumeliotas, suliotas y macedonios al mando de valientes jefes.

En los primeros encuentros llevaron la ventaja los griegos; pero á los pocos dias todas las esperanzas que se habian fundado en estos primeros triunfos se desvanecieron completamente. Acababa de decidirse en un consejo de guerra celebrado en Kremmydi, tomar otras posiciones que cortasen á los turcos la comunicacion entre Modon y Navarino; mas Ibrahim previno este movimiento atacando (18 de abril) la posicion de los griegos cerca de Kremmydi. El centro del semicírculo formado por estos, bajo las órdenes de Skurtis, fué forzado por medio de una carga á la bayoneta, ataque que desconcertó á los griegos por su novedad y vigor, y aunque las dos alas se defendieron bien, la caballería egipcia, atravesando un barranco casi impracticable, cayó sobre el ala izquierda, consumando de este modo la derrota. De esta suerte los griegos se dispersaron, é Ibrahim no encontró ya desde entonces obstáculo alguno en sus empresas contra Neokastron y Palaiokastron.

Los egipcios bombardearon la débil fortaleza de Neokastron; pero tanto la toma de esta como de Palaiokastron dependian de la posesion de la isla Sfakteria que las domina á ambas con sus alturas. Esta isla estaba prote-

gida por algunos buques griegos, y el pachá esperaba la vuelta de la flota que habia partido por segunda vez á Suda á buscar refuerzos. Entre tanto hacia ya algun tiempo que Miaulis se habia dado á la vela con diez y siete buques y algunos brulotes, con el fin de oponerse á las empresas de los egipcios; pero habia sido detenido por mucho tiempo por vientos contrarios, y cuando llegó delante de Suda (26 de abril), sus débiles medios no le permitieron impedir la partida de la flota. Una tentativa que hizo para detenerla en su marcha no tuvo resultado, y entonces se vió precisado á resignarse á ver á la escuadra egipcia, que constaba de mas de noventa buques, desembarcar tropas y municiones ante Navarino.

Entonces Ibrahim, conteniendo con sus buques á Miaulis, desembarcó algunas tropas en Sfakteria, se apoderó de la isla y comenzó á bombardear el débil fuerte de Viejo Navarino que resistió muy poco tiempo. A causa de estos sucesos el otro fuerte, en donde se carecia de agua y víveres, privado con la caida del Viejo Navarino de todo apoyo, estaba próximo á sucumbir. Un brillante golpe de mano ejecutado por Miaulis, solo sirvió para infundir valor por algunos dias á su abatida guarnicion. El valiente marino griego se hizo á la vela para Modon, en donde, favorecido por el viento Sur, consiguió lanzar algunos brulotes sobre los buques egipcios surtos en el puerto (12 de mayo). Los egipcios atacados picaron los cables para colocarse en franquía; pero el viento lanzó unos buques contra otros y contra las murallas de la fortaleza, de suerte que una fragata, tres corbetas, tres bergantines, tres trasportes y uno de los almacenes de la ciudad fueron destruidos por el fuego, sin que los brulotes hubiesen perdido ningun hombre. Este feliz resultado animó á los sitiados á la defensa; pero cuando el pachá comenzó á bombardear la ciudadela por la parte de tierra con seis baterías armadas de cincuenta y seis cañones y morteros, al mismo tiempo que sus buques rompian el fuego por la parte del Norte, no hubo ya defensa posible y se firmó la capitulacion (16 de mayo).

Despues de estos sucesos la flota egipcia

partió otra vez á Suda para trasportar un cuerpo de tropas albanesas y continuar las operaciones en el Peloponeso. Apoderado Ibrahim con la toma de Navarino de la llave principal de la Península que le daba acceso á toda la costa occidental, se apoyaba sobre el triángulo formado por las fortalezas de Modon, Koron y Navarino, poseia un vasto y excelente puerto bien provisto de almacenes abundantes, y finalmente, habia asegurado sus comunicaciones con Creta y el Egipto, comunicaciones que en adelante la flota griega no conseguiria interrumpir de un modo eficaz.

Despues de su feliz golpe de mano de Modon, Miaulis habia pensado destruir el resto de los buques egipcios que quedaban en el puerto con ayuda de nuevos brulotes de que se proveyó (1). Con una solicitud incomparable cumplió en todo este tiempo con su deber, sin abandonar su puesto ni por un instante. Al doblar el cabo Matapan (26 de mayo), encontró la flota de Ibrahim que volvia á Suda, y aunque pudo percibir el terror que causó su presencia en los buques egipcios, no le fué posible atacarlos, porque las circunstancias no eran favorables á la accion de los brulotes, y el almirante griego no tenia mas que 34 pequeños bergantines que oponer á las 50 velas enemigas, entre las cuales se contaban 11 fragatas y numerosas corbetas. Cuando despues de haber observado durante muchos dias al enemigo vió Miaulis que se levantaba una brisa favorable á los brulotes, ordenó el ataque; pero los cobardes capitanes no cumplieron sus órdenes, y poco despues la falta de provisiones obligó al almirante griego á volver á la bahía de Vathiko, de suerte que los egipcios pudieron llegar sanos y salvos á Suda.

Cuando volvió á emprender las operaciones, supo que la flota turca habia abandonado los Dardanelos y sido casi destruida por Sackturis. Entonces Miaulis se unió con este jefe (5 de junio) cerca de Falkonera, desde donde partieron juntos para la isla de Milos, á fin de tomar provisiones y hacerse en seguida á la vela para Suda con 70 buques. Uno de ellos

enviado de observacion, les anunció que la flota turco-egipcia estaba anclada sin formacion ninguna al pié de la fortaleza veneciana que, situada sobre elevadas rocas, protege el golfo profundo y seguro de Suda. Cuando los griegos, detenidos por el mal tiempo y por la indolencia de sus marinos, llegaron á Suda (12 de junio) los buques turcos, advertidos sin duda por una goleta francesa (1), se habian formado en cuatro divisiones, de suerte que aunque los enemigos consiguiesen vencer alguna de ellas, las otras tres quedaban intactas. Sin embargo, aprovechándose de una ligera brisa, Miaulis hizo atacar (14 de junio) una de las divisiones y consiguió hacer volar una corbeta; pero la falta de viento le impidió continuar las maniobras, y una violenta tempestad poco despues dispersó (17 de junio) la flota griega.

Entonces la flota egipcia, que constaba de 80 velas, partió de Suda (23 de junio) para hacer un cuarto viaje, y aunque Miaulis intentó detenerle en su marcha no pudo conseguirlo, habiendo sido frustrada por aquel mismo tiempo una atrevida empresa de Kanaris, contra buques egipcios, que se encontraban en en el puerto de Alejandría. Desde algun tiempo la suerte se mostraba contraria á los griegos en sus empresas marítimas. Cuando se preguntaba á Miaulis en qué consistia que desde que los egipcios habian tomado parte en la lucha la flota griega no habia conseguido ventajas de consideracion, contestaba: «Es imposible que un perro pequeño pueda luchar contra muchos tigres.» En efecto, la flota egipcia era muy numerosa y bien aprovisionada, mientras que la de Miaulis habia disminuido mucho, carecia de todo, y en cuatro semanas tuvo que entrar cinco veces en los puertos para buscar provisiones que faltaban en todas partes. Por lo demás los brulotes, que tan terribles habian sido contra los turcos, que apenas sabian manejar los buques y que carecian de disciplina, no lo fueron ya tanto contra los egipcios mas diestros y mas disciplinados. Viendo acercarse la tempestad al Peloponeso, el gobierno griego creyó necesaria la

(1) Emerson refiere, como testigo ocular, todas las operaciones de la flota griega durante esta campaña.

(1) Véase Emerson, tom. I, pág. 224.

concordia entre todos los partidos para rechazar al enemigo comun. Proclamó, pues, (30 de mayo) una amnistía, y Kolokotronis se presentó en Nauplia, donde fué recibido con las muestras del mayor entusiasmo. Bien pronto muchos guerreros se afiliaron á sus órdenes, y entonces hizo la enérgica proposición de seguir en esta nueva invasión de los egipcios la misma conducta que habia empleado en otro tiempo con Dramali, es decir, no dejar un solo *nido* para refugio, destruir á Tripolitza, á la que llamaba *establo* inútil, y reducir á los enemigos por el hambre en cualquier parte en que se presentasen. Pero estas resoluciones no fueron tomadas en consideración, pues los egipcios estaban todavía demasiado lejos; Dikaios, ministro del Interior, amenazaba con 1,000 hombres, cerca de Arkadia, el flanco izquierdo del enemigo, y Petrobey en Kalamata podia atacar el derecho.

A fin de limpiar de enemigos la retaguardia de su ejército, Ibrahim marchó con dos columnas, primero sobre Arkadia, en donde Dikaios, aunque abandonado de la mayor parte de sus tropas, que huyeron cobardemente á la aproximación del enemigo, prefirió una muerte honrosa á recurrir á la fuga, y con los pocos compañeros que le quedaron, sostuvo (1.º de junio) una lucha á la bayoneta y al sable por espacio de nueve horas, lucha que costó la vida á 600 egipcios, hasta que él mismo sucumbió con todos sus compañeros. El mejor elogio de Dikaios le hizo el mismo Ibrahim en las siguientes palabras: «Lástima que haya perecido tan esforzado guerrero.»

Sin detenerse despues de este triunfo, Ibrahim se dirigió hácia la derecha hasta Kalamata, y aprovechándose de sus victorias, avanzó por Scutari hasta Tripolitza. Kolokotronis intentó cortarle el paso, valiéndose del conocimiento que tenia del terreno; pero los egipcios, guiados por traidores, desbarataron estos proyectos, vencieron á los griegos en varios puntos, y marcharon resueltamente á atacar á Tripolitza. Kolokotronis envió órdenes á esta ciudad para que se le pusiese fuego, pero ya Ibrahim estaba demasiado cerca, y apenas se habian comenzado á ejecutar estas órdenes, se presentó ante la ciudad y se posesionó de ella

(22 de junio). Ni aun aquí permitió descanso á sus tropas, sino que por el contrario, avanzó hasta Nauplia. Ipsilantis, que hasta entonces habia figurado en segundo término, se presentó en primera línea, con la heroica defensa de la aldea de los Molinos (Myloi) en las cercanías de Nauplia, en donde por tres veces fueron rechazados los egipcios, que perdieron en aquella ocasión la reputación de invencibles. Cuando se creía que Ibrahim avanzaría resueltamente sobre Nauplia, que no podia oponer apenas resistencia alguna, vióse con extrañeza que se retiraba á Tripolitza, enigma que no hallaba explicación satisfactoria. Sin embargo, Ibrahim carecia de artillería de sitio, que no habia desembarcado todavía. La esperanza que tenia de que algunos traidores le entregasen la ciudad salió frustrada, y lo que era mas todavía, el comodoro Hamilton, que gozaba por sus cualidades de gran popularidad entre los griegos, acababa de entrar en el puerto con dos fragatas y una corbeta, y aunque nada podia saberse á punto fijo, decíase que estaba dispuesto á defender á los griegos, y aun en caso necesario, á enarbolar la bandera inglesa en Nauplia y las islas.

Creiendo, pues, el pachá que la Inglaterra estaba resuelta á apoderarse de aquellos lugares, retrocedió á Tripolitza, en donde Kolokotronis intentó cercarle en una vasta red de tropas, con el objeto de renovar las escenas de 1821, encerrándole en la capital y rindiéndole por hambre; mas, sin embargo, en esta ocasión Kolokotronis precipitó el ataque, y aunque los griegos se batieron esforzadamente, salvo algunas escepciones, fueron derrotados, pereciendo gloriosamente catorce capitanes notables. Las tropas griegas se dispersaron, y entonces Ibrahim atacó en Vervena á Ipsilantis, cuyas fuerzas se dispersaron tambien á la sola presencia de los turcos, y ya desde aquel momento el Peloponeso se encontró casi á merced de los egipcios, que recorrieron muchos puntos, llevando por do quiera el incendio y la devastación.

Al mismo tiempo que los egipcios dominaban en la Morea, los turcos tenían tambien sus garras clavadas en la Grecia Continental del Norte. Mandaba en este punto Rechid-

Mehemed-Pachá, que habia comenzado á distinguirse en la batalla de Peta, el cual se dirigió contra Anatoliko y Missolonghi, ante cuyas ciudades se presentó (23 de abril) sin haber encontrado resistencia alguna. Concentró desde entonces todos sus esfuerzos contra esta última ciudad, que hubiera sucumbido en los primeros momentos si las importantes fuerzas de Omer-Vrione no hubiesen neutralizado sus operaciones. Al investirle con el cargo de jefe del ejército de Missolonghi, se le habian dicho estas significativas palabras: «¡O cae Missolonghi, ó tu cabeza!» y por esta razon nada pudo determinarle á abandonar el sitio durante todo el curso del estío. Por lo tanto, puede decirse que la campaña en la Grecia Continental quedó restringida esencialmente al sitio de Missolonghi.

Habia en esta ciudad, sin contar los habitantes que podian manejar las armas, cerca de 3,000 defensores, entre cuyos jefes los mas notables y conocidos eran Makris, Tsoucas, Sturnaris y el viejo Notis Botsaris. Desde que Byror habia estado en Missolonghi y se habia ocupado de las fortificaciones de la ciudad, se aumentaron algun tanto bajo la direccion del bravo ingeniero Kokkinis; pero todas las obras, como hechas apresuradamente, eran en extremo imperfectas. La artillería tambien se habia aumentado, de suerte que en aquella época poseia la ciudad 48 cañones de hierro y algunos morteros y obuses. Despues de haber comenzado el sitio, se construyó fuera del foso un camino cubierto protegido por un glasis.

Redchid comenzó el sitio con flojedad, porque no habia recibido todavia la artillería de sitio que debia venir por mar desde Patras, pero dirigido por ingenieros europeos emprendió las operaciones segun las reglas del arte. A principios de junio tenia ya concluida la segunda paralela, y entonces recibió alguna parte de la artillería que esperaba, con la cual comenzó á bombardear la ciudad. Los sitiados entre tanto habian hecho tambien una segunda linea de defensa interior, pero escaseaban ya las provisiones y pertrechos, mientras que los turcos recibian de Patras todo cuanto necesitaban.

No satisfecho Redchid con el método moderno de sitio, emprendió largas obras de ataque, elevando una especie de maciza colina enfrente del bastion que los sitiados llamaban *Franklin*, y mientras que duraban aquellos considerables trabajos, los griegos esperaban con temerosa inquietud las provisiones y socorros que necesitaban. La llegada de algunos rumeliotas procedentes de la Morea les dió algun ánimo, acrecentado por la presencia de una escuadrilla de hydriotas; pero estas ventajas fueron amargadas por las noticias de la caida de Navarino. Otra vez, sin embargo, sintieron los sitiados acrecentarse su valor al recibir algunos refuerzos del Peloponeso; pero no obstante, los turcos continuaban los trabajos de terraplen, con el visible objeto de colocar en todas partes baterías que dominasen la ciudad, y bombardearla en todo el recinto. Sin embargo, mas que los terribles preparativos de los turcos, vino á complicar la situacion de los sitiados la llegada de la flota turca, que dispersó la escuadrilla hydriota, y suministró á los sitiadores gran abundancia de dinero y objetos necesarios para el sitio, mientras que los griegos comenzaban á carecer aun de las cosas mas necesarias. La escuadra turca, creyendo innecesaria su presencia, se retiró de nuevo dejando tan solo algunos buques, y Redchid-Pachá, que acababa de recibir el completo de la artillería de sitio, construyó al Este una bateria de piezas del calibre de setenta, con lo cual el bastion *Franklin* se encontraba cada vez mas amenazado (14 de julio).

Antes de terminar los preparativos que se juzgaban necesarios para el asalto general, los turcos hicieron proposiciones de capitulacion á los sitiados. Habiendo sido estas rechazadas, los sitiadores hicieron saltar una mina delante del bastion Botsaris (18 de julio) y atacaron la brecha, siendo rechazados dos veces consecutivas. Nuevas proposiciones fueron hechas por los turcos, á las cuales contestaron los griegos con la negativa: siguieron entonces los asaltos, pero los turcos fueron rechazados en todos ellos, si bien las municiones de los sitiados quedaron casi agotadas. Despues del último asalto solo contaban los griegos con dos

barriles de pólvora, y la plaza, si no recibia pronto socorro, se veria obligada á entregarse. En tan críticos momentos apareció la flota griega, dispersó la division naval turca que bloqueaba á Missolonghi, y los sitiados provistos de cuanto necesitaban, pensaron en tomar la ofensiva por la parte de tierra. En efecto, puestos de acuerdo con un pequeño cuerpo de rumeliotas que estaban en las montañas, atacaron simultáneamente el campamento turco, causándole pérdidas de consideracion, y apoderáronse de algunas de las barcas chatas que bloqueaban la ciudad por la costa.

Redchid-Pachá quiso vengarse de este descalabro, dando el golpe decisivo que habia preparado hacia ya tanto tiempo, y tomó posiciones sobre la colina artificial que dominaba el bastion *Franklin*, desde donde no tardó en hacerse dueño de esta obra de defensa. Grande fué su sorpresa, cuando encontró detrás del citado bastion nuevas fortificaciones y á los griegos dispuestos á defenderlas. Entonces, á la distancia de pocos metros, comenzó un terrible cañoneo por ambas partes, el cual duró por espacio de quince dias, cañoneo que terminó de un modo desfavorable para los sitiadores, pues los enemigos, por medio de una mina, se apoderaron de sus posiciones (31 de agosto). Aunque no por eso desmayó el general turco; sus soldados, y especialmente los albaneses, comenzaban á cansarse de tantos inútiles esfuerzos; mas lo que acabó de arrojar en el campo de los sitiadores el desaliento, fué una estratagema del enemigo, que atrayéndolos al punto donde habia dispuesta una mina, al reventar esta, causó en sus filas gran mortandad. Por estas causas el sitio no se continuó ya con tanta actividad, si bien Rechid-Pachá, para quien la toma de Missolonghi era cuestion de vida ó muerte, siguió al frente de la ciudad durante todo el invierno, aunque sus tropas eran diezmadas por la epidemia y por los repetidos ataques.

Sin embargo, á pesar de todo, la situacion de los griegos en general no habia sido nunca tan desesperada, desde que habia estallado la insurreccion. Los turcos y egipcios dominaban la mayor parte del país, la ciudad de Nauplia, refugio del gobierno y de muchos de los

fugitivos de otras comarcas, no podia contener tantos moradores. La peste y el hambre afligian con sus estragos á la ciudad, y los habitantes de Tripolitza acampaban fuera de ella, pues además de no cojer en la poblacion, se tenia miedo de que con el aumento de número aumentasen tambien las calamidades de la peste. El gobierno lleno de pusilanimidad, y no sabiendo qué partido tomar para contrarrestar tan repetidos desastres, habia caido en el mayor descrédito. En medio de tan terrible situacion parecian estinguidos todos los arranques del patriotismo. Cuando Ibrahim se presentó delante de Nauplia, segun dejamos apuntado mas arriba, la desesperacion y el desaliento llegaron á su colmo; pero la oportuna aparicion de Hamilton, y el efecto material producido por una nueva suma que se recibió del empréstito, animaron algun tanto á los griegos que se aprestaron á la defensa. Ya entonces hemos visto que Ibrahim tuvo que replegarse á Tripolitza, dando un nuevo respiro á los abatidos insurrectos.

Desde aquel momento, los griegos que hasta entonces habian desdeñado los ausilios del filhelenismo y creido inútiles las tropas regulares, desacreditadas por el desastroso ensayo de Peta, comprendieron la necesidad de relacionarse mas y mas al Occidente. En efecto, los egipcios, que se batian empleando las reglas de la táctica, y que con sus cargas de bayoneta conseguian decidir en muchas ocasiones el éxito de las batallas, enseñaron por medio de una dolorosa esperiencia á las tropas irregulares de los griegos, que á aquellos ataques era necesario oponer fuerzas regularmente organizadas y disciplinadas. El coronel francés Fabvier, instruido en el arte de la guerra y valiente y esforzado, fué nombrado (4 de julio) general del batallon de tácticos, con atribuciones para aumentar el número de tropas regulares. Sin embargo, la poblacion griega, y con especialidad la de la Morea, carecian de los necesarios elementos para formar una tropa numerosa, al mismo tiempo que las condiciones particulares del terreno parecian aconsejar lucha de guerrillas. Muchas personas temian tambien que, despues de haber exagerado demasiado los griegos las ventajas de su

método de guerra y rebajado en extremo la táctica europea, cayesen en el extremo opuesto, lo cual produciría consecuencias igualmente dañosas, pues lo que á todas luces convenia era un sistema misto, que diese la merecida importancia á los cuerpos de tropas regulares y mantuviese tambien las suficientes guerrillas para molestar continuamente al enemigo.

Lo mismo que los griegos habian conocido en la guerra terrestre la superioridad de los egipcios sobre los turcos, aprendieron tambien por esperiencia propia que su antiguo sistema de brulotes no producía los mismos resultados contra la flota egipcia mejor dirigida y mas disciplinada: por este motivo, ayudado por el empréstito inglés, dirigió el gobierno sus esfuerzos á la compra de algunos buques, pero pocos resultados se obtuvieron de estos esfuerzos, pues los ingleses que, durante la buena fortuna de los griegos, no presentaban inconveniente alguno en auxiliarles, cuando los vieron al borde de su ruina les privaron repentinamente de toda clase de recursos. Toda la esperanza, pues, de la insurreccion, se cifró desde entonces en los filhelenos franceses; mas aunque de las sociedades que se habian constituido en este país, recibieron abundantes socorros en metálico y en hombres, eran necesarios otros mas inmediatos, enérgicos y eficaces, para hacer frente á las crecientes exigencias de la lucha. Por esta razon los griegos, al observar la política de Canning, mas benévola hácia ellos, fijaron su vista en el gobierno inglés.

En las islas Jónicas, país intermedio entre la Grecia y la Inglaterra, con asentimiento del gobernador Federico Adam, formóse un comité en Zante, compuesto de hombres profundamente adictos á la causa de sus hermanos los griegos. Hizo este comité el primer bosquejo de un acta, en la cual se pedia el protectorado inglés, enviándose en seguida á Hydra y al Peloponeso, para que por influencia de Kolokotronis y Miaulis fuese autorizada con las firmas del ejército y de la marina. El gobierno no debia dar este paso, porque no habia sido reconocido aun por Inglaterra sino el pueblo, que manifestaria de esta manera que «colocaba bajo la protección ilimitada

de la Inglaterra la joya de la libertad, la independencia y la existencia política de la Grecia.»

Mientras que se recogian las dos mil firmas con que llegó á autorizarse el acta, el partido opuesto reveló su debilidad con los manejos que hizo para oponerse á este paso; pero vencidos estos inconvenientes, los representantes griegos, portadores del citado documento, se presentaron en Lóndres á desempeñar su cometido. Canning, contra todo lo que se esperaba, contestó categóricamente á los delegados griegos, que «si la Inglaterra accedia á su peticion, se encontraria empeñada en una guerra injusta contra la Turquía, y que las potencias considerarían este paso de la Gran-Bretaña como una violacion de los tratados y una tendencia de Inglaterra á su engrandecimiento. Al mismo tiempo les aconsejó que no se dirigiesen á ninguna otra potencia, sino que por el contrario, trabajasen para que todas en comun interviniesen en la pacificacion.

Los que habian tenido noticia de los pasos favorables en este sentido del gobernador de las islas Jónicas, quedaron consternados por esta negativa, para ellos inesperada, y no supieron penetrar por completo los verdaderos motivos que habian impulsado á obrar en este sentido al gobierno inglés. Tampoco nosotros podríamos conocerlos claramente sin echar una mirada retrospectiva sobre el estado de las negociaciones diplomáticas que se verificaron en este período de decadencia de la fortuna de los griegos.

CAPITULO VIII.

Negociaciones diplomáticas.—Continuacion de la lucha.—Primeras conferencias de San Petersburgo.—Muerte del emperador Alejandro.—El emperador Nicolás y su actitud probable en la política exterior.—La mediacion inglesa y el *ultimatum* ruso.—Reforma de los genizaros.—Plan de operaciones militares de Ibrahim-Pachá durante el invierno.—La flota griega.—Tercer sitio de Missolonghi.—Caida de esta plaza.—Operaciones navales.—Ibrahim-Pachá en el Peloponeso.—Rechid en la Grecia Oriental.—Juego de los partidos políticos en Grecia.—Asamblea de Trezena.—Tentativas para levantar el bloqueo del acrópolis.—Caida del acrópolis.

Hemos indicado en otro lugar que el emperador de Rusia habia invitado á sus aliados á dar á sus plenipotenciarios en San Petersburgo la orden de reunirse en conferencia con los ministros rusos, á fin de deliberar con ellos sobre el asunto de la pacificacion de la Grecia. El objeto del czar era que las potencias de la

Santu- Alianza le encargasen de esta tarea, pero ni el Austria, ni mucho menos la Inglaterra, deseaban oír hablar de esta cuestión, ni que la Rusia encontrase de este modo pretexto y ocasión de realizar los proyectos que alimentaba sobre el Oriente. La Inglaterra no quiso tomar en un principio parte en las conferencias propuestas; pero como el Austria confiaba siempre en la vacilación del czar, creyó que el mejor medio de apartarle de sus propósitos era halagarle con esperanzas que se irían aplazando siempre, hasta que el emperador Alejandro cambiase de ideas.

Las negociaciones fueron tan hábilmente dirigidas por las potencias que se oponían á las miras del emperador de Rusia, que no dieron resultado alguno. Pero durante este tiempo la Inglaterra había ido ganando paulatinamente influjo entre los rebeldes griegos, los cuales viéndose abandonados de la Rusia y creyendo ineficaces los auxilios del filhelenismo, se dirigieron, según dejamos dicho, al gobierno inglés solicitando su protectorado. La irritación del Austria llegó con este motivo hasta el esceso, tanto que Canning no tuvo por conveniente acceder á la solicitud de los griegos, y desde entonces todos los impedimentos que habían suscitado las potencias á la Rusia, se dirigieron contra la Inglaterra, temiendo que aceptase las ofertas de los insurrectos.

Viendo el emperador Alejandro que el influjo que hasta entonces había disfrutado en Grecia se le escapaba de las manos por su irresolución en acudir á la defensa de los helenos, manifestó tendencias á lanzarse á una política mas decidida, y habiendo por este mismo tiempo acompañado á su esposa que estaba enferma á Taganrog, las demás potencias creyeron que este viaje tenía por objeto principal revistar el ejército del Mediodía, que debía ocupar los Principados. Sin embargo, todos los cálculos vinieron á tierra con la muerte de Alejandro acaecida á fines de 1825.

El gran duque Constantino, heredero del imperio, renunció la corona de Rusia en su hermano Nicolás, y en el momento de la proclamación del nuevo soberano, estalló una insurrección militar que fué sofocada en San Petersburgo sin otras consecuencias.

GRECIA.

Desde aquel momento todas las potencias de la *Santa- Alianza*, y aun la misma Inglaterra, se preocuparon por penetrar la política que adoptaría el nuevo emperador en la cuestión de Oriente, pues de ella debía depender la actitud que les convenía tomar en lo sucesivo para el logro de sus fines respectivos. Antes de conocerse la renuncia del gran duque Constantino, todos los diplomáticos creían que al ascender al imperio se inclinaria á favorecer á los griegos.

Con respecto á Nicolás había muchas menos noticias, y por lo tanto no se podían aventurar conjeturas por falta de los necesarios datos. Los griegos creían motivada la insurrección militar por el abandono en que los había dejado el emperador Alejandro, y esperaban por lo tanto que su heredero aprovecharía esta lección colocándose al lado de la causa griega. Aun el mismo Metternich que no ignoraba que el nuevo czar no era insensible á las sugerencias de la gloria, experimentaba sobre este punto serios temores. El primer acto diplomático del nuevo emperador fué una circular dirigida á los representantes de la Rusia en las distintas potencias, en cuyo documento se afirmaba que el imperio continuaria la misma política que hasta entonces; pero como la del difunto czar había sido tan indolente y vacilante, no era fácil poder señalar con este solo dato la conducta que seguiría el emperador Nicolás.

Muy pronto se vieron tendencias de parte de la Inglaterra de ponerse de acuerdo con la Rusia para intervenir en la cuestión griega y arreglar los asuntos pendientes entre los turcos y los insurrectos. Pero la Rusia recibió con disgusto la invitación de la Inglaterra de intervenir de comun acuerdo en favor de los griegos, pues no quería en los negocios de Oriente representar un papel secundario. Por esta causa, prescindiendo de la insurrección griega, que el emperador afectó mirar con frialdad y hasta con descontento, envió á Constantinopla un ultimatum, para arreglar las diferencias que habían surgido hacia ya algún tiempo entre la Puerta y el imperio ruso.

De este modo en Constantinopla se seguían

dos diferentes negociaciones, la de Inglaterra para fijar la suerte de los griegos, y la de Rusia para conciliar las cuestiones pendientes entre Constantinopla y San Petersburgo; mas contra todo lo que se esperaba, las proposiciones de la Inglaterra fracasaron ante el terco orgullo del gobierno musulman, que llevando entonces la mejor parte en la guerra se negó á acceder á ninguna concesion. Por lo demás, las exigencias de la Rusia tuvieron una acogida diferente. La Puerta temia la guerra del imperio ruso, y cedió á todas las exigencias del ultimatum de San Petersburgo. Dió inmediatamente la órden de evacuar los Principados, puso en libertad á los diputados servios que conservaba en rehenes, y nombró dos plenipotenciarios para que continuasen las negociaciones en la frontera rusa.

Entre tanto, por instigaciones del Austria, la Puerta envió algunos agentes á la Morea para entablar negociaciones con los jefes de la insurreccion, á los que se creia dispuestos á ceder, y de este modo se trataba de hacer ineficaz el influjo de Inglaterra, con lo cual Metternich se creia dueño de las negociaciones que podria dirigir segun sus fines. Cuando Metternich se regocijaba con el éxito de sus trabajos, un nuevo golpe vino á desbaratar todas sus ilusiones. En efecto, súpose en Viena con asombro, que por último la Inglaterra y la Rusia acababan de ponerse de acuerdo y de enviar un protocolo á la Puerta, ofreciendo en comun su mediacion para alcanzar la pacificacion de la Grecia. El furor de Metternich fué tan grande al verse burlado, como el entusiasmo de los filhelenos que no podian desconocer los resultados que este paso podria producir para la suerte de los griegos.

Este golpe disipó todas las ilusiones de la Puerta. La intervencion, en que jamás se habia creido seriamente, se presentaba entonces amenazadora, y el sultan comprendió que en el protocolo venia envuelta la guerra si no se accedia á las pretensiones de las potencias que le habian firmado. Tres dias despues de haber recibido estas comunicaciones, el sultan adoptó una medida preparada de antemano y que estaba destinada á cambiar la faz del imperio otomano, medida que algun tiempo despues

hizo estallar la guerra con la Rusia, á pesar de todos los esfuerzos que se hicieron siempre para evitarla. Este acto, por sus consecuencias inmediatas retardó las negociaciones ya concertadas con la Rusia, aplazando de este modo por algun tiempo la mediacion de la Inglaterra.

Antes de continuar, para mejor inteligencia de los hechos debemos ocuparnos de la insurreccion militar que por entonces estalló en Constantinopla, la cual ejerció notable influjo en los acontecimientos posteriores modificando el modo de ser del imperio musulman. En muchas ocasiones se habia tratado ya en Constantinopla de la reforma de los genizaros que, segun hemos manifestado, habian degenerado ya hasta el extremo de que eran un azote insufrible para el interior y completamente ineficaces en una guerra exterior. Siempre se habia retrocedido en el camino de las reformas por el temor que su amenazadora actitud ocasionaba. El sultan Mahamud, empleando hábilmente contra ellos sus mismas armas y observando que en la lucha contra los griegos apenas habia podido contar con sus auxilios, determinó emprender resueltamente la reforma, pero al observar los genizaros que se trataba de mermar sus privilegios, amotináronse en Constantinopla atacando las moradas del gran visir y algunas de los ministros. El sultan, reuniendo las tropas que le permanecian fieles y enarbolando el estandarte verde del profeta, supo hacer comprender al pueblo que debia ayudarle para esterminar á sus comunes enemigos. Los genizaros fueron en efecto completamente batidos, muchos de los prisioneros perecieron en los patibulos, y lo que en un principio solo fué una reforma, hizose una modificacion radical.

Apuntados estos acontecimientos notables que tan poderoso influjo causaron en la insurreccion griega, debemos volver la vista hácia el teatro de la guerra, esponiendo los principales sucesos que se verificaron durante las campañas de 1826 á 1827.

Ibrahim-Pachá, lo mismo que en el invierno precedente, continuó sus armamentos sin interrupcion alguna, pues su pensamiento era

sitiar á Missolonghi en el corazon del invierno, y realizar lo que Rechid-Pachá no habia podido llevar á cabo por el estío. Habiendo recibido grandes refuerzos de tropas de mar y tierra, mandó algunos buques á bloquear á Missolonghi, y con un ejército respetable se presentó ante esta ciudad (7 de enero de 1826), con gran disgusto de Rechid-Pachá, que no podia ver tranquilamente que los egipcios se inmiscuasen en sus negocios perjudicándole en su reputacion militar.

Poco despues de la aparicion de los egipcios ante Missolonghi, las relaciones de los generales de ambos ejércitos musulmanes llegaron á tal violencia, que Rechid-Pachá abandonó el sitio, dejando á los egipcios el cuidado de atacar la ciudad y retirándose á las obras exteriores. Los egipcios tomaron por lo tanto posesion de todas las baterías que hasta entonces habian sido ocupadas por los turco-albaneses.

Entretanto, la flota griega trabajada por la discordia y reducida á débiles proporciones, hizo varias tentativas contra los buques egipcios, pero sin resultado alguno, y Miaulis que continuaba mandándola, solo obtuvo por resultado de sus esfuerzos el introducir (principios de diciembre de 1825) algunas aunque escasas provisiones dentro de la plaza sitiada. El gobierno griego, comprendiendo la necesidad de socorrer á Missolonghi, trató de reunir recursos apelando á un empréstito sobre los bienes nacionales y á donativos voluntarios que suministraron algunos fondos, con los cuales se socorrió la flota, y entonces Miaulis volvió á presentarse ante Missolonghi, en donde consiguió introducir algunas provisiones. Al dia siguiente la escuadra turca atacó á los griegos que se vieron precisados á retirarse con fuertes averías; pero poco despues (28 de enero) los marinos griegos atacaron á los turcos, que se refugiaron cobardemente al abrigo de las fortificaciones de tierra, y de este modo pudo recibir la plaza víveres para dos meses.

Los egipcios entre tanto habian continuado estrechando el sitio sin recurrir á las armas y no ocupándose mas que de los trabajos preparatorios. Los sitiados, diezmados por los an-

teriores asaltos, vestidos de andrajos en lo mas crudo del invierno, fatigados por los continuos trabajos de brecha, apercibian á los egipcios cuyas tiendas se estendian por la llanura, y que construian mas hábilmente que los turcos nuevas baterías enfrente de sus bastiones.

A pesar de todos estos amenazadores preparativos, los intrépidos rumeliotas rechazaron las repetidas proposiciones de capitulacion que les hizo Ibrahim. Pero entre tanto las últimas provisiones se consumian rápidamente, y la ciudad perdía cada vez mas la esperanza de nuevos socorros, al ver que la escuadra del bloqueo aumentaba impidiendo que pudiesen llegar mas víveres á la plaza. El 24 de febrero Ibrahim-Pachá que habia terminado los trabajos preparatorios para el sitio, arrojó ocho mil balas y bombas sobre la ciudad, é hizo ocupar durante la noche por sus tropas una obra exterior que los sitiados habian construido con los despojos del gran bastion de tierra de Rechid, mas los rumeliotas atacándolos con bravura los rechazaron á la mañana siguiente. Tres veces consecutivas renovaron los asaltos los egipcios, pero por tres veces fueron rechazados. Entonces Ibrahim-Pachá comprendió las dificultades que presentaba el sitio y solicitó el concurso de Rechid-Pachá.

Despues de haber fracasado este ataque, ambos generales, puestos de acuerdo, intentaron tomar la ciudad por la parte del mar. Con algunas chalupas de poco calado se apoderaron los musulmanes del fuerte Vassiladi, que era la llave del canal que conducia á las lagunas que por aquella parte rodeaban la ciudad. En seguida se hicieron dueños de la isla de Dolna (12 de marzo), y desde entonces las comunicaciones entre Missolonghi y Anatoliko quedaron interrumpidas. De este modo los habitantes de esta última ciudad se vieron obligados á capitular, privados de todo medio de defensa, siendo trasportados á Arta con una pequeña parte de sus bienes.

Aunque los musulmanes creyeron que con este golpe aseguraban la posesion de Missolonghi, dirigieron no obstante nuevas proposiciones de capitulacion á los sitiados, ofreci-

miento que fué rechazado. Comenzaron entonces los asaltos con mayor furia; pero los defensores de Missolonghi se batieron tan resueltamente, que los turcos tuvieron que volver á sus atrincheramientos despues de haber experimentado considerables pérdidas. Mas no por eso la situacion de los sitiados mejoró, pues el hambre, enemigo mas terrible que los turcos y egipcios, vino á complicar su situacion. Si se hubieran aprovechado del terror causado á sus adversarios por la última derrota, quizás hubieran conseguido abandonar la ciudad, atravesar el campamento musulman y escapar á la destruccion que les esperaba; pero Missolonghi habia sido salvada en muchas ocasiones, precisamente en los momentos en que el peligro llegaba á su mayor extremo, y en tanto que hubiese algunos víveres, los defensores de la ciudad esperaban con firmeza el resultado de un mensaje, que habian enviado al gobierno griego en demanda de socorros.

Bien conocia el gobierno griego la difícil situacion por que atravesaba Missolonghi; pero carecia de toda clase de recursos, y los medios que arbitró para conseguirlos no produjeron resultado alguno. Por este motivo cuando se trataba de socorrer á Missolonghi, que cada vez dirigia mas apremiantes peticiones, la Asamblea que hasta entonces no habia querido acceder á la venta de bienes nacionales, votó por fin (18 de febrero) la enagenacion hasta la cantidad de 3.000,000 de piastras. No obstante, estos recursos eran demasiado tardíos para la urgencia que las circunstancias reclamaban, y por esta causa tuvo que recurrir el gobierno á donativos voluntarios. Con lo poco que se pudo reunir, y dejando enteramente exhaustas las cajas del Estado, se preparó una pequeña flota que no pudo romper el bloqueo ni introducir provisiones en la plaza. Esto era tanto mas sensible, cuanto que si Missolonghi hubiera podido defenderse aun por algunas semanas, los enemigos hubieran encontrado de nuevo su ruina ante aquel célebre baluarte de la independéncia griega, pues el mismo soberano Ibrahim declaró poco despues que si Missolonghi hubiese recibido provisiones para tres semanas mas, su ejército hubiera perecido.

Pero como estas no llegaron, los que perecieron fueron los heroicos defensores de Missolonghi. El hambre, el frio, los continuos ataques, el bombardeo que redujo la ciudad á un monton de escombros, quitaron toda esperanza de defensa á los sitiados. Ibrahim hizo nuevas proposiciones de capitulacion, pero como los defensores de Missolonghi no querian abandonar las armas, resolvieron salir de la ciudad, atravesar las líneas y trincheras enemigas y escapar á una destruccion total, conservando aquellas armas que atestiguaban su heroico comportamiento.

A pesar del sigilo con que se intentó la salida, los turcos se apercibieron de que alguna cosa ocurria en la ciudad (22 de abril), y recibieron á los fugitivos en línea de batalla. Como era natural, la mayor parte perecieron en el combate. Los que consiguieron atravesar las líneas enemigas, despues de haber pasado una terrible noche, llegaron el dia siguiente á Dervekista, desprovista de todo, y tuvieron que adelantarse hasta Platanos. Aquí se detuvieron por espacio de una semana para dar lugar á que se les reunieran los dispersos y extraviados, y en seguida se pusieron en camino para Salona. Centenares de personas perecieron todavía de hambre y de cansancio durante la marcha; así que, de todos los hombres armados que habian abandonado á Missolonghi solo llegaron á Salona 1,300.

Con respecto á los que habian permanecido en la ciudad, todavía fué mas terrible su suerte. Los musulmanes penetraron en ella durante la confusion, los hombres perecieron al filo de los alfanges enemigos y las mujeres y niños fueron hechos prisioneros. Entonces los turcos y egipcios comenzaron el saqueo con tal furor, que combatieron entre sí mismos, hasta que los últimos consiguieron espulsar de la ciudad á los turcos, monopolizando de este modo el botin.

Este fin heroico y los rasgos de valor y abnegacion de que habia sido teatro aquella gloriosa é infortunada ciudad, produjeron un efecto de los mas extraordinarios en todos los espíritus. Las asociaciones filhelénicas se organizaron en mas vasta escala, é hicieron mayores esfuerzos. El comité de París reunió

toda clase de socorros, se acordaron donativos semanales para hacer frente á las apremiantes necesidades de la guerra, y bien puede decirse que esta nueva cruzada conservó la existencia de la Grecia, que se encontraba ya al borde del abismo.

Sin embargo, despues de la caida de Missolonghi, no les quedaba á los griegos mas que un pequeño número de puntos importantes, cuya pérdida hubiera producido la ruina total de sus esperanzas. La ciudad de Atenas era de toda la Rumelia la única plaza de alguna importancia que conservaban los griegos, y por esta razon Rechid-Pachá, tañ luego como se terminó el sitio de Missolonghi, se dispuso á destruir tambien este baluarte de la Hellade Oriental. En el Peloponeso solo quedaba el Maina libre de egipcios; pero Ibrahim alimentaba la esperanza de que su jefe Jorge Mauromichalis se someteria sin resistencia. Hecho esto podia considerarse como vencida la insurreccion en el continente, y entonces solo habria que dirigir el último golpe contra las islas, que se verian forzadas á someterse, careciendo como carecian de todo recurso y sin esperanza de obtenerlo de ninguna parte.

Los griegos creian que los turcos despues de su victoria tomarian la ofensiva contra las islas, y en vista del peligro y á escitacion del gobierno, que entonces se trasladó á Nauplia, los spetziotas abandonaron su isla y se trasladaron á Hydra con todos sus recursos, para reunir en un solo punto los medios de defensa.

Sin embargo, el peligro que se temia contra las islas se dispó bien pronto, pues la escuadra turca regresó á los Dardanelos y la egipcia á Alejandria (11 y 20 de mayo). Poco pudo durar la confianza de los griegos, pues algunos dias despues (junio) los turcos abandonaron los Dardanelos, una division de la escuadra se dirigió hácia Navarino, en donde permaneció por espacio de tres meses en la inaccion, mientras que la otra aparecia delante de Samos con el designio de intentar un nuevo ataque contra esta isla.

Los griegos enviaron todos los socorros de que pudieron disponer para evitar este golpe. Sachturis salió de Hydra (23 de julio) con

33 bergantines y ocho brulotes, con los cuales rechazó la escuadra turca, que volvió á Mitylene, en donde permaneció hasta que fueron á buscarla (4 de setiembre) Miaulis y Sachturis. Despues de una de las mas encarnizadas batallas de toda la guerra, batalla que se renovó al dia siguiente, los turcos abandonaron las aguas de Grecia regresando á los Dardanelos, sin emprender la expedicion contra Samos.

No fué mas brillante para los musulmanes la campaña de tierra. Ibrahim volvió á Patras despues del sitio de Missolonghi, con un ejército muy debilitado por tantos combates. No pudiendo emprender con tan escasos recursos operaciones de importancia, se contentó con apoderarse de Calavryta; pero no se atrevió á adelantarse hácia el istmo sin haber cubierto la retaguardia de su ejército, apoderándose del Maina. Todas sus tentativas fueron inútiles para alcanzar estos resultados, y el pachá tuvo que replegarse sobre Tripolitza, para ocuparse en avituallar esta ciudad cercada por todas partes de partidas insurrectas.

Este desastre que experimentaron los egipcios, reanimó el abatido valor de los griegos. Kolokotronis desde Nauplia (24 de julio) dirigió una escitacion á todos sus compatriotas, haciendo en ella mencion de los socorros enviados por los filhelenos de Francia, Alemania y Suiza. Reuniendo algunas fuerzas, estrechó á Tripolitza, pero aunque consiguió algunas ventajas, no pudo impedir que los egipcios recorriesen repetidas veces todo el país, destruyendo á sangre y fuego innumerables poblaciones.

No obstante, en estas expediciones las filas de los egipcios habian experimentado notables pérdidas, ya á causa de los repetidos combates, ya á causa de las epidemias que se desarrollaron en las fortalezas marítimas. En este clima mas desapacible que el suyo, la falta de vestuarios fué fatal á los árabes, y la extrema penunia de víveres llegó á tal punto, que se pagaba la galleta á un precio exorbitante, tanto que los egipcios, hasta entonces tan dóciles como esclavos, comenzaban á indisciplinarse. Una nueva flota que llegó de Alejandria á Navarino (2 de diciembre), resolvió la

cuestion de víveres; pero los claros que en las filas egipcias habian hecho los repetidos combates, quedaron sin reemplazar.

Casi al mismo tiempo que Ibrahim, despues de la toma de Missolonghi se habia presentado en el Peloponeso. Rechid-Pachá reuniendo un ejército de 10,000 hombres con la suficiente artillería y municiones, se trasladó á la Hellade Oriental (junio). Mas hábil que su rival Ibrahim, habia conseguido neutralizar la accion de algunos jefes rumeliotas y aun tomar algunos á su servicio, pudiendo por lo tanto penetrar en el Atica (10 de julio), sin que en su expedicion hubiese encontrado obstáculos de consideracion.

Los habitantes de Atenas, que hasta entonces habian tomado una parte muy débil en la insurreccion, y que á la aproximacion del peligro se refugiaron en varias ocasiones á la isla de Salamis, movidos por el ejemplo que acababa de dar Missolonghi, se mostraron mas dispuestos á la resistencia; pero los campesinos de los alrededores siguieron la misma conducta que siempre. Gouras, mas bien enemigo que amigo de los atenienses, se habia encerrado en la ciudadela con 300 hombres y víveres para diez y ocho meses, y aunque los habitantes de la ciudad se dispusieron á la defensa, la vanguardia de Rechid-Pachá se apoderó sin grande esfuerzo de algunas obras exteriores de la plaza. Cuando llegó el grueso del ejército el sitio se formalizó. Un violento bombardeo preparó el asalto general, ante cuyo ímpetu los griegos se refugiaron en el acrópolis, dejando la ciudad en poder del enemigo.

Para acudir al socorro de Atenas, reuniéronse en Eleusis algunos cuerpos de tropas hasta el número de 3,500 hombres, los cuales se establecieron (17 de agosto) al Nordeste de Atenas y rechazaron con bravura un ataque de los turcos. Entonces el coronel Fabvier, jefe del cuerpo de tácticos, propuso tomar la ofensiva, proposicion que desgraciadamente no fué aceptada, pues habiendo al poco tiempo recibido algunos refuerzos, Rechid-Pachá atacó de nuevo á los griegos en sus posiciones, rechazándolos en toda la línea y obligándolos á replegarse á Eleusis.

Este desastre causó tal desaliento en la guarnicion del acrópolis, que penetró en ella el espíritu de desercion. Sin embargo, como no era fácil tomar por asalto la fortaleza, Rechid intentó cortar el agua á los sitiados, para cuyo objeto emprendió algunas obras de zapa, las cuales no pudieron adelantar de un modo considerable, pues los defensores las entorpecian con frecuentes y arriesgadas salidas. En una de ellas pereció el jefe Gouras, y este acontecimiento, que al parecer debia producir el desaliento de la guarnicion del acrópolis, causó una reaccion favorable á la defensa.

Mientras que se verificaban estos acontecimientos en el recinto de Atenas, Karaikakis, que hasta entonces habia seguido una conducta dudosa, tanto mas sensible cuanto mayores eran las dotes de general y guerrillero que le adornaban, habiendo sido nombrado jefe de la Grecia Oriental por el gobierno que reconocia sus cualidades, entró de buena fé en la causa de la insurreccion, y desarrolló tal actividad y pericia, que bien pronto (enero de 1827) toda la Grecia Continental, á escepcion de Missolonghi, Anatoliko, Vonitsa y Lepanto volvieron al poder de los griegos.

Despues de hechos tan relevantes y meritorios, el gobierno ordenó á Karaikakis que volviese á Eleusis, á fin de preparar en aquel punto un golpe decisivo para hacer levantar el sitio de Atenas. Motivaba esta orden la indicacion que el embajador inglés habia hecho al gobierno griego, de la cual se deducia que si el acrópolis sucumbia podria muy bien suceder que las potencias en su acuerdo definitivo prescindiesen de la Grecia Continental considerándola como sojuzgada.

Sin embargo, los grandes temores que las campañas de Ibrahim y de Rechid-Pachá habian despertado en Grecia, se vieron disipados por este año al menos. Los dos jefes musulmanes no habian podido ponerse en comunicacion, como lo intentaron, por encima del istmo, y Rechid-Pachá escribió á su gobierno la necesidad de nuevos socorros para apoderarse de la acrópolis, con lo cual seria fácil someter en dos meses el Peloponeso, desgarrado por las disensiones intestinas.

Para poder comprender hasta qué punto eran exactas las apreciaciones del general turco, es preciso tener en cuenta el estado en que se encontraba el Peloponeso. Los grandes recursos pecuniarios procedentes del empréstito inglés, por medio de los cuales habian podido tenerse reunidos los cuerpos armados, comenzaban á escasear, y el gobierno de Zaimis se encontraba en posicion en extremo crítica. A la penuria de recursos habia que añadir la mala inteligencia entre los principales jefes kleftos, que se destrozaban entre sí movidos por la ambicion de poder y de riquezas. Viéndose el gobierno griego abandonado de casi todos los patriotas, dirigió su vista hácia la Inglaterra.

Esta circunstancia suscitó al gobierno un enemigo todavía mas terrible, el famoso Kolokotronis adversario de la mediacion inglesa. El anciano y turbulento Klefto, que á la sazón trabajaba en pró de la influencia de Rusia, manifestaba la idea de que debia llamarse al conde de Kapodistrias concediéndole la regencia del país. Para conseguir su objeto reunió en torno suyo sus partidarios, y poniéndose en oposicion con el gobierno griego, convocó una Asamblea en Egina, mientras que el gobierno apoyado por el partido inglés reunió la suya en Hermione: de este modo volvió de nuevo á presentar la Grecia el desconsolador espectáculo de la division y la anarquia mas perjudiciales para la causa de la independencia. Esta oposicion interior entre los partidos griegos debia tener para lo porvenir las mas desgraciadas consecuencias, pues obligó á la Grecia á aceptar con su emancipacion la mas perniciosa herencia, la dependencia continua de potencias europeas.

Las dos Asambleas enemigas no pudieron desconocer, á pesar de la pasion que á ambas dominaba, que si habian de conservar los auxilios del filhelenismo y el apoyo de las potencias debian prescindir de sus intestinas disensiones. Despues de varios pasos conciliadores, determinaron reunirse en Trezena para terminar tan peligrosas diferencias. Una vez verificada la reunion, la Asamblea decretó que el Estado indivisible de la Grecia se componia de todas las eparquias que habian

tomado las armas, y se propuso como objeto la mediacion de la Inglaterra. Entonces, verificada ya la union, el inglés lord Cochrane prestó juramento (10 de abril) ante la Asamblea, como almirante de las fuerzas navales griegas, y en esta ocasion el bravo Miaulis, al cual era deudora la flota griega de casi toda su gloria, no desmintió su desinterés y su modestia.

Kolokotronis no siguió este ejemplo, queria á toda costa que se colocase al frente del gobierno griego un personaje de su eleccion, y para este objeto propuso á Kapodistrias. Surgieron sobre este asunto algunas diferencias; pero Kolokotronis consiguió hacer triunfar su opinion, y Kapodistrias fué elegido presidente (11 de abril de 1827) de la Grecia por siete años. Al mismo tiempo que se comunicó á Kapodistrias su nombramiento, se dirigió una escitacion á los pueblos cristianos en demanda de auxilios, espresando la Asamblea su reconocimiento al rey Luis de Baviera, á Canning y á Eynar, el agente mas activo de los filhelenos franceses.

Establecida de este modo la tranquilidad en el interior de la Grecia, lord Cochrane, cuya mision no se reducía á esto solo sino tambien á dirigir la guerra, se encargó de las operaciones militares. Sobre sus talentos como marino habian cifrado los griegos las mas absurdas y exajeradas esperanzas, que se aumentaron tambien por los jactanciosos ofrecimientos del almirante inglés. Propuso este como una de las necesidades mas urgentes, el hacer levantar el sitio del acrópolis, amenazando al gobierno con retirarse si esta expedicion no se verificaba inmediatamente. Ya antes de esta proposicion, el gobierno habia hecho una tentativa encaminada á este objeto, pero sin resultado favorable, y tuvo que ceder de nuevo ante las exigencias del almirante inglés, que en vez de dirigirse con la flota contra los turcos que se encontraban en los Dardanelos, creyó mas urgente acudir al socorro de los sitiados de Atenas.

Los mismos peligros que cercaban el acrópolis y la confianza con que todos miraban como cierta su libertad con los medios de que se podia disponer, fueron causa de que en

esta ocasion todos corriesen á las armas; pero esta misma circunstancia debió haber aconsejado la prudencia, puesto que la esperiencia habia demostrado en mas de una ocasion, que los negocios de la guerra marchaban tanto peor cuanto mayor era el número de combatientes que se reunia, pues la falta de disciplina hacia con frecuencia que se embarazasen unos á otros.

Propusieronse entonces varios planes que aconsejaba la prudencia; pero lord Cochrane, lleno de una presuntuosa confianza, determinó atacar á Rechid-Pachá y marchar rectamente al objeto. En esta empresa, el almirante, desconociendo por completo las fuerzas de que podia disponer y la verdadera calidad de las del enemigo, y creyendo que nada podia oponerse á su esfuerzo, se presentó ante las tropas de Rechid con una imprudente confianza.

Los griegos en el primer ataque hicieron capitular á un destacamento de albaneses que defendian una posicion fuerte; pero cuando los vencidos en virtud de la capitulacion abandonaban su puesto para reunirse al grueso del ejército turco, las bandas indisciplinadas de los griegos se arrojaron sobre ellos sin escuchar las órdenes de los jefes, ni contenerse por el esfuerzo de los tácticos filhelenos, que querian conservar el honor de su palabra.

Esta conducta de las tropas irregulares introdujo la division entre los jefes y la mala inteligencia entre los soldados; pero el almirante inglés, engrdeido con el primer triunfo, creyó ya como cosa segura la derrota de los turcos y dió orden para el ataque, contra la opinion de los jefes griegos, que sin embargo tuvieron que ceder ante las exigencias del marino inglés, que al observar la menor resistencia amenazaba á los griegos con abandonarlos.

El resultado del prematuro ataque fué que los griegos quedasen derrotados en toda la línea. Habiendo intentado llegar al Pireo por un punto completamente desprovisto de árboles en donde la caballería turca podia obrar con entera libertad, las tropas irregulares no pudieron resistir el ímpetu de la caballería enemiga, á pesar del esfuerzo de algunos jefes, entre los cuales se encontraba Karaska-

kis, que aunque enfermo se presentó al combate, en el cual recibió una herida mortal.

Otro ataque intentado al abrigo de un bosque de olivos tuvo tambien el mas deplorable resultado para los griegos, desalentados por el anterior descalabro que habia puesto sobre aviso á los turcos. Si en aquella ocasion Rechid-Pachá hubiese atacado resueltamente al enemigo, este hubiera sido derrotado por completo, pero aunque tuvieron que dejar el acrópolis abandonado á su suerte, los moreotas pudieron volver al istmo, y las demás tropas en número de 3,500 hombres se reembarcaron de nuevo.

Estos acontecimientos provocaron la caída del acrópolis, que aunque fué defendido con resolucion por algun tiempo, estuvo muy lejos de desplegar el heróico valor y la abnegacion patriótica de Misolonghi. En efecto, cuando se entregó esta fortaleza, que habia experimentado grande escasez de carnes y de combustible, tenia sin embargo todavía trigo para cuatro ó cinco meses, con cuyo recurso hubieran podido prolongar por mucho tiempo la resistencia y esperar nuevos socorros que acaso podrian habersele enviado.

La irritacion del pueblo griego al conocer estos detalles llegó á su colmo. Los jefes que habian intervenido en la capitulacion tuvieron que sustraerse por la fuga al furor de las masas, que instintivamente conocian que si el acrópolis se hubiese sostenido todavía por algun tiempo las negociaciones entabladas por las potencias hubieran podido llegar á un término favorable antes de una catástrofe que revelaba la debilidad de los griegos.

Es cierto que la rendicion del acrópolis habia renovado en Europa la terrible impresion producida por la catástrofe de Missolonghi; pero no era de esperar que los socorros de los filhelenos llegasen á lo que habian sido en 1826. Era por lo tanto muy urgente que un poder mas fuerte opusiese un dique á la ruina que se aproximaba á pasos de gigante, y esto es precisamente lo que sucedió á última hora.

El fuerte impulso de las simpatias de la Europa, inspiradas por la triste suerte de este pueblo que luchaba por su libertad, continuó ejerciendo en lo sucesivo un favorable influjo.

Es cierto que no se habia conseguido todavía que las potencias obrasen prontamente para salvar á la Grecia de su ruina; mas, sin embargo, los diplomáticos continuaron y acabaron su obra comenzada en gran parte á su pesar. El protocolo que algunos días antes de la caída de Missolonghi habia sido firmado por la Rusia y por la Inglaterra, fué poco tiempo despues de la rendición de Atenas transformado en convencion formal entre la Rusia, la Inglaterra y la Francia.

Desde este momento, el centro de gravedad de la historia de la revolucion se traslada desde el teatro de la guerra á los gabinetes de los diplomáticos. En esta época la modificación efectiva en el estado de las cosas, arrancó á la diplomacia la confesion siguiente: «Que la cuestion helénica iba siendo cada vez mas superior á los esfuerzos de los griegos.» En efecto, toda la energía del pueblo estaba paralizada. Nadie creía ya que los griegos por sí mismos consiguiesen decidir los destinos de la patria. En el primer período efectivo de las negociaciones, período del cual nos hemos ocupado y que terminó en Verona, las potencias habian resuelto abandonar la Grecia á su suerte. En el segundo, es decir, el de las conferencias de San Petersburgo, la Rusia habia tratado en vano de traspasar esta neutralidad, y la revolucion habia continuado su marcha regular. Un tercer período decisivo comenzó con el protocolo del 4 de abril de 1826, en el cual las potencias debian mediar entre la Puerta y sus súbditos rebeldes, «resolucion insostenible ante el tribunal de la razon,» segun la opinion de Metternich (1). Nos vemos obligados por lo tanto á colocarnos principalmente sobre el terreno diplomático y echar tan solo de vez en cuando una mirada sobre la marcha infructuosa de los acontecimientos griegos, así como hasta ahora habiamos dirigido nuestra atencion sobre el mismo teatro de la guerra para examinar, bajo este punto de vista y cuando se presentaba la ocasion, los pasos hasta entonces estériles de la diplomacia.

(1) Despacho del príncipe Metternich al conde Zichy, en 29 de marzo de 1827.

CAPITULO IX.

La triple alianza entre la Inglaterra, la Rusia y la Francia.—Interpretación del protocolo del 4 de abril.—Tratado de Akerman.—Negociación de las potencias contratantes para la ejecución del protocolo.—Negociaciones entabladas en Constantinopla.—Intrigas de Metternich.—Estado de las cosas en Grecia.—Ibrahim en la Morea.—La flota egipcia.—Nuevo movimiento entre los griegos.—Batalla de Navarino.—Efecto producido en Europa por esta batalla.—Efecto de la batalla de Navarino sobre la Puerta.—Nuevos designios de Metternich.—La Rusia.—Crisis de la triple alianza.—Reconciliación.

En la esposición de las relaciones diplomáticas entre las diferentes potencias, hemos llegado hasta la conclusión del protocolo de San Petersburgo del 4 de abril de 1826, manifestando la consternación que á la primera noticia de la alianza ruso-inglesa experimentaron tanto el sultan como su secreto aliado el príncipe de Metternich. Con su vivacidad oriental, el sultan habia conocido los hechos que se ocultaban en este acontecimiento, preparándose en el instante á contrabalancear los esfuerzos de esta alianza. Pero como en Occidente se camina en estos asuntos mas despacio, Metternich obró mas lentamente, disponiéndose á destruir esta alianza por medio de sus favoritas intrigas diplomáticas. En efecto, aunque fué grande su disgusto á los primeros anuncios de la alianza, era Metternich demasiado optimista por naturaleza para dejarse atormentar por mucho tiempo por estos temores. Por lo demás, sus inquietudes disminuyeron desde que comenzó á sondear los pensamientos y designios de las potencias aliadas. Apresuróse á preguntar á Canning, cuáles serian las consecuencias que produciria el protocolo en el caso en que estallase la guerra, si la potencia mediadora seria entonces aliada de la beligerante, y si la Inglaterra estaba bien segura de la aplicación que el czar daria al principio de las indemnizaciones por la guerra. Antes que hubiese podido recibir respuesta á estas preguntas, Metternich supo sucesivamente la caída de Missolonghi, la vuelta de Ibrahim á la Morea, los armamentos de Rechid-Pachá en la Hellade Oriental, la anarquía que reinaba en Nauplia, y el desorden que causaba una completa confusión en todo este caos revolucionario.

El ministro austriaco, que temia una guerra ruso-turca, afirmaba precisamente en los

momentos en que las probabilidades de una lucha eran mayores que nunca, que las circunstancias no eran propicias para que la Rusia se arriesgase á malquistarse con toda la Europa, por realizar los gigantescos proyectos de disolucion del imperio turco.

Por lo demás, en el protocolo no se habia estipulado la estension del nuevo Estado que se trataba de crear: Metternich sabia que Canning deseaba restringirle en los mas estrechos limites, reduciéndole á la Morea y á las islas, lo que no agradaba de modo alguno á la Rusia. Por otra parte este documento no decia nada con respecto á las medidas que debian adoptarse para ejecutar el protocolo.

De esto deducia el ministro austriaco, que la Inglaterra y la Rusia obraban una con respecto á otra de mala fé, teniéndose mutuamente en jaque, y que una recíproca desconfianza habia presidido á la conclusion de esta alianza. Al mismo tiempo alimentaba Metternich la confianza de que si en aquella cuestion se llegaba á una ruptura con la Puerta, las mismas relaciones equívocas de las dos potencias aliadas le suministrarían los medios para escitar á una potencia contra la otra, aunque fuese apelando á la calumnia.

Solo deseaba el diplomático austriaco que se tardase en comunicarle el protocolo, y sobre todo, que no se le pidiese su opinion sobre él, pues entre tanto los negocios marchaban en Grecia viento en popa para los turcos, y habia motivos para creer que cuando las potencias se hubiesen puesto de acuerdo, la sumision de la Grecia fuese un hecho consumado, y por lo tanto inútiles todos cuantos pasos se intentasen para su emancipacion.

Antes de examinar hasta qué punto eran fundadas las apreciaciones de Metternich, debemos referir los tratos que se verificaron entre los plenipotenciarios turcos y rusos en la frontera, segun lo estipulado en el *ultimatum* presentado por el gabinete de San Petersburgo á la Puerta, y que esta habia aceptado con la esperanza de separar á la Rusia de los asuntos griegos, cediendo en la cuestion de los Principados. Aunque la ciudad de Akerman estaba situada bastante al interior de la frontera en territorio ruso, la Puerta la aceptó

como punto de reunion de los plenipotenciarios; pero tan luego como los comisionados turcos se encontraron en este punto, como el emperador Nicolás profesaba la idea de que para sacar algun resultado en las negociaciones y tratos con la Turquía era preciso emplear con ella, no el lenguaje de la persuasion sino el de la amenaza, los plenipotenciarios rusos se presentaron en extremo exigentes. En efecto, llevaron sus peticiones hasta un extremo, que ellos mismos las creyeron imposibles. Por lo tanto, juzgaban los rusos que las cuestiones entre la Rusia y la Puerta continuarían sin resolucion, quedando el gobierno de San Petersburgo en actitud de volver á ocuparse de los asuntos griegos.

Con este objeto, los plenipotenciarios rusos exigieron: que los turcos restableciesen en los principados el *statu quo* de 1821, y por consiguiente, que los divanes al lado de los hospodares, despues de una administracion de siete años podian ser reelegidos. Las disposiciones contenidas en el tratado de Bucharest con respecto á la Servia debian ser confirmadas, y la Turquía devolver á los serbios algunos territorios que habia secuestrado. Los rusos pedian una indemnizacion por las pérdidas que los berberiscos les habian causado desde 1806, y las garantías suficientes para proteger en el porvenir el comercio ruso contra todo perjuicio que pudiera ocasionársele, y finalmente, la libertad de navegacion en el mar Negro para todas las potencias de segundo orden que no la poseian todavía. Todas estas peticiones habian sido casi concedidas ya por la Turquía en otras ocasiones, pero á ellas añadió la Rusia otra nueva completamente injustificada, la cesion por parte de la Puerta de los fuertes que poseia en la frontera de Asia.

Por grande que fuese el disgusto de la Puerta, encontrándose aislada y sin medios para luchar con la Rusia, y deseando al mismo tiempo poder separar por medio de su condescendencia, la atencion de esta potencia de la Grecia, accedió á todas estas exigencias. En tanto que se verificaban estas negociaciones, las potencias aliadas pusieron en claro algunos puntos del protocolo, pero en

este trabajo comprendieron al fin que tanto la una como la otra escondian bajo los términos del tratado pensamientos ocultos. Por este motivo, el ministro inglés acosaba á su embajador en Constantinopla para que alcanzase una suspension de armas entre griegos y turcos antes de que llegase el representante de San Petersburgo, pues de este modo la Inglaterra podria hacerse dueña de la direccion de las negociaciones ulteriores. Todos los esfuerzos del embajador inglés se estrellaron contra la resuelta actitud de la Puerta en este asunto.

Entre tanto Metternich, que habia recibido la comunicacion del protocolo, se vió obligado á contestar (22 de diciembre) á los embajadores de Inglaterra y Rusia. En su respuesta se declaró con gran vehemencia contra todo empleo de medidas coercitivas, proponiendo algunos otros medios para terminar aquella enojosa cuestion; pero estas proposiciones no hicieron efecto alguno.

Ante la inutilidad de estos esfuerzos, Metternich empleó sus armas favoritas, la astucia, la intriga y la calumnia, para provocar una mala inteligencia entre las potencias aliadas. Tan pronto escitaba al gobierno francés contra la Inglaterra manifestando que esta potencia no pretendia otra cosa mas que malquistar á la Francia con el Egipto, como suscitaba en el espiritu de los diplomáticos rusos dudas sobre las intenciones del gabinete francés. Sin embargo, todos estos esfuerzos fueron vanos, y los representantes de Inglaterra, Francia y Rusia, de acuerdo con las instrucciones de sus respectivos gobiernos, recibieron órdenes para obrar activamente en Constantinopla.

Desde entonces nada se opuso á la accion comun de las potencias aliadas. En la primera entrevista con el jefe del gobierno turco (20 de febrero de 1827), el embajador ruso, M. de Ribeaupierre, atacó la cuestion griega sin preámbulos, aunque en tono conciliador. El ministro turco rehusaba escuchar proposicion alguna sobre este punto, manifestando que la Rusia en Akerman habia desistido formalmente de ocuparse de la pacificacion de Grecia. Ribeaupierre declaró en-

tonces que la Puerta estaba en un error, puesto que su gobierno habia considerado siempre la represion de las turbulencias de la Grecia como el complemento *necesario* del tratado de Akerman. Habiendo acentuado el embajador ruso la palabra que subrayamos, el ministro turco opuso la completa imposibilidad del hecho.

En vista de esta negativa, los embajadores de las potencias aliadas remitieron á la Puerta (9 de marzo) el protocolo, pero todavia de un modo confidencial. El sultan retardó el momento de contestar por escrito; pero por medio de los hechos manifestó cuáles eran sus intenciones. En efecto, cambió sus ministros, sustituyendo los que eran conciliadores con los mas ardientes partidarios de la resistencia, y el nuevo presidente del gabinete respondió verbalmente diciendo: «que el protocolo por medio del cual las potencias habian dispuesto arbitrariamente de los derechos de otro soberano, no era á los ojos de la Puerta mas que un papel blanco del cual debia hacerse caso omiso, y que así como su comunicacion confidencial era un insulto, la comunicacion oficial podia considerarse como un ultraje.»

En vista de esta respuesta, los representantes de las partes aliadas comunicaron el tratado en que las tres potencias se comprometian á intervenir en la pacificacion griega; pero la Puerta se mantuvo en la negativa, probablemente influida por las sugerencias del Austria que no desconfiaba todavia de poder conseguir que los aliados se malquistasen entre sí.

En seguida los embajadores dirigieron á la Puerta su segunda nota, en la cual anunciaban al divan que impondrian una tregua á las partes beligerantes por medio de la fuerza de las armas. El ministro del sultan rehusó admitir esta nota; pero el intérprete francés encontró medio de leérsela, recibiendo como única contestacion, que los principios eternos de la Puerta le impedian aceptar una mediacion.

Esto, segun el estado á que habian llegado las cosas equivalia á una ruptura, y por lo tanto, cada uno de los embajadores hizo cono-

cer provisionalmente á los negociantes de su nacion el estado crítico de las cosas (6-8 de setiembre). Desde que los embajadores hubieron entregado su segunda nota (31 de agosto), habian enviado sus órdenes á los tres almirantes de las escuadras aliadas que estaban en el Mediterráneo. El contra-almirante inglés, Codrington, habia recibido un refuerzo de dos navíos, y el gobierno francés envió tambien á su almirante de Rigny cuatro navíos de linea.

Durante todo este tiempo, mientras que se negociaba en Constantinopla, Metternich, convertido en mero espectador de los hechos, habia sido alternativamente presa de las mas contrarias sensaciones. No pudiendo ejercer su influencia sobre la marcha de los sucesos, hubo un momento en que se creyó que el Austria trataba de oponerse á las designios de las tres potencias de otro modo que por medio de las palabras; pero eran exagerados estos temores.

En efecto, Metternich preferia entrar en campaña contra los aliados con las armas que mejor manejaba, es decir, las calumnias y las intrigas. En consecuencia de esta determinacion, el príncipe denunció desde entonces la política de la Rusia de un modo directo, y en la misma persona del emperador, del cual decia, que se abandonaba á las sugerencias de una ambicion sin limites. Con respecto á la Inglaterra, Metternich manifestó una absurda torpeza, queriendo escitar contra ella á las demás potencias. Con tal designio, el ministro austriaco exhortó á la Rusia á desconfiar de los proyectos de la Inglaterra, que queria estender su protectorado tambien sobre la Grecia. Con respecto á la Francia, Metternich, en un despacho dirigido á Paris (1) decia que el conjunto de las cláusulas del tratado no ofrecia otra significacion práctica ni otra solucion definitiva que la emancipacion política de los griegos.

Tratando de este modo de escitar á las potencias de Occidente las unas contra las otras, Metternich continuaba como siempre desarro-

llando sus intrigas en Oriente. Durante los últimos meses, habia hecho sin cesar grandes esfuerzos para decidir á la Puerta á proseguir con energia y por su propia cuenta la pacificacion de la Grecia. Habia mas todavia, desde que los aliados en su proyecto de tratado comenzaron á hablar de su designio de favorecer á los griegos, Metternich creyó adelantarse á ellos mandando á su almirante del Mediterráneo que tratase con mas consideracion que hasta entonces á los insurrectos, y estraoficialmente trató de hacerles comprender que el Austria estaba llena de benevolencia con respecto á la causa de la independencia helénica. Los griegos, sin embargo, rechazaron con desden esta inesperada simpatía del emperador.

Cuando fracasaron todos estos pasos, cuando el tratado fué firmado y las negociaciones cerca de la Puerta iban á comenzar, Metternich emprendió en Constantinopla el mismo juego falso y astuto que ha hecho mas daño á la Puerta que la arrogancia de la Inglaterra y la ambicion de la Rusia. En este estado las cosas, Canning, que habia hecho tomar á la Inglaterra, segun hemos tenido ocasion de observar á su debido tiempo, una actitud mas decidida en favor de los griegos, bajó al sepulcro, y este acontecimiento hizo renacer en el corazon del diplomático austriaco la esperanza de que la Gran-Bretaña se separaria de la alianza de la Rusia.

El gobierno de San Petersburgo se apresuró á anunciar á todas las córtes la ratificacion del tratado, con el designio de destruir todas las dudas y suposiciones que pudiese producir este sensible acontecimiento y cortar toda esperanza de que la ejecucion del tratado sufriese algun retardo. Metternich no se dejó desconcertar por esto. Esperaba volver á ganar su perdida influencia con solo el empleo de palabras, precisamente cuando todos los espíritus despreocupados, segun la frase de uno de los mas notables diplomáticos de aquel tiempo, no veian en la conducta de Metternich mas que desahogos totalmente ineficaces que no podian producir resultado alguno.

Pero precisamente cuando manifestaba ma-

(1) Despacho dirigido al conde Appony, con fecha 11 de junio de 1827.

yor confianza, fué de nuevo burlado por los acontecimientos que se verificaron en el teatro de la insurreccion. Para comprender el golpe que recibió Metternich, debemos volver la vista sobre el teatro de la guerra.

Desde la rendicion del acrópolis de Atenas, los negocios de la Grecia se habian precipitado con una rapidez creciente hácia su desenlace y hácia su ruina. El gobierno, por su debilidad, habia llegado á ser objeto de burla, no solo para el ejército, sino tambien para el pueblo. Por lo demás, los recursos pecuniarios disminuian cada vez mas. Los dos millones de piastras que produjo la contribucion territorial de 1827 estaban agotados; los derechos de entrada no producian nada; el impuesto sobre las presas, generalmente no llegaba á ingresar en las cajas del Estado; una gran parte de los socorros dados por los filhelinos, habia sido consumida por los armamentos de Cochrane, y el resto habia sido aplicado á los cuerpos de tácticos que despues de la rendicion del acrópolis se habian separado del resto del ejército.

Las tres plazas fuertes de la Morea, únicas que pertenecian todavía á los griegos, ni reconocian al gobierno ni á las islas; los hidriotas y spetziotas obraban segun sus propias inspiraciones, y en la isla de Ejina, los psariotas dominaban como señores absolutos así como los refugiados de la isla de Creta en las pequeñas Cycladas. Monemvasia estaba en poder del hermano de Petrobey que la convirtió en un nido de piratas; Acrocorinto habia sido comprada por Kitsos Tsavelas, con el dinero que habia ganado vendiendo á los turcos una parte de los almacenes del gobierno griego; Nauplia continuaba dividida entre los Grivas y Photomaras, y su dominacion escitaba la envidia de los habitantes del Peloponeso, que no podian consentir pacientemente en que una ciudad tan importante estuviese en poder de los rumeliotas. Estos habian hecho proclamar á Nauplia residencia del gobierno, que á la sazón residia en Poros; pero antes que llegase este, Kolokotronis se presentó ante la ciudad con el objeto de apoderarse de ella: sus esfuerzos fueron vanos, pues Grivas tuvo noticia de sus proyectos y supo desbaratarlos.

Estas disensiones intestinas debian favorecer en extremo los progresos que hacia Ibrahim en la reduccion de la Península. En la primavera habia partido con 6,000 hombres de la Elide y de la Acaya, y atravesando (18 de abril) el Alfejos. Los habitantes se refugiaron, como en otras ocasiones, en las pequeñas islas pantanosas de la costa; pero como la escuadra cooperaba á las operaciones del ejército de tierra, daba caza á los fugitivos. Cuando se difundió la noticia de la toma de Atenas por los turcos, los mas resueltos patriotas de la Elide, la Acaya y la Arcadia, se dejaron poseer por el desaliento, y como Ibrahim emplease un sistema de guerra mas humano, consiguió someter muchas eparquías.

Mostróse en esta época Kolokotronis otra vez intrépido é infatigable. Dirigió sus escitaciones á los griegos, amenazó con destruir á fuego y sangre á los que se habian sometido al enemigo, y gracias á estos esfuerzos, los paises sometidos, tan luego como eran abandonados por los egipcios, volvian de nuevo á insurreccionarse. Sin embargo, recibiendo refuerzos y llevando la destruccion por todas partes, Ibrahim hubiera conseguido al fin dominar en todo el Poloponeso, si lograba destruir á Hydra y á la flota insurrecta, que mantenía siempre viva la esperanza de los griegos. Con este fin se preparaban armamentos terribles, y con el objeto de unificar las operaciones de las escuadras, se dió el mando supremo de ellas al general egipcio Yahir-Pachá, á quien Mehemet-Ali llamaba con gran satisfaccion «uno de los suyos.»

Habia partido este desde los Dardanelos al principio de la primavera, con 28 grandes navíos de guerra, situándose en Navarino á las órdenes de Ibrahim, que se habia dirigido tambien á este punto. Los griegos debieron entonces haber impedido á toda costa la union de las dos escuadras enemigas; pero lord Cochrane quiso acreditarse por medio de un golpe atrevido y de gran efecto, atacando el puerto de Alejandria, mientras en él se preparaban los armamentos egipcios. Sin embargo, la expedicion, ya antes intentada por Kanaris, no produjo efecto alguno notable, y los egipcios

terminaron los preparativos y se hicieron á la mar.

Formaba esta nueva flota dos divisiones separadas, de las cuales la una era mandada por el Kapudan-bey (almirante) y la otra por Muhartem-bey. Constaba de 92 buques, 51 de guerra y los demás trasportes, que llevaban á bordo una gran cantidad de provisiones, y 4,000 hombres de tropas regulares. Entre los trasportes habia cinco navios austriacos, lo que podia considerarse entonces como un acto de abierta hostilidad contra las tres potencias aliadas. Informado del contenido del tratado el pachá de Egipto, parecia haberse puesto nuevamente de acuerdo con la Puerta para dar un golpe decisivo á Nauplia y á Hydra, antes que las negociaciones produjeran un resultado positivo y antes que la flota rusa llegase al Archipiélago. Ibrahim debia al propio tiempo someter la Messenia para poder decir á los negociadores que la insurreccion estaba terminada.

La flota egipcia llegó á Navarino (2 de setiembre) sin haber encontrado al paso ni un solo buque griego. Cuando se supo la union de las dos escuadras, cuya fuerza ascendia á 126 velas, la mayor consternacion se apoderó de los insurgentes. No se dudó de que las operaciones marítimas se dirigian contra las islas, y nadie podia pensar en oponerse á las escuadras combinadas con tan pocos recursos como existian.

Pero hacia ya algunos dias que la escuadra inglesa se encontraba en aquellas aguas para proteger á los griegos. Mucho tiempo antes, el contra-almirante inglés habia dado á conocer á los griegos la cláusula del tratado relativo á la suspension de hostilidades, cláusula que el gobierno griego acogió y aceptó con grandes demostraciones de alegría (1). Despues el jefe de la armada francesa, acompañado de Hamilton, debia presentarse en Modon para determinar á Ibrahim-Pachá á una suspension de la guerra; pero al recibir la noticia de la llegada de la flota egipcia, los comandantes de las escuadras aliadas habian modificado este proyecto. Con el objeto de proteger las islas

de Rygni, concentró sus buques cerca de Milos, y Codrington conservó su escuadra formada en línea entre Hydra y Thermia.

Mas, sin embargo, cuando el contra-almirante inglés se hubo informado (10 de setiembre) de que la espedicion egipcia se habia encaminado á Navarino, sin esperar ni aun la llegada de su colega de Rigny, resolvió dirigirse rápidamente sobre este punto, á fin de oponerse á que los egipcios consiguiesen su objeto. Cuando se presentó Codrington delante de Navarino (12 de setiembre), encontró allí á la flota egipcia que se preparaba á hacerse á la vela para Nauplia con tropas de desembarco. Antes de que de Rigny se le reuniera (12 de setiembre), Codrington informó (17 de setiembre) al comandante de los navios turcos de la conclusion del tratado, pidiéndole en los términos mas enérgicos la suspension de las hostilidades. «Los aliados, decia el contra-almirante inglés, habian reunido fuerzas navales de consideracion, con el objeto de ejecutar sus resoluciones y de impedir toda resistencia de parte de los comandantes turcos, resistencia que podria no solamente acarrear su propia destruccion, sino tambien ocasionar por mucho tiempo grandes perjuicios al sultan. Habia recibido la orden, añadia Codrington, de llegar hasta el último extremo, para que los aliados no consiguiesen su objeto, y que si se disparaba un solo cañonazo contra el pabellon inglés, esto causaria inmensos perjuicios á la flota otomana.» Con igual rudeza se dirigió al comandante de los buques austriacos surtos en el puerto de Navarino, manifestándole que habiendo recibido órdenes para impedir la llegada de municiones de guerra, no podria hacer distincion entre los buques austriacos y los turcos, y que por lo tanto le hacia responsable de todas las consecuencias que ocasionase la intervencion de las fuerzas marítimas del Austria.

El almirante turco envió á los portadores del mensaje de Codrington á Ibrahim-Pachá, el cual no queria convencerse de que los aliados se hubiesen puesto de acuerdo para obrar por medio de las armas; pero habiendo celebrado una entrevista con los jefes de las armadas inglesa y francesa, prometió que sus-

(1) Véase Martens, t. XII, pág. 75.

penderia las hostilidades hasta que recibiese órdenes de Alejandría.

Convencidos por estas promesas los almirantes cristianos, de Rigny se dirigió á Cervibay al Norte de Cerigo, y Codrington envió gran parte de sus buques á Malta á tomar provisiones, quedando solo de observacion ante Navarino dos avisos de vapor. Con el resto de sus fuerzas el almirante inglés se dirigió á Zante, con el designio de vigilar los movimientos de los griegos en este punto, puesto que lord Cochrane amenazaba violar la neutralidad de las islas Jónicas por medio de un ataque contra las costas de la Albania.

El tratado de julio, que los aliados pretendian considerar como un servicio de amistad prestado á la Puerta y que esta miraba como un insulto, ocultaba en su trama una porcion de medidas incompletas y de indicaciones oscuras, que en el momento de la ejecucion habian de dar márgen á muchas dudas y dificultades. En el momento mismo en que se conoció la conclusion del tratado, el fuego de la guerra que se habia casi estinguido, comenzó de nuevo á reanimarse entre los griegos, que se lanzaron inmediatamente á nuevas empresas y proyectos. Ya antes de la partida de la flota egipcia, lord Cochrane, con los buques *Hellas* y *Salvador*, habia doblado el cabo Malea, para hacer un reconocimiento delante de Navarino (30 de julio), en donde habia observado una escuadra turca de 16 velas que volvía de Patras. Habiéndola atacado le apresó dos buques importantes que condujo inmediatamente á Poros.

A la sola aparicion de estas presas en las cercanías del golfo de Corinto, se sublevó de nuevo la poblacion de ambas costas. Era la época en que las eparquías sometidas á los turcos al Noroeste del Peloponeso habian tomado de nuevo las armas, y en que Kolokotronis se disponia á atacar á Patras. Algunos cuerpos volantes se presentaron en la Hellade Occidental, y los enemigos de los turcos y hasta el gobierno griego formaban los proyectos mas aventurados con el designio de aprovecharse del intervalo que los turcos tardasen en aceptar el armisticio, para poder manifestar despues sus pretensiones á la

emancipacion de un territorio lo mas grande posible.

Los almirantes, que para muchos casos imprevistos no tenian instrucciones, las pidieron á Constantinopla, de donde se les dijo (4 de setiembre) que debian restringir las empresas de los griegos á los limites probables del nuevo Estado, á saber: la Grecia Continental, desde el golfo de Volo hasta la embocadura del Aspropotamos; la Morea y las islas, incluso la Eubea, esceptuando la de Samos y Creta. Por esta razon, cuando lord Cochrane, con el designio de ejecutar la empresa que meditaba contra la Albania, apareció con 23 buques que habia reunido cerca de Spetzia (18 de setiembre) delante de Missolonghi, Codrington manifestó al almirante griego que no podria desembarcar en la Albania, órden que comunicó tambien á Ibrahim-Pachá en su entrevista del 25 de setiembre.

Ya antes el general egipcio habia espresado á de Rigny el asombro que le causaba la parcialidad de los aliados que le impedian hacer el mas insignificante movimiento mientras que los griegos disfrutaban de toda su libertad de accion. El almirante francés para justificarse le respondió: «Que la parte que se habia sometido á las demandas de las potencias merecia estas consideraciones, que eran un medio de obligar á la Puerta, tan tenaz, á aceptar la suspension de armas. Esta indulgencia, añadió de Rigny, no se estenderia mas que á los territorios griegos que estaban sublevados.» Al dia siguiente, y refiriéndose á la declaracion de la víspera contra la expedicion de Cochrane, el intérprete del pachá solicitó de Codrington el permiso de enviar algunas fuerzas á Patras, hácia donde se dirigia Cochrane. Los almirantes de las potencias aliadas, que sabian era falso este aserto, respondieron negativamente repitiendo su declaracion. La flotilla griega por su parte se sometió tambien á esta exigencia, y lord Cochrane se contentó con hacer una tentativa contra el fuerte Vassiladi, volviendo á Syra cuando conoció que sus esfuerzos eran inútiles.

Durante muchos dias, los temporales continuos impidieron á los griegos emprender nin-

gun movimiento, hasta que se pudo volver á comenzar el ataque (30 de setiembre) contra la escuadra turca, superior en número y protegida por una batería de tierra. En este ataque, siete de los nueve navíos turcos fueron destruidos y tres buques austriacos apresados, con lo cual adquirieron los griegos la dominacion del golfo, y pudieron poner en comunicacion la Morea y la Grecia Occidental.

Este acontecimiento produjo sobre Ibrahim-Pachá el mismo efecto que al principio de la insurreccion las victorias de los griegos habian ejercido sobre el ánimo del sultan. Su naturaleza bárbara reprimida, estalló de nuevo, haciéndole perder todo el imperio sobre sí mismo que hasta entonces habia podido conservar. Consideró esta violacion de la paz como un hecho que le libraba de los compromisos contraídos con los almirantes aliados, y dejó á su lugarteniente en Messenia para que sometiese y aniquilase el país. Los turcos, en virtud de estas órdenes, lo llevaron todo á sangre y fuego, mientras que Ibrahim hacia partir dos divisiones de la flota, la una mandada por el segundo vice-almirante Mustafá, y la otra por Tahir-Pachá, en la cual se embarcó él mismo con el objeto de introducir provisiones en Patras y volver á posesionarse del golfo de Corinto.

Durante la noche en que llegó á Zante el almirante Codrington, recibió (1.º de octubre) la noticia de la partida de la flota musulmana. Ya al dia siguiente por la mañana se opuso con un pequeño número de buques, y á pesar del mal tiempo, á la primera division de la escuadra turca delante del golfo de Patras, y declaró al gran almirante: «que puesto que los turcos habian faltado á su palabra, no guardaria consideracion alguna con ellos, sino que por el contrario, haria fuego contra el primer buque que hiciese ademán de querer pasar, y que en el caso de que se contestase á sus disparos destruiria toda la flota turca si podia.» El decano de edad de los comandantes turcos envió el vice-almirante á Codrington, pidiéndole permiso para hacerse á la vela para Patras; pero el intérprete no se atrevia á traducir al enviado turco todo lo que el al-

mirante inglés le decia. Codrington le dió entonces su respuesta por escrito, y despues de haber recibido esta decision del almirante, el comandante de la division turca comenzó á retirarse. Cuando llegó, acompañado de los ingleses, á la punta Sur de Zante, se presentó Ibrahim con su division en el canal entre Zante y Cefalonia. A pesar de la desigualdad extraordinaria de fuerzas, Codrington estaba resuelto á obrar en caso de necesidad segun sus instrucciones; pero desde que Ibrahim tuvo conocimiento de la carta que el almirante inglés habia dirigido á su segundo, toda la flota se retiró en direccion de Navarino. Cuando al dia siguiente por la mañana acababa Codrington de fondear en la bahía de Zante, se apercibieron algunos buques turcos, acompañados de todos los navíos almirantes en el golfo de Patras, á donde habian podido volver á favor de un fuerte golpe de viento. En seguida el *Asia* y el *Talbot* se aproximaron é hicieron fuego sobre los primeros navíos turcos. Este modo enérgico de obrar produjo su efecto.

Durante la noche y el dia siguiente, una tempestad dispersó los buques ingleses y los turcos, que ignoraban aun que su almirante se hubiese retirado: Codrington les hizo deshacer el camino, no sin que tuviese que apelar con algunos de ellos al poderoso argumento de los cañones. Con gran disgusto suyo se encontraba todavía solo con los buques ingleses, pues de no ser así, no hubiera permitido á la flota musulmana volver á Navarino, sino que cumpliendo con las detalladas instrucciones que tenia, hubiera enviado unos buques á Alejandria y otros á los Dardanelos; pero todavía trascurrieron algunos dias antes de que la flota rusa, mandada por el conde Heyden, se reuniese con él cerca de Zante (13 de octubre).

El mismo dia se les unió tambien de Rigny, de suerte que las tres escuadras reunidas por completo, pudieron tomar posiciones delante de Navarino. Los almirantes supieron entonces todos los detalles de la guerra de destruccion sistemática que los egipcios habian hecho en Messenia, pero no tenian la mision de contener estas crueldades, y les faltaban además

los medios necesarios para ello. Conocieron, sin embargo, que la continuacion de estos actos de insolente barbarie, neutralizaba por completo el objeto que se proponian las potencias aliadas, y no tenian seguridad de poder impedir en lo sucesivo de una manera eficaz á la flota turco-egipcia que prestase su concurso á la guerra de Messenia. En efecto, segun la opinion de todos los pilotos y de todos los oficiales de marina que conocian bien estas localidades, era materialmente imposible bloquear el puerto de Navarino durante el invierno, pues ninguna de las costas vecinas ofrecia un fondeadero suficiente para los grandes buques. En vista de estas circunstancias, trataron los almirantes de hacer desistir al pachá de su proceder con respecto á la Messenia, por medio de una carta (17 de octubre); pero Ibrahim habia abandonado la víspera su campo de Navarino para dirigirse á Pyrgos.

No era fácil comprender el motivo que le habia inducido á alejarse en tan críticos momentos. ¿Era acaso, segun lo creian los austriacos (1), para celebrar una entrevista personal con Rechid-Pachá en el golfo de Lepanto? En todo caso parecia un artificio premeditado, puesto que su intérprete juró que no podria encontrar al pachá ni dirigirle la carta.

Despues de una deliberacion preparatoria, (18 de octubre) los almirantes aliados resolvieron entrar en el puerto con toda su flota, y renovar bajo la presion que causaria su presencia, sus proposiciones, que consistian en que los almirantes turcos, con la garantía de que no serian molestados, regresarian con sus escuadras á Alejandría y á los Dardanelos y harian cesar las hostilidades por tierra. Es cierto que los almirantes aliados no estaban autorizados á plantear ni una ni otra de estas proposiciones, ni para obtener su ejecucion por medio de la fuerza; pero como la sola presencia de los tres buques de Codrington habia sido suficiente para rechazar á la flota turca de Patras, los almirantes podian esperar razonablemente que al formidable aspecto de las flotas aliadas los turcos cederian, y si hu-

biesen conseguido obtener este resultado por estos medios, se hubieran hecho acreedores á los mayores elogios.

Cuando los aliados pasaron las baterías de la entrada del puerto (20 de octubre) con el objeto de anclar en el interior de la estensa bahía, encontraron con gran sorpresa suya á las flotas combinadas de los egipcios, turcos y tunecinos, colocadas cuidadosamente en forma de herradura y en órden de batalla, de suerte que su línea se estendia desde las dos puntas del puerto hasta cerca de la pequeña isla de Chelonaki. De este modo, la flota de los aliados al entrar en el puerto quedó espuesta por todas partes al fuego de los fuertes, de las baterías de la costa y de los buques musulmanes. Disponian estos de tres navios de línea, cuatro fragatas dobles, trece fragatas, treinta corbetas, ventiocho bergantines, cinco *schooners*, seis brulotes y cuarenta y un buques de transporte, ó sea un total de ciento treinta buques, de los cuales ochenta y nueve eran de guerra, y montaban dos mil cuatrocientos treinta y ocho cañones. Los navios de línea y las fragatas, colocados en una segunda fila, formando una sola línea; las corbetas y los bergantines estaban en grupos separados constituyendo la primera línea; los brulotes se encontraban en los extremos y los buques de transporte cerca de la costa sudeste.

A la derecha de la isla de Chelonaki estaban el almirante y Mucharrem-bey, y á la izquierda Tahir-Pachá y el vice-almirante.

Entraron los aliados en el puerto á las dos de la tarde, en dos columnas. Los cuatro navios de línea y las cuatro fragatas rusas formaban la retaguardia; los franceses con cuatro navios, dos fragatas y dos *schooners*, y los ingleses con tres navios, cuatro fragatas, una corbeta y dos bergantines, abrian la marcha. Estas escuadras componian un total de 27 buques con 1,200 cañones. Ante esta aparicion el almirante turco dijo á sus colegas: «¡La suerte está echada! Os aseguro que los ingleses no entienden de burlas.»

Codrington, que desempeñaba el mando supremo, llevaba la insignia almirante en el *Asia*, y marchaba á la cabeza de las columnas seguido del *Génova* y del *Albion*, con cuyos

(1) Informe del mayor Baudiera del 3 de octubre de 1827.

buques fondeó á tiro de pistola del buque almirante enemigo; de Rigny se colocó en frente de los grandes buques egipcios en el ala derecha, y los rusos á la izquierda de la herradura. Para vigilar los brulotes se destinaron algunos buques, entre los cuales figuraba el *Dartmouth*. Habíase dado la orden de que no se hiciese ningun disparo sin que los turcos le hubiesen provocado.

Los tres primeros buques ingleses anclaron sin encontrar obstáculo alguno; pero cuando el *Dartmouth* destacó una chalupa para parlamentar con uno de los brulotes, muchos marineros perecieron en ella á causa del fuego de fusilería que salió del citado buque, al cual contestó el *Dartmouth*. Codrington, creyendo que este era un acto aislado, detuvo todavía el fuego de la artillería, pero bien pronto el *Dartmouth* tuvo que responder con un cañonazo á una bala de cañon que le dirigió un buque egipcio, y entonces la batalla se generalizó en pocos momentos. El *Asia*, que se encontraba á igual distancia del almirante y de Mucharrem-bey, no rompió en un principio el fuego, siguiendo el ejemplo de los buques almirantes enemigos. Mucharrem-bey anunció por medio de un parlamentario que no haria fuego, al mismo tiempo que el piloto Michel entregaba al almirante turco un mensaje de Codrington, espresando su deseo de que se evitase la efusion de sangre.

En este mismo instante, y sin que se haya sabido si fué ó no á consecuencia de órdenes recibidas, la tripulacion del buque almirante turco hizo fuego sobre el *Asia*, que replicando á su vez destruyó no solo el navío enemigo sino tambien el de Mucharrem-bey. Sin embargo, el *Asia*, espuesto por todas partes al fuego de los enemigos, esperimentó graves averías, y en el primer momento que el humo de los cañonazos oscurecia el cielo, se creyó que habia sido totalmente destruido.

Lo que acabamos de decir de este buque se aplicaba á casi todos los demás, pues en medio de esta confusion de fortalezas flotantes no se perdía ni un solo disparo. En un espacio tan estrecho, que hacia imposibles las maniobras y la huida, los turcos se vieron obligados á defenderse; pero como les faltaba casi

completamente la disciplina y la sangre fria de que dependia todo, puesto que no se podian emplear ni el arte naval ni el militar, y como por otra parte los turcos no tenian consigo á su verdadero jefe, bien pronto penetró en su campo el mas deplorable desorden. Una parte de los oficiales daban órdenes que otros revocaban, muchos de los capitanes desertaron cobardemente de sus puestos, y ni el mismo Tahir-Pachá hizo honor en esta jornada á su reputacion de marino esforzado y entendido que habia merecido en otras ocasiones. Por lo demás, el almirante y Mucharrem-bey fueron de los primeros que recibieron heridas mortales. El estruendo de la artillería aumentaba de un modo inaudito en aquella bahía rodeada de montañas, y se hacia oír á muchas leguas de distancia. Solo la llegada de la noche dió fin á la carnicería y á aquella obra de mútua destruccion.

La accion costó muchos hombres á los vencedores, especialmente á los ingleses, que habian estado en extremo espuestos al fuego de los buques enemigos, y á los rusos que sufrieron el fuego de las baterías de tierra; pero los vencidos perdieron casi toda su flota. Se calcularon las pérdidas de los musulmanes en cinco ó seis mil hombres, y de sus navios de línea perdieron uno, nueve de las trece fragatas, veintidos de las treinta corbetas, diez y nueve de los veintiocho bergantines, y además un *schooner* y cinco brulotes, de suerte que solo les quedaron veintinueve buques de guerra, muchos de ellos en tan deplorable estado, que no admitian reparacion alguna. Un gran número de buques turcos incapaces de combatir, fueron entregados á las llamas por los mismos musulmanes, y el almirante inglés estaba asombrado de que los vencedores no sufriesen los efectos de las esplosiones terribles que se oyeron durante toda la noche.

A la caida de la tarde Ibrahim-Pachá se presentó en el teatro de esta destruccion. Cuando hizo concentrar sus tropas en derredor de los fuertes, los almirantes aliados creyeron que se verian obligados á sostener una nueva batalla al dia siguiente, y enviaron á decir al pachá: «que no habian entrado en el puerto como enemigos, y que perdonarian por

lo tanto los restos de la flota; pero que si se renovaba el ataque, destruirian los buques y considerarian esta hostilidad como una declaracion de guerra por parte del sultan.» Entonces los turcos enarbolaron en los fuertes el pabellon blanco, segun habian exigido los aliados, que se retiraron para reparar las averias que habian experimentado los buques. En cuanto á Ibrahim, tan luego como tuvo algunos buques dispuestos para hacerse á la mar, los envió á Alejandría, buscando en las islas Jónicas las provisiones que comenzaban á escasear.

La batalla de Navarino era pues el golpe inesperado que habia detenido la remision de la carta que en esta misma época el gran visir habia escrito á Metternich demandando la intervencion del Austria, golpe que destruyó tambien los mas recientes proyectos de la política de Viena. Los hombres que estaban al frente de la política austriaca quedaron en extremo conmovidos é indignados. El emperador Francisco comparó este hecho á un asesinato, y su embajador en Lóndres á la division de la Polonia.

En Rusia, por el contrario, se miraba este acontecimiento con verdadera alegría, y los hombres políticos consideraban con placer cuál seria la desesperacion de Metternich. En los documentos oficiales se manifestaba mas frialdad. En los despachos que el gobierno de San Petersburgo envió á Lóndres, declaraba Nesselrode que el emperador (que condecoró á los tres almirantes) deploraba verdaderamente la efusion de sangre que se habia verificado contra la intencion de las tres potencias, pero que se tranquilizaba al pensar que este acontecimiento habia sido ocasionado por la conducta pérfida de los jefes turcos.

En Francia tambien fué recibida la noticia con singular alegría, y todas las clases, desde las mas inferiores á las mas elevadas, consideraban este hecho como un motivo de gloria.

Solamente en Inglaterra apareció dividida la opinion desde un principio. Ya la primera noticia de la batalla fué acogida friamente, y sin ese sentimiento de alegría que inspiran en otras ocasiones á los ingleses sus victorias navales, es cierto que la minoría whig ento-

naba el triunfo, pero los torys estaban furiosos por este acontecimiento sangriento, que segun decian dañaba los intereses de Inglaterra y violaba los principios del derecho de gentes.

Sin embargo, en general la opinion pública de Europa acogió con aplauso y entusiasmo á los vencedores. Se habia dado fin á la efusion de sangre en la Grecia y á aquella guerra medio salvaje. El trabajo de los filhelenos habia sido reemplazado por mas eficaces socorros; el pueblo griego, próximo á perecer, habia sido salvado de su ruina.

Fácil es comprender que en Grecia la noticia de la batalla de Navarino causaria aun mayor y mas favorable efecto que en el resto de Europa. En los primeros momentos el pueblo griego se mostró ébrio de alegría y de felicidad; pero desgraciadamente no se sacaron las ventajas que podian esperarse de este acontecimiento. El gobierno nacional estaba totalmente desacreditado, y Kapodistrias, aunque habia recibido el nombramiento de regente que le enviaban sus compatriotas, tardó todavia mucho en llegar, pues se presentó en Lóndres con el fin de arbitrar socorros.

Aunque sumariamente, no podemos menos de referir los efectos que produjo la batalla de Navarino sobre los asuntos griegos. Con el fin de mejorar los negocios de la guerra en la *Hellade Oriental*, dos jefes, Vassos y Kriezotis; se aliaron inmediatamente despues de la batalla de Navarino, á Karatassos y á otros habitantes del Olimpo, con el designio de volver á emprender las operaciones contra Tesalia y la Magnesia, que en tantas ocasiones habian fracasado. Desembarcaron (17 de noviembre) con 3,000 hombres cerca de Trikeri, sitiaron la ciudad, que pretendian tomar por medio de un golpe de mano, y rechazaron un cuerpo de tropas enemigas procedentes de Larissa y de Volo, que intentaba hacer levantar el sitio; pero temiendo que los turcos enviasen refuerzos mas considerables, no se atrevieron á continuar las operaciones durante el invierno, y licenciaron de nuevo el ejército.

En cuanto á la *Hellade Occidental*, el infatigable comodoro Hastings, felheleno inglés, que habia contribuido por mar á las victorias

mas notables de los griegos, preparó una expedición y penetró á través de los ejércitos turcos, apoderándose de Dragomeston, Mytika y Kandyla. Uniéronsele los naturales del país, y entonces se dirigió contra Anatoliko, muriendo en el asalto de esta ciudad. Fué esta una pérdida irreparable para los griegos, pues era sin disputa Hastings el mas notable de los filhelenos, y el que mejor se habia aclimatado en el país. Hombre valiente y esforzado, de actividad infatigable, de reflexion tranquila en el consejo y de atrevida resolucion en la obra, fué el único que prestó útiles servicios á la marina griega tratando de organizarla á la europea, y haciendo uso de la terrible arma de los vapores de guerra armados de cañones de grueso calibre, que arrojaban balas rojas. Su desinterés fué tan grande, que segun los cálculos de sus amigos sacrificó la suma de 7,000 libras esterlinas por la causa de la Grecia, y la mayor parte de su fortuna, que no era muy considerable, para mantener continnamente en el mar la *Karteria*, en donde sabia siempre hacer observar la mas rígida disciplina, y cuya tripulacion estaba perfectamente ejercitada á la europea. Modesto y desinteresado, hacia sombra á lord Cochrane, que por esta misma época marchó á Inglaterra para volver ocho meses despues á Grecia, dejándola á poco para siempre, sin haber podido encontrar en este país ni gloria ni reconocimiento. Hastings, por el contrario, reanimó con su esforzada muerte el honor militar del filhelenismo, en el mismo momento en que Javier acababa de desacreditarle inútilmente en la isla de Chios, emprendiendo una expedicion que no tuvo resultado alguno, sino el inútil derramamiento de sangre.

Hemos apuntado cuál habia sido el efecto producido por el gran acontecimiento del año (la batalla de Navarino) sobre los helenos y los filhelenos, sobre el Oriente, sobre el Occidente; es ya tiempo de hablar del que produjo sobre la Puerta y sobre sus relaciones con las potencias aliadas. En el primer momento se habia temido que el furor fanático del pueblo estallase en todo el territorio del vasto imperio, y en Smyrna se habia temblado por la vida de todos los cristianos, colo-

cándose en batalla, como medida de precaucion, todos los buques europeos. Pero esta vez, como las anteriores, los turcos se doblegaron con resignacion bajo este desastre. Inmediatamente despues de haber recibido las primeras y vagas noticias de la batalla, los tres embajadores de las potencias aliadas preguntaron al presidente del ministerio turco (30 de octubre) si el sultan habia dado órdenes á Ibrahim-Pachá para que no observase la convencion del 26 de diciembre con los almirantes, si se mantenian todavía estas órdenes, y si la Puerta consideraba el suceso de Navarino como una declaracion de guerra. A estas preguntas recibieron los embajadores la siguiente desdeñosa contestacion: «Que estas órdenes solo concernian á la Puerta y al pachá, á quien no habia autorizado de modo alguno á estipular la citada convencion; que la Puerta no sabia nada de cuánto habia pasado entre las flotas, y que por consiguiente no podia responder nada.» Igual contestacion recibieron cuando algun tiempo despues (4 de noviembre) reiteraron sus propuestas, despues de haber recibido noticias oficiales de lo acaecido en Navarino.

Ante esta actitud de la Puerta, los embajadores estaban perplejos sin saber la determinacion que les convenia adoptar. El gobierno turco tomaba medidas para perjudicar al comercio de las naciones aliadas, y cuando los representantes pidieron esplicaciones, la Puerta contestó por medio de las preguntas siguientes: «Si los aliados querian entera y completamente abandonar la causa griega; pagar la indemnizacion á la Puerta por las pérdidas ocasionadas á la flota otomana, y dar una satisfaccion formal al sultan y al gobierno turco.» Además de esto, los ministros musulmanes resolvieron en Consejo no declarar la guerra á los aliados, sino obrar como si esto se hubiera hecho.

En una nota comun los embajadores de las potencias aliadas respondieron negativamente (10 de noviembre) á las exigencias de los turcos; pero hicieron toda clase de protestas acerca de sus pacíficas intenciones, añadiendo que el hecho de Navarino se habia verificado á causa de la deplorable obstinacion de

los almirantes musulmanes. La Puerta por su parte intentó destruir la alianza y dirigió sus esfuerzos á separar de ella á la Francia; mas no solo no pudo conseguirlo, sino que conociendo los representantes de las potencias aliadas los resortes que ahora ponía la Puerta en juego para conseguir su objeto, activaron las negociaciones, dirigieron en comun sus exigencias, y habiéndose negado la Puerta á toda avenencia, abandonaron á Constantinopla (8 de diciembre).

Todavía no habian partido los embajadores y ya el gobierno turco habia dado los primeros pasos en sentido hostil. La barbarie se mostraba de nuevo completamente desnuda y se ejecutaron medidas de rigor contra los súbditos de las potencias aliadas, siendo expulsadas hasta las gentes mas inofensivas. Al mismo tiempo se remitió una orden secreta (18 de diciembre) á las autoridades de la Rumelia y de la Anatolia, que recordaba por su espíritu los decretos de los primeros años de la insurreccion.

De este modo, habiendo perdido la paciencia, arrojó el sultan la máscara escitando á sus pueblos á una guerra de religion. La Puerta se habia aprovechado tambien en esta ocasion, para presentarse de un modo tan resuelto, de la circunstancia de haber estallado de nuevo la guerra entre la Rusia y la Persia; pero bien pronto debió perder toda esperanza de recibir auxilio alguno por esta parte, pues el ejército ruso, aun en medio del invierno, invadió la Persia, y obligó al schah á firmar (21 de febrero de 1828) la paz de Turkamautschai.

Entre tanto, aunque en tan repetidas ocasiones la politica de Metternich se habia visto burlada por la marcha de los acontecimientos, el diplomático austriaco no perdió la esperanza de inmiscuirse de nuevo en los asuntos greco-turcos. Aprovechando la ocasion de un cambio que se verificó en el gobierno inglés, por el cual se elevó á la presidencia del ministerio el jefe del partido conservador duque de Wellington, que aunque autor del protocolo griego habia sido siempre adversario del tratado de julio, y creyendo que esto produciria un cambio completo en la politica

inglesa, comenzó á influir por medio de su representante Esterhazy en el ánimo del noble lord para separarle de la ejecucion del citado convenio. Wellington, que por entonces tuvo noticia de que el gabinete de San Petersburgo estaba resuelto á cumplir el tratado aunque le abandonasen las demás potencias, comprendió que esto seria dejar á la Rusia desembarazada en Oriente para que llevase á cabo sus designios sin cortapisa alguna, y de este modo la Inglaterra perderia totalmente su influencia en Constantinopla. En vista, pues, de estas causas, estudió Wellington detenidamente este asunto, y tomó una resolucion favorable al convenio de julio.

Esta declaracion hecha de un modo franco y preciso, no dejaba esperanza alguna de que pudiese ser modificada. Esterhazy, que desde mucho tiempo antes sabia á qué atenerse con respecto á la politica de Metternich en Oriente, comprendió de nuevo el daño que el príncipe se habia hecho á sí mismo, pretendiendo oponerse á los proyectos de las potencias.

No por esto se desconcertó Metternich, sino que por el contrario, recurrió á su antiguo sistema ya gastado de paralizar las negociaciones, tratando por medio de sus acostumbrados artificios de separar á los aliados unos de otros. Despues de conocer cuál seria la última concesion que podria hacer espontáneamente la Puerta en pró de la pacificacion de la Grecia, el príncipe dió nuevas instrucciones al internuncio (2 de enero), encargándole que espresase al gobierno turco el vivo deseo del Austria de que el sultan anunciase una organizacion futura de la Morea sobre la base siguiente: «Que este territorio permaneceria bajo la soberania de la Puerta, con guarniciones turcas en las fortalezas, siendo gobernado por uno ó por muchos rajás hereditarios, ó nombrados por el sultan segun propuestas anteriores» (1). A la objecion hecha por la Puerta de que no podia conceder á los insurgentes beneficios que podria estender sobre los súbditos rajás que no habian permanecido fieles, el representante austriaco respondió:

(1) Esta proposicion fué hecha á causa del falso rumor que circuló, de que la misma Puerta habia espresado una idea semejante al embajador sardo, marqués de Granapallo.

«que las potencias, lo mismo que los individuos, se veian obligados con frecuencia á ceder bajo la presion de la dura necesidad.»

Dado este paso, Metternich intentó acercarse á la Francia para separarla de la alianza; pero el gobierno de las Tullerías manifestó claramente su disgusto al Austria, por haber obrado por sí y ante sí en Constantinopla sin haberse puesto de acuerdo ni conocer las intenciones de la Francia. Esta negativa exacerbó en extremo al diplomático austriaco. En efecto, el astuto Metternich estaba destinado á recibir multiplicados desengaños en la cuestion de Oriente, por mas que en ella habia desplegado todas sus dotes diplomáticas. Esforzándose siempre en contener á las potencias europeas en ociosas discusiones, y engañándose á sí mismo y á los demás, el príncipe habia afirmado siempre que era posible obtenerlo todo por medio de las palabras y los razonamientos. Pero en este asunto iba á recibir en este mismo instante una nueva leccion de parte de sus mismos amigos los turcos: hablamos del intolerante decreto de la Puerta dirigido á las autoridades musulmanas, y que envolvía la aceptacion de la guerra contra las potencias aliadas.

De este modo, en todo lo que Metternich habia pretendido hacer, tanto en Lóndres como en Constantinopla, vió burladas sus esperanzas, segun le habia sucedido siempre cuanto mas cercano se habia creído de alcanzar el fin apetecido. Sin embargo, con su tenacidad y su agitacion continuas, este hombre político, que no queria se hiciese nada sin su participacion, sabia espiar siempre el momento favorable para volver á comenzar su trabajo de Sisifo. El antagonismo continuo y creciente entre la indolencia y la incertidumbre de los ministros ingleses y el celo ardiente del gabinete ruso, le ofrecían á cada paso nuevas ocasiones para intervenir en los asuntos de Oriente. Inmediatamente despues de la muerte de Canning (10 de setiembre de 1827), la Rusia habia hecho la proposicion de establecer el bloqueo delante de los Dardanelos, como para poner á prueba la fidelidad del nuevo jefe del ministerio. Pero en esta época el gobierno inglés no creía tener el derecho

de tomar esta determinacion, antes de saber cuál seria el éxito de las negociaciones entabladas en Constantinopla. No obstante, cuando esto sucedió, se conoció la necesidad de tomar medidas mas enérgicas, pues la Rusia decia que si la Puerta no admitia la mediacion de las potencias aliadas, comprometeria su influencia en Constantinopla, á no verificarse por la fuerza la ejecucion del tratado. El emperador de Rusia propuso, pues, la ocupacion de los Principados en nombre de los aliados, y no detenerse hasta que la Puerta hubiera cedido. Al mismo tiempo se haría cooperar á las flotas á este resultado, ya bloqueando las costas de la Morea, ya delante de Alejandría y Constantinopla. Además, en Grecia restablecerian los aliados un orden de cosas regular y ordenado, sostendrian á Kapodistrias con socorros pecuniarios, y ordenarian á los tres ministros plenipotenciarios que se establecieran en el Archipiélago ó en la isla de Corfú, para que las potencias se entendiesen por este medio con Kapodistrias, en las cuestiones principales relativas á la futura organizacion del país.

Esta enérgica proposicion fué acogida en el instante por el gabinete francés; pero en Lóndres por el contrario, solo suscitó dudas y vacilaciones. Temíase con la ocupacion de los Principados una guerra formal con la Puerta, así que, despues de un retardo bastante considerable, el gabinete inglés contestó al de San Petersburgo, que segun el carácter enteramente pacífico del tratado de julio, era de opinion que antes de provocar una ruptura se agotasen todos los medios. Si á pesar de todo habia que adoptar en lo sucesivo medidas coercitivas, debia, no obstante, evitarse un ataque en comun contra el imperio turco y una guerra entre la Rusia y la Puerta, guerra que produciría una agitacion general.

Por lo tanto, debían adoptarse medidas que tuviesen por objeto inmediato obtener por la fuerza la evacuacion de la Morea, fijar los límites de la Grecia, y poner en ejecucion el tratado en el distrito indicado por las potencias.

Si estas medidas hubieran sido propuestas algunos meses antes, se hubieran aceptado

por la Rusia; pero su embajador el príncipe de Lieven, hizo comprender que las circunstancias habian variado mucho, dando á la Rusia derecho para obtener satisfaccion por medio de las armas. Esta divergencia pareció á Metternich la ocasion mas favorable para intervenir de nuevo en el asunto, resolviendo renovar esta vez, muy sériamente, una proposicion que habia hecho ya antes en San Petersburgo, sin pensar entonces en su realizacion, y que era proponer la independenciam de la Grecia á fin de separar á los aliados y determinar á la Puerta á ceder á estas exigencias.

No obstante, esta nueva tentativa del príncipe tuvo absolutamente la misma suerte que las anteriores. Todavía no habia llegado á Lóndres el *memorandum* de Metternich, y ya Lieven daba cuenta de un despacho que le remitia su gobierno (26 de febrero), despacho que debia consignar en el protocolo de Lóndres.

En este documento se declaraba que la Puerta acababa de traspasar de un solo golpe los últimos límites de la longanimidad del czar. Las nuevas vejaciones que habia ejercido con motivo de la navegacion, la espulsion de los súbditos rusos, las instigaciones por medio de las cuales habia lanzado á la Persia á la guerra contra la Rusia, y otras muchas causas, envolvian una declaracion de guerra contra la Rusia. Los derechos de la Rusia en estos asuntos eran incontestables é independientes de todos los tratados concluidos con los aliados, y por lo tanto, las tropas imperiales penetrarian en los Principados. Renunciando á todo espíritu de conquista, el emperador no depondria las armas hasta haber obtenido todas las garantías necesarias á los intereses rusos. Por lo demás, en el *memorandum* el emperador Nicolás manifestaba con franqueza que si los aliados no querian ejecutar el tratado, él estaba resuelto á hacerlo aunque fuera sin auxilio alguno.

El terrible fantasma de la guerra tan temido por Metternich desde tanto tiempo antes, no dejaba al diplomático austriaco ni reposo ni tranquilidad. Cambiando de sistema cada vez que se dirigia á cada una de las córtes,

se arrojó por completo en el caos de las intrigas diplomáticas y en nuevas contradicciones, que acabaron por desorientar hasta á los mas adictos á su persona. Viéndose rechazado en San Petersburgo, se esforzó por aumentar en Lóndres la sorda desconfianza que se experimentaba ya en aquel país con respecto á la Rusia, con el objeto de romper completamente, si era posible, las conferencias entonces interrumpidas, destruyendo efectivamente el tratado de julio. En los despachos que dirigió á su embajador en Lóndres Esterhazy (23 de marzo), trató de hacer comprender bien distintamente al gabinete de Saint-James, que el proceder de la Rusia no estaba en armonía con sus bellas palabras; que era incompatible con el papel que le imponia el tratado, y que la paz de Europa dependia de si esta conducta seria imitada por la Inglaterra. En este despacho escitaba Metternich á los ministros ingleses á emplear un lenguaje enérgico y medidas vigorosas, para poner límites á la ambicion de la Rusia. Sin embargo, graves consideraciones impedian á Wellington dar el menor paso para aproximarse al gabinete de Viena, pues estaba seguro de no sacar ventaja alguna de una alianza con los austriacos, cuyo ejército estaba en un estado de completa decadencia.

Además Wellington temia que, rechazando á la Rusia de una manera muy decisiva, esta se lanzase á medidas extremas, arrastrando consigo á la Francia. En estas circunstancias, en vez de comprometerse con el Austria, el ministro inglés juzgó mucho mas prudente buscar el desenvolvimiento de los negocios de Oriente en las relaciones de la Inglaterra con la Francia, y encadenar á la Rusia, sujetando en primer lugar al gabinete de las Tullerías «que seguia á toda brida el impulso de la Rusia.» Al mismo tiempo que contestaba al gobierno ruso, enviaba tambien á París una declaracion muy precisa (1), en la cual se oponia á la ocupacion de los Principados aprobada por el gabinete de París. El ministro inglés se espresaba con la misma claridad contra la espulsion de Ibrahim del terri-

(1) Nota de lord Dubley dirigida al príncipe de Palignac el 7 de marzo de 1828.

torio de la Morea por medios violentos, medida que segun él no podia ser considerada sino como una declaracion de guerra contra la Puerta, con la cual la Inglaterra vivia en paz, y á cuya potencia podia verse obligada á socorrer. Aunque contra su gusto, el gobierno francés se vió precisado á contemporizar con la Inglaterra, declarando que los armamentos que entonces se hacian en Francia no se dirigian contra la Turquía sino contra Argel.

Hasta haber conseguido esto (26 de marzo), la Inglaterra no contestó á la nota del gabinete de San Petersburgo. «El rey, decia el documento á que nos referimos, no pone en tela de juicio el derecho que tiene el emperador de Rusia de juzgar por sí mismo la naturaleza de sus desavenencias con la Puerta, ni el que tiene de declarar la guerra por mas que deplora el ejercicio de este derecho. Pero por su parte el rey no podrá determinarse, á pesar de esta decision de la Rusia, á ser infiel á los principios que le han guiado hasta ahora. La Rusia, añadia el despacho, conoce perfectamente los motivos que impelen á la Inglaterra á oponerse á la invasion del imperio turco, puesto que el efecto bienhechor que semejante acontecimiento podria ocasionar á la Grecia, seria mas que contrareestado por los peligros que produciria para la Europa.» Al terminar la nota inglesa, recordaba que la Rusia, prosiguiendo la obra de la pacificacion, estaba obligada por el tratado á permanecer fiel á su espíritu y á las promesas que habia hecho en caso de guerra de no intentar aumentos de territorio.

Cuando Metternich se apercibió de que las potencias occidentales se ponian de nuevo de acuerdo, y de la esterilidad de sus tentativas sobre la Inglaterra, cambió en seguida de táctica, segun su acostumbrada versatilidad. Con el fin de paliar la tentativa que habia hecho en vano para aislar á la Rusia, suscitando contra ella á la Francia y á la Inglaterra, empleó con el gabinete de San Petersburgo un lenguaje mucho mas conciliador que hasta entonces; pero al mismo tiempo dirigió de nuevo su accion á Constantinopla, en donde, dando á conocer la resolucion de la Rusia,

aconsejaba á la Turquía que permaneciese fiel á los compromisos contraidos en Akerman. A estos consejos contestó la Puerta con la mas rotunda negativa, y de este modo el príncipe Metternich ofendió con estas negociaciones lo mismo á la córte de Constantinopla que á la Rusia. Sin embargo, cuando Metternich creyó poder aprovechar la ocasion de la ruptura del tratado de julio por las resoluciones de la Rusia, esta potencia reconoció la fuerza obligatoria permanente de este tratado, buscando todos los medios de destruir las dificultades que la Inglaterra encontraba para continuar la accion comun de los tres aliados.

Sobre este punto el ministro ruso afirmaba al gabinete de Saint-James (1) que el mismo tratado de julio habia previsto el caso de una guerra y el de una accion aislada de la Rusia al lado de otra accion comun de las tres potencias. De esta manera la Rusia tranquilizaba á la Inglaterra y Wellington abandonaba su anterior opinion, segun la cual habia considerado una guerra emprendida por la Rusia como incompatible con el tratado de julio. Respondiendo á esta nota (6 de junio) aceptó Wellington el ofrecimiento que hacia la Rusia de despojarse en el Mediterráneo del carácter de potencia beligerante, y por lo tanto no puso obstáculo á que las conferencias suspendidas entre los gobiernos aliados volviesen á continuar de nuevo inmediatamente. Wellington reconoció además la necesidad de enviar á la Morea una expedicion francesa que la Inglaterra preferia apoyar solamente por medio de su flota. Habiendo tomado su partido, aceptó Wellington desde entonces francamente y sin ocultos ni ulteriores desig-nios, todas las consecuencias de su resolucion.

Apenas la Puerta, que acababa de rechazar de una manera tan altiva los consejos del Austria, recibió la declaracion formal de guerra de la Rusia (26 de abril), cuando poseida de un saludable terror sacudió de repente el apático letargo con que se habia dejado balancear entre la indolencia del fanatismo y la violencia de las pasiones. Envió cua-

(1) Nesselrode al príncipe Lieven, el 29 de abril de 1828.



JORGE I.

REY DE GRECIA.

tro metropolitanos á Poros (2 de junio), que hicieron á Kapodistrias proposiciones que en aquellos momentos, sin embargo, no podian ser bien acogidas. El jefe del ministerio turco dijo (7 de mayo) de un modo no oficial al intérprete de la Prusia, que la Puerta reconocia en toda su estension el tratado de Akerman, y poco tiempo despues hizo tambien una tentativa para aproximarse á las potencias neutras por medio de la mas significativa concesion. Escribió (19 de mayo) á los embajadores de Francia é Inglaterra, invitándoles á que volvieresen á Constantinopla, pues la Puerta estaba dispuesta á volver á examinar los artículos que permanecian en litigio, para arreglarlos en perfecto acuerdo y de un modo amigable.

Si la distancia material que existia entre las diferentes córtes no hubiera sido tan grande, si la conferencia de los plenipotenciarios hubiese estado ya reunida en Corfú, y si la Inglaterra no estuviese ligada por la palabra que acababa de dar á la Rusia, Wellington hubiera tenido en este momento la ocasion mas propicia para cumplir con la Francia la operacion pacífica mas eficaz, dejando á la Rusia lanzarse sola á la guerra. Pero esta ocasion preciosa se desperdició por los aliados, que material y políticamente hablando estaban demasiado alejados unos de otros.

En esta ocasion Metternich abandonó todavía otra vez su actitud acostumbrada. Habia considerado siempre el tratado de julio como ventajoso en extremo para la Rusia; pero en este momento vió en él una garantía contra los proyectos de los moscovitas. Hasta entonces habia deseado que se rompiesen las conferencias de Lóndres; pero en esta época encargó á Esterhazy que hiciese grandes esfuerzos para continuarlas. En efecto, acababa de saber que la Puerta queria terminar la cuestion griega con las dos potencias occidentales y sin la Rusia. Sin embargo, todas las potencias mostraron la mayor desconfianza con respecto al Austria, cuya política les habia enseñado á comprender que el gabinete de Viena dirigia sus principales esfuerzos á destruir la armonía que existia entre las potencias aliadas. Hé aquí, pues, cuáles habian sido al fin y al cabo el punto de partida y el resultado de

GRECIA.

los caminos tortuosos y extraviados que empleó la sinuosa política de Metternich en la cuestion griega. Desesperando poder triunfar de tanta volubilidad, inconstancia y falsía, todo el mundo habia vuelto la espalda á Metternich, rehusando prestar su cooperacion á la política del príncipe. Además de este aislamiento, vió el gran canceller estallar la guerra de la Rusia, acontecimiento que tanto habia temido y que habia tratado de conjurar, poniendo en juego todos los recursos, desde los mas delicados hasta los mas groseros de la diplomacia austriaca.

CAPITULO X.

La guerra ruso-turca de 1828 á 1829.—Preparativos de la Turquía.—Preparativos militares de la Rusia.—Primeras operaciones.—La Morea.—Posicion respectiva de los beligerantes.—La cuádruple alianza del príncipe Metternich.—Conferencias de Poros y de Lóndres.—Segunda campaña entre la Rusia y la Puerta.—Conclusion de la paz.—Protocolo final de los negocios griegos.—El príncipe Leopoldo de Coburgo.—Kapodistrias.—Conclusion.

La Puerta, que habia desplegado tanto vigor y resolución arrojando el guante á las potencias con sus anteriores hostiles medidas, parecia perder toda su energía y seguridad desde que la Rusia aceptó el desafío por su declaracion de guerra. Casi todos los diplomáticos, y sobre todo, los concedores iniciados en los negocios de Oriente, estaban convencidos de que la Puerta no tenia ni los medios ni siquiera la voluntad bien definida de resistir á la Rusia.

Sin embargo, apeló al pueblo, pero este permaneció sordo al llamamiento. El entusiasmo con que en otras ocasiones habia empuñado las armas contra los infieles, trocose esta vez en una actitud fria é indolente, lo cual se esplicaba de un modo satisfactorio teniendo en cuenta que la Turquía atravesaba una época crítica de trasformacion.

Los rusos, por el contrario, sacaron grandes ventajas de sus preparativos y de la nueva aplicacion de su sistema tradicional, que consistia en minar el terreno bajo las plantas de sus enemigos y utilizarse de sus relaciones con los súbditos cristianos de la Puerta. En efecto, no se contentó el czar con que los franceses por medio de una espedicion á la Morea distrajesen por el S. las fuerzas de

la Turquía, sino que puso á prueba la abnegacion de la Grecia, que aun no existia, y la de su nuevo presidente. Al aceptar esta dignidad, y por decirlo así, como exigencia de su aceptacion, Kapodistrias espresó la urgente demanda de que las tres potencias suministrasen los recursos necesarios que le garantizasen un empréstito ó que le diesen subsidios y tropas, con el principal objeto de obligar á Ibrahim-Pachá á deponer las armas. En un principio no se hizo mucho caso de estas peticiones, pero tan pronto como la Rusia resolvió lanzarse á la guerra, creyó que la Grecia podia prestarle un auxilio que no debia desdeñarse. Apoyada por la Francia, la Rusia declaró en la conferencia de Lóndres (12 de marzo de 1828), que estaba dispuesta á garantir un tercio del empréstito de 2.000,000 de libras esterlinas, suma que Kapodistrias habia juzgado suficiente para atender á las mas urgentes necesidades y á dar inmediatamente subsidios á la Grecia. La Inglaterra no quiso acceder á estas exigencias, pero la Francia y la Rusia prometieron al presidente socorros mensuales regulares de medio millon de francos cada uno, y el czar comenzó suministrando una suma de un millon y medio de rublos.

Un patriota independiente revestido de la dignidad de presidente, se hubiera apresurado á tomar desde luego todo cuanto fuese posible del tesoro que acababa de abrirse para aliviar á aquel pueblo hambriento; pero Kapodistrias, recordando á todos «que él era responsable con respecto á las potencias del buen empleo de los subsidios,» gastó con culpable prodigalidad la mayor parte de los recursos en la organizacion del ejército. Segun las medidas del presidente, el ejército debia estar dispuesto para cooperar, conforme las circunstancias, á los designios de la expedicion francesa. Las posiciones que tomaron, pues, las divisiones del ejército griego antes de la llegada de los franceses, no tenian mas objeto que impedir que Ibrahim recibiese provisiones por Lepanto ó por el istmo.

Para comenzar la guerra contra la Turquía, la Rusia se preparó en Asia celebrando la paz con la Persia con el objeto de evitar nuevas

complicaciones. Todos creian que habiendo tenido la Rusia tanto tiempo para prepararse á la lucha, terminaria en la primera campaña la guerra obligando á la Puerta á pedir la paz, por carecer de medios adecuados para la defensa; mas, sin embargo, por grandes que fuesen los elementos de la Rusia en la apariencia, los primeros resultados no justificaron la general expectativa.

Así es que en el primer año de la guerra, aunque consiguió algunas ventajas debidas mas bien á la suerte que á la pericia desplegada en la campaña, experimentó no obstante descabros de consideracion, y si bien en un principio se creyó que los rusos llegarían hasta Andrinópolis para forzar á la Turquía á solicitar la paz, debieron contentarse con la posesion de Varna, que sirvió algun tanto para destruir el mal efecto de los desastres que experimentaron sobre el Danubio.

Con respecto á las campañas de Asia, con muchos menos elementos el general conde de Paskewitch, que reunia todas las cualidades de un guerrero infatigable y experimentado, habia llenado completamente su mision, adquiriendo importantísimas posiciones, destruyendo con un puñado de combatientes numerosos ejércitos turcos, é introduciendo el terror en el campo enemigo, de tal suerte, que si la campaña de Europa hubiese correspondido á esta, los turcos se hubieran visto en la apremiante necesidad de solicitar la conclusion de la guerra.

Durante el curso de este año (1828) la Puerta habia experimentado otra nueva pérdida, pues además de lo que se le habia tomado en Asia y de la caida de Varna, los egipcios se vieron obligados á evacuar la Morea. Desde que la Francia habia demostrado por primera vez el deseo de emprender una expedicion en el Peloponeso, la Inglaterra se habia esforzado en hacerla innecesaria por medio de las negociaciones. Ya al principio del año (febrero) el lord alto-comisario Adam, celebró una entrevista en Modon con Ibrahim, entrevista que no produjo resultado alguno por mas que el pachá se encontrase ya en esta época en una situacion de las mas críticas. En la efervescencia de su primer celo belicoso, la

Puerta le habia ordenado espresamente que se mantuviese en su puesto, y aun que invadiese la Rumelia; pero sin embargo, cada dia le era mas difícil proveer á la existencia de su ejército, que carecia de lo mas necesario. No pudiendo aprovisionar á Tripolitza, el pachá se vió obligado á trasladar su guarnicion á las fortalezas marítimas del O. (febrero), y despues hizo arrasar la ciudad á son de trompetas, y sembrar sal en su recinto.

Habiendo respondido negativamente las autoridades de Corfú á las demandas de Ibrahim para que se disminuyese el bloqueo, el general egipcio volvió á emplear su sistema de depredaciones, que Codrington le recomendó abandonase en términos muy enérgicos (23 de mayo). Hacia la época de la recoleccion de las mieses, temiéndose que Ibrahim para molestiar con el hambre á los habitantes del Peloponeso destruyese toda la cosecha, dirigiéndose Kapodistrias en persona á Navarino, instó vivamente á los comandantes de las flotas aliadas para que determinasen al pachá egipcio á concluir un convenio. En este momento la posicion de Ibrahim habia llegado á ser mucho mas difícil tanto en el interior como en el exterior.

Por la parte de tierra, la lucha que se habia terminado á causa de la peste estalló en el mismo campo de los egipcios, pues dos mil albaneses abandonaron á Ibrahim y volvieron á su país.

Entonces el mismo jefe egipcio pidió una conferencia á los capitanes de los buques que estaban estacionados delante de Navarino (11 de junio), en la cual les suplicó trasmitiesen un mensaje á su padre el virey. El despacho llegó á su destino é Ibrahim recibió la contestacion, pero cuando los jefes de las escuadras preguntaron al general egipcio la decision del virey, Ibrahim volvió á emplear su antiguo sistema de subterfugios y de obstinada resistencia.

Ibrahim, cuyo disgusto habia sido sobreescitado por la errónea idea de que Kapodistrias, que se encontraba á bordo de la flota, asistia á la conferencia, mostró la mas viva irritacion. Contestó que habia pedido provisiones, y que su padre no le enviaria una

respuesta categórica hasta dentro de veinticinco dias. Habiéndosele amenazado con un bloqueo por la parte de tierra, respondió con arrogancia que se defenderia; que la penuria que sufría su ejército no habia llegado todavía hasta el hambre, y que ellos no tenian la costumbre de capitular hasta despues de haber consumido las hojas de los árboles y haber comido carne humana. El punto que ofrecia mayores dificultades era la exigencia de los aliados de que Ibrahim entregase todos los esclavos griegos hasta los que habian sido ya trasportados á Egipto. Al escuchar peticion tan monstruosa, que estaba en completa contradicción con las ideas y hábitos de los musulmanes, Ibrahim se sintió poseido de un furor extremo, pero sin embargo, tuvo que ceder ante la necesidad.

Decidieron entonces los almirantes (25 de julio) que Codrington marchase á Alejandria para terminar allí las negociaciones. El virey se trasladó del Cairo á Alejandria, y Codrington, que se presentó en esta ciudad, no quiso desembarcar hasta que se le prometió de antemano la evacuacion de la Morea. En el convenio que se estipuló entonces (6 de agosto), se concertó que el virey dejaria en las plazas fuertes una guarnicion de 1,200 hombres, tanto para salvar su dignidad como para cubrir las apariencias de sumision á la Puerta. El objeto de la invasion francesa se consiguió, pues, antes que las tropas se hubiesen embarcado.

Pero asi como los ingleses se habian apresurado á utilizar la expedicion, los franceses manifestaban los mayores deseos de ejecutar esta campaña pacífica. En una conferencia celebrada en Lóndres (11 de agosto), en la misma época en que se habia estipulado la convencion de Alejandria, los aliados habian resuelto anunciar á la Puerta su decision de enviar un cuerpo de ejército á la Morea por medio de una nota colectiva de los tres plenipotenciarios reunidos en Corfú (desde el 9 de agosto). Algunos dias despues de tomada esta resolución, el cuerpo expedicionario francés, que constaba de 14,000 hombres y 1,500 caballos, se embarcó al mando del marqués de Maison (17-19 de agosto), desembarcando

en el golfo de Koron cerca de Petalidi (30 de agosto). Una parte de la segunda brigada, á las órdenes del general Sebastiani, tomó posiciones cerca de Koron, las demás tropas atravesaron la Península meseniana situándose delante de Navarino, mientras que la tercera brigada se dió de nuevo á la vela con direccion á Patras. Esta especie de bloqueo de tierra añadido al marítimo, obligó al pachá á renunciar á su sistema de vacilacion y á embarcar sus tropas (setiembre y octubre). Apenas se hubo obtenido este resultado, cuando se exigió también la evacuacion de las fortalezas. Es cierto que no habia pretexto plausible para esta peticion, pero la necesidad obligó á ello á los franceses.

En efecto, el clima habia sido fatal á su ejército desde los primeros momentos de su llegada á la Grecia. Los malos reglamentos sanitarios, los excesos á que se entregaban los soldados en el uso del vino y de las frutas, las noches frias que se sucedian á los calores del dia, causaron muy pronto una terrible mortandad en las filas del ejército francés. Con el otoño, las fiebres y las enfermedades de toda clase aumentaron todavía mas, y los buques de transporte tuvieron que convertirse en enfermerías. Habia por lo tanto necesidad de cuarteles de invierno, y se estimó indispensable tomar posesion de las fortalezas, por mas que estuviesen llenas de sabandijas é infestadas de miasmas deletéreos. Las guarniciones turcas habian recibido orden de no oponer resistencia á los franceses, y así que Navarino, Modon y Koron les fueron entregadas, Patras les abrió sus puertas, y solo la guarnicion del castillo fuerte de Rhion se resistió algo, por cuyo motivo tuvieron que emplear los franceses la artillería.

Entonces, por vez primera, vieron los griegos á todo el Peloponeso entre sus manos. Su propia cooperacion para la libertad de la Península, pedida en un principio por de Rigny, habia sido supérflua; pero por lo mismo Kapodistrias ofreció entonces (setiembre) al marqués de Maison el concurso del cuerpo de Megara, para reconquistar la Hellade Oriental, y el de la flota, para hacer una tentativa contra Lepanto. En efecto, nadie dudaba de que los

franceses, que habian cumplido con tanta facilidad su mision en Morea, avanzasen por el istmo. El general Maison habia sido autorizado para ello y se disponia á emprender el movimiento con gran contento de los rusos, que en vista del mal aspecto que tomaban los negocios de la campaña de Europa, deseaban que los franceses ocupasen á los turcos por la parte del Mediodía. Las potencias occidentales por su parte hubieran tenido un interés natural en activar las operaciones de la guerra, para conseguir la pacificacion de la Grecia antes que la Rusia pudiese adelantarse con la paz de Andrinópolis; pero la convencion de Lóndres, con respecto á la espedicion francesa solo se limitaba á la Morea, y el gobierno inglés con su política mezquina opuso un *veto* formal á toda empresa que traspasase estos limites. La Francia obedeció, pero el pequeño satélite griego no se dejó desconcertar en su deseo y en su celo de coadyuvar á los intereses de la Rusia.

Ningun documento prueba de una manera espresa que la Rusia haya pedido este auxilio, pero los hechos demuestran de un modo incontestable, que cuando los rusos se encontraban mas empeñados en la contienda con la Turquía, solicitaron directamente este apoyo. Lleno de inquietud el czar por el éxito de la campaña, y á riesgo de esponerse á una nueva diferencia con la Inglaterra, dió orden en medio del estío para bloquear los Dardanelos, con el designio de provocar en Constantinopla el temor del hambre. Con este objeto mandó al conde Heyden que renunciase á la neutralidad observada hasta entonces en el Mediterráneo.

Al mismo tiempo los dos ejércitos de la Hellade Oriental y Occidental recibieron orden de avanzar, aunque Maison no quisiese, á su socorro, procediendo por una parte al asedio formal de las plazas ocupadas por los turcos en el Atica, y por la otra á la ocupacion de la importante posicion de Makrynoro, «cualquiera que fuese la decision de las potencias.» Al E., pues, penetró Ipsilantis en la Beocia y en la Fócida, y al O. las tropas avanzaron hácia Lobotina, rechazando á los turcos hasta Lepanto. Por el E. se obligó á Salona á rendirse (29 de noviembre), así como

tambien á Karpenisi (5 de diciembre) por el centro y á Lutraki por el O. Los buques griegos penetraron á viva fuerza en el golfo de Arta, enseñoreándose de la ciudad de Vonitsa. Este nuevo celo desplegado por los griegos á consecuencia de las reclamaciones de la Rusia, tenia íntima relacion con las peticiones que Kapodistrias (13 de diciembre) dirigia á las potencias, ya para que continuasen suministrándole subsidios, ya para que ordenasen al general Maison que, en relacion con los griegos de Rumelia, protegiese la isla de Creta contra Mehemet-Ali, y le concediesen un empréstito de 60 millones de francos.

Pero esta importunidad y el movimiento agresivo verificado por la esclusiva autoridad de Kapodistrias en el teatro de la guerra, mientras que el invierno habia impuesto una suspension de armas á los turcos y á los rusos, suspension que las potencias deseaban aprovechar para concluir la paz, fueron desaprobadas en la misma Francia, que suponía á los griegos, y especialmente á Kapodistrias, vendidos á los intereses de la Rusia. Maison fué llamado á Francia desde que hubo terminado su mision en la Morea, y el gobierno francés no quiso continuar enviando los subsidios para la organizacion de ocho ó diez mil hombres de tropas regulares, sino con la condicion espresa de que fueran destinados á la organizacion de una pequeña milicia de peloponesianos. Sin embargo, aunque el presidente quedó consternado al saber la llamada de las tropas francesas, y aunque pidiese que se dejase por lo menos una division de dos ó tres mil hombres en la Morea, no dejó por eso de disgustar á la Francia continuando su campaña de invierno, en la cual los griegos se apoderaron (17 de marzo de 1829) del castillo fuerte de Vonitsa y de Makrynoro (principios de abril), y hostigaron muy de cerca á Anatoliko y á Missolonghi, últimas plazas ocupadas por los turcos en la Hellade Occidental.

Los soberanos belicosos de los dos Estados que estaban en lucha, debian haberse visto en extremo agitados por las mas variadas emociones durante el curso de la campaña de 1828. Al terminar miraban probablemente ambos los

acontecimientos con igual consternacion y desencanto. Cuanto mayor habia sido la confianza que los rusos tenian en alcanzar una brillante y pronta victoria sobre los turcos, mayor fué su desaliento al ver que la invasion del imperio musulman por la parte de Europa no era tan fácil como se habia creido, así como los turcos, que no esperaban sin duda poder oponer tantos obstáculos á los enemigos, se sintieron poseidos de mayor confianza, pues si bien es cierto que habian experimentado pérdidas, no habian sido estas tan considerables como en un principio se habia temido. No obstante, en el fondo, tanto el czar como el sultan deseaban llegar á una avenencia pacífica, para lo cual no habia mas obstáculo de importancia sino que ninguna de las dos potencias beligerantes se resignaba á ser la primera en solicitar la paz. Sin embargo, esta dificultad pudo ser fácilmente vencida por la intervencion de las demás potencias aliadas, y acaso hubiera podido evitarse una nueva campaña á no haber vuelto Metternich á mezclarse con sus favoritas intrigas en la marcha de los acontecimientos. En efecto, despechado el diplomático austriaco de no tomar parte en los sucesos y de ver aislada al Austria en la importante cuestion de Oriente, intentó formar una cuádruple alianza con la Inglaterra, la Francia y la Prusia, para oponerse á los ambiciosos designios de Rusia; mas como esta potencia no podia menos de conocer tales intrigas, resolvió apelar de nuevo á la guerra para desbaratar los proyectos del gran canceller, príncipe de Metternich. Por estos motivos, aunque las potencias occidentales acordaron enviar sus representantes á Constantinopla con el objeto de conseguir una conveniencia entre ambas partes contendientes, nada pudieron conseguir en este sentido.

El gobierno francés habia encargado al orientalista Jaubert que llevase á Constantinopla la declaracion de las potencias, formulada el 16 de noviembre de 1828, declaracion que contenia las garantías que debian poner al abrigo de todo nuevo ataque por parte de los musulmanes á la Morea y á las islas. El mismo representante debia tambien anunciar en Constantinopla la próxima llegada de los

embajadores de Francia y de Inglaterra. El gobierno turco interpretó la restriccion de la garantía á la Morea y á las islas de un modo favorable, pues al parecer las potencias abandonaban la Grecia Continental. El divan se confirmó tambien con esta misma opinion, cuando la Francia, á consecuencia de las exigencias de la Inglaterra, retiró sus tropas de la Grecia, dejando solo á causa de las vivas instancias de Kapodistrias un pequeño contingente. La Puerta esperaba, pues, de esta manera poder terminar los asuntos griegos sin la intervencion de la Rusia, y por lo tanto le convenia presentarse hostil á esta potencia, pues en último apuro podia contar con el concurso de la Inglaterra. De este modo se explica fácilmente no solo el motivo que indujo á la Puerta á continuar la lucha sino tambien el que le movió á acoger favorablemente las comunicaciones provisionales de Jaubert. El ministro turco prometió renunciar á todo envío de tropas á la Morea hasta el momento en que comenzasen las negociaciones con los plenipotenciarios de Inglaterra y de Francia en Constantinopla, en donde se los esperaba con la mas viva impaciencia. La tarea mas urgente de la triple alianza era establecer un acuerdo sobre la cuestion griega, y para ello se tomaron como punto de partida las deliberaciones de los embajadores de las tres potencias, Stratford Canning, Guilleminot y Ribeaupierre, que en setiembre (1828) habian trasladado el punto de sus conferencias desde Corfú á Poros.

En ellas estos diplomáticos habian deliberado con frecuencia con el presidente de la Grecia, pero el pueblo no habia sido consultado ni por los embajadores ni por Kapodistrias. Los plenipotenciarios presentaron al presidente veintiocho cuestiones que se referian á la estadística de la Grecia, de las cuales no nos ocuparemos porque eran de todo punto inútiles y en su mayor parte no produjeron resultado alguno práctico. El presidente trasladó estas proposiciones al Panheleniun, cuerpo consultivo creado por él para sustituir á la Asamblea legislativa. Despues de esta consulta, compuso de un modo muy arbitrario un resumen de los informes elaborados por los

comités de esta asamblea, para presentarlo (30 de octubre) en seguida en una nota verbal á los plenipotenciarios. Despues de haber tomado en consideracion esta comunicacion, la conferencia de Poros decretó sus decisiones, que al principio de 1829 llegaron á Londres. Todavía no se habia tratado la cuestion de la independencia de la Grecia, si bien la conferencia estaba autorizada para ello si lograba alcanzar la pacificacion.

Se fijó la suma que habria de pagar el pueblo tributario, en millon y medio de piastras: las tierras que pertenecian á la corona debian ser consideradas como propiedad del gobierno griego, sin necesidad de satisfacer compensacion alguna, mientras que las posesiones particulares de los turcos debian ser compradas. Con relacion á la forma futura del gobierno, se habia decretado un poder hereditario, sobre cuyo carácter no hubo diferencia alguna en el seno de la conferencia de Poros, mientras que por la parte de afuera esta cuestion parecia suscitar las mayores contradicciones. Se habia hecho entrar en el informe de la conferencia un pasaje en el que Stratford Canning habló por primera vez de los derechos municipales de los griegos, diciendo: «Que seria injusto y peligroso al instituir un gobierno hereditario querer despojar á los griegos del principio representativo, puesto que aun bajo la dominacion turca habian elegido sus magistrados municipales y que sus notables estaban investidos del derecho de repartirse las contribuciones.» Kapodistrias se adheria tambien al principio constitucional que al fin fué adoptado. El presidente consideró en apariencia estas decisiones como definitivas y durables por mas que fuesen en extremo complicadas, pues en ellas se asignaba la renovacion del gobierno bajo la soberanía de los turcos.

Con semejantes evoluciones, el elegido del pueblo parecia recomendarse á sí mismo, si bien otras veces afirmaba que no conservaria su poder sino hasta que la Grecia entrase en un período normal. Kapodistrias creia que la expresion de este desinterés le seria útil para destruir la mala reputacion de que gozaba con respecto á las potencias occidentales. Su ami-

go Bulgaris, ministro residente ruso que mantenía con él las mas íntimas relaciones y que era considerado como su eco, se aprovechó de estas espresiones de desinterés para hablar de él en público del modo mas favorable. Además, en una memoria compuesta precisamente en estos dias (14 de diciembre), recomendaba el principio monárquico y absoluto que pudiese desplegar todos los recursos posibles para ponerse en guardia contra los teóricos «agentes de la confusion;» contra la Constitucion de Troizen, que segun él contenía todos los principios democráticos engendrados desde 1793 hasta 1820; contra todo sistema de soberanía nacional, al que achacaba la miseria producida por la guerra civil, y finalmente, contra todo gobierno federativo ó «electivo» (constitucional), sistema que pintaba con los mas negros colores y como una verdadera anarquía. Pero ¡cosa estraña! los puntos esenciales de esta memoria habian sido espresamente indicados como conformes á la opinion del presidente, que habia creído, segun se decia, que las potencias debían destruir la revolución en la Grecia, instituyendo un poder monárquico y dando fin á las escenas innobles y sangrientas que habian horrorizado á los pueblos civilizados.

Con respecto á los límites del nuevo Estado, los gobiernos habian indicado á sus plenipotenciarios para que deliberasen sobre cuatro diferentes líneas (1), en tanto que los griegos por su parte proponían otras dos. Los plenipotenciarios adoptaron otra que añadía la Acarnania á la mas estensa de las que habian propuesto los gobiernos, y excluía la Thessalo-Magnesia de la mas restringida de las que presentaron los griegos. Estos fueron los límites que, despues de frecuentes y diversas modificaciones llegaron á ser definitivamente acordados y cuya conservacion fué tan prudente

(1) La Morea y las Cycladas con la Eubea; el mismo territorio con la adición del Atica y de la Megarida, ó bien con la Hellade Oriental, desde las Termópilas hasta el golfo de Corinto, ó, por último, la Hellade Oriental y la Etolia, desde el golfo de Volo hasta el Acheloo. En una memoria del 11 de setiembre de 1828, los griegos añadieron á esta última limitación, al E. la Thessalo-Magnesia hasta el cabo de Zagora, y al O. la Acarnania. La proposición mas estensa que establecía como límites el Olimpo y el Pindo, se habia hecho para el caso en que la Puerta no se adhirió á las decisiones de las conferencias de Londres.

como equitativa por mas que haya sido violentamente atacada en todos tiempos y por todos los partidos. Si aun en la época mas favorable para la insurrección griega las potencias aliadas no hubieran podido exigir justamente á la Puerta que evacuase la Thesalia y la Macedonia, en donde los turcos se habian mantenido durante todo el tiempo que habia durado la revolución, ¿de dónde hubieran podido sacar los griegos los recursos necesarios para arrojar á los turcos de aquellos territorios, los medios suficientes para indemnizar á los osmanlis que poseían las tierras, y finalmente, los brazos que se necesitaban para cultivar los vastos terrenos casi incultos de aquel país, puesto que ya bajo el gobierno de Kapodistrias los griegos se desdeñaban de explotar la industria de los extranjeros?

Aunque las potencias mediadoras hubiesen procedido, animadas de los mas desinteresados fines, teniendo en cuenta del modo mas minucioso los verdaderos intereses de la Grecia, no hubieran podido desempeñar mejor su misión que concentrando los principios de su nueva vida en aquellos lugares que en la mas remota antigüedad habian sido la cuna de la civilización helénica. Esta demarcación habia sido ya recomendada por Leake, sobre todo por razones de estrategia, pues militarmente hablando la línea propuesta era de fácil defensa. Por esos motivos el representante inglés, traspasando sus instrucciones aceptó esta demarcación del territorio griego, pero Wellington no quiso admitirla en el nuevo protocolo final (1) sino con la cláusula contraria á la alianza de que no se presentaría esta proposición á la Turquía en la forma de un *ultimatum*. Con las mismas restricciones la Inglaterra aceptó tambien la cláusula que se refería á la institución de un poder hereditario, lo cual, segun decia, era contrario á las exigencias del tratado. En lo que se refiere á la cuestión de independencia, Wellington vacilaba continuamente del modo mas pueril; pero desde que la Rusia con el designio de no herir la susceptibilidad de las demás poten-

(1) Protocolo de la conferencia celebrada en el *Foreign Office* el 22 de marzo de 1829.

cias, se declaró por la independencia de la Grecia, lo cual era opuesto á su verdadera opinion, Wellington se declaró al instante en contra, aunque al hacerlo combatiese sus convicciones.

Si el ministro inglés no hubiese tenido los mayores deseos de poder anunciar al Parlamento el restablecimiento de las relaciones diplomáticas con la Puerta, el protocolo de conciliacion, con que debian volver los embajadores de Francia é Inglaterra á Constantinopla, no hubiera sido firmado en tan breve plazo. Las vacilaciones de la Inglaterra, las exigencias de la Francia, y la falta de acuerdo en lo que se referia á las principales cuestiones de la Grecia, dieron á conocer á la Puerta la desunion y desconcierto que reinaban entre las potencias occidentales, y por este motivo, cuando los plenipotenciarios presentaron al sultan el protocolo de pacificacion, este rechazó nuevamente la mediacion ofrecida, manifestando que la Puerta no podia reconocer la autonomia de los griegos. Rechazada en Turquía la Inglaterra, encontró tambien oposicion en la débil Grecia, la cual apoyándose en la Rusia se creia bastante fuerte para arrostrar el disgusto de los aliados.

El cónsul general Dawkins remitió al gobierno griego (18 de mayo) el protocolo del 22 de marzo, con una nota en la cual se exigia que se levantase el bloqueo marítimo delante de las plazas de Anatoliko y Missolonghi, que estaban próximas á rendirse, y además la suspension de las hostilidades en la Grecia Continental, que Wellington no queria de modo alguno que se agregase al nuevo Estado. El presidente declaró (27 de mayo) que no estaba en sus facultades trasportar á la poblacion de la Grecia Continental al Peloponeso, y todos los habitantes de estas comarcas, segun decia, se habian comprometido solememente á no separar su causa de la de Grecia. Los ministros residentes de Rusia y de Francia se opusieron á esta intervencion arbitraria del cónsul inglés, que insistió, no obstante, en nombre de su gobierno en su exigencia. El capitán Spencer, comandante de la fragata *Madagascar*, entró en el puerto de Missolonghi para obligar á los griegos á que levantasen el

bloqueo, amenazando en caso de resistencia con emplear la fuerza para conseguirlo, pero felizmente llegó demasiado tarde. En efecto, el dia antes (14 de mayo) se habia firmado la capitulacion con las dos ciudades. De esta manera Kapodistrias tuvo bastante tiempo y bastante poder para continuar sus empresas en la Hellade Oriental, para seguir apoyando á la Rusia ocupando á los turcos por aquella parte, y sobre todo, para purgar de enemigos este territorio.

Durante la campaña rusa Aslan-Bey atravesó las Termópilas con 1,500 hombres, dirigiéndose á Levadia y á Atenas para concentrar todas las tropas en Larisa, escepto la guarnicion del acrópolis, y desde este punto trasladarse á Andrinópolis para defender la ciudad. Kapodistrias habia formado de nuevo un campo militar cerca de Megara, con el designio de estar preparado, cuando la ocasion se presentase, para estorbar este movimiento. Los diplomáticos reunidos en Ejjina no veian en esta guerra mas que operaciones favorables á la Rusia, pero enteramente inútiles á la Grecia puesto que se luchaba por la posesion de territorios que debian ser entregados á los griegos por medio de la intervencion de las potencias. Con este motivo dirigieron sus quejas á Kapodistrias, pero este ordenó espresamente que continuasen las operaciones militares. Ipsilantis tomó posiciones cerca de Petra sobre las colinas del Thilphossai al pié del Helikon, por donde los turcos debian pasar necesariamente. Cuando llegó Aslan-Bey con sus tropas, trató de abrirse paso á viva fuerza, pero fué rechazado en todos los puntos de su línea, viéndose obligado á comprar su retirada á precio de una capitulacion, por lo cual evacuaron los turcos todas las plazas fuertes que poseian aun en la Hellade Oriental hasta las Termópilas. Esta fué la última batalla de la lucha de la independencia griega, que en medio de tan diversas peripecias se habia prolongado por espacio de nueve años.

Hemos visto mas arriba, que todos los esfuerzos de la Francia y de la Inglaterra y los amaños de la insidiosa política de Metternich habian sido inútiles para terminar la guerra de Rusia en la primera campaña. En

efecto, el gobierno de San Petersburgo rompió las hostilidades tan luego como llegó la próxima primavera (1829), y aunque con escasos elementos y experimentando reveses, consiguió posesionarse de Andrinópolis y obligó á la Puerta á pedir la paz, no tanto por falta de recursos como por ignorar la verdadera situacion del estado de la guerra, y por la errónea idea que se habia formado del poder colosal de la Rusia. Escusamos añadir que con la paz de Andrinópolis la Rusia acrecentó su poderío é importancia en el Oriente, y desde entonces se encontró ya en disposicion de tomar una participacion activa en las negociaciones que tenian por objeto fijar la suerte futura de la infortunada Grecia.

Inmediatamente despues de la conclusion de la paz entre la Rusia y la Puerta, la conferencia de Lóndres volvió á reanudar sus sesiones. Los asuntos griegos ocuparon á los diplomáticos por espacio de cuatro meses, porque se vacilaba continuamente en el fondo y en la forma, á pesar de que la Rusia cedió en todos los extremos á los deseos de la Inglaterra. En efecto, despues de sus victorias recientes, creia poder asegurar de todos modos su triunfo en este negocio, pues consideraba la emancipacion de la Grecia como el resultado de sus esfuerzos. Wellington se habia declarado desde entonces el partidario decidido de la independencia helénica, porque la paz de Andrinópolis habia debilitado de tal modo á la Turquía, que le parecia absurda la idea de colocar á la Grecia bajo la proteccion de una potencia que tenia necesidad de ser protegida. El duque insistia tambien en una linea de demarcacion mas restringida que excluyera las islas de Samos y de Creta, las cuales hubieran dado demasiada importancia marítima al nuevo Estado, y la Acarnania, cuya vecindad creia peligrosa para las islas Jónicas.

La Rusia cedió á la primera de estas demandas y tambien á la segunda, á pesar de que todos los críticos sensatos, aun en la misma Inglaterra, manifestaban la opinion de que se demarcase el límite del O. por el Aspropotamos, cuya frontera tuvo que modificarse posteriormente en favor del rey Othon. Con respecto á la eleccion de príncipe soberano

de la Grecia, la Inglaterra hizo tambien predominar su opinion, al menos en la apariencia. Desde que la existencia de la Grecia se vió asegurada á consecuencia de la paz de Andrinópolis, muchos príncipes habian presentado su candidatura ó habian sido propuestos para ocupar este trono (1). Entre todos estos aspirantes triunfó el príncipe Leopoldo de Coburgo; pero apenas se habia anunciado su aceptacion, cuando con profundo dolor se recibió la noticia de que retiraba su candidatura. Decíase que el príncipe habia renunciado la corona de Grecia á causa de las comunicaciones que le habia dirigido Kapodistrias, pintándole con los mas negros colores las dificultades que se oponian en la Grecia al establecimiento de una situacion normal y ordenada; pero aun cuando esta hubiese sido una de las razones que motivaron la determinacion del príncipe Leopoldo, preciso es convenir en que habia tambien algunas otras, entre las cuales figura en primera linea la enfermedad grave del rey de Inglaterra, con cuya muerte Leopoldo podia aspirar á la regencia de aquel país durante la minoría de la reina Victoria.

Por desgracia, cuando mas necesario era para los griegos la constitucion de un gobierno estable y normal que paliase algun tanto las desagradables consecuencias de tan prolongada y cruenta lucha, la ambicion de Kapodistrias suscitó respetables obstáculos que impidieron llegar á este resultado. El exministro ruso continuó disfrutando del poder supremo, pues las potencias llamadas

(1) Entre los príncipes propuestos algunos habian rehusado admitir la corona, como por ejemplo, el príncipe Karl de Baviera recomendado por la Francia, pero rechazado por el Austria como sospechoso de liberalismo; el príncipe Felipe de Hesse-Hamburgo, rechazado por la Grecia como favorito del Austria, y el príncipe Juan de Sajonia, cuya eleccion no se creyó conveniente por pertenecer á la religion católica. El príncipe Federico de los Países-Bajos era considerado por el emperador de Rusia como el candidato mas á propósito para el trono de Grecia, pero la Francia le rechazó siempre con obstinacion. En la conferencia del 15 de noviembre se presentaron además como candidatos: el príncipe Emilio de Hesse, rechazado por la Francia por bonapartista; el archiduque Maximiliano de Austria, contra el que se declararon la Inglaterra y la Rusia, y el margrave Wilhelm de Baden, que fué rechazado por el representante del czar. Posteriormente la Prusia designó como una persona capaz de desempeñar el cargo que debia conferirse, al duque Karl de Meclemburgo-Strelitz, y la Rusia que deseaba se eligiese un príncipe menor de edad, trabajó en favor del príncipe Othon de Baviera, cuya candidatura no era enteramente del agrado de la Inglaterra.

protectoras no pudieron entenderse despues de la renuncia del príncipe Leopoldo, y mientras seguian las negociaciones no podia existir otro gobierno que el de Kapodistrias, que por su inclinacion hácia la Rusia era mirado con desconfianza por la mayoría del país. La Grecia aspiraba á la instalacion de un gobierno nacional, pero ni tenia elementos ni manifestaba el necesario patriotismo para obtener tan beneficioso resultado.

Entre tanto seguia Kapodistrias sus proyectos de conservarse de un modo indefinido en el poder, sirviéndose para ello de la proteccion de la Rusia. Desplegó entonces gran firmeza para concluir con la anarquía que trabajaba al país; pero como su gobierno era altamente impopular, solo conseguia recaudar los impuestos valiéndose de la fuerza armada, con cuyo sistema no hacia mas que aumentar el descontento con que miraba el país su administracion.

No pudo prolongarse por mucho tiempo este violento estado de cosas. Los Mauromichalis, influyente familia del Maina que habia representado un importante papel durante la insurreccion, pusieron al frente de los descontentos, que eran numerosos, y se declararon en abierta rebelion contra el regente. La guerra civil estalló entonces con toda su fuerza. Los Mauromichalis, comprendiendo que el territorio de las islas era mucho mas favorable para la insurreccion que el continente, se trasladaron á Hydra y Spetzia, las cuales se declararon en abierta oposicion contra Kapodistrias. En vista de estos sucesos, vióse el regente en la necesidad de recurrir á la fuerza de las armas para destruir la rebelion. Envió, pues, un cuerpo expedicionario á las islas; pero mientras que estas armaban una escuadra que se puso al mando de Miaulis, las tropas del regente fueron derrotadas. Estas nuevas causaron gran efervescencia en el continente. Los Mauromichalis creyeron que habia llegado el momento oportuno de realizar sus designios, y pensando contar con el apoyo del pueblo, asesinaron á Kapodistrias (9 de octubre de 1831). Su criminal accion recibió el merecido castigo, pues habiendo producido el trágico fin del regente una reaccion en su favor, los asesinos fueron

muertos, y el hermano de Kapodistrias, Agustin, fué elevado á la regencia, en compañía de Teodoro Kolokotronis y Juan Kolettis. No por eso cesó la oposicion de los rumeliotas y de las islas, pues habiendo reunido el gobierno la Asamblea nacional en Argos, los hidriotas convocaron otra en el capital de su isla, y la lucha civil continuó con creciente encarnizamiento. El gobierno de Agustin Kapodistrias venció en algunos encuentros á los rumeliotas, pero estos, rechazados del Peloponeso, volvian á invadirle de nuevo con mayores fuerzas, colocando en graves apuros al gobierno de Argos. Dificil es afirmar por cuál de los partidos quedaria al fin la victoria. Afortunadamente las potencias protectoras lograron ponerse de acuerdo, y cuando mas empeñada estaba la contienda se recibió en la Grecia la noticia de haberse firmado un protocolo (7 de marzo de 1832), por el cual se nombraba rey de los helenos al principe Othon, hijo segundo del rey de Baviera.

Sin embargo, la Grecia no se pacificó totalmente con este suceso. Agustin Kapodistrias, al tener noticia de este nombramiento y viendo desvanecidas sus ambiciosas aspiraciones, se retiró á Corfú dejando en el Peloponeso á su partido fuertemente organizado. A pesar de todo, el rey Othon fué reconocido unánimemente el 8 de agosto, y la regencia provisional que se habia nombrado para gobernar el país hasta la llegada del príncipe y durante su menor edad, se colocó al frente de los negocios públicos.

Componian esta regencia el conde de Armanis, el general Heidegger y el consejero de Estado Maurer, á los cuales se agregó tambien el consejero de legacion M. de Abel.

Una embajada griega presidida por Miaulis se presentó en Munich, y ante ella juró el joven príncipe guardar las leyes del país, despues de lo cual se puso en camino para su nuevo reino, llegando á Nauplia el 6 de febrero de 1833, en donde fué recibido con general entusiasmo. Los primeros actos de la regencia se dirigieron á proporcionar al país la tranquilidad necesaria. Para este efecto dió una amnistía general, formó un ministerio, dividió el país en tres provincias, Morea, Li-

vadia y la islas (1.º de marzo de 1833), estableció tribunales de justicia en Nauplia, Missolonghi y Thebas, nombró un Consejo de Estado, disolvió todas las tropas así regulares como irregulares (1.º de mayo), dedicándose entonces á apaciguar á los mainotas y á los rumeliotas que continuaban hostiles al nuevo príncipe y á su gobierno, pues este habia introducido en el país, no solo una gran multitud de funcionarios bávaros sino tambien numerosas tropas.

El ódio que suscitó en la Grecia la presencia de los extranjeros, provocó una insurreccion general del partido de Kapodistrias y Kolkotronis, pero merced á la firmeza que desplegó en aquella ocasion la regencia, los manejos de este partido fueron destruidos, la insurreccion vencida, y los principales jefes condenados á muerte, cuya pena se conmutó en veinte años de prision.

Preciso es convenir en que la regencia prestó considerables servicios en pró de la tranquilidad; pero aun así conocieron sus miembros la antipatía con que los consideraba el país. Tan luego como se apaciguaba una rebelion surgia otra, y esto fué causa de que los regentes Maurer y M. de Abel se retirasen, permaneciendo solamente al frente de los negocios hasta la mayoría del rey (1.º de junio de 1835) el conde de Armanberg.

Celebróse en junio de aquel mismo año la ceremonia de coronacion del príncipe Othon, y con este motivo dióse otra amnistía general, distribuyéndose las tierras nacionales, que habian pertenecido á los turcos, entre las familias griegas.

Al advenimiento de Othon al trono de Grecia estendiase este reino, rodeado de montañas que formaban naturales defensas y con hermosas costas, 12.000,000 de acres de tierra, de los cuales solo la novena parte pertenecia á los naturales, pues los demás eran del Estado que sucedió á los dominadores en el disfrute de la propiedad. El cultivo era casi nulo y la falta de poblacion extrema, pues en la Morea solo correspondian 67 habitantes á cada milla cuadrada, 26 en el continente y 35 en las islas. En 1836 no escedia el número total de almas en todo el territorio que

constituia el reino helénico, de 751,077, poblacion que en 1840 se habia elevado á 856,470.

En 1835 se trasladó la capital del reino á Atenas, mas por la importancia histórica de esta ciudad que porque realmente pudiese corresponder á su objeto, pues el territorio de la antigua Atica es en general pobre y árido, y la capital apenas contaba con una poblacion de 26,000 almas. Continuó Othon apoyándose principalmente en los bávaros, entre los cuales elegia sus ministros y los principales cargos del Estado, lo cual alimentaba perpétuamente el descontento en aquel país. Por lo demás, los empréstitos que habia tenido que contratar la Grecia en el extranjero durante la insurreccion, mantenian el reino en perpétua dependencia de las grandes potencias, dificultando la consolidacion de todo gobierno nacional.

En 1840 estalló una insurreccion promovida por una sociedad secreta llamada ortodoxa, la cual trabajaba mas bien en provecho de la Rusia que no en el del país, y el ministro del Interior, Glarakis, fué entonces destituido por suponerse que estaba en inteligencia directa con los insurrectos y que pertenecia á la citada asociacion. Por lo demás, aunque la rebelion fracasó, no por eso el país entró en condiciones normales, pues el germen de la anarquía era demasiado vigoroso para que pudiese estirparse sin grandes esfuerzos.

Entre tanto, en medio de los disturbios siempre repetidos, el gobierno continuaba introduciendo en el Estado algunas mejoras para colocarle á la altura de la civilizacion europea. Por otra parte Othon, queriendo dar alguna satisfaccion á la opinion pública, nombró un ministerio nacional, á cuya cabeza se colocó el célebre patriota Maurocordatos, que tan importante papel representó durante la insurreccion. Creóse entonces en Atenas un banco nacional (11 de abril de 1841) y se tomaron algunas otras medidas beneficiosas para la prosperidad del reino. Othon volvió á recurrir de nuevo á sus bávaros, y la Grecia se lanzó en seguida á la insurreccion contra los extranjeros. Esta vez los jefes del movimiento eran Kalergis y Metaxas, que pertenecian al

partido favorable al influjo de la Rusia, ante cuya oposicion vióse el monarca en la necesidad de ceder, prometiendo una Constitucion á sus pueblos. En efecto, nombróse un nuevo ministerio mas adecuado á las circunstancias. Convocóse la Asamblea nacional (8 de noviembre de 1843) y en ella se discutió la Constitucion ofrecida.

Promulgóse el nuevo código, que estaba calcado en su mayor parte en el molde de las constituciones europeas, en marzo de 1844. Establecíase en él que la fé griega era una condicion del derecho hereditario de la corona, que habria dos Cámaras, y que la dignidad de par debia ser vitalicia y otorgada por el rey.

Sin embargo, no se consiguieron con esto los resultados apetecidos, el gobierno se vió todavía rodeado de conspiraciones y revueltas y embarazado con los apuros rentísticos, siempre crecientes á causa de la enorme deuda extranjera. La division entre el pueblo y el trono aumentaba mas cada dia, y ni el rey Othon estaba dotado de las cualidades necesarias al que debe fundar una nueva dinastía, ni el estado de la Grecia era el mas propio para que pudieran resolverse la multitud de problemas que entraña siempre la constitucion independiente de un pueblo que como el griego habia permanecido por espacio de tantos siglos bajo el yugo de la mas dura y brutal de las servidumbres.

Siempre en oposicion el principe bávaro con los naturales del país, aspirando continuamente á rodearse de extranjeros, deseando anular el artículo del código constitucional que establecia que el monarca profesase el rito griego, manifestó ostensiblemente sus proyectos á modificar la Constitucion, elevando de este modo el disgusto en el país hasta el último estremo.

Llegadas las cosas á tal estado, no era difícil comprender que los griegos aprovecharian la primer coyuntura que se presentase para deponer al rey Othon. Con motivo de haber disuelto el rey la Asamblea (28 de noviembre de 1860) por haberse hecho impopular el ministerio, los diputados, al oír el decreto de disolucion se levantaron de sus asien-

tos, dando entusiastas vivas al código constitucional. Uno de ellos aclamó entonces al rey; pero su voz se estinguió en medio del mas significativo silencio. Desde aquel momento ya pudo decirse que Othon habia perdido toda probabilidad de sostenerse en el trono. Efectivamente, poco despues (1861) se descubrió en Atenas una insurreccion que tenia por fin la destitucion del monarca.

El resultado de tan notable desasosiego fué la insurreccion de Nauplia (marzo de 1866). Las tropas que envió el gobierno contra la ciudad rebelde, á pesar de los grandes esfuerzos que hicieron, no lograron apoderarse de ella y tuvieron que capitular al fin con los insurrectos, que de este modo quedaron dueños de tan importante punto. Esta primera victoria animó á los numerosos elementos hostiles al rey que el país encerraba, y la agitacion se hizo general. Establecióse entonces un gobierno provisional que declaró destituido á Othon, el cual, comprendiendo que todo esfuerzo seria inútil, abandonó el país y se restituyó á su patria (octubre).

Uno de los primeros actos del gobierno fué la convocacion de una Asamblea nacional que reunida en el mes de diciembre eligió por una gran mayoria como rey de Grecia al principe Alfredo, segundo hijo de la reina Victoria. Desde este momento las potencias llamadas protectoras entablaron negociaciones sobre la suerte de la Grecia, que estaba destinada á ver siempre destruidas sus aspiraciones por el celo de las diversas córtes de Europa. La candidatura del principe Alfredo fué rechazada por las potencias que no juzgaban oportuno que la Inglaterra, poseyendo como poseia las islas Jónicas, diese un monarca á la Grecia, con lo cual haria acrecer su importancia marítima en el Mediterráneo.

Tratóse entonces de buscar un rey para la Grecia, y despues de varias tentativas sin resultado, y habiendo declinado este honor tanto el rey viudo de Portugal como el duque reinante de Sajonia Coburgo, fué elevado á esta dignidad el principe Jorge, de la casa de Dinamarca, que hoy gobierna el país.

Con el objeto de dar mayor importancia al reino helénico y suministrarle elementos de

progreso y bienestar, los ingleses han cedido últimamente las islas Jónicas á la Grecia, que de este modo ha adquirido mayor significacion marítima. Era natural que los demás pueblos que pertenecen á la raza helénica, y que continuaron despues de la emancipacion de la Grecia bajo el yugo turco, manifestasen en diversas épocas sus aspiraciones á anexionarse con la Grecia; pero varias causas, entre las cuales figuran en primera línea los continuos trastornos que han trabajado al naciente reino, segun acabamos de ver, y los respectivos celos de las potencias europeas, que aun no han podido ponerse de acuerdo para la disolucion del imperio musulman, han impedido que los esfuerzos aislados hubiesen alcanzado un resultado práctico y definitivo.

Ultimamente, hace algunos meses la isla de Candía (la antigua y célebre Creta) se ha declarado en abierta insurreccion contra la dominacion de los turcos, que pesaba sobre aquel país de un modo intolerable. Desde la época de la insurreccion griega se hicieron tentativas para la emancipacion de Creta, pero siempre con éxito desgraciado, pues el impulso era exterior y no se arraigaba de ningun modo en el corazon del país. Los cretenses, por la situacion que su territorio ocupa, comprendian demasiado los graves peligros á que se esponian lanzándose á la lucha contra la Turquía, y por otra parte los egipcios han dominado aquel país con grandes elementos por mucho tiempo.

Sin embargo, el ejemplo de los países emancipados, la anexion de las islas Jónicas á la Grecia, la opresion siempre creciente, la misma debilidad del poder turco, y los manejos de los propagandistas de la emancipacion griega, han hecho estallar la última insurreccion cretense, que se distingue por su carácter y energia de las anteriores tentativas de que fué teatro este país.

Esta vez el impulso ha brotado del interior, el pueblo ha tomado con resolucion las armas, y en vista de la tenacidad que hasta ahora ha demostrado, quizás no esté lejano el dia en que sacuda para siempre el yugo de Constantinopla. Los hechos que están verificándose en estos mismos momentos son difíciles de espo-

ner y considerar con exactitud. Diversos intereses desfiguran los sucesos, y solo cuando el tiempo ha hecho desaparecer los móviles interesados, es cuando al través de contrariedades sin cuento puede penetrarse en el fondo de la verdad.

En efecto, cuando las noticias reconocen un origen turco, son siempre favorables al gobierno de Constantinopla, y por el contrario, cuando proceden de Atenas ó de Corfú, son propicias á la causa de la insurreccion. El principal héroe de este movimiento, cuyos hechos quizás sean conocidos en todos sus pormenores dentro de poco, es el coronel Coroneos, entusiasta patriota y decidido y bravo defensor de la independencia patria.

En esta lucha, como en la de la insurreccion griega, registranse multitud de hechos de una bravura salvaje, y la guerra se hace sin tregua ni perdon y sin escogitar los medios, con tal de que ellos conduzcan al fin apetecido. El carácter de esta lucha, su misma prolongacion, que revela bien á las claras la impotencia y debilidad del imperio turco, y la efervescencia que se manifiesta en el Epiro y la Thesalia y demás países helénicos sometidos á la dominacion turca, han llamado la atencion de las potencias europeas, que desean á todo trance desenlazar estos sucesos sin penetrar en el fondo en la cuestion de Oriente, que amedrenta á la diplomacia con las consecuencias que puede producir.

Su primer deseo hubiera sido que la Turquía hubiese podido someter de nuevo á la isla insurrecta, para que en vista de las complicaciones que hoy trabajan á la Europa, que apenas libre de una gigantesca lucha parece aprestarse á otra, que indudablemente si llega á estallar ocasionará inmensas modificaciones en el modo de ser de los pueblos europeos, pudiesen resolverse los asuntos pendientes antes de lanzarse á otros nuevos llenos de complicaciones y peligros. Pero el mismo carácter esterminador que ha tomado la lucha entre turcos y candiotas, la perseverancia y obstinacion de estos últimos, que despues de lo acontecido juzgan imposible volver otra vez bajo el vengativo dominio de los turcos, dificulta toda transaccion que no tenga por re-

sultado la emancipacion de la Creta y su anexion al territorio que hoy constituye el reino helénico.

Por lo demás, la actitud de la Grecia sobre este punto no deja lugar á duda ni vacilacion alguna. De su territorio, así como de algunos puntos de Italia, han salido expediciones mas ó menos numerosas para auxiliar á los candiotas en su obra de independencia, y al mismo tiempo se han enviado tambien socorros en armas y pertrechos de que tanta necesidad tienen los candiotas. Es cierto que para impedir estos auxilios la Puerta ha intentado bloquear la isla con fuerzas marítimas respetables; pero como la impericia de los marineros turcos continúa siendo la misma de siempre, á pesar de todos sus esfuerzos no consiguen aislar del todo el movimiento ni impedir los frecuentes desembarcos que en el territorio cretense realizan los partidarios de la independencia y emancipacion de los desdichados candiotas.

Desde que ha estallado la lucha, ya en muchas ocasiones han declarado los turcos que la insurreccion estaba totalmente dominada, pero estas noticias fueron siempre desmentidas por otros conductos que merecen mas fé y crédito. Valiéndose de la circunstancia de que el pasado invierno ha suspendido las operaciones militares, han dado por terminado el movimiento insurreccional; pero muy pronto llegó á saberse de un modo indudable que los candiotas aprovechaban esta forzada tregua para prepararse de nuevo á la lucha con mayor encarnizamiento.

La Rusia, que no desperdicia ocasion alguna para monopolizar en su provecho la cuestion de Oriente, y que en todas ocasiones ha espiado el momento favorable para dar el golpe de gracia al imperio turco, ha manifestado desde el principio de la insurreccion cretense sus simpatías por los candiotas de un modo que aunque no oficial, no deja por eso de ser en extremo indudable y ostensible. En el territorio ruso, y tolerándolo el gobierno de San Petersburgo, se han constituido sociedades y comités filhelénicos que han arbitrado recursos para auxiliar á los cretenses en sus designios, y al mismo tiempo que esto se

hacia estraoficialmente, el gabinete ruso llamaba la atencion de las demás grandes potencias acerca de la necesidad de intervenir en la lucha, detener la efusion de sangre, y arrancar á la Puerta territorios que no puede mantener bajo su dependencia.

Tan pronto como la cuestion entró en las vías diplomáticas comenzaron á tocarse respetables dificultades, nacidas unas de los diferentes intereses de las varias potencias que se creen con derecho de intervenir en los asuntos del Oriente, y otras de las esperanzas que la actitud de la diplomacia hizo nacer en los pueblos de raza helénica que todavía gimen bajo el yugo de los osmanlis. En efecto, la Rusia cree llegado ya el momento de rechazar la dominacion musulmana del territorio europeo, fundando su dictámen en la razon de que no es justo que una poblacion semi-bárbara, refractaria y hostil á todo progreso, y que no quiere amoldarse bajo ningun concepto á los principios del sistema de cultura de los pueblos modernos, domine en las mas bellas comarcas de la Europa, y mantenga bajo su yugo una numerosa poblacion de cristianos que desea entrar de lleno en los beneficios de la actual civilizacion.

Pero bajo estas razones se ocultan designios interesados de engrandecimiento que no pueden ocultarse á la penetracion de la diplomacia, y por estos motivos cada una de las potencias interesadas en oponerse al excesivo engrandecimiento de la Rusia por el S., se niega á prestarle su concurso, para terminar de una vez con el poder de los osmanlis en la Europa.

La Inglaterra, que perderia su influjo en el Mediterráneo desde el momento en que los rusos se estableciesen en los Dardanelos, y que al mismo tiempo explota con ventaja el comercio de Levante, se niega á todo trance á tratar la cuestion de Oriente de un modo definitivo, deseando tan solo resolver el asunto de Candía de un modo que satisfaga en lo posible los intereses de ambas partes beligerantes. Con tales designios, al mismo tiempo que se ha negado á todo cuanto tienda á forzar á la Turquía á prescindir de sus derechos sobre la dominacion de la isla de Cre-

ta, influye cerca de la córte de Constantinopla para que esta abandone la marcha fanática y exclusivista que hasta ahora ha seguido, adoptando por el contrario una conducta mas tolerante y que puede prevenir en lo sucesivo el descontento de los pueblos cristianos, y por lo tanto nuevas insurrecciones y luchas que al fin y al cabo terminarán con el poco prestigio que aun le resta al poder musulman. Por esta causa, y auxiliada en este camino por las demás potencias llamadas protectoras, ha presentado la Inglaterra imperativas reclamaciones á la Puerta, exigiendo el cumplimiento de los tratados que en diversas ocasiones se han estipulado para aliviar la suerte de los pueblos cristianos del Oriente.

Creendo el gobierno turco conjurar el peligro de una accion comun de las grandes potencias, ha manifestado encontrarse dispuesto á ceder á las exigencias que se le hacen, y ha comenzado por cambiar el ministerio llamando á las esferas del poder á hombres conocidos por su espíritu de templanza y conciliacion. A este primer paso ha seguido otro no menos significativo que consiste en entablar negociaciones con los insurrectos para atender sus reclamaciones y resolverlas con toda la tolerancia posible; mas como los candiotas comprenden que la Puerta al obrar de este modo solo lo hace á impulsos de una extrema necesidad, y que tan luego como pasen las actuales circunstancias y dejen de influir en su ánimo las potencias volverá á su acostumbrado sistema, se manifiestan dispuestos á no ceder en lo mas mínimo de sus pretensiones de total emancipacion del poder turco. En vano valiéndose del halago y de la amenaza los turcos han obligado á una diputacion candiota á presentarse en Constantinopla; en vano han acogido á los pretendidos comisionados con las muestras de la mayor benevolencia; los candiotas persisten en su resistencia, y no quieren caer en el grosero lazo que hoy se tiende á su credulidad.

En vista, pues, de la ineficacia de estas medidas, algunas potencias, entre ellas la Francia y el Austria, han aconsejado á la Turquía que se desprendiese de la isla de Candía y consintiese en su anexion al reino helénico,

único medio para conjurar los peligros presentes y evitar que la cuestion de Oriente aparezca con toda su gravedad, lo cual podria acaso conducir los acontecimientos hasta tal extremo, que ocasionase la desmembracion de la Turquía. Ante estas reclamaciones que solo tenian el caracter de amistosos consejos y que de ningun modo estaban revestidas de un carácter de accion comun y simultánea, la Turquía ha opuesto la mas tenaz negativa, manifestando que mientras conserve los elementos suficientes para mantener bajo su dominio á la isla de Candía, no puede desprenderse de ella sin faltar á todas las prescripciones que le impone su ley á la vez civil y religiosa.

Este resultado de las negociaciones ha venido á dar mayor fuerza á los proyectos de la Rusia, pues revela que, como siempre ha sucedido, el único lenguaje que puede escuchar la Puerta es el de la imposicion absoluta, porque á cualquier otra forma en que se entablen las reclamaciones, contestará siempre negativamente y con invencible tenacidad. Entre tanto la lucha continúa en Creta con creciente encarnecimiento, la Turquía envia nuevos refuerzos todos los dias y aumenta la escuadra de bloqueo, con el objeto de circunscribir el movimiento á los estrechos limites de la isla y privar á sus habitantes de la esperanza de todo socorro, lo cual considera necesario para conseguir la pacificacion.

Las potencias no han abandonado todavía la idea de reducir á la Puerta, por medio de negociaciones aisladas, á lo que consideran necesario para conjurar por el momento la terrible cuestion de Oriente que aparece en el horizonte político como un fantasma cada dia mas amenazador. La Italia, que en un principio á causa de las preocupaciones de sus asuntos interiores no habia coadyuvado á este fin, acaba de manifestar que está dispuesta á unir su accion á las de las demás potencias, con el objeto de buscar una solucion á tan complicados asuntos; pero nada ó muy poco se ha adelantado con esto, pues la actitud de la Inglaterra, opuesta á toda negociacion diplomática simultánea contra la Puerta, y sus declaraciones acerca de que no consentirá en la desmembracion de la Turquía, pres-

ta á esta potencia nuevos bríos para resistir á todas las reclamaciones, y todavía alimenta la confianza de que los diversos planes de las primeras potencias sobre Constantinopla, introducirán entre ellas el desacuerdo y con él la falta de union en el momento en que pueda aproximarse algun peligro.

Por lo demás, si esceptuamos á la Rusia, inmediatamente interesada en que los asuntos de Oriente se resuelvan bajo la base del aniquilamiento de la Turquía, todas las demás grandes potencias solo desean un aplazamiento, y aun estamos por afirmar que verian con satisfaccion que la Turquía daba fin á la contienda, sometiendo en un breve término á los insurrectos.

De todos modos, hoy que la política de las nacionalidades está tan en voga, hoy que todos los pueblos de Europa tienden á la unidad, los griegos emancipados no han podido mirar con indiferencia la suerte de sus hermanos oprimidos, y en diferentes ocasiones, mientras ha durado y dura la contienda entre turcos y candiotas, han enviado socorros, y bajo una neutralidad aparente y como impuesta por las circunstancias, han ocultado siempre las mas vivas simpatías por la causa de la insurreccion cretense.

No ha podido escaparse al gobierno de la Puerta esta actitud del reino helénico, por la

cual ha hecho las mas vivas reclamaciones que solo han recibido desdeñosa contestacion. En estos momentos, la paciencia de los osmanlis parece haber llegado á su término, y segun acaba de comunicarnos el telégrafo, el gobierno de Constantinopla ha enviado una enérgica nota al de Atenas manifestándole que si continúa en su comportamiento hostil contra la Puerta invadirá el territorio helénico. Como se ve, este amenazador despacho es un verdadero *ultimatum* que quizá provoque la lucha, en la cual intervendrá indudablemente la Rusia, que no dejará pasar desapercibida esta ocasion de dar un nuevo golpe al poder musulman.

En vista de estos antecedentes es indudable que la solucion de la intrincada cuestion de Oriente se acerca. Acaso dentro de muy poco tiempo la desdichada raza griega, despues de tantos siglos de servidumbre, rompa por último sus cadenas, restaure por completo su nacionalidad, y unida y compacta bajo una misma bandera, entrede lleno en la cultura de Occidente, marchando con fé y perseverancia á la conquista de sus futuros destinos.

¡Plegue al cielo que se realicen nuestros cálculos, y que sea dado á la generacion presente saludar á un pueblo regenerado, que tan grandes tradiciones ha legado á la historia!

FIN.

ÍNDICE DE LA INSURRECCION Y REGENERACION DE LA GRECIA.

	Págs.		Págs.
PRÓLOGO..	v	CAPÍTULO VI.	114
CAPÍTULO PRIMERO.	8	CAPÍTULO VII.	125
CAPÍTULO II..	64	CAPÍTULO VIII..	136
CAPÍTULO III.	79	CAPÍTULO IX.	145
CAPÍTULO IV.	94	CAPÍTULO X..	161
CAPÍTULO V..	105		

FIN DEL ÍNDICE.